

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Sociología V



TESIS DOCTORAL

**Campo intelectual y campo periodístico en la España contemporánea.
Un análisis empírico de sus relaciones en el espacio de la opinión de El
País, (1986-1988)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Yeray Zamorano Díaz

Director

Emilio Lamo de Espinosa

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Sociología V



**CAMPO INTELECTUAL Y CAMPO PERIODÍSTICO EN LA
ESPAÑA CONTEMPORÁNEA. UN ANÁLISIS EMPÍRICO DE SUS
RELACIONES EN EL ESPACIO DE LA OPINIÓN DE EL PAÍS
(1986-1988)**

**MEMORIA PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE
DOCTOR POR**

Yeray Zamorano Díaz

Bajo la dirección del Doctor:

Emilio Lamo de Espinosa

Madrid, 2015

Índice General

Agradecimientos

Introducción general	1
-----------------------------	----------

PARTE I - EL MARCO TEÓRICO. LAS RELACIONES ENTRE «INTELECTUALES» Y «MEDIOS DE GRAN DIFUSIÓN» COMO RELACIONES ENTRE «CAMPO INTELECTUAL» Y «CAMPO PERIODÍSTICO»	15
---	----

Introducción de la primera parte	17
---	-----------

Capítulo I. ¿Qué es un intelectual? La sociología de los intelectuales desde sus apuestas fundadoras hasta el concepto de «champ» de Pierre Bourdieu	23
---	-----------

<i>1 El problema del objeto: la definición de «intelectual» y sus dificultades en el marco de la sociología de los intelectuales</i>	27
--	----

1.1 El «Affaire Dreyfus» y la difusión de la palabra «intelectual»	29
--	----

1.2 El problema de la definición del «intelectual» en el discurso sociológico de entreguerras. Un análisis de los escritos sobre el «intelectual» de Antonio Gramsci, Karl Mannheim y Florian Znaniecki	34
---	----

1.2.1 Antonio Gramsci (1891-1937): el «intelectual» como función social	34
---	----

1.2.2 Karl Mannheim (1893-1947): la intelligentsia como estrato relativamente autónomo y su papel en el mundo moderno	41
---	----

1.2.3 Florian Znaniecki (1882-1958): el intelectual como rol social	50
---	----

1.2.4 La sociología de los intelectuales clásica: consideraciones sobre sus aportes y sus límites en el problema de la definición del intelectual	58
---	----

1.3 El problema de la definición en el discurso sociológico contemporáneo: el «principio de reflexividad» en la definición de «intelectual» en Zygmunt Bauman y Pierre Bourdieu	71
---	----

1.3.1 Zygmunt Bauman (1925 -): la negación de la posibilidad de una definición del intelectual y sus consecuencias en <i>Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals</i>	77
--	----

1.3.2 Pierre Bourdieu (1931 – 2002): el problema de la definición como juego de luchas simbólicas y su posible reconstrucción a partir del concepto de campo	84
--	----

1.4 Recapitulación del problema de la definición de intelectual en la sociología contemporánea. Del «principio de reflexividad» a la «reflexividad con concepto» del concepto de campo de Bourdieu	91
--	----

Capítulo II. El concepto de campo de Pierre Bourdieu y su aplicación en el problema de las relaciones entre "campo intelectual" y "campo periodístico"	95
---	-----------

<i>1 El concepto de campo como herramienta epistemológica</i>	98
---	----

1.1 ¿Para qué sirve un concepto en la investigación sociológica? Sobre algunas prescripciones	
---	--

en torno a los conceptos de las ciencias sociales y al concepto de campo en Pierre Bourdieu.	98
1.2 ¿Qué es un campo? Sobre las propiedades «generales» de los campos	109
1.2.1 <i>Campo como «campo de fuerzas»</i>	111
1.2.2 <i>Campo como «cosmos social»: la idea de autonomía relativa e interés específico</i>	118
2 <i>El campo intelectual, el campo periodístico y las relaciones entre los campos</i>	127
2.1 El campo intelectual, anatomía de un mundo aparte	129
2.1.1 <i>El proceso de autonomización del campo intelectual como condición metodológica previa</i>	133
2.1.2 <i>El campo intelectual o un mundo económico invertido</i>	139
2.2 El campo periodístico, anatomía de un mundo social demasiado importante	144
2.2.1 <i>El campo periodístico o la historia de una autonomía amenazada</i>	148
a. La dependencia económica: algunos indicadores de las exigencias económicas en la práctica periodística	153
b. La dependencia política: el debate acerca del papel de la política y el Estado en el campo periodístico	160
2.2.2 <i>Algunas propiedades del campo periodístico</i>	167
2.2.3 <i>¿Cómo estudiar las relaciones entre el campo periodístico y el campo intelectual?</i>	
<i>Anotaciones sobre el papel de las relaciones en la teoría general de los campos</i>	172
Conclusión de la primera parte: las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico a través del diario El País como instancia de referencia	177
PARTE II - EL ESPACIO DE LA OPINIÓN DE EL PAÍS (1986-1988) Y LAS RELACIONES ENTRE CAMPO INTELECTUAL Y CAMPO PERIODÍSTICO EN ESPAÑA DESPUÉS DE LA TRANSICIÓN	181
Introducción de la segunda parte	183
1 <i>La estrategia metodológica: análisis secundario de datos y bases de datos de tribunas y autores de la sección de Opinión de El País</i>	186
Capítulo III. El espacio social de la opinión de El País como espacio en el campo del poder	195
1 <i>Introducción: ¿Un espacio social sin condiciones sociales?</i>	195
1.1 De la idea de «élite(s)» al concepto de «campo del poder»	203
2 <i>La variable «campo de posición ocupada» y los principios de su constitución como condición inseparable de su interpretación sociológica</i>	209
2.1 El trabajo de recolección de los datos	221
2.1.1 <i>Un conjunto de campos como hipótesis</i>	223
2.1.2 <i>La afiliación institucional y otras informaciones en las fuentes históricas como indicadores de la posición en un campo</i>	227
2.1.3 <i>Las fuentes históricas y la recolección de datos</i>	229

2.1.4 <i>La entrada y grabación de los datos y el tratamiento final de la variables</i>	235
3 <i>Los campos de actividad en el ESOEP. De los poderes sociales y su refracción en el espacio periodístico de la opinión</i>	236
Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social	249
1 <i>Introducción: un sistema de intercambio y su descripción sociológica</i>	249
2 <i>Las condiciones sociales de la intervención intelectual en el ESOEP</i>	259
2.1 <i>El juicio periodístico y sus condiciones</i>	267
2.1.1 <i>El «conocimiento del medio»: un juicio en el seno de la organización periodística</i>	269
2.2 <i>El espacio de los posibles de la colaboración «ilustrada»</i>	279
2.2.1 <i>La definición dominante del intelectual público: la palabra del «escritor» en el ESOEP y sus bases sociales</i>	284
2.2.2 <i>La «Ciudad universitaria» y su movilización pública</i>	290
a. <i>Las disciplinas universitarias y su legitimidad periodística</i>	294
b. <i>La Facultad de Letras y su dominio</i>	298
c. <i>La Facultad de Ciencias Sociales</i>	302
2.3 <i>Elementos de conclusión: un sistema desigual y sus efectos</i>	305
Conclusiones generales	307
Bibliografía	321
Anexo I: Fuentes secundarias utilizadas	343
Resumen de la tesis	345
Abstract de la tesis	347

AGRADECIMIENTOS

«Dar, aceptar y devolver». Esta tesis doctoral debe mucho a muchas personas e instituciones con las que he tenido contacto a lo largo de mi trayectoria académica y vital y sin las cuales, esta tesis no habría sido posible; a ellas dedico estas palabras.

En primer lugar, quiero agradecer a dos instituciones que han jugado un papel fundamental en el desarrollo de esta tesis: el Ministerio de Educación y Ciencia, que me concedió una beca de Formación del profesorado universitario, y a la Universidad Complutense de Madrid, institución de acogida en la que he desarrollado mi etapa de formación como investigador en los últimos años.

Mi agradecimiento especial a dos profesores: Emilio Lamo de Espinosa, director de esta tesis doctoral, a quien agradezco sus sabios consejos así como su paciencia y generosidad para conmigo; trabajar con él ha sido un estímulo de libertad intelectual. Al profesor Mario Domínguez Sánchez-Pinilla, director de mi tesina, a quien la mayoría de lo que le agradezco no está en la base de algún trabajo académico particular, sino de la posibilidad misma del desarrollo de un *habitus* sociológico.

También quiero expresar mi agradecimiento a todo el Departamento de Sociología V de la Universidad Complutense de Madrid, donde he sido acogido y tratado de manera excepcional. Quiero hacer mención particular a Jose Manuel Fernández, quien me abrió siempre las puertas de su despacho para dialogar, y a Fernando García Selgas, quien me ayudó para que esta tesis contara con el respaldo financiero necesario.

Quiero agradecer también a Carlos de la Puente, quien me proporcionó el entrenamiento en el uso del «razonamiento estadístico» que está en la base de esta tesis doctoral y a dos profesores

que me iniciaron en una disciplina que puede cambiar una vida: Santiago Magdaleno Gil-Sanz y Blas Cabrera.

Agradezco a todos los compañeros y compañeras de doctorado que me han acompañado en este camino. En especial a los que han formado parte del Seminario de Investigación Pierre Bourdieu en el departamento de Sociología V. Ellos y ellas están muy presentes en este trabajo, lo podrán comprobar. Mis agradecimientos a mis compañeros y compañeras de mi antigua universidad, la Universidad de La Laguna, en especial a Sergio y a Adrián, de quienes aprendí cosas realmente valiosas para la vida.

Todo este trabajo habría sido realmente imposible sin el apoyo de mi familia y, en especial, de mi madre. Mi padre, mi hermano y Avelina han sido también, con su aliento y con su ejemplo, un estímulo fundamental para caminar en los momentos difíciles. Mabel fue el apoyo, la guía y la luz, sin los cuales no habría podido encontrar el camino.

INTRODUCCIÓN GENERAL

El martes 20 de abril de 1993, en el programa *Queremos saber* de la cadena privada de televisión Antena 3, el escritor español Francisco Umbral protagonizó una escena que se ha convertido hoy en parte de la conciencia nacional a fuerza de ser repetida de forma mecánica en las recopilaciones de episodios televisivos que las cadenas de televisión españolas programan en las fiestas de navidad. El literato español reaccionó, en la emisión en directo y de manera airada, al desarrollo que estaba adquiriendo el programa al que había sido invitado por la periodista Mercedes Milá. A juicio de Umbral, el programa no se estaba conduciendo en la manera en que éste había pactado previamente con la periodista televisiva: hasta entonces, no se había hablado de *La década roja*, el último libro que el escritor acababa de publicar. Entonces, un tenso cruce de palabras se produjo, con el público allí presente como telón de fondo, entre la periodista y el escritor: Umbral acusaba a Milá de haberlo engañado (pues con la excusa de que se iba a presentar su libro en el programa, éste había acudido gratuitamente al plató) y generalizaba su crítica a la televisión misma como espacio «putrefacto» en el que se atrae a colaboradores a los que no se les paga acorde con su valor; Milá trataba de encauzar la situación para que el invitado no se levantara y se fuera.

El suceso trascendió su delimitación televisiva y suscitó diversas reacciones en diferentes medios de gran difusión españoles. En los días siguientes, la prensa española se hizo, aunque con diferentes puntos de vista, eco del suceso. El diario *El País* publicó un artículo en su sección Pantalla en el que se señalaba que «el escritor organizó un escándalo en Antena 3» y acudía al testimonio de la propia Milá (pues, Umbral se negó a contestar al diario, como señala la noticia) para dar cuenta de tal hecho. En este mismo periódico, se publicarían, en sucesivos días posteriores, varias cartas al director en las que varios lectores comentaban el

suceso y criticaban la actitud de Umbral. En *El Periódico de Cataluña*, el periodista Carlos Carnicero condenaba, aunque en un tono conciliador, la actitud de Umbral y cuestionaba el papel de los «intelectuales como industria y servicio a la colectividad». Ya en una actitud distinta, *ABC* y *El Mundo* publicaban varios artículos sobre el suceso, interpretado en clave de las guerras mediáticas y políticas españolas de la época. En el primero, se alababa la «ira espléndida que desenmascaró un programa al servicio del PSOE» y sus colaboradores habituales Federico Jiménez Losantos y Jaime Campmany escribían sendos artículos que halagaban la rebelión *in situ* del literato. Por fin, *El Mundo* arrojaba a su entonces colaborador y Carlos Boyero escribía un artículo laudatorio de la actitud de Umbral.

Lo significativo del caso es, para lo que aquí nos interesa, que este altercado tiene como protagonistas principales a una periodista y a un escritor y que, precisamente, éste último no era nada ajeno a los medios. De hecho, Umbral consiguió aunar, en un alto grado, tanto el reconocimiento literario como el reconocimiento periodístico en nuestro país. El encuentro entre ambos parecía tener todas las condiciones que, a priori, podrían haber facilitado un intercambio armónico entre la periodista y el escritor, un encuentro ajeno a los aspavientos o a los engaños. Este caso puede ser aducido por sus circunstancias básicas, junto a muchos otros, como un ejemplo que invita a pensar en la existencia de cierta ambivalencia en la relación entre periodistas e intelectuales. Tales relaciones parecen estar dominadas, desde el punto de vista de un observador externo, por una actitud dispar que pasa rápidamente de la relación de mutua consideración a la desconfianza recíproca.

¿Han sido así siempre las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión o estamos, por el contrario, ante una configuración específica del presente? La historia reciente

ofrece múltiples ejemplos de las diferentes formas en que se expresan estas relaciones¹. Se ha convertido en un punto de paso obligado el comenzar una genealogía de esas relaciones con la intervención del literato francés Émile Zola en *L'aurore*, en el marco del Affaire Dreyfus, el proceso de resonancia pública más significativo de la Francia de finales del XIX. La intervención pública de Zola para denunciar la irregular condena del capitán Dreyfus ha sido constituida, en gran medida, como un modelo de las relaciones entre el intelectual y los medios de gran difusión y que ha tenido una gran vigencia posterior. De este modelo se deriva una imagen «armónica» de tales relaciones: el intelectual que, ante una injusticia evidente en virtud de los valores universales que cultiva en su campo de conocimiento especializado, encuentra el apoyo de un espacio de difusión de mayor escala que le permite dirigirse puntualmente a la nación con el objeto de convertir una causa en una cuestión pública. Este caso habría impuesto una suerte de «pacto fundacional» entre los intelectuales y los medios de gran difusión que habría supuesto el nacimiento y consolidación del modelo del «intelectual público», modelo que aún hoy sigue siendo objeto de debates y controversias.

Sin embargo, según algunos autores, la experiencia posterior ha mostrado que este modelo de las relaciones o bien se ajustaba poco a la realidad -y sería, en el mejor de los casos, un modelo «ideal»-, o bien se ha visto transformado en sus líneas más fundamentales. Una interpretación particularmente influyente en este sentido ha sido la de Debray (1979),

1 Cabe señalar que, más allá de los casos más directamente «visibles», como el de Umbral y Milá, tales relaciones no se limitan a la del escándalo «en directo». Por el contrario, se trata de relaciones que no siempre tienen ni un carácter «público» tan marcado ni están tan claramente determinadas por la potencial dimensión conflictiva de las mismas. Estas relaciones se constituyen, en realidad, en una serie de intercambios de carácter cotidiano y prosaico y cuyo despliegue sigue las pautas convencionales de cualquier relación social común. Estas relaciones se desarrollan en el seno de prácticas ordinarias, como solicitudes para publicación en diversos medios de comunicación, la participación conjunta en presentaciones de libros, etc. Por otro lado, no siempre se presenta el potencial conflictivo a primera vista, como lo muestran los casos de intelectuales que expresan públicamente su comodidad y deseo de participación en los medios o los de periodistas que se consideran ellos mismos intelectuales y que comparten los valores intelectuales.

para quién, en torno a los años 70 y en el seno de los países occidentales desarrollados, éstas relaciones se habrían modificado sustancialmente con la aparición de un «ciclo de los medios», en el que el poder intelectual se vería cada vez más sustituido por un «poder mediático» alternativo. Y no es de de extrañar que haya sido un autor de origen francés quién haya elaborado una de las primeras descripciones en estos términos de la relación entre intelectuales y medios de gran difusión contemporáneas. De hecho, el caso francés resulta paradigmático de ese cambio: a partir de esa década una serie de grandes intelectuales franceses comenzaron a emitir severas críticas contra el creciente poder de los medios de gran difusión en materia cultural. Por ejemplo, Gilles Deleuze (2007), para quien las relaciones de fuerza entre intelectuales y periodistas habían cambiado en Francia en esos años, lo que explica el surgimiento de un nuevo tipo de pensamiento específico producto de los medios de comunicación: el «pensamiento-minuto» o el «pensamiento-entrevista» (2007:138).

La situación actual del debate acerca de estas relaciones no parece haber variado en intensidad y polémica. En la actualidad, tiempo del que se ha señalado como característica que los «intelectuales han muerto», las manifestaciones y los debates acerca de estas relaciones siguen generando todo tipo de controversias públicas o privadas. Y no únicamente en el caso francés, sino también en diferentes contextos nacionales. Por ejemplo, en Alemania, país que ahora conoce un renovado interés por la cuestión del «intelectual público», a juzgar por las recientes publicaciones de Jurt (2004a), Bering (2010) o Faber y Puschner (2013). También nuestro país es el espacio de un permanente debate en relación a este tema, que oscila entre las críticas mutuas más abiertas y la defensa y recuperación de modelos relativamente armónicos de esas relaciones, como el que representó Ortega y Gasset desde los

inicios de su colaboración periodística en la segunda década del siglo XX hasta el abandono de su aventura periodística en los años de la II República.

Tampoco parece que ninguna disciplina académica esté a salvo de la controversia, como muestra, por utilizar el ejemplo más próximo a nosotros, el debate que ha revivido recientemente Michael Burawoy (2005) en el seno de la sociología acerca de su proyección pública, de la necesidad de constituir una «public sociology» y de los soportes en los que ésta podría ser vehiculada.

Pero la constatación de unas relaciones que se constituyen de forma recurrente en un problema no resuelve la cuestión de cómo aproximarse a ellas y de cómo tratar de hacer inteligible sus manifestaciones. El abanico de opciones en el espacio de los posibles teórico-epistemológico es amplio y no está limitado de antemano. Sin embargo, en esta tesis doctoral vamos a escoger una propuesta específica que podemos definir, de manera distintiva frente a otras, como una aproximación de carácter socio-histórico. Tal propuesta constituye nuestra apuesta para hacer comprensibles estas relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión, de volverlas inteligibles en su diversidad aparente.

Tal aproximación significa, en primer lugar, la apuesta por un tipo de acercamiento al problema que privilegia la dimensión empírica: frente a otras aproximaciones a estas relaciones que carecen de cualquier integración sistemática de observaciones del mundo empírico y de la descripción de sus regularidades en su argumentación, esta aproximación se impone el tratamiento metódico de información reconstituida a partir de diferentes instrumentos de obtención de datos empíricos. Por lo tanto, esta perspectiva se sitúa plenamente en el ámbito de las ciencias sociales, disciplinas que se definen por su orientación

empírica respecto de otras aproximaciones que privilegian otras formas de acercamiento a tales problemas.

El carácter empírico, en el caso de estas ciencias, es también inseparablemente histórico. Este último se manifiesta principalmente en el interés por el estudio (ineludiblemente paciente y largo) de casos y contextos particulares. Así, como veremos, optamos por privilegiar el análisis no de las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión en general, sino el de un caso histórico particular como medio de interrogarse sobre estas relaciones. Esto contrasta con otras aproximaciones que, sin dejar de tener su legitimidad propia, tienden a constituir interpretaciones ahistóricas de las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión, sin referencia alguna a casos concretos y a las variables que, de manera diferencial, pueden funcionar en ellos. Por otra parte, también supone tomar cierta distancia frente a las interpretaciones de largo alcance acerca de estas relaciones. Dichas interpretaciones, aunque probablemente necesarias, tienden (especialmente cuando son constituidas como único recurso posible para el análisis de estas relaciones) a derivar en alguna forma más o menos explícita de filosofía de la historia en la que el grupo de los «intelectuales» (su nacimiento y su desaparición o sus efectos en el sentido de la historia en cuanto «traidores» o «bienhechores») tiende a ocupar un lugar próximo al del «sujeto de la historia» que las filosofías post-hegelianas han estado buscando en el último siglo y medio. Este tipo de aproximación al problema que aquí nos ocupa, por el amplio marco cronológico que se impone, termina por alejarse de cualquier recurso a referencia empírica pertinente². Es necesario tomar distancia también con la actitud derivada de este tipo de interpretaciones

2 En este sentido, cabe recordar la necesidad de ponerse en guardia contra toda forma de «hegelianismo rampante» (Passeron, 2006) que desborda la investigación sociológica propiamente dicha y que se introduce de forma subrepticia a la mínima que se abandona cualquier forma de control del discurso.

cuando añade a sus esquemas la referencia al Futuro (con mayúsculas, porque se trata, normalmente, del de la Humanidad entera), una actitud propia del sociólogo que se rinde a la «tentación de profetismo» (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1980:41 y ss.) y que se deja atrapar por la demanda externa de hablar del «destino de la civilización», la cual abre la puerta a todo tipo de discursos apocalípticos sobre los intelectuales o los medios de gran difusión. En este sentido cabe distanciarse de la proliferación de interminables debates acerca de la muerte de los intelectuales, la banalización de la vida humana a causa del influjo de los medios de gran difusión, etc³.

Además de esta orientación histórica, dicha aproximación se acompaña también de un carácter propiamente sociológico y lo hace en virtud de dos razones fundamentales. En primer lugar, por la adhesión al principio, enunciado por Durkheim en *Les règles de la méthode sociologique*, según el cual no hay que abandonar precipitadamente el derecho a la explicación sociológica acudiendo anticipadamente a principios de explicación de otras ciencias, como la Biología o la Psicología. En efecto, frente a las explicaciones de carácter psicológico o a las que apelan a algún elemento antropológico trascendental (la «vanidad» del alma humana, la «bondad» natural del ser humano, etc.), nos hemos propuesto la explicación de estas relaciones desde una perspectiva que pretende hacerlas inteligibles a partir de las relaciones de interdependencia -históricamente situadas- que se establecen entre los individuos implicados en ellas. En segundo lugar, porque las herramientas conceptuales y

3 Un ejemplo reciente de unificación de varios de estos temas en un solo libro es el de Vargas Llosa (2012). En este libro, Vargas constata la «extinción de los intelectuales» y la banalidad de una «civilización del espectáculo y del entretenimiento». Se trata, probablemente, de otra expresión de una cierta *melân kholes*, pasión que, según Gracia (2011), se encuentra en plena expansión entre nuestros intelectuales contemporáneos. Si convertirse en un «intelectual melancólico» es, quizás, el destino inevitable de todo gran intelectual, cabe sin embargo, intentar dar una nueva oportunidad a una aproximación que trata de construir un punto de vista sobre el mundo social que requiere necesariamente de un trabajo sobre sí, de una *askesis*, orientada a la disipación de algunas determinaciones que imponen nuestras condiciones sociales al acto cognoscitivo mismo.

metodológicas que han sido movilizadas en el análisis provienen del ámbito de la sociología, una disciplina científica en cuanto posee un pasado acumulado de teorías, conceptos y procedimientos de confrontación con el mundo empírico.

Finalmente, cabe señalar, respecto de esta propuesta, que no se trata de una invención de nuestro trabajo. Por el contrario, nuestro enfoque se basa en otros trabajos, que han sido producidos en el panorama internacional y en nuestro país, de sociología empírica de los intelectuales y de sociología de las relaciones con los medios de gran difusión. Así, podemos hacer mención, por ejemplo, a los trabajos de Buxton y James (2005) y Buxton (2009), quienes han puesto en marcha este tipo de aproximación en su estudio sobre el caso de las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión en Francia. En el caso de nuestro país encontramos igualmente una serie de trabajos que, marcados por esta orientación empírica, han intentado el análisis de estas relaciones. Es el caso de Mancha San Esteban (2006) y su análisis de la «generación Kronen» (invariablemente orientada al trato con los medios de gran difusión, especialmente *El País*, en el proceso de su consagración como «movimiento literario» reciente) o de Pecourt (2008) y su análisis del subcampo de las revistas políticas durante el tardofranquismo y la Transición española. Sin embargo, en esta literatura destacan, por su amplio recorrido, los trabajos asociados al grupo de investigación radicado en la Universidad de Cádiz de Vázquez García (2009), Marqués Perales (2011) o Moreno Pestaña (2013a), los cuales han delineado una aproximación socio-histórica tanto del campo intelectual español en perspectiva amplia como de las relaciones entre éste y el de los medios de gran difusión⁴.

4 Por lo demás, hemos de citar también como referente de esta aproximación a una gran parte de la sociología de los intelectuales española que, aunque orientada en grados distintos al trabajo empírico, ha puesto las bases de lo que podría considerarse como un programa de investigación empírico de sociología de los intelectuales en general. Los trabajos, entre otros, de Marsal (1975), Oltra (1978), de Miguel (1978), Cabrera Montoya (1985) o Lamo de Espinosa (1996) son algunos de los referentes

De este modo, siguiendo con todas estas consideraciones previas, lo que el lector va a encontrar en este trabajo es fundamentalmente un estudio de caso de estas relaciones. Este estudio se centra en un caso histórico específico, situado temporal y geográficamente. Se trata del caso de España en la segunda mitad de los años ochenta y de una instancia muy importante en relación a esas relaciones entre periodistas e intelectuales en tal época: el diario *El País*.

En efecto, a través tanto de un estudio de las páginas de la sección de Opinión de este diario a finales de los ochenta como de toda una serie de informaciones provenientes de documentos y monografías cualitativas acerca de algunos de sus protagonistas, pretendemos llevar a cabo un análisis sociológico de las relaciones que se efectuaron en dicha instancia entre periodistas e intelectuales.⁵ *El País* en esos años, ya convertido en el diario de «referencia dominante» (Imbert y Vidal Beneyto, 1986), funcionó como un espacio de reunión y de intercambio (quizás el espacio de reunión e intercambio por excelencia) entre periodistas e intelectuales.

Podemos aducir varios motivos, que merece la pena exponer aquí, por los que hemos adoptado la decisión de centrar nuestro trabajo en este periodo histórico específico⁶. En primer lugar, cabe subrayar que el estudio se centra en los años ochenta y, especialmente, en la segunda mitad de esta década. Se trata, por lo tanto, de los años posteriores a la transición española. El estudio de las relaciones entre los intelectuales y los medios de gran difusión durante la transición española, y en especial el periodo que va desde 1975 a 1980, ya ha sido

básicos en este proyecto.

5 Para una explicación más detallada de la estrategia y el diseño metodológico empleados en esta investigación, invitamos a la lectura de la introducción de la segunda parte de esta tesis doctoral. En ese apartado desarrollamos la ficha metodológica de la investigación.

6 Igualmente, exponemos con mayor detenimiento las razones de la opción por este marco temporal en la introducción a la segunda parte de esta tesis doctoral.

puesto en marcha en diversas investigaciones previas a ésta. Sin embargo, los años posteriores a la Transición no han sido objeto de tantos estudios pormenorizados en lo que a nuestra problemática se refiere. Por esta razón, nuestra tesis se concentra en el problema de estas relaciones en el periodo posterior a la Transición y pretende aportar algunos elementos acerca de la configuración contemporánea de tales relaciones en nuestro país. De hecho, con esta nueva incursión en este periodo pretendemos establecer algunos datos que sirvan para la constitución de un futuro programa de estudios comparativos de las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión en nuestro país en la época democrática. Este programa tendría por objetivo ver los invariantes o las diferencias de configuración de esas relaciones en el periodo contemporáneo a partir de diferentes factores sociales.

Otra razón más nos parece que puede ser adelantada para justificar esta decisión. Así, los años que van desde 1982 a 1989 constituyen una fase de consolidación y de estabilización de la vida política y del panorama de los medios de gran difusión españoles Barrera (1999). Frente a la situación más convulsa que supuso la Transición en el ámbito del campo periodístico, en los años posteriores a ésta vamos a encontrar ya claramente perfilados algunos de los elementos que van a marcar el devenir de los medios de gran difusión en nuestro país durante el periodo democrático: surgen en este periodo, por ejemplo, los sistemas comunicativos autonómicos o, más importante aún de cara a la cuestión de las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión, los primeros grandes grupos multimedia. Por lo que, para un estudio de la configuración de estas relaciones en el periodo contemporáneo este periodo se nos presentaba como un marco cronológico adecuado.

El modo en que vamos a exponer este estudio de caso merece los últimos comentarios de esta introducción. La tesis doctoral se encuentra dividida en dos partes generales. La primera

de éstas constituye el «marco teórico» y la segunda el análisis propiamente dicho del caso particular considerado. Dicho de otra manera, en la primera parte vamos a centrarnos en la cuestión de cómo es posible estudiar sociológicamente las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión y en la segunda vamos a poner en marcha, a partir de las determinaciones indicadas en la primera parte, el estudio de caso que nos hemos propuesto. Por tanto, ambos movimientos están íntimamente ligados. No se trata de dos trabajos desligados entre sí, pues la cuestión de cómo estudiar estas relaciones y su análisis empírico son un mismo movimiento.

Así, la primera parte se centra en el cómo de la investigación. En particular, vamos a centrarnos en delimitar la pregunta general de la investigación y su fundamento conceptual. Esta parte se inicia con el Capítulo I, el cual tiene por objetivo principal interrogarse por uno de los términos principales de esta pregunta general que recorre esta tesis doctoral. En particular, este capítulo se centra en el concepto de «intelectual» y en la pregunta derivada «¿qué es un intelectual?», pero no lo hace de cualquier manera, sino que trata de desarrollar el modo en que ese concepto y esa pregunta han sido desarrollados por una tradición de pensamiento específica: la sociología de los intelectuales. A partir de esta tradición, la cual posee un importante acervo de respuestas a dicha pregunta, vamos a tratar de exponer tanto los problemas que se derivan del uso sociológico del concepto de «intelectual» como de las posibles soluciones a adoptar en el marco de nuestra problemática. El resultado de esta búsqueda e interrogación al interior de esta tradición será el de asumir, como una solución posible de las dificultades que se derivan del problema de la definición de «intelectual», el concepto de «campo» de Pierre Bourdieu como concepto rector en la investigación que vamos a desarrollar aquí.

El segundo capítulo se centra, precisamente, en profundizar en ese concepto rector y en las implicaciones que tiene para nuestra problemática. Dos movimientos están en la base de este capítulo. En primer lugar, nos proponemos un análisis genérico tanto acerca de las potencialidades del concepto de campo como herramienta epistemológica como de las hipótesis más generales que introduce su uso. En segundo lugar, nos planteamos específicamente qué significa el uso del concepto de campo y de la teoría de los campos en relación a los tres términos principales de nuestra problemática: intelectuales, medios de gran difusión y las relaciones entre ambos. La conclusión es la de sustituir estos tres términos por las hipótesis que introduce el concepto y la teoría de los campos y así modificar la problemática y convertir la pregunta de la investigación en una pregunta por las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico. Para concluir esta parte, unas breves conclusiones permiten conectar los resultados derivados de este primer movimiento hacia el segundo movimiento de la tesis doctoral.

La segunda parte comienza el análisis del estudio de caso que nos hemos propuesto y se inicia con una breve introducción en la que se dan dos pasos más en la especificación de la pregunta general: se define el concepto de «espacio de la opinión en *El País*» y se expone la estrategia metodológica seguida para el estudio de caso. Ésta última ha consistido fundamentalmente en el uso de fuentes secundarias de datos, la construcción de dos bases de datos de tribunas de autores (mediante el tradicional método de la «prosopografía» o «biografía colectiva») de la sección de Opinión de *El País* en los años considerados y en el uso de diferentes fuentes cualitativas (principalmente, memorias y biografías de algunos de los protagonistas implicados en tales relaciones). En este apartado, exponemos todas las decisiones que hemos tomado en la parte estadística de la construcción del objeto. En

definitiva, en esta introducción pasamos de la pregunta por las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico en nuestro país a la pregunta por las lógicas de funcionamiento del espacio de la opinión de *El País* y el papel de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico en todo ello.

Por su parte, el capítulo III introduce una cuestión esencial en la interpretación posible de las lógicas de funcionamiento del espacio de la opinión en *El País*: la de su situación en el espacio social español del momento. ¿Se trata de un espacio sin condiciones sociales o, por el contrario, encuentra diversas determinaciones de carácter social y que merecen atención en el proceso de comprender su funcionamiento -y, por extensión, el de la lógica de las relaciones entre campo intelectual y periodístico-? La respuesta que ofrecemos en este capítulo se aproxima a la segunda de estas opciones. El espacio social de la opinión en *El País* es un espacio socialmente caracterizado por el alto volumen de capital de los agentes que lo frecuentan. Sin embargo, nuestro análisis no va a detenerse en esta delimitación y va a ir más allá en la búsqueda de otras determinaciones igualmente importantes para la comprensión de las lógicas de este espacio. Lo hará a partir del concepto de «campo del poder» del propio Bourdieu. En particular, veremos que este espacio está caracterizado por una doble determinación social (que especifica a la de ser un espacio próximo al campo del poder): la de la «pluralidad» de los espacios sociales involucrados en él (y así la de la pluralidad de competencias y poderes sociales, que se gestan y reactualizan en estos espacios sociales) y la del elevado peso estadístico de los agentes que han ocupado posiciones en las regiones intelectuales del campo del poder.

Finalmente, el cuarto capítulo afronta la cuestión central del estudio de caso: ¿Por qué es tan relevante la participación del campo intelectual en este espacio y cuáles son las lógicas

sociales implicadas en esta participación? En efecto, constatar la importancia de la participación del campo intelectual no nos exime de considerar las condiciones de posibilidad de esta participación y las lógicas sociales que funcionan en este proceso. Nuestra apuesta consiste en interpretar tales relaciones como un sistema de intercambio que tiene como principal «mercancía» una serie de bienes de naturaleza particular: bienes de carácter «simbólico». Este sistema de intercambio implica el flujo de estos bienes en una doble dirección: en primer lugar, hacia el periódico y los periodistas, quienes añaden el valor de lo «intelectual» a su trabajo, lo que tiene efectos en la consideración de *El País* como instancia del campo periodístico de la época; en segundo lugar, hacia los propios intelectuales que participan en él, quienes obtienen a causa de esta participación toda una serie de beneficios que redundan en sus posiciones en el campo intelectual español. Para comprobar este funcionamiento, analizaremos en profundidad las condiciones sociales de la intervención intelectual en el espacio de la opinión en *El País*. Nuestra hipótesis será que las determinaciones que están implicadas en este proceso sirven como fundamento de este sistema de intercambio y de sus efectos en las relaciones entre campo periodístico y campo intelectual en la España de la época.

PARTE I -

**EL MARCO TEÓRICO. LAS RELACIONES
ENTRE «INTELECTUALES» Y «MEDIOS DE
GRAN DIFUSIÓN» COMO RELACIONES
ENTRE «CAMPO INTELECTUAL» Y «CAMPO
PERIODÍSTICO»**

INTRODUCCIÓN DE LA PRIMERA PARTE

En esta primera parte de nuestra tesis doctoral, vamos a centrarnos primordialmente en el «Marco teórico», esto es, en el paso de la investigación que consiste en, según una definición muy extendida entre los científicos sociales, «analizar y exponer aquellas teorías, enfoques teóricos, investigaciones y antecedentes en general que se consideren válidos para el correcto encuadre del estudio (Rojas, 1981)» (Hernández Sampieri, Fernández Collado y Baptista Lucio, 2006:24). Se trata de un aspecto convencional de las tesis doctorales en ciencias sociales en nuestro país, el cual, según nuestra opinión, no por ello deja de ser necesario, pues permite aclarar al lector algunos de los elementos más importantes que debe incluir toda investigación sociológica que se precie.

En consecuencia, en esta primera parte, hemos perseguido un doble objetivo, acorde con lo esperable de un «marco teórico» convencional. El primero de estos objetivos no es otro que el de la delimitación de la pregunta de la investigación. A través de una serie de pasos sucesivos, proponemos ir desde la problemática inicialmente planteada, la de los «intelectuales» y los «medios de comunicación», hasta una verdadera formulación sociológica de la misma (lo que significa que se constituye como tal en cuanto que las teorías y los procedimientos metodológicos a movilizar son del orden de la disciplina científica de la sociología). Se trata de un largo camino para constituir el problema de partida en una pregunta de investigación ajustada a los principios de una pregunta de investigación propiamente sociológica, especialmente en lo que esto implica respecto de su necesaria orientación empírica.

De forma paralela a este proceso de especificación de la pregunta y de conversión de la misma en una verdadera problemática de carácter sociológico, se persigue la constitución simultánea de un corpus de hipótesis teóricas que la delimitan y que hacen posible la comprobación empírica. La palabra «hipótesis» e «hipótesis teórica» juegan un papel preponderante en esta primera parte de la tesis y en el conjunto de este trabajo en general. El significado con el que hemos tratado de usar esta palabra en nuestro trabajo es el que Bourdieu, Chamboredon y Passeron (1980) dieron al término: conjunto de proposiciones de carácter teórico (relativamente estabilizadas, abiertas a la modificación) que, alternativas a los presupuestos del saber ordinario en el modo de su construcción y su sistematización en relación a una teoría, hacen posible, al mismo tiempo, la construcción lo más coherente posible de los datos que conforman la investigación, por lo que son parte esencial de lo que pueda significar «hacer prueba» en el ámbito de las ciencias sociales, según la epistemología avanzada por aquellos autores.

Sin embargo, pensamos que es útil introducir algunos matices respecto de los objetivos que perseguimos en esta primera parte de la tesis doctoral. Es necesario, para una comprensión más justa del trabajo que nos hemos propuesto aquí, descartar algunos malentendidos que pueden provenir de la manera en que hemos construido el orden de la exposición de este primer paso de la investigación. El «marco teórico», al menos el de esta tesis doctoral, no debe ser pensado ni como una deducción en sentido estricto (no es un mecanismo de necesidad el que articula las hipótesis que se avanzan, como tampoco el que articula la consideración de los términos de la pregunta) ni tampoco como un paso inicial e incomunicado respecto de los otros pasos de la investigación. Sería engañoso dar esta imagen al lector e implicaría caer en una falacia que supone confundir el orden de la presentación con

el orden de las cosas. Por el contrario, la pregunta de la investigación, en su formulación sociológica definitiva, ya es producto de un largo proceso iterativo de corrección mutua no solo al interior del nivel teórico, sino también entre el nivel teórico y el nivel de la experiencia misma. Su concreción final es resultado de un afinamiento por pasos sucesivos y en los que la frecuentación de la base empírica (en sus momentos iniciales, ayudados por las primeras formulaciones e intuiciones) de la investigación es ya un hecho. En definitiva, a pesar de presentarse aquí (siguiendo el modelo de presentación convencional de las tesis doctorales) de un modo que privilegia lo teórico (aunque hemos intentado introducir en todo momento las referencias a lo empírico allí donde ha sido posible), ninguna de las etapas de esta investigación puede concebirse como plenamente aislada de las otras.

Dichos matices, nos permiten ya exponer el movimiento de la argumentación de esta primera parte de la tesis doctoral y en la cual tratamos de articular aquel doble objetivo.

La primera parte de esta tesis doctoral se divide en, además de esta introducción específica, dos capítulos y una conclusión. En el primer capítulo, nos enfrentamos a un primer problema importante de cara a la construcción de la problemática de la tesis, el de la pregunta «¿Qué es un intelectual?», cuestionamiento que guía dicho capítulo. Sin embargo, no se trata en él de la formulación genérica de tal interrogación, sino de la forma específica en la que la tradición de la sociología de los intelectuales la ha formulado para tratar de ofrecer algunas respuestas. En este contexto, discutiremos acerca de las respuestas que han ofrecido tanto los autores clásicos como los autores contemporáneos de la disciplina. Veremos ciertas particularidades de sus respuestas, también sus aportes y sus límites, en especial, respecto del complejo problema de la definición de «intelectual», verdadero talón de Aquiles de la disciplina. La conclusión del capítulo será la de apostar por el concepto de campo de Pierre

Bourdieu como una de las posibilidades, entre otras, que se manejan en el estado actual de la disciplina para afrontar sus arraigados problemas. La adopción de esta herramienta conceptual es el punto de partida para la construcción sociológica de nuestra problemática.

En el segundo capítulo, el objetivo es el de profundizar en el concepto de campo de Bourdieu como herramienta conceptual básica para la construcción del problema que aquí nos interesa, el de las relaciones entre los «intelectuales» y los «medios de comunicación» en la España contemporánea. Esta profundización tiene una doble vertiente, la cual se corresponde con la subdivisión en dos grandes apartados del capítulo. En el primero de estos subapartados, vamos a centrarnos más concretamente en el propio concepto. Más que realizar una lectura de corte tradicional de él, expondremos tanto las condiciones de su uso, en cuanto que herramienta epistemológica, como las hipótesis más básicas que introduce su aplicación. «¿Para qué sirve el concepto?» y «¿Qué es un campo?» serán las dos preguntas que sirvan de guía en este momento. Por su parte, en el otro subapartado del capítulo, lo que vamos a hacer es considerar las particularidades del concepto en cuanto a su aplicación a los ámbitos específicos que forman parte de nuestra problemática, esto es, el «campo intelectual» y el «campo periodístico». De particular importancia es este último, pues requiere una cierta atención de cara a su uso en nuestra investigación. Finalmente, este capítulo termina con una consideración acerca del papel de las «relaciones» entre campos, lo que nos permite alcanzar la formulación de la pregunta de nuestra tesis doctoral en los siguientes términos: las «relaciones» entre el «campo intelectual» y el «campo periodístico» en la España contemporánea.

Finalmente, en las conclusiones de esta primera parte, evaluamos el argumento seguido y proponemos un último paso que sirve como enlace con la segunda parte de la tesis doctoral,

en la que afrontamos el análisis empírico de estas relaciones. Este último movimiento consiste en considerar el significado de la opción por el estudio de estas relaciones en el periodo considerado a través del diario *El País*. Dicho diario se constituyó como una verdadera instancia de «referencia dominante» (Imbert y Vidal Beneyto, 1986) en esos años en el ámbito del campo periodístico, pero también en relación a la vida intelectual española del momento. Razón esta última por la que la hemos escogido como medio de acceder a una primera comprensión sociológica de dichas relaciones.

Pero para llegar a este último punto es necesario ir paso a paso y comenzar por el primer capítulo, el de la cuestión de la definición de «intelectual» y sus relaciones con el concepto de campo.

CAPÍTULO I.

¿QUÉ ES UN INTELLECTUAL? LA SOCIOLOGÍA DE LOS INTELLECTUALES DESDE SUS APUESTAS FUNDADORAS HASTA EL CONCEPTO DE «CHAMP» DE PIERRE BOURDIEU

Pour valider notre entreprise, il n'est pas besoin à nos yeux qu'elle soit assurée de jouir, pendant des années et jusque dans ses moindres détails, d'une présomption de vérité. Il suffit qu'on lui reconnaisse le modeste mérite d'avoir laissé un problème difficile en moins mauvais état qu'elle ne l'avait trouvé. N'oublions pas non plus qu'il ne saurait exister pour la science des vérités acquises. Le savant n'est pas celui qui fournit les vrais réponses; c'est celui qui pose les vraies questions (Lévi-Strauss, 1964:15)

El objetivo de este primer capítulo no es otro que el de poner en relación la tradición teórica de la sociología de los intelectuales con el concepto de «champ»⁷ [campo] de Pierre Bourdieu. En particular, en él se busca mostrar en qué medida este concepto constituye una de las posibles vías para afrontar algunos de los problemas que tradicionalmente han estado presentes en esta tradición de pensamiento. Esto es una parte fundamental de la justificación del uso del concepto en este trabajo así como también es un primer paso hacia el doble objetivo que nos hemos planteado para el «marco teórico» de esta investigación.

De hecho, lejos de constituir un ejercicio puramente improductivo, la puesta en relación de dicho concepto con los problemas que intenta resolver es una parte elemental del sentido que tienen los conceptos en el quehacer sociológico y, por tanto, de su valor en la investigación sociológica⁸. De modo que concentrarse en tales problemas no atiende a una

7 A partir de este punto haremos únicamente uso de la traducción española habitual del concepto.

8 Enviamos al lector, para ir más allá de esta escueta formulación de tal principio y para una justificación completa del mismo, al apartado del segundo capítulo en el que tratamos de esta cuestión al hilo de una exposición acerca de las prescripciones sobre el uso de los conceptos sociológicos en la obra de Pierre

mera voluntad de «comentar» textos por el mero hecho de hacerlo, sino que responde a un esfuerzo específico de apropiación del sentido mismo y del valor del concepto de campo. Además, se trata de un esfuerzo que es parte esencial de la justificación necesaria del uso de ese concepto en este trabajo, ya que a partir de este trabajo podemos dotarnos de los medios fundamentales para una comprensión cabal de los efectos que dicho concepto introduce en la investigación. En última instancia, este ejercicio implica reconocer para el trabajo de investigación en sociología la importancia del «pensar en relación a problemas» y su carácter de condición indispensable para la fertilidad de la investigación en dicha disciplina científica.

Sin embargo, es cierto que esta manera de proceder, la cual intenta atender a la configuración misma de los problemas previos que sirven como contexto de la investigación, no está libre de ciertos peligros ante los que cabría tomar algunas precauciones. En primer lugar, ante aquellos que se derivan de la naturaleza problemática de esa tradición que hemos llamado «sociología de los intelectuales» y, en segundo lugar, ante aquellos que se derivan de la interpretación que puede hacerse desde el presente de dicha tradición.

En efecto, la tradición misma a la que acudimos aquí, la que hemos denominado «sociología de los intelectuales», resulta ampliamente problemática en varios sentidos. Como ha señalado Leclerc (2003:4), esta tradición tiene un estatuto más próximo al de proyecto o programa de investigación que al de especialidad claramente definida. Además, esta tradición permanece (a pesar de su antigüedad, cabría añadir) en un estado de disciplina en vías de formación, pues está todavía hoy asediada tanto por numerosos obstáculos internos como por sus relaciones problemáticas con otros dominios específicos del conocimiento sociológico (como la sociología política, la sociología de la ciencia o la sociología de los medios de gran

Bourdieu.

difusión). Respecto de esto último, la sociología de los intelectuales no termina por constituirse como un ámbito diferenciado de estos dominios, como tampoco logra construir una síntesis coherente de instrumentos transdisciplinarios con los que afrontar su objeto. En resumen, la propia tradición de la que hablamos constituye en sí misma un problema y esto afecta a la manera en que podemos interrogarla.

Una cuestión en la que se expresa ese estatuto problemático es la del corpus mismo de textos a delimitar como parte de esa tradición. En efecto, también es fuente de dificultades la cuestión de qué autores y qué obras pueden ser consideradas parte de esta misma tradición. Además, un inconveniente añadido a este hecho es el de que los textos que podemos categorizar bajo la etiqueta «sociología de los intelectuales» están en la mayoría de los casos atravesados por otras problemáticas propias e inmanentes al conjunto de la obra general de los diversos autores, lo que introduce el riesgo de producir límites artificiales en tales obras que imposibiliten la comprensión del planteamiento del autor señalado o, incluso, que induzcan a una interpretación totalmente sesgada de su planteamiento. No hay solución a este problema más que la de asumir la responsabilidad, en cuanto que investigador, de dicha selección e interpretación. Así, más allá de que intentemos en todo momento exponer tanto las razones que nos llevan a considerar tales textos como las que nos llevan a interpretarlos de una manera particular (por orientada a nuestra problemática), es necesario reconocer la naturaleza relativa de la construcción del corpus al que aquí vamos a referirnos y apelar, de cara al lector, al principio de caridad interpretativa. Lector que debe situarse en el lugar de juez último tanto de la pertinencia como de la utilidad de la selección del corpus de textos que hemos tenido en cuenta finalmente. Juez último, también, de las interpretaciones que ponemos en juego de estos textos.

En segundo lugar, por si no fueran suficientes estos problemas, también cabe atender a las posibles derivas propias de toda interpretación en el presente de los textos clásicos de una disciplina. Una deriva mayor acecha en tal empresa: el peligro de «naturalización» del pensamiento de los autores, a los que se encierra en una descripción y categorización demasiado bien construida (y así próxima a dar cumplimiento a cualquier forma de la falacia del hombre de paja), probablemente acorde con los fines del investigador en liza, quien en ocasiones no tiene más objetivo que el de plantear una supuesta superación de las categorías así construidas. No es posible poner fin de antemano a este problema, pues se trata de una deriva inherente a todo ejercicio como el que pretendemos hacer aquí. En cualquier caso, hemos intentado ajustarnos a otra manera de trabajar y de integrar el trabajo teórico y de acumulación teórica en nuestra disciplina que se ajusta a un doble derecho: el derecho a una lectura pragmática de los clásicos de nuestra disciplina y, como contrapartida, el derecho (y el deber) a considerarlos como una fuente no cerrada y no agotable para seguir planteado problemas. De este modo, nuestra lectura de esta tradición pretende evitar toda tentación de enviar a los autores discutidos al «Museo de las reliquias» sin efecto alguno en el presente, tendencia que, paradójicamente, comparten en gran medida algunas de las estrategias de adoración infinita de los clásicos de nuestra disciplina y que los convierten en figuras «intocables» (y por ello mismo, «inservibles» para el presente), como las supuestas reivindicaciones de superación apelando a categorías poco definidas y deliberadamente laxas como la que se expresa en la dicotomía «viejo-nuevo» y que no tiene más efecto que el de ahorrar el largo trabajo de asimilación conceptual del pasado de la disciplina.

1 El problema del objeto: la definición de «intelectual» y sus dificultades en el marco de la sociología de los intelectuales

No solo constituimos un corpus determinado, sino que vamos a centrarnos en un problema específico en esta literatura a causa de la importancia del problema para esta investigación y de su alcance (tanto cuantitativo como cualitativo) dentro de esta disciplina en el marco de la sociología. Se trata del problema de la definición de «intelectual», un problema acuciante desde el punto de vista de la sociología de los intelectuales como dominio del conocimiento sociológico.

En efecto, numerosos han sido los autores que han considerado como problemática y difícil la definición del «intelectual». Por no citar más que algunos ejemplos, cabe recordar el planteamiento de estas dificultades en el prefacio escrito por el sociólogo austriaco-estadounidense Lewis Coser (1968) a su *Man of Ideas* o, ya en nuestro país, el planteamiento clásico de Benjamín Oltra (1978) en *Una sociología de los intelectuales*. Lo que se ha mostrado en ese conjunto de escritos son las enormes dificultades existentes para proveernos de una definición satisfactoria de «intelectual» en el marco de los requisitos del quehacer sociológico. Quizás la primera evidencia de tal dificultad sea precisamente la existencia de una pluralidad de definiciones de «intelectual» no solo en el uso ordinario del término sino en el propio ámbito de las investigaciones de la sociología de los intelectuales. Pluralidad de definiciones que, en el caso de esa literatura, denota una falta de consenso en torno a la definición del objeto, sin que parezca que alguna de entre las opciones disponibles termine por alcanzar un reconocimiento generalizado entre los investigadores asociados a esa literatura. En definitiva, todo parece indicar que el concepto de «intelectual» tiene un estatuto bastante controvertido en el seno de esta disciplina y que tal concepto estaría lejos de ajustarse

a las condiciones básicas necesarias para constituir una definición «operativa» que podría permitir el análisis empírico del objeto que toda aproximación sociológica implica⁹.

Entonces, ¿cómo hacer sociología de un objeto tan elusivo, problemático y condenado a esa suerte de dificultad inherente? Y, en lo que concierne directamente a esta investigación, ¿cómo definir esa parte de nuestro objeto que habla de un grupo denominado «intelectuales», la cual tiene relaciones con esa otra «entidad» denominada «medios de gran difusión»? Es aquí donde el concepto de campo cobra toda su importancia como principio de construcción del objeto en esta investigación, como veremos más adelante.

Sin embargo, antes de entrar en el tratamiento específico de ese concepto en cuanto que apuesta teórica en el seno de esta investigación, proponemos a continuación una breve discusión de algunos hitos en la historia del problema de la definición del «intelectual» en la medida en que ha sido pensado por la sociología de los intelectuales desde sus apuestas fundadoras. Esta exposición plantea un esquema que está construido según un doble principio «histórico» y «temático». Por una parte, hemos dividido la exposición según un orden cronológico que tiene como vector principal el despliegue en el tiempo de la palabra «intelectual» y su correlato «intelectuales», especialmente en la medida en que ésta ha sido objeto de desarrollos e incorporaciones en el marco del discurso sociológico. Así, tras el punto de paso obligado que constituye el origen de la palabra en torno al Affaire Dreyfus en la Francia de finales del XIX, nos centraremos en el primer momento de recepción (verdadero

9 Por otra parte, es interesante hacer notar que en esta literatura el reconocimiento de las dificultades de la definición no va a la par de un consenso acerca de las diversas razones que fundamentan dichas dificultades, como tampoco existe (lo que no es de extrañar pues ambas cosas estas relacionadas en gran medida) un consenso en torno a las posibles vías de solución que adoptar. Lo que sí constituye un hecho aceptado ampliamente en dicha literatura, especialmente en los escritos más contemporáneos de la disciplina como veremos posteriormente, es que la palabra «intelectual» es una palabra que genera todo tipo de polémicas y disputas, lo que dificulta el procedimiento de definición, como reconocen los propios Coser (1968:9 y ss.) y Oltra (1978:8 y ss.) en sus respectivos trabajos.

momento de fundación de un pensamiento sociológico acerca del intelectual) de la palabra en el discurso sociológico a través de varios de sus representantes paradigmáticos, para finalizar nuestro recorrido en los planteamientos contemporáneos del problema en la sociología de los intelectuales.

A su vez, dicho despliegue cronológico no olvida la densidad polémica del problema de la definición del «intelectual» y sus múltiples vectores. Así, de forma paralela al orden cronológico, nos proponemos, a partir de las propuestas particulares de los autores seleccionados, definir los *enjeux* de la definición, las dimensiones de dicho problema y los límites a los que nos conducen dichas propuestas. Comprender estos *enjeux* y sus complejidades es una parte esencial, como decimos, del significado de la opción por el concepto de campo en este trabajo.

1.1 El «Affaire Dreyfus» y la difusión de la palabra «intelectual»

Una cuestión que resulta inevitable en el marco del proyecto de exponer el tratamiento, en el marco de la sociología de los intelectuales, del problema de la definición de su objeto es la del lugar por el cual comenzar dicha exposición. En otras palabras, a partir de qué momento delimitamos el comienzo de la reflexión acerca de la cuestión de los «intelectuales», pues el campo y el corpus de textos que podrían ser seleccionados es enormemente vasto.

Una manera de abordar ese problema es dirigir nuestra atención en primer lugar no a los discursos sobre los «intelectuales», sino a una cuestión mucho más básica e inmediata, la cual podría resumirse del siguiente modo: ¿De dónde viene la propia palabra «intelectual» y su

correlato «intelectuales»? ¿Tiene esta palabra un origen, un espacio-tiempo en el que pueda ser situada su «aparición»? En otras palabras, se trata de comenzar por la propia palabra «intelectual», de no darla por supuesto y de interrogarnos, por el contrario, sobre su pertinencia espacio-temporal.

Acuciados por dicho problema, han sido los historiadores quienes más han tenido que reflexionar sobre tal difícil cuestión y quienes han hecho los mayores esfuerzos para intentar ofrecer algunas respuestas a dicho interrogante. De hecho, existe una amplia literatura, aunque en número e importancia desigual según los países, dedicada a tratar de determinar el origen de la palabra. En esta literatura destaca, y por razones evidentes a la luz de la importancia de la figura del «intelectual» en la conciencia colectiva de la nación que la acoge, la tradición historiográfica francesa de la «historia de los intelectuales»¹⁰.

Precisamente, lo que destaca en esa literatura es un consenso en torno al surgimiento del sustantivo «intelectual» en la Francia del Affaire Dreyfus, en la década de los noventa del siglo XIX (Charle, 1990; Dosse, 2006; Ory y Sirinelli, 2007)¹¹. De hecho, en ese momento se

10 En esta tesis en general y en este apartado en particular, se hace un uso amplio de esa tradición historiográfica. Aunque se trata de una tradición específica dentro del ámbito de la historiografía, la «historia de los intelectuales» francesa tiene múltiples relaciones a causa de su objeto con otros dominios del conocimiento histórico como la historia cultural y la historia de las mentalidades, así como también con otras formas de hacer historia del pensamiento ancladas en otras tradiciones nacionales, como la historia semántica en Alemania (y cuyo autor más conocido es Reinhart Koselleck) o la historia conceptual asociada al historiador británico Quentin Skinner y a la «Escuela de Cambridge» (para una presentación sintética de la historia de los intelectuales y sus relaciones con esos otros dominios y formas de hacer de la historia cabe recomendar el libro de Dosse, 2006). En lo que nos concierne más directamente, parece que también existe -al menos a priori- relación entre la «historia de los intelectuales» y la propia sociología de los intelectuales. Sin embargo, si la relación con esta última parece totalmente justificada a causa de su objeto común (podría incluso alegarse que no puede existir «sociología de los intelectuales» sin «historia de los intelectuales») hay que reconocer que las relaciones entre ambos dominios son un tanto complejas y están atravesadas por múltiples críticas cruzadas. Por señalar algunos ejemplos, autores tan significativos en la historia de los intelectuales como Jean-François Sirinelli (Ory y Sirinelli, 2007) o el propio François Dosse (2006) han dedicado notables críticas a la sociología de los intelectuales, de las que daremos cuenta en un apartado posterior.

11 Sin embargo, en este punto cabe señalar que es necesario no confundir la cuestión de cuándo surgió la palabra «intelectual» (ya que existe un consenso en lo que a ello respecta), con el problema relacionado

produce un cambio cualitativo importante, pues la palabra deja de tener el uso fundamentalmente adjetivado anterior a esa década, en el cual resulta ser no más que sinónimo de intelecto (Idt, 1969, citado en Dosse, 2006:61), y se convierte en un sustantivo que designa a un grupo particular concreto. La paradoja histórica en todo ello es que, contrariamente a una imagen muy extendida, no fue Émile Zola quien empleó por primera vez el término con ese sentido en la famosa carta que publicó el diario *L'aurore littéraire* el 13 de Enero de 1898, como tampoco fue el editor Clemenceau quien logró una gran difusión del mismo, a pesar de que este último lo utilizara en algunas de sus intervenciones posteriores a la del novelista francés. Fueron Maurice Barrès, quien escribió en contra de la «¡La protesta de los intelectuales!» (Ory y Sirinelli, 2007:16 y ss) en *Le Journal* y la respuesta a este texto que publicó en la *Revue Blanche* Lucien Herri, bibliotecario de la École Normale Supérieure, quienes dieron al término (ya en ese nuevo sentido referido a un grupo particular) una difusión importante.

Al margen del devenir de la propia controversia y el debate en torno al caso Dreyfus (en el que participó un número considerable de intelectuales franceses del momento, incluido el propio Durkheim con el texto *L'individualisme et les intellectuels*, 1898) en el que se produjo

del uso de la palabra «intelectual» como concepto historiográfico y los límites temporales de su pertinencia. De hecho, ésta última cuestión ha dado lugar a una polémica entre dos posiciones enfrentadas. Por un lado, un grupo de autores destaca el carácter históricamente situado de la categoría y niega o cuestiona la pertinencia del uso del vocablo «intelectuales» en relación a contextos y periodos previos a la Francia del Affaire Dreyfus, pues considera esa exportación del término como una forma de «anacronismo». A favor de esta posición se sitúan autores como el propio Charle (2000) o Leclerc (2003). Por otro lado, el grupo de autores que afirma la pertinencia de la palabra como concepto para aprehender realidades de otros periodos (y así defiende un uso analógico del concepto) y en el que se incluyen Le Goff (1957), con su ya clásico estudio sobre los «intelectuales en la Edad Media», o el propio Dosse (2006). Aunque la aceptación del «nacimiento» de la palabra «intelectual» en el Affaire Dreyfus no determina completamente la posición en este segundo debate (como puede extraerse del hecho de que autores que aceptan lo primero no están de acuerdo en lo segundo), en general, en nuestro trabajo hemos optado por aceptar la primera de estas propuestas como hipótesis de trabajo (esto es, que la palabra «intelectual» en su significado actual es un fenómeno históricamente reciente y que es necesario ser muy cuidadoso en su utilización para periodos anteriores) y como apuesta estratégica en la exposición.

esa transformación en el uso y la ampliación de la palabra (y al margen también de las razones que estarían implicadas en el transcurrir del debate, aspecto en el que, por el contrario, no existe consenso entre los historiadores¹²), lo que aquí nos interesa señalar es la inmediata difusión que tuvo dicho término tanto en la propia Francia como en el extranjero. En efecto, lejos de permanecer en el ámbito de la discusión pública respecto al caso del coronel Dreyfus, la palabra, ya en su uso sustantivado, fue ampliamente difundida, de modo que se convirtió en un término corriente en el espacio público francés del siglo XX, hasta el punto de justificar la expresión que da título y sentido al best-seller de Michel Winock (1997) que cualifica el siglo pasado precisamente, al menos en el espacio francófono, como «el siglo de los intelectuales».

Además de esta expansión en el espacio público francés, resulta significativa la difusión del sustantivo allende los límites de la Francia de la época. Ese proceso ha sido estudiado, entre otros, por el historiador francés Christophe Charle (2000:155-202). Sus trabajos han mostrado, además, las diferencias en la recepción y reapropiación de la palabra en los diversos países en los que fue importada (como Rusia, Inglaterra, Alemania, España e Italia entre otros), las cuales son a su vez producto de las diferentes configuraciones sociales de esos países y, en especial, de las diferentes trayectorias históricas de los contextos de acción intelectual que sirven de base al grupo que « nombra » la palabra¹³.

12 De hecho, uno de los debates más interesantes en el seno de esta tradición historiográfica es el de las causas del «nacimiento de los intelectuales» (esto es, del surgimiento de la palabra y su consolidación como término corriente en el debate público), aunque no podemos centrarnos en él en este trabajo por su carácter secundario en relación a nuestra problemática. Para una introducción a dicho debate, los libros de Ory y Sirinelli (2007) y el de Charle (1990) son una referencia ineludible.

13 El proceder comparativo de Charle, que muestra tanto las sinergías efectivas entre los contextos nacionales como sus reales diferencias a causa de las particulares configuraciones de dichos contextos, puede servir como salvedad frente a una lectura escéptica que podría sostener que la datación del origen de la palabra «intelectual» en la Francia del Affaire Dreyfus es más bien producto de un interés de carácter chovinista propio de la historiografía francesa, la cual buscaría en última instancia el reconocimiento de Francia (y los beneficios simbólicos que ello conlleva, fuente de orgullo para la conciencia republicana francesa) como la cuna de la figura del «intelectual». Si cabe añadir algún tipo

Finalmente, la expansión de la palabra no se produce únicamente en el nivel «público» o del debate público. Tal y como señalan Pascal Ory y Jean-François Sirinelli (2007:18), el término en su uso sustantivado pasó pronto también al ámbito y al discurso académico. De hecho, ya en una fecha tan próxima al *Affaire* como 1914 (por lo tanto, trece años antes de la publicación de *La trahison des clercs* el libro de Benda, 1927, que tendría mucha mayor posteridad en la literatura sobre intelectuales), Auguste Cartault publicó un trabajo que emprendía un análisis «psicológico» de esa figura titulado *L'intellectuel : étude psychologique et morale*, de modo que inauguraba así toda una tradición de reflexión «académica» sobre la figura del intelectual. Por otra parte, ¿resulta tan sorprendente esta importación si la mayoría de los simpatizantes de la causa «dreyfusard» ocupaban posiciones en el ámbito universitario, como señala Dosse (2006:62 y ss.)?

La cuestión que se deriva de todo ello es que ese nuevo uso de la palabra, cuyo origen (según se desprende de esta tradición historiográfica) resulta esencialmente estratégico y polémico (pues la noción «nació totalmente armada para la lucha», Ory y Sirinelli, 2007:18), es incorporado en el ámbito del discurso académico. Y en el marco de esa incorporación y traspaso de fronteras del debate, también la naciente sociología de los intelectuales se hará cargo de ella para dar un sentido a esta novedad de un grupo que se atribuye un nombre y que persigue un reconocimiento y el derecho a participar en la «esfera pública» y en el debate político acerca de las cuestiones comunes. Los postulados teóricos a partir de los cuales esa disciplina naciente va a pensar el problema no son radicalmente nuevos, sino que continúan

de contrapunto a esta datación, este es el caso de Rusia y el surgimiento de un grupo social autodenominado como «intelligentsia» bajo el zarismo en torno a 1860, caso que analiza Charle y que reconoce como ascendiente en la evolución del caso francés (para una introducción al tema de la «intelligentsia» rusa cabe recomendar el libro de Nahirny, 1983) . Por último, los estudios que en nuestro país han abordado el caso español también concuerdan en líneas generales con esta datación. Algunos de estos estudios que se centran en las particularidades del caso español y sus relaciones con el caso francés son los de Fox (1988), Salaün y Serrano (1991), Juliá (1998, 2014) o Eric Storm (2001).

con algunas tradiciones anteriores. Sin embargo, es difícil negar la especificidad y originalidad de las respuestas al problema que se plantean en ella.

1.2 El problema de la definición del «intelectual» en el discurso sociológico de entreguerras. Un análisis de los escritos sobre el «intelectual» de Antonio Gramsci, Karl Mannheim y Florian Znaniecki

1.2.1 Antonio Gramsci (1891-1937): el «intelectual» como función social

En efecto, es en el periodo de entreguerras, solo algunos años después de finalizada la Primera Guerra Mundial, en medio de la «crisis de la sociedad burguesa» heredada del siglo XIX, cuando comienza a gestarse un corpus importante de reflexión acerca de la figura del intelectual como problema para la sociología. Podríamos definir dicho periodo como una etapa de fundación y de incorporación paulatina del problema del intelectual en el discurso sociológico. En especial, como el momento en que dicho dominio de la Sociología comienza a perfilar algunos elementos específicos de respuesta a tal problema. Por otra parte, resulta igualmente interesante el hecho de que esa reflexión no se circunscribió a un único país en concreto (como tampoco lo había hecho la propia difusión de la palabra), sino que se puso en marcha en diferentes contextos nacionales, a partir de diversas tradiciones teóricas y, en general, con resultados distintos.

Aunque siempre resulta un tanto arbitraria la elección de un punto de partida para abordar un periodo como el señalado, puede servirnos como primera parada la obra del filósofo marxista italiano Antonio Gramsci, cuya biografía refleja en gran medida la mayoría

de los ingredientes del periodo incierto, pero comprometido, del que estamos hablando. Gramsci, cuya relación con la sociología fue ambivalente¹⁴, es una de las pocas figuras que genera un consenso notable en cuanto a su importancia para la problemática que aquí nos atañe. En efecto, existe una abundante literatura tanto en relación a su obra en general como en torno a su definición del intelectual en particular. Por destacar algunos de estos trabajos, cabe citar los de Buzzi (1969), Macciocchi (1976) o Simon (1991) y, ya en nuestro país, los de Vargas-Machuca (1982), Cabrera Montoya (1985) o Diaz-Salazar (1991).

Gramsci escribió abundantemente acerca del problema del intelectual en los *Quaderni del carcere* (que reflejan las notas de los diarios que escribió a partir de 1929 en su estancia en la cárcel de Turi y que constituyen el grueso de lo que nos legó por escrito) y su propuesta de definición es una de las más conocidas y más influyentes en la sociología de los intelectuales. La originalidad del planteamiento de Gramsci reside en la solución específica que, a partir de una lectura particular de la tradición marxista, ofrece al problema del intelectual y su importancia en un momento histórico en el que, como hemos señalado, ese «grupo» ha adquirido un capacidad de acción importante en el espacio público de diversos países europeos. En efecto, la posición especial que ocupa Gramsci en el pensamiento marxista tiene que ver con el modo particular en el que afronta el problema de las relaciones entre «base» y «superestructura» («el problema crucial del materialismo histórico», 1981:167) y el objetivo paralelo de aclarar dicha relación:

14 Una aproximación al debate de su posición ante la sociología puede verse en Galliano et al (1970) . Por nuestra parte, hemos optado por categorizar a Gramsci como filósofo o sociólogo indistintamente y esto último en la medida en que sus propuestas nos parecen completamente integradas en los problemas de la sociología de los intelectuales. Esto implica tomar partido en relación a un importante problema que aquí no podemos resolver: el de la cuestión de las relaciones entre pensamiento marxista y sociología, el de si ambas tradiciones de pensamiento son asimilables o si, por el contrario, representan posiciones irreductibles. Una obra clásica que sirve como introducción a dicha problemática es la de Zeitlin (1973).

Capítulo I. ¿Qué es un intelectual? La sociología de los intelectuales desde sus apuestas fundadoras hasta el concepto de «champ» de Pierre Bourdieu

La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura tiene que ser combatida en la teoría como un infantilismo primitivo, y en la práctica, hay que combatirla con el testimonio auténtico de Marx (1974, p. 276)

En esa relectura del problema de la relación entre base y superestructura tiene toda su vigencia el planteamiento del problema del intelectual, concebido en términos generales por el filósofo italiano como uno de los agentes fundamentales de «la materialidad de la superestructura». Del planteamiento del filósofo italiano en relación al problema del «intelectual» vamos a dedicarnos a continuación.

El primer elemento y el más importante de la definición gramsciana del intelectual es su consideración como una función social y una categoría profesional específica. Restituir el alcance de dicha afirmación es el objeto de este apartado. En efecto, el primer giro teórico que introduce Gramsci con su definición de intelectual es el de distinguir claramente entre un nivel «antropológico» y un nivel «social» o «sociológico» y la consecuencia inmediata de situar el problema de la definición desde el punto de vista de este segundo nivel. Así, Gramsci afirma claramente postulados antropológicos como los siguientes, desconcertantes para quienes confunden el nivel antropológico y el nivel sociológico del problema: «todos los hombres son intelectuales» (1974:391) o todo ser humano es un grado de equilibrio posible entre «nervio-músculo» e «intelecto-cerebro». La cuestión es que esos postulados antropológicos han de ser matizados «sociológicamente»: «pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales» (1974:391), como tampoco el grado de equilibrio diferencial entre aquellas dos potencias humanas se da de cualquier forma, ya que está mediado por el hecho de que el hombre participa de una actividad profesional. De este modo,

hay que distinguir entre la postulación de una dimensión intelectual-cerebral en el «hombre» de la de la existencia de una «función social», el concepto clave que introduce el filósofo italiano. En definitiva, a lo que Gramsci nos invita en el planteamiento del problema del «intelectual» es a considerar como criterio principal de definición uno de orden sociológico (una «función social», una «categoría profesional»)¹⁵.

Ahora bien, esta función social no es entendida por Gramsci de modo estático, como tampoco hay que concebirla en el vacío. Por el contrario, esa función social se da en el marco de unas relaciones sociales determinadas. Esto supone, como nos hace entender el filósofo italiano, que la función social del intelectual viene definida por su posición en esas relaciones sociales y que comprender esas relaciones es condición *sine qua non* para comprender la función social del intelectual. Se trata de asumir que la función social del intelectual no puede ser definida *per se* sin contar con el juego de relaciones en el que está inserta. Por otra parte, Gramsci ofrece un esquema de inteligibilidad de estas relaciones sociales generales inserto en la perspectiva del materialismo histórico y, así, la función y categoría profesional del intelectual es puesta en relación con el proceso mismo de producción y con los grupos sociales «esenciales» que en torno a él se generan.

15 Esta propuesta gramsciana puede considerarse, por tanto, como una reformulación propiamente sociológica del problema. Sin embargo, vale la pena introducir la matización de que para Gramsci no se trata por ello de abandonar las cuestiones antropológicas. De hecho, una parte importante de la propuesta política de Gramsci de creación de una «contra-hegemonía» se asienta en el reconocimiento de la necesidad de hacerse cargo de la condición propia escapando del impedimento del desarrollo de las potencias intelectuales que está implícito en algunas funciones sociales a dominante no intelectual y que son producto del estadio del desarrollo de las fuerzas productivas en el modo de producción capitalista. De lo que se deduce la importancia del postulado antropológico del equilibrio entre las potencias fisiológicas y las potencias intelectuales en el proyecto político de Gramsci: «El problema de la creación de una nueva capa intelectual consiste, por tanto, en elaborar críticamente la actividad intelectual que existe en cada individuo con cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo nervioso-muscular en busca de un nuevo equilibrio, y consiguiendo que el mismo esfuerzo nervioso-muscular, en cuanto elemento de actividad práctica general que innova constantemente el mundo físico y social, se convierta en fundamento de una concepción del mundo nueva e integral» (1974:392)

Sin embargo, aquí Gramsci da un contenido específico más concreto a algunas de las elaboraciones que Marx y Engels plantearon en *La Ideología Alemana* (1970) acerca de las relaciones entre las funciones intelectuales y su posición en el proceso de producción y los grupos sociales derivados de éstas¹⁶. Si bien Gramsci continúa en líneas generales el planteamiento que hacían Marx y Engels en ese libro (especialmente el hecho de comprender la existencia del intelectual como excedente del proceso de producción, elemento que expresa Gramsci en esa consideración de la función social del intelectual como no directamente -sino indirectamente- relacionada con el proceso de producción), conviene señalar tres aspectos en los que se manifiesta la originalidad del filósofo italiano a la hora de pensar la articulación de esas relaciones entre la función del intelectual y los grupos «esenciales» en el proceso de producción. En primer lugar, para Gramsci, efectivamente, la función está ligada a dichos grupos, a los cuales aquella otorga «organización» y «conciencia» y de los que se desarrolla, en gran medida, como especializaciones de las funciones primordiales del grupo (ver especialmente 1974:394 y ss.). Si esto no se aleja excesivamente del planteamiento de Marx y Engels, el aporte de Gramsci al respecto reside no solo en la nominación particular (la cual tendrá un éxito posterior notable) que otorga a este tipo de relación, esto es, la idea de la relación «orgánica» y del «intelectual orgánico» (la cual, por cierto, Gramsci somete al orden de la «gradación», pues podemos hablar de una «conexión mas o menos íntima con un grupo social fundamental», 1974:394); sino también en los análisis históricos concretos de este tipo de relaciones que ofrece, como el ejemplo que expone acerca de los sacerdotes y la aristocracia de la tierra (1974:389 y ss.). En segundo lugar, Gramsci especifica de un modo igualmente original el papel general de esa función social en relación a los grupos esenciales

¹⁶ Cabe destacar que *La ideología alemana* no fue publicado en una versión completa hasta 1932, así que Gramsci debió elaborar sus ideas sin haber leído ese libro en concreto.

de la producción, el cual tiene una doble vertiente: a partir de la distinción conceptual entre «dos planos superestructurales» (1974:394 y ss.), el de la Sociedad Civil y el Estado, la función del intelectual, según sea ejercida en uno u otro ámbito, dará lugar a dos funciones diferentes: la del afianzamiento de la hegemonía social en el ámbito privado, o lo que es lo mismo, el mantenimiento del consenso espontáneo a la orientación del grupo dominante; y la de la gestión del dominio directo y la coerción directa específica del Estado, dirigida según Gramsci a aquellos grupos que no otorgan el consentimiento espontáneo al grupo dominante. Por último, el filósofo italiano no escamotea un problema importante que puede surgir ante una explicación como ésta (y que no era fácilmente deducible de la formulación de Marx y Engels): si la función social del intelectual es eminentemente orgánica respecto del grupo esencial de la producción correspondiente, ¿cómo explicar la auto-afirmación misma del grupo y el «espíritu de cuerpo» que presentan algunos grupos intelectuales? ¿Se trata, una vez más, de un problema de «falsa conciencia»? No exactamente. La continuidad entre grupos intelectuales existe para Gramsci, lo que ocurre es que los propios individuos que ocupan funciones intelectuales en la sociedad se dan una explicación errónea al tratar de justificarla, como por ejemplo, cuando apelan a la autonomización del grupo respecto del proceso de producción. Al contrario, según Gramsci, la continuidad es producto de la lucha por el dominio y la hegemonía histórica, la cual empuja a los nuevos grupos dominantes a integrar a los grupos intelectuales que eran orgánicos respecto de un estadio anterior del desarrollo de las fuerzas productivas. Consciente de la novedad de su planteamiento, Gramsci señala la diferencia de este planteamiento frente al de la filosofía idealista, que concibe dicha continuidad como producto de un esquema (lógico) de auto-conciencia histórica.

Finalmente, estamos en condiciones en este punto de poder extraer las aportaciones de Gramsci en lo que a la cuestión del problema de la definición del «intelectual» se refiere. El filósofo italiano nos provee, en primer lugar, de una problematización específicamente «sociológica» del concepto al centrar en el orden «social» la cuestión de los criterios de la definición, lo que constituye una primera apuesta en la consideración sociológica del problema. En segundo lugar, nos recuerda, frente a las tendencias que buscan establecer una definición «auto-suficiente», la necesidad de considerar las relaciones sociales (con otros grupos sociales en el seno de las relaciones de producción) como parte del trabajo de la definición, pues éstas otorgan una parte fundamental del significado sociológico de la categoría «intelectuales» (aspectos de carácter relacional que no siempre han sido tenidos en cuenta en otros intentos de definición). En tercer lugar, el filósofo introduce, contra la voluntad de establecer una definición «estática» del «intelectual», una perspectiva histórica en el trabajo de definición a través del punto de vista del materialismo histórico y los análisis derivados de la tesis de la división histórica entre trabajo manual y trabajo intelectual específica del modo de producción capitalista. Finalmente, aunque se trata de un aspecto en el que no hemos profundizado en este apartado, hay que reconocerle al filósofo italiano el mérito de haber adelantado en algunos de sus escritos sobre el «intelectual» diversos esbozos de análisis históricos de algunos estudios de caso sobre grupos intelectuales como su análisis sobre «la cuestión meridional»¹⁷, lo que le distingue igualmente de mucha literatura sobre los intelectuales que obvia el intento de aplicación empírica de sus modelos y definiciones.

¹⁷ Macciocchi (1976, capítulo 7) en particular, ha tratado de este análisis histórico sobre el *Mezzogiorno* italiano y los grupos sociales e intelectuales implicados en ello.

1.2.2 Karl Mannheim (1893-1947): la *intelligentsia* como estrato relativamente autónomo y su papel en el mundo moderno

Si con la figura de Gramsci nos hemos introducido ya en las extremadamente difíciles vicisitudes personales asociadas a una época incierta, la trayectoria biográfica del sociólogo de origen húngaro, Karl Mannheim no le va, en ese sentido, a la zaga. Nació y estudió en Budapest donde finalizó sus estudios de doctorado en 1914. A comienzos de los años veinte, con la caída de la efímera República Soviética Húngara, se vio obligado a emigrar de su país hacia Alemania (dejando atrás su relación con Lukács, quien le dejó una notable impronta intelectual), donde más tarde sería profesor de la Universidad de Heidelberg. Allí trabajó, entre otros, con Alfred Weber hasta que en 1933, con la llegada al poder del Partido Alemán Nacional-Socialista de los Trabajadores, se vio obligado una vez más a emigrar, esta vez en dirección a Inglaterra, donde fue acogido en la London School of Economics.

Quizás una trayectoria biográfica tan agitada como ésta ha contribuido, en no poca medida, a definir la originalidad y la amplitud de las que hacen gala los trabajos de Mannheim. En efecto, su obra tiene influencias de diversas tradiciones filosóficas y sociológicas, las cuales no se dan fácilmente reunidas en una única figura o en un único sistema de pensamiento: la fenomenología de Husserl y Scheler (con quien discute ampliamente en mucha de sus reflexiones acerca del papel de la *intelligentsia*), el marxismo (aprehendido a través del contacto directo con Lukács) o la filosofía de las ciencias del espíritu de Dilthey son algunas de las fuentes de las que bebe su pensamiento. Por otra parte, Mannheim constituye uno de esos extraños casos en la historia de la sociología que gozó de un reconocimiento importante en vida (incluso fuera de los círculos de especialistas), quizás hasta mayor del que le ha deparado la posteridad.

Es probable que el reconocimiento que tuvo Mannheim durante su vida tenga mucho que ver con el propio contenido del pensamiento mannheimiano, con lo que constituye el *leitmotiv* de su empresa intelectual. No en vano, se trata de un pensamiento ligado a su presente de manera extraordinaria, al cual podría aplicársele sin duda la categoría de «moderno», en el sentido de la palabra que designa un tipo de relación con la actualidad de carácter marcado. En efecto, lejos de rehuir las grandes cuestiones del pensamiento de su tiempo (que igualmente podemos concebir como sociales y políticas, desde el propio punto de vista de Mannheim) el sociólogo húngaro tuvo a bien elaborar una propuesta y un proyecto intelectual específico para hacerles frente. Este proyecto está articulado bajo el nombre de *Wissenssoziologie* o «sociología del conocimiento», convertido hoy en el nombre común de una disciplina *per se* que pertenece a la Sociología. En clara ruptura con algunas de las derivas de la filosofía idealista alemana anterior (que, a través de la reducción de la historia al progreso del espíritu, hacía del proceso de autocomprensión un proceso fundamentalmente racional y lógico) y con ciertas ideas del marxismo (especialmente respecto de algunos usos y consecuencias de la noción de «ideología»), el esfuerzo del sociólogo húngaro se dirigió hacia la constitución de un método de pensamiento realmente capaz de hacerse cargo de la situación social europea del momento y del rasgo que la define: la necesidad no de una autocomprensión racional o histórica, sino de una autocomprensión sociológica del momento presente. Es en el marco de ese ambicioso proyecto que, poco a poco, se constituye en el pensamiento de Mannheim una reflexión específica sobre el papel de la *intelligentsia* en ese presente, aspecto del que nos ocupamos en estas páginas.

Sin embargo, la entrada en la cuestión de la *intelligentsia* como problema en el pensamiento de Mannheim requiere una matización previa, pues contrariamente a la imagen

extendida que se tiene acerca de su planteamiento, el pensamiento de Mannheim sobre este problema no es constante. Así, según Heeren (1971:1 y ss.), podemos encontrar varios periodos en relación al tratamiento que Mannheim da a la *intelligentsia*. Tras un primer periodo en el que Mannheim apenas otorga importancia a la cuestión, la publicación de *Ideologie und Utopie* en 1929 supone un primer paso en la constitución de la *intelligentsia* como uno de los temas clave en el pensamiento del sociólogo. Ese papel preponderante continuará con la composición del ensayo «The problem of Intelligentsia. An Inquiry into its past and present role» (redactado en los primeros años de la década de los 30, cuando aún residía en Alemania y publicado póstumamente en 1956 dentro del volumen *Essays on the Sociology of Culture* y que pertenece a la versión en lengua inglesa de sus obras completas). Tras ese ensayo, Mannheim cambió nuevamente, en su etapa en Inglaterra, su interés por la cuestión la *intelligentsia* y, según el propio Heeren (1971), abandonó la tesis que había vertebrado su reflexión anterior sobre la *intelligenstia*, esto es, la de la importancia decisiva de ésta en el mundo moderno. Por nuestra parte, consideramos que el pensamiento mannheimiano sobre la *intelligentsia* se expresa en una forma mucho más desarrollada en el ensayo compuesto en torno a 1930 (en el que Mannheim incluso dialoga críticamente con la posición expresada en *Ideologie und Utopie*) y, por ello, vamos a centrarnos en él, distanciándonos en esto de otras revisiones de la sociología de los intelectuales que se han centrado fundamentalmente en lo expuesto por Mannheim en *Ideologie und Utopie*¹⁸.

18 Una objeción posible a nuestra decisión puede encontrarse en Simonds (1978:131, nota al pie). En esa monografía sobre la sociología del conocimiento mannheimiana, este autor manifiesta un cierto escepticismo frente a la versión publicada póstumamente en 1956 (en las obras completas de Mannheim en inglés) del ensayo de 1930, ya que no es posible cotejar el manuscrito original de Mannheim con la versión que presentaron allí los editores. Nuestra decisión atiende a un criterio pragmático y, así, nos ha parecido más determinante, desde el punto de vista de nuestro argumento, el hecho de que el ensayo póstumo tiene un mayor grado de desarrollo del problema de la *intelligentsia* que el hecho de que puedan existir algunos problemas de veracidad entre el texto publicado y el texto original de Mannheim.

Así que, ¿cuál es la clave del pensamiento mannheimiano sobre la *intelligentsia*? Su objetivo general no es otro que el de dilucidar el papel que este grupo puede desempeñar en el mundo moderno. Ahora bien, en lugar de comenzar con una investigación acerca de los rasgos que definirían ese papel o por la articulación de una definición normativa de algunas de sus proyecciones futuras, la estrategia de Mannheim pasa por señalar dos elementos que considera como evidencias en el momento histórico en el que vive, los cuales constituyen el punto de partida para pensar el problema. En primer lugar, destaca que la *intelligentsia* como grupo social tiene una autoconciencia muy poco desarrollada (pues ésta es aún muy reciente) en comparación con la de otros grupos sociales como el proletariado, grupo que sí ha construido tanto una visión del mundo coherente, como una autocomprensión clara de su papel en él. En segundo lugar, señala que, en parte a causa de esta falta de autoconciencia, la *intelligentsia* tiende a interpretarse a partir de las categorías de otros grupos sociales, especialmente las del propio proletariado y la «sociología proletaria» (término con el que Mannheim se refiere de manera indirecta al marxismo). El resultado de esto es que la *intelligentsia* se ve abocada a una baja autoestima y a la subordinación frente a ese grupo (Mannheim, 2003:102)¹⁹. Precisamente, en esos dos elementos hemos de situar el trasfondo básico del pensamiento mannheimiano sobre la *intelligentsia* y su intención pragmática: dotar al grupo de una autoconciencia y hacerlo en oposición a las categorías del proletariado y al tipo específico de sociología que ha desarrollado este último grupo.

En efecto, el problema para Mannheim es, en gran medida, el de constituir una autocomprensión para el grupo más allá de la basada en la categoría de «clase» y, en ese

¹⁹ Por otra parte, Mannheim (2003:101) aclara que esto no es un mero accidente ni tampoco un producto deliberado, sino que forma parte de la necesidad histórica de que todo grupo social nuevo tenga que definirse a sí mismo en relación a las autodefiniciones de otros grupos ya existentes.

sentido, hay que comprender los notables esfuerzos que dedica a definir el modo en que aquella categoría no es aplicable en absoluto a la *intelligentsia*. Así, el sociólogo húngaro comienza por definir qué es un clase social a partir de una distinción entre esa categoría y las de posición de clase y conciencia de clase. Para Mannheim, hemos de considerar la «posición de clase» como: «a general term of reference to the continuing exposure of individuals to like influences or to the same opportunities, inducements, and restrictions» (2003:106). Por su parte, la categoría «clase» debe aplicarse únicamente en los siguientes parámetros: «we may speak of a class if individuals act uniformly in accordance with their like interests and like position in the productive process» (2003:107). Además, Mannheim introduce una distinción entre «clase» y «conciencia de clase», pues esta última está constituida no solo por la concordancia entre intereses y motivos y posición en el proceso productivo que caracteriza la «clase», sino también como un nivel superior de diferenciación cuya clave es la siguiente: «the tendency of its members to act collectively in accordance with a conscious evaluation of their class position in relation to all other strata of society» (2003:108). El elemento central del argumento de Mannheim está, como se observa en estas citas, en la consideración de los «intereses y motivos» asociados a una posición y su concordancia con la posición de clase como los criterios fundamentales para considerar a un grupo social como «clase». Definida la «clase» de este modo, la conclusión mannheimiana puede ser entendida al fin: porque la «clase» requiere la uniformidad y la concordancia entre motivaciones y posición en el proceso de producción, la *intelligentsia* no puede ser considerada como una «clase», pues lo que caracteriza a este «estrato» es la pluralidad de sus motivaciones (las cuales incluso pueden ser simplemente contradictorias) y, en definitiva, una falta de uniformidad en sus acciones que revela una cierta distancia entre intereses y actitudes y posición objetiva en el mercado²⁰.

20 Si escudriñamos de cerca el argumento mannheimiano, podemos ver que el giro teórico fundamental en

Entonces, si no se trata de una «clase», ¿qué es? Mannheim propone como alternativa para definir a la *intelligentsia* la siguiente y conocida fórmula, avanzada en *Ideologie und Utopie* y especificada ahora:

In my earlier analysis of this stratum I used the term 'relatively uncommitted intelligentsia' (relativ freischwebende Intelligenz), which I accepted from Alfred Weber, without any thought of an entirely unattached group free of class liaisons. The epithet 'relativ' was no empty word. The expression simply alluded to the well-established fact that intellectuals do not react to given issues as cohesively as for example employees and workers do. (2003:105)

Ahora bien, ¿cual sería la causa de que, como se señala en ese fragmento, la *intelligentsia* tenga esta tendencia a no reaccionar de esa manera uniforme que nos permitiría incluirla como un grupo social más al que categorizar como una «clase», tal como ocurre con el «proletariado»? Para Mannheim, habríamos de encontrarla en el único atributo común de los intelectuales, esto es, su relación diferencial con la cultura, la cual se expresa, aunque equívocamente, en las diferentes acepciones «ordinarias» que tiene la palabra «educado»²¹.

todo ello consiste, en realidad, en el avance de unos criterios específicos para la definición de lo que es una «clase», los cuales son distintivos respecto a lo que Marx consideraba como «clase». Mannheim critica que la definición de Marx no tiene en cuenta las percepciones y reacciones de los individuos (2003:109) y, frente al filósofo de Tréveris, hace de estos factores los elementos constitutivos de su propia definición. Solamente después de este desplazamiento semántico en relación a lo que es una «clase», es posible ofrecer una premisa de la que la tesis «la *intelligentsia* no es una clase» se sucede como una inferencia necesaria. Se trata, quizás, de un ejemplo más, entre muchos otros que pueden encontrarse en la historia del pensamiento occidental, de polémica conceptual en la que las discusiones son, en gran medida, producto de una incomprensión mutua respecto del significado de los términos básicos que están en juego, en este caso el concepto de «clase». Por otra parte, conviene recordar que la cuestión de si los «intelectuales» forman una «clase» o no es uno de los problemas más comentados en el ámbito de la sociología de los intelectuales, a juzgar por la abundante literatura existente al respecto (un ejemplo reciente de esto es el artículo de Kurzman y Owens, 2002, una revisión de la sociología de los intelectuales que está fundamentalmente centrada en el debate de la «clase» y que categoriza a los autores de la disciplina según las posiciones que han adoptado en dicho debate). Aunque evidentemente este problema está ligado al problema de la definición de «intelectual», hemos decidido no hacer de él la única dimensión del problema merecedora de atención. Así, concebimos ese problema como un aspecto relevante más, entre otros, del problema de la definición.

21 Aquí, Mannheim cita al menos cuatro sentidos: el carácter vocacional de las profesiones intelectuales

Esta falta de univocidad, sin embargo, no impide que exista un sentido de «educado» que es característico en el mundo moderno: el «no estar preocupado únicamente por los intereses personales inmediatos, sino por una apertura hacia los problemas comunes» (Mannheim, 2003:115 y ss.). Ahora bien, esta actitud propiamente moderna no surge de la nada, sino que tiene unas determinaciones sociales específicas. Para Mannheim (2003:116 y ss.), la introducción de los procesos de «esoteric stream of transmission», los cuales, si bien existían anteriormente, se extienden con la introducción y expansión del sistema educativo y sus procesos específicos de transmisión de la cultura. Estos procesos de transmisión son opuestos, según Mannheim, al «continuum of everyday experience», cuyos procesos de transmisión más bien sujetos a la localización y el contexto inmediato del individuo en la sociedad. Los procesos de transmisión esotérica provocan, al mismo tiempo, una apertura de la categoría de los «educados» a grupos de diferentes orígenes sociales y una paralela gestación de una pluralidad de visiones acerca del mundo (incluso contradictorias entre ellas, como hemos dicho), característica congénita de dicho grupo. Es esta relación de «relativa falta de compromiso» con una única visión del mundo (producto, fundamentalmente, del proceso moderno de expansión de la educación y de las formas de transmisión de la cultura que introduce) lo que caracteriza a la *intelligentsia*, según Mannheim. Así, y para decirlo en otras palabras, a *intelligentsia* no es o no puede ser considerada una «clase social» porque el intelectual, a causa de esta relación abierta con las visiones del mundo existente en su sociedad, es un *traidor* en potencia tanto respecto de los intereses de otras clases sociales

frente al carácter no vocacional del trabajo físico; la preocupación por el contenido de la actividad en cuanto tal por encima de la preocupación pecunaria; el sentido de reunión entre caballeros y la discusión sobre los asuntos comunes; y, finalmente, con la llegada de la burocracia, la distribución de certificados que garantizan la posesión, frente a los que carecen de los mismos, de determinados saberes aplicables en la práctica.

constituídas como respecto de la posibilidad de una unidad de acción concertada en el seno de su propio estrato.

La comparación con Gramsci en este punto puede ser útil para la comprensión de la propuesta de Mannheim y sus consecuencias. En efecto, en lo que al establecimiento de los rasgos esenciales de los «intelectuales» se refiere, el sociólogo de origen húngaro viene a realizar en cierta medida un movimiento opuesto al de Gramsci: si el filósofo italiano dejaba en segundo plano el criterio de la relación con la cultura como aspecto esencial en la definición del intelectual al considerar como prevalente la función social específica (o, en otras palabras, la relación diferencial que tienen con la cultura los intelectuales es consecuencia de la función social y no al revés, pues como señala el *dictum* gramsciano comentado anteriormente, «todos los hombres son intelectuales, pero solo algunos ejercen la función de intelectual»), Mannheim introduce la relación específica con la cultura nuevamente como el rasgo diferencial del grupo respecto de otros grupos sociales.

Esta recuperación de una definición del grupo como relativamente ajeno a los intereses de la vida cotidiana ¿es acaso una forma de auto-justificación del grupo (Simonds, 1978:127), una forma de «soberbia» de origen «elitista»? Lo que no se puede negar es que si que existe en Mannheim, así lo admite el propio Simonds (1978:131) (a quien no puede considerarse sospechoso de críticas a la ligera por su lectura comprensiva de la obra de Mannheim), una fe bastante grande en los poderes del intelecto. Por nuestra parte, pensamos que habría que añadir también otra convicción subyacente en la definición mannheimiana del «intelectual»: la confianza elevada que el sociólogo de origen húngaro tenía en los poderes del sistema

educativo y su extensión en cuanto que factores para el surgimiento de un grupo potencialmente orientado hacia la superación de las «raíces sociales» de sus miembros.

De cualquier modo, en el haber de la perspectiva Mannheimiana encontramos, al igual que en Gramsci (aunque de diferente forma, como hemos visto), un planteamiento propiamente sociológico a la pregunta de qué es ese nuevo grupo social que aparece ahora con fuerza en el espacio público europeo. Perspectiva de carácter sociológico, en primer lugar y en un sentido básico, por la caracterización y acercamiento al fenómeno desde la perspectiva de los «grupos», pero también y de forma más prominente en Mannheim, por la aserción de la necesidad de la comprensión sociológica del fenómeno: la *intelligentsia* debe ser pensada desde el punto de vista de este tipo específico de autocomprensión que se caracteriza por una definición a partir de la posición particular que ocupa un grupo en la sociedad moderna y la especificidad de esa posición en relación a los otros grupos fundamentales de dicha sociedad. Además, la reflexión de Mannheim también introduce una perspectiva histórica en el análisis del «intelectual», pues una consideración del grupo requiere tener en cuenta procesos de largo alcance como el relativo desarrollo, en el mundo Moderno, de la categoría de los «educados» en cuanto que nuevo «estrato abierto». Por lo demás, también encontramos en su obra algunas referencias comparativas entre grupos históricos de intelectuales, como el ejemplo que introduce acerca del devenir de los clérigos y la estructura de la Iglesia cristiana (Mannheim, 2003:127 y ss.). Finalmente, cabría no subestimar la influencia que Mannheim ha tenido en el planteamiento del problema de la definición a juzgar por la importancia que al criterio de la relación con la cultura se le ha dado en trabajos posteriores. Así, cuando posteriormente Shils (1958) hable de los intelectuales como las «antenas de la raza», tanto por su sensibilidad especial a los valores morales y culturales de una sociedad como por su capacidad para la

creación de potencialidades humanas, uno no puede sino recordar algunos elementos básicos del planteamiento de Mannheim.

1.2.3 Florian Znaniecki (1882-1958): el intelectual como rol social

Una nueva muestra de la pluralidad de espacios geográficos en los que se desarrolló la reflexión acerca de la naciente figura del «intelectual» es el hecho de que el siguiente autor que consideramos relevante para nuestra problemática haya pasado una parte importante de su vida en los EE.UU, al otro lado del Atlántico, lo que nos sitúa en otro espacio distinto al de la vieja Europa que vio nacer el término «intelectual» en su significación actual. Ese autor es Florian Znaniecki, quien nació en Swiatniki en 1882 (población situada cerca de Poznan, en la actual Polonia), pero vivió a medio camino entre su Polonia natal y los EE.UU, lugar en el que desarrolló gran parte de su carrera intelectual.

Filósofo de formación (se doctoró en 1910 por la universidad de Cracovia con una tesis sobre el problema filosófico del valor), Znaniecki se hizo célebre posteriormente por la obra *The Polish Peasant in Europe and America*, escrita en colaboración con William I. Thomas y publicada en cinco volúmenes entre 1918 y 1920. Tal y como recuerda Coser (1968:viii y ix), Thomas viajó a Polonia como parte de una investigación sobre el campesinado polaco y allí conoció a Znaniecki, a quien le hizo una doble proposición: viajar con él a EE.UU para trabajar conjuntamente en la investigación sobre el campesinado polaco e introducirlo en el ámbito de la sociología, disciplina en la que el sociólogo de origen polaco publicaría, a la postre, la mayor parte de sus trabajos relevantes.

Uno de los trabajos que Znaniecki publicó en EE.UU es *The Social Role of the Man of Knowledge*, que tiene gran importancia para nuestra problemática. Este libro publicado en 1940 (veinte años después de aquella obra maestra de la sociología cualitativa estadounidense), recogía el contenido de las «Julius Beer Foundation Lectures» que dio Znaniecki en la Universidad de Columbia, según lo indica Merton (1941:111) en una reseña del libro que publicó en la revista *American Sociological Review*.

Por lo demás, la importancia que vamos a conceder al libro no se corresponde con la que le ha otorgado, a juzgar por el escaso número de citas y referencias al libro, la sociología de los intelectuales posterior. Así, por no dar más que algunos ejemplos, algunas revisiones de la literatura de esta disciplina, como la de Kurzman y Owens (2002) -quienes citan el libro, pero al que apenas confieren alguna importancia en la argumentación- o la de Brym (2001) no conceden a esta obra y a su autor ningún estatus destacado en el marco de esa disciplina. Parece como si el olvido del libro persistiera, a pesar de los intentos de Coser por recuperarlo en la reedición que preparó en 1968. Por otra parte, resulta igualmente significativo que, aunque el libro fue traducido y publicado con relativa prontitud al español por el Fondo de Cultura Económica en 1944, no se ha reeditado, lo que indica que tampoco ha recibido una especial atención por la comunidad de habla hispana.²²

En cualquier caso, la propuesta de Znaniecki acerca del intelectual merece cierta atención desde el punto de vista de nuestra problemática, ya que contiene algunas aportaciones, de las cuales vamos a ocuparnos a continuación. Ahora bien, dicha propuesta,

22 Otra anécdota a tener en cuenta en este sentido es que el ejemplar que consulté en 2009 (el cual forma parte del fondo de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM) tenía los pliegues del libro sin abrir, de lo que se deduce que el libro no fue consultado antes por nadie (a menos que se posea algún tipo de dispositivo que permita hacerlo sin abrirlo). Caben varias interpretaciones de este hecho, pero la más simple me parece la de que, ciertamente, el libro no ha despertado ningún tipo de interés especial, tampoco entre los usuarios de esa biblioteca.

como la de Gramsci o Mannheim, no es separable de la problemática más global en la que se inserta aquella. Tal problemática global no es otra que la de una ambiciosa reformulación de la sociología del conocimiento tal y como ha sido practicada hasta entonces, pues para Znaniecki esta disciplina sociológica, aunque legítima, adolece de algunos defectos importantes. El principal de estos defectos, señala el sociólogo de origen polaco, es el de la existencia, en los trabajos de dicha disciplina, de una notable confusión entre dos tipos de ordenes: por un lado, el sistema cultural (que no es directamente el objeto de la sociología, sino de sus ciencias específicas -derecho, arte, economía, etc.-) y, por otro lado, el sistema social (el objeto específico de la sociología). Esta falta de distinción, a juicio de Znaniecki, tiene implicaciones importantes y conduce en última instancia a la sociología del conocimiento a un contrasentido:

Otherwise, sociology would find itself in a curious position. As a theory of knowledge, «a science of the sciences», it would have to determine its own character as sociology; whereas sociology it would determine its own character as a «science of the sciences» (1968:4)²³.

Así, si Znaniecki acepta la denominación «sociología del conocimiento» por convención, éste muestra sus reticencias frente a la idea de que la sociología pudiese tomar directamente como objeto los sistemas culturales o de conocimiento²⁴. Al contrario, según aquel, el sociólogo debe centrarse en los diversos elementos del sistema social. Solamente a partir de

23 En la nota al pie que sigue a dicho fragmento, Znaniecki se apoya en un artículo, publicado en 1936, de Alexander Von Schelting. Ese artículo tenía por objeto realizar una crítica a la «sociología del conocimiento» de Mannheim, lo que indica que la polémica de Znaniecki contra la «sociología del conocimiento» está, en gran medida, dirigida contra el modo en que Mannheim la concebía.

24 Al comienzo del libro, Znaniecki señala que esta «extralimitación» es fruto de una tendencia «imperialista» de la sociología y cuya razón de ser no es otra que la de su juventud como ciencia. Aunque no niega que se produzcan beneficios por el hecho de trabajar entre las fronteras de diversas ciencias, la recomendación del sociólogo polaco es la de que la sociología se centre inicialmente en cultivar su propio campo y sus propios métodos (1968:1 y ss.).

ellos, el sociólogo puede cuestionarse las relaciones (empíricas y concretas) entre esos sistemas sociales y los sistemas culturales o de conocimiento.

Esto es, precisamente, lo que el sociólogo de origen polaco lleva a cabo en este libro. En él, pretende tomar por objeto un elemento específico del sistema social que, sin embargo, es importante en el marco de las problemáticas de la sociología del conocimiento: el hecho evidente y familiar de que, en los sistemas de conocimiento humanos, algunos individuos se especializan (en diferentes momentos de sus vidas, en diferentes grados) en el cultivo del conocimiento, en claro contraste con otros individuos que se especializan en otras actividades sociales. De este modo, en el seno de ese problema, se comprende el proyecto específico de Znaniecki de proponer una novedosa conceptualización del intelectual y cuyo elemento esencial no es otro que la concepción del «hombre de conocimiento» como un *social role* [rol o papel social] específico entre otros posibles.

De este modo, qué sea un rol o un papel social y cuáles son las condiciones de su aplicación al fenómeno específico de la especialización en el cultivo del conocimiento es, por tanto, la apuesta teórica fundamental en la definición de Znaniecki. Apuesta que no se trata de una creación totalmente novedosa, pues el sociólogo de origen polaco sitúa dicho *conceptual framework* [«marco conceptual»] en la tradición de la escuela de Chicago (cita, entre otros, a Cooley, Park, Burgess o Mead), aunque también menciona varios trabajos propios anteriores (mayormente publicados en Polonia) en los que había utilizado el concepto²⁵. En esos usos del

25 Un hecho interesante es el de que Znaniecki no cite, en esa genealogía del concepto de rol, la obra de Linton (publicada en 1936) *The study of man*, la cual es a menudo considerada como la obra pionera en el uso de los conceptos de «rol» y de «status» en el ámbito de la sociología y la antropología. Así, por ejemplo, Merton (1957) utiliza el trabajo de Linton como referente para el desarrollo de su conocida idea de los «conjuntos de roles». Es posible que Znaniecki no conociera la obra de Linton o que ésta no tuviera aún en 1940 el papel preponderante que se le asignó posteriormente. Sin embargo, otra interpretación es posible. El propio Coser (1968:ix) parece dar una pista relevante al respecto en el propio prefacio al libro de Znaniecki. Allí Coser dice, con cierta ironía, que es posible que muchos estudiantes se sorprendan al ver que Znaniecki sitúe el origen del concepto en trabajos que anteceden

concepto, se percibe ya su potencialidad. Si la tradición europea (de Spencer al Durkheim de *De la division du travail social*), había producido excelentes descripciones del condicionamiento social del proceso de diferenciación y especialización, tanto la psicología social como la sociología estadounidense se mostraban más interesadas en el elemento individual de dicho proceso. Este interés quedaba recogido en el concepto mismo de «rol social», el cual viene a tratar de hacerse cargo del estudio de ese proceso de especialización en su doble dimensión «social» e «individual», pero no en el nivel de la relación específica entre un rol social y la totalidad social (en el que se sitúan los análisis de Spencer y Durkheim citados por Znaniecki) o de los elementos psicobiológicos individuales (nivel en el que se sitúa la psicología más tradicional), sino en el de la aprehensión del fenómeno de la especialización en la relación del individuo y de su entorno cultural inmediato²⁶.

Partiendo de este impulso conceptual inicial, la aportación de Znaniecki a tal tradición no es, sin embargo, menor y ello al menos por tres razones: en primer lugar, porque nos provee de numerosas indicaciones en lo que a la historia y evolución de los «roles sociales» se refiere (historia que, para Znaniecki, comienza en un «pasado perdido» en la evolución de la humanidad; evolución, que se produce bien a través procesos de evolución paralela independiente de cada cultura, bien a través de procesos de difusión por la vía de préstamos

claramente a la publicación de Lipton. ¿Hemos de ver en esta alusión de Coser el signo de una controversia entre escuelas? ¿Se trata de una disputa entre la reconstrucción estructural-funcionalista del concepto de «rol» (que lo sitúa en Linton como precedente fundador) y la herencia pragmatista que encarna Znaniecki y que Coser parece reivindicar en este prefacio? En cualquier caso, aquí nos basta con señalar el carácter polémico de la genealogía del concepto.

26 Vale la pena matizar este punto. Para Znaniecki, no es que esas otras aproximaciones no sean útiles, esto es, que el estudio de la evolución de los roles respecto de la sociedad en general o el estudio de la realización psicológica de los fenómenos de la especialización de actividades que ha llevado a cabo cierta psicología sea irrelevante. Se trata más bien de que, según el sociólogo de origen polaco, existe un plano específico, el de las relaciones entre el individuo y el entorno inmediato, en el que el estudio de dicho proceso puede revelarse heurísticamente fecundo.

culturales, conquistas, comercio o emigración); en segundo lugar, por la descripción bastante detallada acerca de los cuatro componentes esenciales de todo rol social (círculo social, self, estatus y función social); finalmente porque esta descripción no peca de estática y tiene muy en cuenta la multiplicidad inherente a la instanciación de un rol determinado.

Esto puede entenderse mejor a partir de la aplicación que hace Znaniecki (1968:20 y ss.) de dicho marco conceptual al caso del individuo especializado en el cultivo del conocimiento, el cual es considerado como una subclase de rol social. En efecto, para que exista un individuo especializado en el cultivo de conocimiento deben existir también los cuatro componentes de cualquier rol social. Así, en primer lugar, debe existir un «círculo social» que valore positivamente el conocimiento y que considere necesaria la cooperación con un «hombre de conocimiento» para la consecución de ciertos fines prácticos. En segundo lugar, el «hombre de conocimiento» debe ser percibido por su círculo social como un «self» dotado de una serie de características, como por ejemplo la «inteligencia»²⁷. En tercer lugar, al hombre de conocimiento se le asigna un status determinado, esto es, se le conceden diversos derechos en relación a los lugares que puede frecuentar, beneficios económicos (sueldos y otro tipo de privilegios, por ejemplo), etc. Por último, el «hombre de conocimiento» debe jugar una función social: debe cultivar el conocimiento en beneficio de aquellos que le otorgan un status social.

Pero esto es únicamente el punto de partida y el libro de Znaniecki no termina aquí como una investigación meramente teórica. Al contrario, el grueso del libro expone una larga

27 Lo interesante de la propuesta de Znaniecki es que estas cualidades no existen de forma «objetiva» (aunque responden a necesidades «reales»), sino que son imputadas por los participantes en el círculo social a la persona implicada. De hecho, para Znaniecki (1968:16), es la ingenuidad de la percepción común la que constituye como reales esas cualidades y las adscribe a una entidad supuestamente «real» tal que la «mente» o el «alma» de la persona implicada.

investigación cuyo objetivo último es la construcción de una tipología de las diferentes variaciones del rol social del especialista en el cultivo de conocimiento, la cual atiende tanto a la génesis y virtual transformación de los roles sociales como a la composición y diferente instanciación de la misma que pueden encontrarse en los diferentes papeles sociales del especialista del conocimiento en el desarrollo histórico expuesto por el sociólogo polaco. Así, el sociólogo polaco identifica (con todas sus complejidades internas y en su evolución) hasta diez subclases del papel social general del especialista en el conocimiento²⁸: el sacerdote, el consejero laico, el líder tecnológico (cuya función es la de crear planes de acción), el experto tecnológico (quien diagnostica problemas y que ya se separa del mero conocimiento práctico), el inventor independiente (que se define porque su conocimiento va más allá de las expectativas de su círculo social), el sabio (que tiene tres tipos: el general, que es un racionalizador de las expectativas de su círculo social; el filósofo, una forma de sabio que va más allá de las expectativas de su círculo social; y, por último, el líder cultural, otra forma de sabio que se convierte en ingeniero social, como lo sería Maquiavelo), el científico objetivo en las ciencias culturales, el hombre de escuela religiosa, el hombre de escuela laica (que tiene a su vez seis subclases: el descubridor de verdades -Znaniiecki da como ejemplo a Aristóteles-, el sistematizador -que da coherencia a una doctrina-, el enmendador -que corrige los defectos de una doctrina-, el luchador por la verdad -que defiende la doctrina frente al ataque de sus enemigos-, el historiador del conocimiento -que se separa de una escuela y pretende contar

28 En este punto hay que señalar que Znaniiecki no provee de una lista clara de los roles que va definiendo a lo largo del libro, sino que los va introduciendo en los diversos capítulos del libro. De ahí, en cierta medida la dificultad en determinar exactamente su número y sus relaciones. Por lo demás, Merton (1941) propuso una clasificación de los roles que aparecen en el libro en la reseña que publicó sobre él. Sin embargo, nos ha parecido que su clasificación no puede ser tomada al pie de la letra, puesto que ignora algunos roles que aparecen en el libro de Znaniiecki y tampoco explicita los criterios que ha utilizado en la construcción de su propia clasificación.

desde un punto de vista neutral las doctrinas de las escuelas en disputa- y el divulgador del conocimiento -que lleva el conocimiento más allá de las escuelas, bien como divulgación general, bien como agente del sistema educativo) y, por último, el explorador (a su vez subdivido entre el descubridor de hechos nuevos y el descubridor de problemas teóricos desconocidos)²⁹.

Esta complejidad de roles, señalada por Znaniecki, es tanto una virtud como un defecto de su planteamiento: mientras que, por una parte, la variedad de roles que considera le permite tener una visión amplia de las diversas figuras y modelos que puede tener el «intelectual» (en un grado que, probablemente, no pueden igualar los análisis de Gramsci y Mannheim); por otra parte, esta variedad de roles termina por hacer difícil la posibilidad de extraer una cierta coherencia entre ellos, lo que deriva en la impresión de que la clasificación general de roles de Znaniecki se basa en múltiples criterios un tanto dispares entre sí. Por lo demás, Merton (1941:115) critica la falta de aparato crítico y de referencias precisas a los documentos desde los cuales Znaniecki ha construido su investigación. Para Merton, el libro de Znaniecki, más que una verdadera investigación sociológica, es un prolegómeno útil para una futura sociología de los intelectuales empíricamente fundada.

Pero más allá de estas críticas, la obra de Znaniecki tiene un gran valor para la sociología de los intelectuales y en el planteamiento del problema de la definición. Como Mannheim o Gramsci, su consideración del problema es netamente sociológica, aunque lo hace desde otro

29 ¿Por qué concentrar el esfuerzo primordial de investigación en una tipología de roles de «hombres del conocimiento», aunque esta no ignore la dimensión genética? En un pasaje relevante del primer capítulo del libro, Znaniecki (1968:18-19) establece un paralelismo entre el objetivo de la «sociología sistemática» y el de la «biología sistemática»: aunque la fuente de las regularidades observables tanto en el mundo social como en el mundo biológico son diferentes (la herencia, en el segundo caso; el uso -reflexivo o irreflexivo- de patrones culturales, en el primero), ambas comparten la misma tarea de construir una clasificación de los seres en géneros y especies a partir de las regularidades existentes en el mundo.

marco conceptual que el de los anteriores. El recurso a la noción de «rol social» introduce determinaciones diferentes respecto de las nociones de «grupo» o «función social» que habían puesto en liza tanto Mannheim como Gramsci. Por ejemplo, la necesidad de considerar aspectos menos tenidos en cuenta en otras definiciones, como los rasgos psicológicos (pero socialmente percibidos), los derechos otorgados y la estima del entorno inmediato del «intelectual». Todo esto sin negar la relación «funcional» entre el «intelectual» y su «público». Por otra parte, Znaniecki, en la exposición de los diversos roles del «intelectual», igualmente introduce una gran variedad de formas y modelos de «intelectual» que parece muy útil como punto de partida. Finalmente, el carácter tipológico de su empresa, como hemos visto, no parece tan fácilmente aprovechable.

1.2.4 *La sociología de los intelectuales clásica: consideraciones sobre sus aportes y sus límites en el problema de la definición del intelectual*

Este breve repaso al pensamiento de Gramsci, Mannheim y Znaniecki, en cuanto que figuras consideradas aquí como paradigmáticas de la «sociología de los intelectuales» clásica³⁰, nos da pie a centrarnos en algunas conclusiones provisionales acerca de sus obras en relación al problema de la definición de «intelectual» desde un punto de vista de conjunto.

El aspecto común a los tres autores más relevante, como hemos señalado anteriormente para cada uno de ellos por separado, es la especificidad del punto de vista desde el que articulan su reflexión acerca de la definición del intelectual. En efecto, en los tres podemos

30 Y no tanto porque sean estos autores los más citados o los más reconocidos en este campo (como hemos visto especialmente con el caso de Znaniecki, poco valorado en las revisiones contemporáneas de la literatura), sino porque quizás en ellos se encuentran de alguna u otra forma los elementos que constituyen el germen de las diferentes variaciones de desarrollo del problema en el marco de autores contemporáneos o inmediatamente posteriores en el tiempo.

encontrar una verdadera formulación sociológica del problema en la medida en que los conceptos que utilizan introducen las determinaciones propias de este tipo de perspectiva en el análisis del problema: «Función social» en Gramsci, «Estrato o Grupo social» en Mannheim, «Rol social» en Znaniecki, conceptos todos ellos que, con las diferentes delimitaciones que hemos intentado reconstruir anteriormente, introducen un nivel de análisis desconsiderado en otras maneras de plantear tal problema, atentas a otras dimensiones. En definitiva, se puede afirmar que, en un plano más general, existe una voluntad común a los tres autores de constituir una comprensión sociológica del problema.

Sin embargo, más allá de este primer aporte en la formulación de un punto de vista alternativo del problema, podemos entrar en un apartado de límites y problemas relevantes de las formulaciones del problema del intelectual que hemos analizado en estos tres autores. En efecto, varias cuestiones merecen ser planteadas en relación a los principios que su trabajo ha implicado y que conciernen a toda sociología de los «intelectuales» posterior.

Una primera crítica que ha sido esgrimida frente a la elaboración sociológica de la definición del intelectual ha sido la de las dificultades y aporías que se derivan del uso de algunos de estos conceptos de carácter sociológico como el de «función social» o el de «grupo» y «estrato» social en el marco del intento de «definición» del intelectual. Una fuente de escritos particularmente centrada en esta crítica proviene de varios historiadores pertenecientes a la tradición de la historiografía francesa de los «intelectuales». En efecto, tanto para Ory y Sirinelli (2007) como para Dosse (2006), la definición «sociológica» (especialmente en la versión del «grupo» o de la «función social», como también en la concreción actual -especialmente en Francia- de estas definiciones en la forma de una «categoría socioprofesional») conduce a una serie de aporías. Para Ory y Sirinelli (2007:19),

la principal de estas aporías es la de la ampliación inusitada de la «categoría» de los «intelectuales»³¹:

El principal problema que plantea la definición amplia [sociológica] está, de hecho, menos ligado a estas cuestiones de estructuración interna que a su carácter necesariamente extensivo. De círculo en círculo cada vez mayor, alcanzaríamos las estadísticas soviéticas (*intelligent*: diplomado, en ruso), según las cuales estas actividades, extendidas a toda la tecnoestructura, son practicadas por cerca de un tercio de la población. Es evidente que el riesgo de arbitrariedad y el peligro de incoherencia, y por tanto de falta de significación, aumentan en proporción. Un agrupamiento de estas características, por amplio que fuera, nunca lo sería suficientemente, si hubiera que tener en cuenta como se clasifican a sí mismos algunos grupos profesionales, preocupados por hacerse valorar. Y al revés, no es extraño ver como ciertas individualidades, pertenecientes por lo general al núcleo de la creación -artistas, principalmente- rechazan el calificativo, ya sea para quedar vinculadas al trabajo manual, ya sea para afirmar una autonomía radical.

Así, para estos autores, la definición «sociológica» introduce una extensión de la categoría «intelectual» que lleva aparejada una serie de riesgos, los cuales derivan, en última instancia, en una dificultad notable para el establecimiento de unos criterios satisfactorios de determinación de esa categoría (peligro de arbitrariedad en esos criterios, de insuficiencia -pues siempre, habrán más grupos reclamándose de la categoría-, lo que conduce en última instancia a una posible falta de significación en el análisis). Para contrarrestar estas dificultades, Ory y Sirinelli proponen un criterio alternativo de definición: «el intelectual ya no se define entonces por lo que es -una función, un estatuto- sino por lo que hace, por su

31 Un problema del que, por cierto, los clásicos de la sociología eran bien conscientes. El propio Gramsci (1974:395) reconocía que su planteamiento del problema daba lugar a una «extensión muy grande del concepto de intelectual», pero se justificaba en que «solo así es posible llegar a una aproximación concreta a la realidad». Por otra parte, de manera reflexiva, entendía que su «modo de plantear la cuestión choca con los prejuicios de casta» de los «intelectuales».

intervención en el terreno de la política, entendida con el sentido de debate sobre la 'Ciudad'» (2007:19); «se tratará de un estatus, como en la definición sociológica, pero trascendido por una voluntad individual, como en la definición ética, y orientado a un uso colectivo» (2007:21).

Por su parte, aunque con una terminología relativamente distinta, François Dosse (2006) plantea una tesis similar respecto de la «elucidación sociológica y sus límites» (2006:99) del «intelectual». Así, para este historiador (2006:19) la definición «sociológica», que «tiende a asimilar a los intelectuales con un grupo social particular», supone una concepción «sustancialista, que se apoya en una definición funcional, la de la división del trabajo entre manuales por una parte e intelectuales por otra». Dosse, apoyándose en múltiples fuentes dispares como Félix Guattari, Louis Bodin o el propio Sirinelli, subraya (de manera un tanto ecléctica) una serie de problemas de esta definición, de los que igualmente destaca «el problema de las dificultades para fijar un umbral a partir del cual se podría hablar de élites culturales» y la aporía «propia a la adopción de criterios demasiados rígidos» (2006:29). Sin embargo, no resulta tan fácil encontrar una exposición clara de las alternativas posibles que Dosse plantea a los problemas derivados de la definición «sociológica». De hecho, encontramos en su libro al menos dos propuestas, las cuales son relativamente dispares. Por un lado, una relativa preferencia, a juzgar por el desarrollo amplio y generoso que le dedica en uno de los capítulos del libro (en relación al menos amplio y fundamentalmente crítico capítulo que dedica a la sociología de los intelectuales), por lo que él denomina una definición «nominalista» (muy similar a la propuesta por Ory y Sirinelli, pues define al intelectual «ante todo por su compromiso con las luchas ideológicas y políticas», Dosse, 2006:19). Además, el propio Dosse reconoce que «es la captación de los intelectuales a partir de su compromiso

político lo que ha prevalecido en los historiadores franceses», una perspectiva que define como propiamente «histórica» (y por ello parece colegirse que no «sociológica»), como cuando dice de Sirinelli (en cuanto que la obra de éste último la ejemplifica notablemente) que éste «se inscribe en una perspectiva resueltamente histórica, que sitúa en el horizonte fijar [sic] las ideas en el mantillo de su sociedad por medio de una andadura anti-reduccionista y que le lleva a hacer el elogio de la complejidad» (2006:45). Por otro lado, sin embargo, Dosse también escribe el siguiente pasaje evocando otra posible solución al problema de la definición del intelectual y que no supone exactamente una mera asunción de la definición «nominalista»:

Encarnación del exilio, preocupado por su autonomía frente a los poderes y por el ejercicio de una mirada crítica, consejero del príncipe o también sabio, artista o filósofo apartado de las intervenciones públicas para consagrarse únicamente en un campo específico de competencia, el intelectual puede definir muy numerosas identidades, que pueden coexistir en un mismo periodo. Por lo tanto, la historia de los intelectuales no puede limitarse a una definición a priori de lo que debería ser el intelectual según una definición normativa. Por el contrario, tiene que quedar abierta a la pluralidad de estas figuras que, todas, señalan matizaciones diferentes de la manera de tocar el teclado de la expresión intelectual (Dosse, 2006:34)

El problema de esta segunda propuesta (en principio, interesante) que podemos encontrar en el libro de Dosse es que no es objeto de un desarrollo más profundo en dicho libro y el lector, acuciado por las dificultades del problema de la definición, queda huérfano de indicación alguna acerca de cómo sería posible hacer esa historiografía sin una «definición a priori» de «intelectual».

Con todo, estas críticas no están desencaminadas y tienen el mérito de mostrar problemas reales de las definiciones que hemos manejado hasta el momento. Ahora bien, es necesario tomar ciertas distancias respecto de las salidas propuestas por estos historiadores y, sobre todo, distinguir el objetivo de las críticas y su contenido de las particulares propuestas de solución que se avanzan en esta literatura. En efecto, la contrapartida que nos proponen tanto Ory y Sirinelli como Dosse no resulta del todo satisfactoria para la solución del problema. En el caso de los primeros (y del segundo en la medida en que comparte cierta preferencia por ella), porque conduce, en cierta medida, a una definición «reduccionista» del «intelectual». En efecto, la definición propuesta por ambos supone una equiparación de facto entre el concepto de «intelectual» y el de «intelectual público» (definido por la intervención misma), un modelo derivado de la propia intervención de Zola en el *Affaire Dreyfus* (y que, entre otros, fue teorizado en gran medida por Jean Paul Sartre, 1972, encarnación misma de esa figura en la segunda mitad del siglo XX y de quien ambos historiadores parecen retomar el planteamiento, aunque no lo reconozcan como única fuente de sus apuestas), el cual, a pesar de su influencia e interés sociológico o historiográfico (incluso político), podemos considerar por el momento, al menos en cuanto que hipótesis, como uno entre los muchos modelos posibles del «intelectual»³². En definitiva, esta reducción de la definición de «intelectual» al especialista que interviene en la esfera pública nos conduciría a un «empobrecimiento» del análisis sociológico de las formas de actividad intelectual, por cuanto no podría hacerse cargo de la

32 Por otra parte, resulta interesante el que la definición avanzada por Ory y Sirinelli esté bastante cercana en alguno de sus puntos a la que avanza Znaniecki con el concepto de «rol social» y que, sin embargo, ni ellos ni Dosse hagan referencia al sociólogo de origen polaco en sus consideraciones sobre las definiciones «sociológicas». Por lo demás, una comparación con la obra de Znaniecki sirve como medida del carácter reduccionista de la definición que avanzan Ory y Sirinelli y Dosse: mientras en *The social role of the man of knowledge* son considerados hasta diez roles posibles del «hombre de conocimiento», en la versión propuesta por estos historiadores, estamos abocados a centrarnos en un único tipo de rol del intelectual (el intelectual público).

pluralidad de formas que el propio Dosse reconoce en el segundo fragmento que hemos citado más arriba.

Pero como decimos, las críticas de ambos historiadores merecen consideración: las definiciones en términos de «función social» o de «grupo social» introducen dificultades en el nivel de su «operacionalización» (por utilizar un vocabulario convencional de la metodología de las ciencias sociales), en el paso que nos debe conducir desde estas definiciones a las actuaciones de investigación que una aproximación empírica requiere. ¿Cómo determinar las «fronteras» del «grupo social» denominado «intelectuales»? ¿Con qué criterios reconocer a quienes están dentro y quienes están fuera? ¿Cómo atribuir los casos individuales a la categoría? En efecto, estas definiciones introducen ciertos problemas en ese sentido y no parece que podamos encontrar entre nuestros clásicos indicaciones explícitas y efectivas acerca de cómo afrontar dichos problemas.

De hecho, podemos hablar de una falta de concreción en procedimientos de investigación empírica de la definición sociológica en los textos clásicos que hemos considerado. Lo que forma parte, en un nivel más general, de un segundo tipo de límites, señalados por varios autores, de las propuestas clásicas: en tales propuestas, al menos desde el punto de vista de cómo se practica hoy la sociología, hay una relativa falta de atención a lo empírico y una falta de estudios de casos según los criterios actuales de nuestra disciplina. Por citar un ejemplo de estas críticas, Picó y Pecourt (2008:39) señalan, aunque también incluyen en la crítica otras obras más contemporáneas de sociología de los intelectuales, que los trabajos de Mannheim o Gramsci «no presentan casos concretos, sino que proponen más bien un rol diferenciado para la comunidad intelectual en el contexto de la sociedad moderna». Este reproche es justo en la

medida en que nos recuerda que, efectivamente, la sociología de los intelectuales, en cuanto que parte de la disciplina empírica de la sociología, no puede eludir ni la intención empírica ni el recurso a los métodos y procedimientos hoy convencionales de la disciplina.

Sin embargo, esta relativa falta de atención a lo empírico, que está en la base de algunos problemas actuales de la sociología de los intelectuales, no nos exime de reconocer en estos textos el recurso (insuficiente o no) a una serie de elementos que hoy podríamos considerar «metodológicos». De hecho, una imagen más justa de estos textos obliga precisamente a hacerse cargo de estos elementos y a considerarlos, en parte, como aportes de esta literatura. Y no se trata solamente de una restitución simbólica. Por el contrario, la consideración de estos elementos resulta de gran utilidad para la tarea actual de la sociología de los intelectuales, en lo que ésta última implica de reflexión metodológica, pues de la comparación con estos trabajos anteriores se pueden obtener valiosas lecciones.

Entonces, ¿existen, a pesar de esa relativa desatención de lo empírico, algunas líneas comunes en la sociología clásica de los intelectuales en lo que concierne a los «métodos»? A nuestro juicio, dos «enfoques metodológicos» (por así decirlo) sobresalen en esta literatura: de un lado, el recurso a un tipo de análisis histórico (centrado fundamentalmente en el análisis de procesos sociales de larga duración) y, del otro lado, la aplicación del método «tipológico», ejemplificada con mayor vigor, sin duda, por Znaniecki.

Así, en primer lugar, en los trabajos de estos tres autores podemos encontrar, tanto en el problema de la definición como en los elementos «metodológicos», un reconocimiento del papel de la historia en general y de la opción por el uso de análisis de corte histórico. En efecto, en muchos sentidos, más que buscar únicamente un estudio de las propiedades ahistóricas de los "intelectuales", tanto Gramsci, Mannheim y Znaniecki han incluido en

diferentes maneras una perspectiva histórica que atiende al nacimiento, evolución y transformación tanto de las relaciones sociales que circundan al grupo de los «intelectuales», como de su propia configuración interna. Gramsci, lo ha hecho en la línea del materialismo histórico, al que le aporta una comprensión novedosa de las relaciones entre trabajo manual e intelectual (aportando tanto el reconocimiento y las razones de las invariantes históricas del proceso -la «continuidad del grupo de los intelectuales» en sus justificaciones- como las variantes del mismo, en la forma del surgimiento de nuevas capas intelectuales con las transformaciones derivadas de los «grupos esenciales» ligados a la producción). Mannheim lo ha hecho, no tanto a partir de las claves del materialismo histórico, sino a través de una descripción del largo proceso de la Modernidad como momento histórico en el que se da un «proceso intelectual» que se caracteriza por la introducción de procesos de transmisión de saberes relativamente ajenos a los contextos inmediatos. Este proceso daba lugar a un grupo «abierto» de «educados», la *intelligentsia*, que está en condiciones de afrontar el problema de la pluralidad conflictiva de puntos de vista. Finalmente, Znaniecki, plantea un análisis evolutivo (que atiende a los procesos de difusión y de diferenciación) de los diferentes «roles sociales del hombre de conocimiento» que se inicia desde el nacimiento, «en la noche de los tiempos», de los «roles sociales» en cuanto que patrones culturales.

En esto, a pesar de que parten desde perspectivas dispares, se puede identificar una tendencia común a los tres que prevalece en su implementación del análisis histórico. De hecho, por utilizar de una manera un tanto libre el vocabulario de Fernand Braudel (1991), se puede caracterizar esa implementación por una prevalencia del análisis en el plano del tiempo de «larga (o muy larga) duración» y del análisis de procesos de amplio recorrido histórico. El tipo de análisis que tales autores llevan a cabo se centra en el estudio de procesos que abarcan

periodos notablemente amplios. Esta voluntad de situarse en el plano de la «larga duración» no es un problema por sí mismo, de hecho, se trata probablemente de un procedimiento necesario para la comprensión de la figura del «intelectual» en un sentido amplio. Sin embargo, el problema reside en que, constituida como la única vía de acceso, los esquemas de inteligibilidad que se derivan de esta perspectiva son necesariamente generales y atienden poco a los estudios de casos concretos y a las diferencias según contextos. Además, producto en la mayor parte de las ocasiones de una voluntad por establecer conclusiones de largo alcance sobre los «intelectuales» (su papel en el proceso histórico de constitución de la Modernidad -como ejercita Mannheim- o su desaparición actual -como señalan, entre otros alegatos actuales, Lyotard, 1984; Jacoby, 1987 Debray, 2000 o Nora, 2000-), corre el riesgo de no derivar en otra cosa que en una "filosofía social de los intelectuales", cuando no en una filosofía de la historia que tiene al «intelectual» (y ya no al «proletariado», por ejemplo) como punta de lanza.

En segundo lugar, como hemos señalado, encontramos igualmente con cierta recurrencia en tales textos el uso del método «tipológico». Este recurso es especialmente evidente en el caso de Znaniecki, quien lo emplea de forma paradigmática como procedimiento de investigación para la sociología de los intelectuales³³.

El método tipológico ha mostrado sus virtudes en múltiples usos en diferentes ciencias. No hay que olvidar que clasificar como medio de dar inteligibilidad ha sido un procedimiento

³³ Por otra parte, hay que señalar que en esto Znaniecki, aunque sea un caso paradigmático, no es único. De hecho, el proceder tipológico es una de las herramientas metodológicas más utilizadas en el marco de la sociología de los intelectuales clásica (y quizás no tan clásica). Aunque son muchos autores los que podrían citarse como ejemplos, basta con señalar que el propio Weber, en el marco de sus estudios sobre la religión y el proceso de racionalización del mundo, instauró una tipología de intelectuales para comprender dicho proceso. Sadri (1994:105 y ss.) ha planteado recientemente una construcción más completa de la tipología de Weber, a la que ha añadido algunos elementos de otros trabajos de clasificación de los «intelectuales» (como los de Znaniecki). Lo que, por otra parte, muestra que la voluntad tipológica está también presente en la sociología de los intelectuales más contemporánea.

igualmente relevante tanto en el ámbito de las ciencias «naturales» como en las ciencias «sociales». Znaniecki se inscribe explícitamente en dicho método cuando establece un paralelismo entre los procedimientos de la «biología sistemática» y los que él se propone integrar en la forma de una «sociología sistemática» del «hombre del conocimiento». De igual manera que la ciencia de la biología aspira a una «clasificación universal» de los seres vivos, Znaniecki parece haberse puesto por objetivo, aunque existan diferencias entre el orden natural y el social en relación a la fuente de sus regularidades, establecer una «clasificación universal», con sus géneros y especies, de los «roles sociales» del «intelectual».

Este tipo de solución metodológica, sin embargo, tiene sus problemas. En primer lugar, porque una tipología siempre se expone a introducir cierta arbitrariedad en su constitución. Dicha arbitrariedad se muestra con claridad cuando, de manera inconsciente, una tipología introduce una yuxtaposición de criterios de construcción. El propio Znaniecki propone una tipología que está llena de salvedades y es de difícil resumen. Prueba de ello es la discrepancia que podemos encontrar entre los roles que aparecen en el libro y la organización que da de ellos Merton (1941) en su reseña. Por lo demás, yo mismo tuve dificultades para resumir la tipología de roles del «hombre de conocimiento»: mi propuesta no casa con la de Merton y no estoy nada seguro de haber reconstruido con justicia la clasificación de Znaniecki. En cualquier caso, tanta confusión puede deberse simplemente a una característica propia de los principios de clasificación de la misma, que no son nada claros y que mezclan principios de distinto orden.

En segundo lugar, las tipologías pueden conducir a una aproximación en la que el devenir histórico está, o bien ausente, o bien es incorporado de una manera poco concreta. En

la segunda parte de *The Social Role of Man of Knowledge*, por ejemplo, no queda bien explicado cómo se evoluciona de un rol a otro. Tampoco tenemos muchas indicaciones de cómo esos roles han podido pervivir durante tanto tiempo ni de las leyes de su desaparición, si es que tal desaparición es posible. De hecho, la impresión que da en ocasiones el libro es que, una vez constituido, un «rol social» del «hombre de conocimiento» es una instancia cuasi-trascendental que no conoce historia o devenir alguno. Por lo demás, el análisis así planteado apenas se centra en las relaciones sincrónicas entre roles, los cuales se definen de forma aislada y por ellos mismos.

La conclusión que podemos extraer de estos límites no es tanto que las tipologías se revelen como intrínsecamente inútiles, sino que su papel en una metodología para la «sociología de los intelectuales» debe ser reconsiderado: más que el único método posible de la disciplina, las tipologías podrían considerarse como un apoyo auxiliar en sus aplicaciones. En cualquier caso, identificar la sociología de los intelectuales con el proyecto de producir una «clasificación universal» de los tipos posibles del intelectual es un error propio de una disciplina que está en su fase de construcción³⁴.

En resumen, en la sociología clásica de los intelectuales tenemos tanto algunos problemas de método como problemas ante la definición del «intelectual», especialmente en lo que toca a la «operacionalización» del concepto. Quizás, esta falta de atención a lo empírico y las dificultades de la operacionalización no se deben tanto a un «error» (el cual podemos percibir hoy desde nuestro punto de vista) como a una desconsideración de estos elementos. Una desconsideración que probablemente tuviera que ver con lo que estaba en

³⁴ Esto ha sido particularmente afirmado por el filósofo y economista inglés William Jevons (citado en Bourdieu, Passeron y Chamboredon, 1968:47). Jevons era particularmente crítico respecto de la importación del pensamiento clasificatorio en las ciencias sociales, a las que acusaba de permanecer por ello en la «era aristotélica de las ciencias sociales».

juego en un sentido pragmático. Esto es lo que defienden Eyal y Buchholz (2010) en un artículo recientemente publicado (y que ha generado un cierto debate a juzgar por las 43 citas que le atribuye Google Scholar -con todas las imperfecciones de esta herramienta digital como indicador de la «influencia» de las ideas-) en *The Annual Review of Sociology*:

The classical problematic of the sociology of intellectuals was dominated by the question of allegiance. Who are the intellectuals and to whom or to what do they owe allegiance?... The political and ethical problematic of allegiance was prior to the empirical puzzles.... It was the foundation upon which they were formulated (2010:121-122)

Según estos dos autores, el principal objetivo de los autores clásicos de la sociología de los intelectuales no era tanto el de producir una aproximación empírica (al menos desde el punto de vista de los estándares actuales) al «intelectual», sino el de dar una respuesta al interrogante que suponía ese nuevo agente, surgido del Affaire Dreyfus, del espacio público europeo que se denominaba «intelectual». Así, el problema era el de saber quién era y de qué lado estaba esa figura, problema que enviaba más bien a un segundo plano los problemas de carácter «metodológico». De este modo, Gramsci habría puesto las condiciones para el posible uso de los intelectuales en relación al movimiento obrero; Mannheim, habría dado una comprensión sociológica del origen y de la misión en el presente de la *intelligenstia*³⁵.

En cualquier caso, a pesar de la importancia de esa hipotética intención pragmática de resolver la cuestión de quién es el intelectual y de su papel en el espacio público europeo, es

35 Sin embargo, en este esquema planteado por Eyal y Buchholz, Znaniecki ocuparía un lugar más difícil de determinar, pues las intenciones pragmáticas de su trabajo son menos evidentes. De hecho, su apelación a la cláusula pragmatista de la «modestia incondicional» (por la que el sociólogo debe aceptar, sin emitir juicio alguno acerca de la verdad de su obra, como «hombre de conocimiento» a aquel que, o bien se reconoce como tal, o bien es reconocido como tal por su medio social), parece precisamente situarlo en una perspectiva ajena al de esa intención.

necesario prevenirse ante una simplificación excesiva del legado de los clásicos en la disciplina de la sociología de los intelectuales. Como hemos tratado de mostrar aquí, existen una gran cantidad de elementos de dichos textos que sirven como base para la reflexión actual, los cuales son, en parte, independientes de las intenciones pragmáticas de sus autores. Por lo demás, veremos a continuación que, precisamente, las intenciones pragmáticas contenidas en el problema de la definición del «intelectual» constituyen uno de los grandes temas de la literatura posterior.

1.3 El problema de la definición en el discurso sociológico contemporáneo: el «principio de reflexividad» en la definición de «intelectual» en Zygmunt Bauman y Pierre Bourdieu

Si la sociología de los intelectuales clásica constituye un corpus dinámico y activo en relación a su tiempo, en el periodo inmediatamente posterior encontramos igualmente una serie cuantitativamente importante de trabajos que bien podrían incluirse en nuestra disciplina y que continúan en parte los debates anteriores. En Estados Unidos, por ejemplo, la cuestión tuvo una notable importancia en el marco de la tradición estructural-funcionalista que desde Parsons hasta Coser, pasando por Shils, Lipset o Merton, produjo algunos trabajos muy significativos para la disciplina³⁶. Posterior a estos trabajos, pero en clara discusión con ellos, está también el de Alvin Gouldner (1979), que dio pie a la generación de toda una literatura en

36 Algunos de estos trabajos (los cuales ya hemos citado en parte) que más o menos pueden atribuirse a esa etiqueta común de «estructural-funcionalistas» y que tienen por objeto el análisis sociológico (técnico o metodológico) del «intelectual» son: Parsons (1959), Coser (1968), Shils (1958), Lipset (1960) o Merton (1992:cap. 7). En estos trabajos encontramos algunos de los elementos de las definiciones más clásicas. Por ejemplo, Merton y Coser utilizaron el concepto de «rol» social en sus trabajos sobre el intelectual y Shils y Lipset propusieron definiciones más bien centradas en la relación con la cultura de los «intelectuales».

torno al concepto de la «New class» y que revivió los debates acerca de los «intelectuales» y de la relación entre trabajo manual y trabajo intelectual en el seno del marxismo y de las ciencias sociales en general³⁷.

Aquí no vamos a profundizar ni en esas tradiciones específicas ni en los numerosos trabajos de otras tradiciones nacionales que pueden considerarse parte de la «sociología de los intelectuales» del periodo contemporáneo. Por el contrario, nos basta con, por una parte, señalar la relativa vitalidad y actualidad de la disciplina y, por otra parte, con tratar de advertir las posibles líneas generales de esa literatura en su versión más contemporánea, a través de algunas de sus obras más descollantes (con la selección inevitable que todo ello implica).

De esta manera, nos centraremos en saber si existe un rasgo común en la literatura contemporánea de la sociología de los intelectuales y, si ese es el caso, en determinar en qué medida los trabajos de ese periodo suponen diferencias respecto tanto de la sociología clásica de los intelectuales en general como del problema de la definición del «intelectual» en particular.

Un hecho a tener en cuenta es que, en la mayoría de las revisiones de la literatura de sociología de los intelectuales que incluyen trabajos contemporáneos (como las ya citadas de Brym, 2001; Kurzman, 2002; Leclerc, 2003 o Picó y Pecourt, 2008), no hay una reflexión específica acerca de tal problema. De hecho, la mayoría de estas revisiones tratan del conjunto de la sociología de los intelectuales sin considerar la necesidad de distinguir entre la reflexión clásica y la reflexión contemporánea desde un punto de vista conceptual. En definitiva, de modo implícito, estos trabajos parecen responder de manera negativa a ambas preguntas:

³⁷ En efecto, el libro de Gouldner, que recibió importantes críticas, tuvo al menos el efecto de volver a poner en primer plano el papel de los «intelectuales» en las sociedades avanzadas y su relación con el poder.

según éstos, no existe ni un rasgo común en la sociología contemporánea de los intelectuales ni carácter diferencial respecto a la versión clásica de dicha literatura.

En cambio, otros autores sí han considerado pertinente plantearse ambas cuestiones y han encontrado respuestas que van en una dirección afirmativa respecto de tales preguntas. Así, por ejemplo, los propios Eyal y Buchholz (2010) señalan que, efectivamente, existe un rasgo común a toda la sociología de los intelectuales contemporánea y que éste es a su vez diferencial respecto de la sociología de los intelectuales clásica³⁸. De hecho, los autores argumentan que en la sociología de los intelectuales contemporánea estamos asistiendo a la transformación de la sociología de los intelectuales en una «sociología de las intervenciones públicas», forma en la que se materializaría una sociología de los intelectuales «para el siglo XXI» (Eyal y Buchholz, 2010:118).

Según ellos, la principal diferencia entre la sociología de los intelectuales clásica y la «nueva» sociología de los intelectuales (identificada aquí como una sociología de las intervenciones públicas), puede resumirse como sigue:

The main difference between the sociology of intellectuals and the sociology of interventions is that the former takes as its unit of analysis a particular social type and is preoccupied with showing how the social characteristics of this type explain where its allegiances lie, whereas the latter takes as its unit of analysis the movement of intervention itself and is therefore interested in how forms of expertise can acquire value as public interventions.
(2010:120)

38 Cabe señalar, para precisar su argumento, que Eyal y Buchholz consideran como sociología de los intelectuales contemporánea la que se ha producido a partir de 1980. Esta fecha, matizan ambos, no es del todo exacta, pero coincide con un doble acontecimiento: señala el auge derivado de los trabajos de la «New class» y el comienzo de un nuevo estilo en el seno de la disciplina. En cualquier caso, esta periodización no puede ser considerada definitiva, pues requiere una definición previa de los elementos que conforman la especificidad de la literatura contemporánea para determinar su concreción cronológica.

Tal y como se puede leer en esta cita, la sociología contemporánea estaría más bien interesada en el proceso mismo a partir del cual un saber determinado y los sujetos que lo encarnan puede valorizarse y ser efectivo en el espacio público en general³⁹. En definitiva, se trata de una interpretación que parece bastante razonable y significativa acerca de los cambios en el discurso contemporáneo de la sociología de los intelectuales

Por nuestra parte, concordamos con Eyal y Bucholz en tres puntos. A saber, que existe un rasgo común en la literatura contemporánea, que este rasgo es diferencial respecto de la sociología de los intelectuales anterior y que una forma en la que se expresan tales cambios es en la de un el creciente interés por las formas de intervención públicas. Sin embargo, nos parece que el cambio en la literatura contemporánea se sitúa en otro nivel distinto al planteado por Eyal y Bucholz, un nivel más general que el de la constatación del renovado interés por e estudio de las formas de intervención «intelectual».

En realidad, este cambio entre la sociología clásica y la sociología contemporánea tiene que ver con una relación diferente de la posición del sociólogo respecto de su objeto, el «intelectual»⁴⁰. Esta nueva relación se caracteriza por el intento de hacerse cargo más profundamente (especialmente en relación a las contribuciones del periodo anterior de la

39 Por otra, parte recordamos lo dicho anteriormente respecto de no quedarse con una imagen demasiado simple de la sociología clásica de los intelectuales: se ha visto que ésta contiene en sí otros elementos a tener en cuenta de los que permite aprehender una reducción del problema a la cuestión del interés pragmático por determinar los compromisos del intelectual.

40 Vale la pena señalar desde este momento que no resulta adecuado concebir este cambio en términos de una «evolución» o de un «antes» y un «después» (menos aún cabe hablar de «superación»); no es un criterio de corte «historicista» el que resulta determinante en la comprensión de dicho cambio. Se trata más bien de una manera diferente de aproximarse a la sociología de los intelectuales en general y al problema de la definición en particular. Un cambio relevante desde sus contenidos mismos que cabe interpretar, más adecuadamente, como un desplazamiento que se expresa en una actitud distinta a la hora de afrontar problemas comunes entre ambas literaturas, pero que que no cancela por ello la reflexión anterior, sino que la recupera por una vía distinta.

disciplina) del sentido pragmático de la pregunta «¿qué es un intelectual?» y de sus implicaciones en el quehacer sociológico.

En efecto, en esta literatura contemporánea encontramos, en diversos grados, un cuestionamiento insistente por el significado de esa pregunta y por los efectos derivados del ejercicio de definición del intelectual en el proceder sociológico. La pregunta por la definición de «intelectual» va, en la literatura contemporánea, normalmente asociada a una reflexión previa acerca de su valor pragmático, acerca de los efectos que produce tal pregunta por el mismo hecho de enunciarse. Además, estos efectos han sido objeto de consideración, como veremos, en un doble sentido: tanto en el nivel de las consecuencias epistemológicas y metodológicas que tiene la pregunta misma para la investigación sociológica como también en el nivel de sus efectos en relación al orden social en su conjunto. En definitiva, por expresarlo en la terminología de Jesús Ibáñez (2000), la sociología de los intelectuales contemporánea está caracterizada por una insistente reflexión acerca del «para qué» de la pregunta por la definición del intelectual⁴¹.

En cualquier caso, esta transformación en la literatura contemporánea no es ajena a un cambio paralelo en el seno de la sociología asociado al lema de la «reflexividad» y que ha sido tematizado por varios autores⁴². Y, por ello, hemos considerado más adecuado definir lo

41 En efecto, para Ibáñez (2000) en la investigación sociológica encontramos tres niveles: el epistemológico (que se corresponde con la pregunta del «para qué» o «para quién» de la investigación), el metodológico (que se corresponde con la pregunta del «por qué») y el tecnológico (que se corresponde con la pregunta del «cómo»). El primero de estos niveles trata de los fines de la investigación y de las demandas que de forma implícita están presentes en toda investigación. De ahí que podamos expresar los cambios que se han producido en la sociología contemporánea de los intelectuales como una mayor insistencia en el «para qué» de la pregunta por los intelectuales, pues precisamente esta literatura va a tener en cuenta reflexivamente los fines de esa pregunta y las posibles demandas implícitas que puedan haber en ella. Por otra parte, mi conocimiento de la obra de Ibáñez se debe enteramente al saber del profesor Mario Domínguez.

42 En el plano internacional, destacan, en este sentido, los conocidos trabajos de Beck, Giddens o Lash (ver como introducción Beck, Giddens y Lash (1994). Sin embargo, también en nuestro país se han producido importantes trabajos sobre la cuestión como los de Lamo de Espinosa (1990) o Ramos Torre

fundamental de este cambio, no como una implantación de una «sociología de las intervenciones», como hacen Eyal y Buchholz (2010), sino como la implementación de un «principio de reflexividad» en la literatura contemporánea de los intelectuales⁴³.

Aunque hay muchos otros autores que también podrían ser citados como ejemplos de la implantación de este principio, nos centraremos en dos autores particularmente relevantes, cuyas obras descuellan como ejemplos de tal principio⁴⁴. Estos autores son Zygmunt Bauman y Pierre Bourdieu y en ellos vamos a mostrar con claridad la puesta en marcha de ese nivel de reflexividad en la pregunta acerca del «intelectual». A partir de sus obras, nos es posible ver la implementación del principio de «reflexividad» y sus implicaciones en la práctica sociológica.

El que dos autores que provienen de dos contextos nacionales tan dispares (Bauman del mundo anglosajón; Bourdieu del espacio intelectual francés) y que tienen objetivos tan distintos en sus obras (producir una consideración detallada sobre el orden social moderno y sus salidas, el primero; constituir una ciencia sociológica crítica, el segundo) puedan ser

y García Selgas (1999). Por otra parte, Lamo De Espinosa (1996) ha llevado también la importancia de la «reflexividad» al ámbito de la sociología de los intelectuales. En ese texto ya sugería la importancia de ser reflexivos ante un objeto tan elusivo.

43 De hecho, nuestra definición abarca la propuesta de Eyal y Buchholz (2010). El interés por el análisis de la acción intelectual en el espacio público encuentra parte de su fundamento en esta nueva relación con el objeto. Sin embargo, es necesario ser precavidos frente a la intención (tentadora, por la recurrencia con la que aparece en múltiples trabajos, como en el de Eyal y Buchholz) de reducir la sociología de los intelectuales a una sociología del «intelectual público». Por lo demás, la segunda parte de esta investigación constituye, en parte, un aporte a esta perspectiva de análisis de la intervención pública de los «intelectuales» para el caso español.

44 De hecho, pensamos que este «principio de reflexividad» puede igualmente encontrarse en otros trabajos, aunque sería necesario un análisis específico para comprobarlo, cosa que está fuera del alcance de esta tesis. Por dar algunos ejemplos indicativos al respecto, cabe recordar el de Randall Collins y, en especial, su libro *The Sociology of Philosophies: A Global Theory of Intellectual Change*, donde el sociólogo estadounidense aplica algunas recetas metodológicas que se ajustan al principio de reflexividad. También existe una consideración especial de los efectos pragmáticos de la pregunta «¿qué es un intelectual?» en el marco de la literatura sobre historia de los intelectuales que se ha producido desde una perspectiva feminista. En particular, la crítica feminista se ha centrado en los posibles sesgos de género implicados en la definición. Para una introducción a esta última literatura y al problema del género en relación al de la definición del intelectual véase el interesante compendio de Racine y Trebitsch (2004)

leídos en el mismo sentido, más que una matización de la unidad de principio propuesta para la sociología de los intelectuales contemporánea, muestra otra de las características de la implantación de tal «principio de reflexividad» en el problema de la definición del «intelectual». Así, no parece existir una relación necesaria entre la incorporación de dicho principio y una manera concreta de darle cumplimiento teórica y metodológicamente, como muestra el caso de estos autores. Por el contrario, la expresión de este principio de reflexividad es múltiple y no establece de antemano las vías de su aplicación en los diferentes niveles implicados en la investigación sociológica. De hecho, si hoy la sociología de los intelectuales puede ser considerada un ámbito de investigación dinámico dentro de la sociología lo es por esta condición de apertura en el seno de lo que constituye su principio básico y por las diversas posibilidades de respuesta que le son inherentes. Pero volvamos al hilo de nuestra discusión y centrémonos en lo que podemos hacer aquí al respecto, esto es, en tratar de exponer y ver las diferencias en el modo en que estos dos autores de los que hemos hablado, en cuanto que ejemplos paradigmáticos, han tratado de ponerlo en marcha en sus investigaciones concretas.

1.3.1 Zygmunt Bauman (1925 -): la negación de la posibilidad de una definición del intelectual y sus consecuencias en *Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*

Uno de los ejemplos más notables de esta nueva perspectiva de la sociología contemporánea de los intelectuales es el libro de Zygmunt Bauman *Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*, escrito a finales de los años ochenta en Inglaterra y publicado en EE.UU. Su autor es hoy una figura de renombre internacional en las ciencias sociales y sus libros han sido traducidos en múltiples idiomas.

Sociólogo de origen polaco, emigró en los años 70 al Reino Unido, donde ha desarrollado una notable carrera intelectual. Fue a finales de los años ochenta que Bauman, con la publicación de este libro, pero sobre todo con *Modernity and Holocaust*, alcanzó la notoriedad internacional.

El problema de los intelectuales, como se ve en todo ello, no es ajeno al sociólogo polaco⁴⁵. Muy al contrario, esta preocupación específica se enmarca en un interés más general por las relaciones entre conocimiento y poder y que le han convertido en un pensador reconocido en el tema de la «Posmodernidad». De hecho, el libro en el que aquí nos centramos puede ser leído como una reconstrucción histórica del proceso de constitución y despliegue de la «Modernidad» como época histórica (y de la eventual transformación histórica que abocaría en la «posmodernidad», según Bauman) a través del diferente papel de los intelectuales en todo ello. Los intelectuales, para Bauman, tienen la función de canalizar las relaciones entre poder y conocimiento que configuran los diferentes órdenes sociales de esas diferentes épocas históricas.

Aquí, nos centraremos más bien en las consecuencias que, en el marco de esa investigación general, se producen de cara a nuestra problemática, es decir, en preguntarse acerca de las claves interpretativas acerca del intelectual que propone Bauman en este libro. Y lo primero que destaca en relación a esto es el diferente tono con el que se abre el libro de Bauman, al menos en comparación con los textos clásicos de la disciplina que hemos tratado anteriormente. El libro comienza con un estilo de reflexividad de intenciones en apariencia radicales, pues Bauman no comienza su estudio con el intento de dar una definición particular

45 Otra publicación que muestra el constante interés de Bauman por la problemática concreta del intelectual es un artículo de 1992 publicado en la revista *Thesis Eleven*.

de «intelectual», sino que plantea una tesis sorprendente al respecto: que no es posible dar una definición «objetiva» ni «autosuficiente» de «intelectual». Una formulación, entre muchas otras presentes en el libro, de esa tesis es la siguiente:

An attempt to set aside those who 'are intellectuals' from those who are not, to draw an 'objective' boundary for the group by listing the names of relevant professions, occupations or educational credits, makes no sense and is doomed from the start (1987:23)

Otra formulación en el mismo sentido puede leerse en una página anterior:

It is assumed that the category of the intellectuals never has been and never can be 'defitionally self-sufficient'. (1987:18).

Ambas formulaciones expresan claramente una negación de la posibilidad de la definición de «intelectual», tesis a la que Bauman se adhiere en varias ocasiones. Vale la pena retomar dos hechos básicos (que funcionan como premisas del argumento) que señala el sociólogo polaco acerca de la definición de intelectual, los cuales se refieren en gran medida a los elementos que ya hemos denominado como pragmáticos de la pregunta «¿qué es un intelectual?». El primero de esos elementos es que toda definición de «intelectual» tiene un rasgo común, el cual las distingue de toda otra definición, esto es, que todas son autodefiniciones (1987:8). En efecto, para el sociólogo de origen polaco, normalmente son los propios intelectuales quienes tratan de responder a la pregunta «¿qué es un intelectual?», con lo que estamos ante un problema de identidad, de «auto-identidad» para ser más exactos. Esto mismo conduce al segundo hecho acerca de toda definición de intelectual que señala Bauman: los efectos pragmáticos de la pregunta por el intelectual son más relevantes que el propio contenido de la definición, pues según Bauman, es la distinción que se opera en el acto mismo

de la definición entre un «nosotros» (intelectuales) y un «ellos» (no intelectuales) lo que constituye el sentido primario de la definición, lo verdaderamente importante y lo que está en juego en el intento de definición de los «intelectuales»⁴⁶.

Bauman plantea así una inversión importante en lo que a las aproximaciones acerca del problema de la definición del intelectual se refiere, pues pone en primer lugar estos efectos que se derivan del hecho mismo de hacerse la pregunta y subordina los problemas relacionados con el «contenido» de la definición propiamente dicho. ¿Invalidan estas dificultades la posibilidad de una definición del objeto y, si se siguiera necesariamente de ello, de la sociología de los intelectuales? Entonces, ¿qué sentido tendría un libro como *Legislators and interpreters*, una reconstrucción histórica del papel de ese objeto «sin definición posible» *par excellence*? No lleguemos tan rápidamente a conclusiones tan extremas. Si atendemos a lo que hace el sociólogo de origen polaco en los restantes capítulos del libro, la sociología de los intelectuales tiene una justificación a pesar de todo, pues contrariamente a lo que pudiera parecer a partir de estas iniciales y radicales tesis que Bauman adelanta en sus primeras páginas, hay un intento por presentar una alternativa en torno a este problema de la definición del intelectual que no conduce a la disolución de la empresa de la sociología de los intelectuales⁴⁷.

¿Cómo salir de ese juego de «autodefiniciones» que responde a un interés de establecer distancias entre grupos sociales y entre miembros de la misma categoría? Para Bauman, la

46 Por otra parte, Bauman (1987:18) señala también que este intento por establecer distinciones entre «intelectuales» y «no intelectuales» también tiene una expresión dentro del propio grupo: los diferentes sectores del grupo se libran, así, a una serie de luchas en las que tratan de excluirse mutuamente.

47 Aunque es cierto que dicha propuesta no está del todo explicitada y que, en algunos de sus puntos fundamentales, recae en el lector el trabajo de reconstrucción sistemático de la misma. Es una crítica que, como veremos más adelante, se le ha planteado al libro en numerosas ocasiones.

clave está en acudir a un ejercicio específico, al cual denomina como «cross-cultural hermeneutic» [hermenéutica intercultural] (1987:9). Según el autor, este tipo de ejercicio permite al intelectual, mediante la confrontación (cognitiva y teórica) con el «otro», «comprenderse a sí mismo», esto es, producir un reconocimiento de sí (una auto-revelación, para emplear los propios términos de Bauman) y una objetivación de lo dado por sentado (en nuestro caso, los efectos pragmáticos de las definiciones del intelectual antes comentados, así como las propiedades del grupo en general)⁴⁸. Este ejercicio no es planteado por el sociólogo de origen polaco como una mera cuestión de principios. En el primer capítulo del libro, lo materializa a través de una interpretación de dos obras del antropólogo estadounidense (pero también de origen polaco) Paul Radin: *Primitive Religion* (1937) y *Primitive man as Philosopher* (1927). La apuesta de Bauman es que podemos extraer algunas lecciones, en el mismo proceso de interpretación de otras culturas que realiza Radin en tales libros, acerca de la manera en que el «antropólogo» (el «intelectual», en general, podríamos añadir) es concebido en la sociedad de partida (la estadounidense, desde la que escribe Radin).

De este modo, a través de la lectura de Radin y de la «confrontación» con el «otro» que se despliega en la obra de éste, Bauman está en condiciones de ofrecer unos criterios mínimos de definición del intelectual para construir una definición «provisional» que sirva de guía en el resto del libro. En primer lugar, frente a los intentos de establecer una definición que permitiese enumerar las propiedades específicas de la categoría y clasificar de manera inequívoca a los individuos que formarían parte de ella, Bauman propone concebir dicha categoría a partir de una metáfora espacial. Considera más adecuado pensar la categoría como un «spot» [punto] o «territory» [territorio] en el seno de la estructura social. Tal territorio está

⁴⁸ Para legitimar el valor de este ejercicio hermenéutico, Bauman cita a Lévi-Strauss y a Gadamer como autoridades en la conformación de un paradigma de ciencias sociales basado en la confrontación entre culturas.

habitado por una población cambiante, pues, como cualquier otro territorio, está abierto a invasiones, conquistas y reclamos legales (1987:19). De este modo, más que en unas propiedades específicas de la definición de la categoría, en lo que cabe centrar el esfuerzo de definición del objeto es en el análisis de un espacio o territorio que forma parte de la estructura social global.⁴⁹

Precisamente, esto último es el segundo aspecto relevante de la definición de Bauman, pues si hemos de utilizar esta metáfora espacial no cabe pensar ese territorio como un elemento aislado. Por el contrario, es necesario tratar este «territorio» del intelectual como:

a structural element within a societal figuration, an element defined not by its intrinsic qualities, but by the place it occupies within the system of dependencies which such a figuration represents, and by the role it performs in the reproduction and development of the figuration» (1987:19).

Las propiedades de dicho espacio o territorio no son intrínsecas, sino que son el resultado de la posición y el rol que cumple en lo que Bauman denomina aquí «figuración social». De esto se sucede necesariamente que la comprensión sociológica de la categoría no es posible de manera aislada y que es necesario incorporar el análisis de la totalidad o «figuración social» para la concepción misma de los «intelectuales», del espacio que éstos ocupan en la estructura social en general. Puede hablarse por tanto de un verdadero círculo hermenéutico abierto entre la parte (el «territorio» de los intelectuales) y el todo (la figuración social específica en la que cumple una función y de la que toma sus propiedades específicas) a partir del cual se puede

49 En este sentido, como veremos en el apartado correspondiente, cabe destacar la similitud que existe entre el intento de Bauman de pensar el objeto acudiendo a una metáfora espacial y la propuesta equivalente que implica el concepto de «campo» de Pierre Bourdieu. Para una explicación elaborada del papel de la metáfora espacial que está presente en el concepto de «campo», remitimos al lector al apartado «El concepto de Campo como herramienta epistemológica».

fundar una aproximación a la sociología de los intelectuales que permita solventar en parte los problemas de la definición del objeto.

El libro no termina ni mucho menos aquí y hay que reconocerle a Bauman la audacia de intentar poner en marcha este programa al embarcarse en un ambicioso recorrido histórico («sociogénesis» es la palabra que Bauman utiliza en ocasiones para referirse al método que sigue en dicha reconstrucción) en el que precisamente trata de sacar a la luz las diferentes configuraciones sociales que se han producido desde el siglo XVI hasta el presente. Especialmente notable en ese recorrido es el interés de Bauman por el papel diferente que en cada una de esas configuraciones han jugado los «intelectuales». La tesis es bien conocida: mientras que en la configuración moderna los intelectuales han jugado el papel de «legisladores» (de «guías de la nación», por utilizar una expresión célebre, pues su palabra servía como referente objetivo ineludible para la organización de la sociedad); en el mundo postmoderno, esta función sería reemplazada por la de «intérprete», pues el intelectual tendría como fin servir como mediador en el seno de las sociedades plurales postmodernas⁵⁰.

En cualquier caso, en Bauman vemos claramente la incorporación del «principio de reflexividad». Su apuesta en el problema de la definición se construye a partir de considerar los efectos que dicha pregunta introduce en el quehacer sociológico y en la sociedad en general. Pero la de Bauman no es la única implementación posible de dicho principio.

50 Estas tesis le han granjeado a Bauman tantas críticas como alabanzas. Como ejemplo de lo primero, la reseña de Zaret (1988) considera el libro «exasperante» por carecer del rigor empírico de una ciencia social propiamente dicha. En cualquier caso, es cierto que esta parte de la investigación de Bauman es bastante polémica y que genera suspicacias el que presente como definitivo un modelo del intelectual que, en realidad, él mismo encarna a la perfección, a saber, el del hermeneuta. Al presentar al «intérprete» como el último paso en su reconstrucción histórica (por cierto, bastante lineal y poco atenta a la posible existencia de conflictos entre diferentes modelos del intelectual), el planteamiento de Bauman está cerca de derivar en una filosofía de la historia (disciplina, por otra parte, ampliamente practicada por «legisladores» como Hegel, Marx o Mannheim) que sitúa en el devenir histórico mismo las razones de la validez de un modelo específico de intelectual. Este «sentido» de la historia, esta «razón» en la historia, cancela cualquier disputa entre los modelos de intelectual actualmente existentes.

1.3.2 Pierre Bourdieu (1931 – 2002): el problema de la definición como juego de luchas simbólicas y su posible reconstrucción a partir del concepto de campo

En una orientación similar en lo que al problema de la definición se refiere encontramos igualmente la obra de Pierre Bourdieu, sociólogo francés de quien ya hemos hablado y de quien seguiremos hablando en este trabajo. En este punto de la discusión, sin embargo, lo que interesa es establecer las líneas básicas de su planteamiento acerca de la cuestión que nos atañe: la del problema de la definición del intelectual en la sociología de los intelectuales contemporánea y la del modo de implantación del «principio de reflexividad» en este problema.

Con Bourdieu regresamos a Francia, país donde, como vimos en el marco de los estudios historiográficos sobre el origen de la palabra «intelectual», ha existido siempre una importante reflexión acerca de la figura del «intelectual». Bourdieu realizó algunas contribuciones notables a este debate, las cuales se materializaron tanto en libros suyos (del que *Les Règles de l'Art* es un ejemplo) como a través de los trabajos de algunos colaboradores cercanos a él, entre los que destacan los del historiador Christophe Charle ya citados. El sociólogo francés comenzó desde muy temprano en su trayectoria intelectual a investigar en el ámbito de la sociología de los intelectuales, al menos, desde la mitad de los años 60, época de la que datan algunos artículos de revista relacionados con la temática de la sociología de los intelectuales. Sin embargo, su producción en la materia alcanzó su cenit a partir de los años 80 (al mismo tiempo que alcanzaba fama internacional a causa de la publicación y la importante difusión que tuvo tanto *La Distinction* de 1979 como *Le Sens Pratique* de 1980), con la publicación de algunos libros que son actualmente referencias ineludibles de nuestro ámbito de estudios

como *Homo Academicus* de 1984. Así, desde un punto de vista puramente cronológico, puede decirse que la trayectoria intelectual (en la que se incluye la conformación de una aproximación específica para la sociología de los intelectuales) de Bauman y de Bourdieu son relativamente paralelas.

Para adentrarnos en la propuesta del sociólogo francés acerca de la cuestión que nos interesa, podemos centrarnos precisamente en *Les Règles de l'Art*, libro que el propio Bourdieu construyó a partir de numerosos trabajos anteriores a los que les dio la forma estructurada que precisa una monografía⁵¹. Este libro constituye una de las múltiples ocasiones en las que el sociólogo francés retomó la cuestión que aquí nos ocupa, la del problema de la definición de «intelectual», por lo que lo utilizaremos aquí como texto de referencia básico. Concretamente, nos centraremos en la segunda parte del libro, «Fondements d'une science des oeuvres», donde Bourdieu despliega un programa ambicioso de análisis de lo que denomina los campos de producción cultural⁵².

En esa parte del libro encontramos una serie de tesis muy similares a las que hemos visto anteriormente en el libro de Bauman, muy próximas al espíritu general que hemos advertido en la sociología de los intelectuales contemporánea. En efecto, Bourdieu, lejos de aventurarse a proponer una definición específica de intelectual, desarrolla una reflexión acerca de las condiciones de la pregunta misma por el intelectual y del ejercicio de su definición, reflexión que se constituye como una condición *sine qua non* para una alternativa científicamente viable en la confrontación del problema.

51 Tanto para orientarse en el entramado de textos reeditados que conforman este libro como para conocer el lugar de publicación de las versiones anteriores de los textos que finalmente forman parte de él, cabe recomendar el resumen que escribió Speller (2011:34-38) sobre la composición del libro.

52 Vale la pena recordar aquí que, por el momento, no vamos a adentrarnos en la propuesta general de Bourdieu en su conjunto. Esto será el objeto del próximo capítulo, al cual remitimos para una exposición más detallada de tal propuesta.

En esa reflexión, Bourdieu señala las dificultades de la posibilidad de una definición de carácter universal de «intelectual». En el siguiente párrafo, Bourdieu se muestra tajante en relación a ello:

En conséquence si le champ littéraire (etc.) est universellement le lieu d'une lutte pour la définition de l'écrivain (etc.), il reste qu'il n'est pas de définition universelle de l'écrivain et que l'analyse ne rencontre jamais que des définitions correspondant à un état de la lutte pour l'imposition de la définition légitime de l'écrivain⁵³.

Así, para el sociólogo francés, no es posible dar una definición del intelectual que tenga el carácter de universal, como aquella a la que aspiran la mayoría de los intentos de definición a priori del «intelectual». Por lo demás, cualquier analista puede comprobar por sí mismo la existencia de una pluralidad de definiciones de «intelectual» concurrentes.

Ahora bien, ¿cuáles son las razones de todo esto? Para Bourdieu (1998a:365 y ss.) no se trata de un problema de orden lógico, sino de una cuestión de principio de la vida intelectual: los campos de producción cultural son, por definición, el lugar en el que se da un conflicto por decir quién es «intelectual» y quién no lo es. En él, sus agentes se enfrentan en relación a quién puede considerarse legítimamente como parte del juego y quién no. Este conflicto tiene un gran alcance y afecta de manera intrínseca a todos sus ocupantes, los cuales, en cuanto que

53 Es necesario aquí un breve apunte, necesario para la comprensión de este fragmento y de su papel en nuestra exposición, sobre el uso de la palabra «etc.» tras los términos «campo literario» o «escritor». En un momento anterior del texto, Bourdieu (1998a:352) ha aclarado que, para simplificar, va a utilizar únicamente los términos «campo literario» o «escritor», pero que el lector puede reemplazar mentalmente el primer término por los de «campo artístico», «campo filosófico», «campo científico», etc., y el segundo término por los de «artista», «filósofo», «científico», etc. Esta posibilidad es indicada en el texto con «(etc.)». Por lo tanto, el análisis que plantea aquí Bourdieu no se refiere únicamente al «escritor», sino al «productor cultural» en general (al «intelectual», para nuestros intereses) y todo lo dicho acerca del «escritor» es válido para el «intelectual». Por lo demás, esto, como señala el propio Bourdieu, no implica no tener en cuenta la diferencia entre estos campos específicos. Para una discusión de esto último véase el apartado «El 'Campo Intelectual', anatomía de un mundo aparte» del siguiente capítulo.

son parte de él, se ven involucrados en dichas luchas de definición. Como en una especie de círculo cerrado, las luchas por la definición reproducen la variabilidad semántica en su movimiento mismo (pues los contendientes se oponen diferentes definiciones de «intelectual» entre ellos) y ésta, a su vez, sirve de condición para la lucha entre agentes por la definición (pues los agentes tratan de imponer la definición que mejor les conviene).

Por lo demás, si entre las definiciones que encontramos en un momento y en un espacio determinado (las cuales expresan el estado de las luchas en el campo) podemos encontrar algunas más reconocidas que otras (más legítimas que otras, en el vocabulario de Bourdieu), es porque algunas de ellas consiguen imponerse a través de un proceso social de exclusión de otras definiciones concurrentes.

En definitiva, es la configuración misma del espacio intelectual la que provee de las razones de la imposibilidad de una definición universal de «intelectual» y de la variabilidad semántica de la palabra «intelectual». Nuestro horizonte en cuanto que analistas de la vida intelectual es el de una lucha simbólica intrínseca entre definiciones. Un problema que es inherente al objeto mismo y no un problema de incoherencia lógica.

Entonces, ¿cómo afrontar dicho problema desde el punto de vista sociológico? ¿cómo asumir desde una perspectiva sociológica tanto la imposibilidad de una definición de carácter universal como las dificultades que introduce la existencia de esa lucha simbólica inherente a los universos de producción cultural? En una actitud propia de la sociología contemporánea de los intelectuales, Bourdieu (1998a:368) señala que no podremos salir de este círculo de definiciones si no lo afrontamos como tal. El carácter intrínseco de la lucha por la definición es parte de la realidad misma que hay que estudiar y no se puede obviar en el análisis sociológico.

Precisamente porque no se puede olvidar esto, los intentos de definición que imponen criterios operativos de definición (como los que están implicados en cualquier procedimiento -ineludible para toda investigación empírica- de muestreo de la población de los «intelectuales»), nos dice Bourdieu (1998a:367-368), van a resultar infructuosos. O, peor aún, éstos pueden introducir en el acto de definir, de forma inconsciente, una de las definiciones que son parte de la lucha que se está dando en el juego intelectual mismo. Lo que tiene dos consecuencias negativas para la investigación: por un lado, asumir una definición existente en el juego puede eliminar, de manera arbitraria, una parte del objeto que habría que considerar, esto es, los agentes y las instituciones que no entran en la definición asumida (por ej. un definición «restringida» del «escritor» puede considerar que un «articulista de prensa» no es parte del objeto a estudiar); por otro lado, la asunción de una definición existente, simple y llanamente, predetermina el resultado de la investigación.

Por el contrario, la actitud del sociólogo de los intelectuales que introduce la reflexividad debe ser diferente. Aquí, Bourdieu (1998a:368-369) da dos indicaciones al respecto. Una primera manera de actuar consiste en constituir las definiciones de «intelectual» que están presentes en un momento determinado como información sociológicamente pertinente: la investigación debe, por tanto, en primer lugar, recoger las definiciones de «intelectual» que existen de facto en el espacio a estudiar. A continuación, el sociólogo debe de proveerse de todos los medios a su alcance para poner en relación, de manera sistemática, esas definiciones en juego y sus condiciones sociales. En resumen, una primera vía sociológica de enfrentar la cuestión es mediante la reconstrucción del espacio de las definiciones de «intelectual» y sus bases sociales.

Una segunda vía que señala Bourdieu (1998a:368-369) para este proceso sería el del análisis de los procesos sociales de canonización, de los mecanismos por los cuales se realiza se alcanza el estatus de «intelectual» consagrado. Este estudio, derivaría en un modelo acerca de los procedimientos de consagración intelectual que podría instruirnos acerca del modo en que las definiciones de «intelectual» «cristalizan» y se imponen históricamente. Algo que, en principio, podría ser útil en nuestra búsqueda de reflexividad.

Sin embargo, ambos procedimientos no son más que una serie de indicaciones que, aunque útiles, no nos dan la clave de la apuesta de Bourdieu en este problema. Pues al fin y al cabo, esas vías, aunque sugerentes, no nos indican gran cosa acerca del modo en qué podríamos llevarlas adelante. ¿Cómo, por ejemplo, comenzar dichas investigaciones? ¿Qué pasos dar? ¿No estamos expuestos en todo ello también a una cierta aleatoriedad? La cuestión es que la propuesta de fondo de Bourdieu va más allá de aquellas indicaciones. En efecto, lo que éste propone es una sustitución de las herramientas con las que trabajar en la sociología de los intelectuales para afrontar el problema de la definición en un modo que incluya el principio de reflexividad. El siguiente párrafo expresa con claridad dicha propuesta:

On voudrait avoir convaincu que l'instrument de la rupture avec toutes les visions partielles est bien l'idée de champ : c'est elle, en effet, ou, plus précisément, le travail de construction d'objet dont elle définit le programme, qui offre la possibilité réelle de prendre un point de vue sur l'ensemble des points de vue ainsi constitués comme tels. Ce travail d'objectivation, lorsqu'il s'applique, comme ici, au champ même dans lequel se situe le sujet de l'objectivation, permet de prendre un point de vue scientifique sur le point de vue empirique du chercheur, qui, étant ainsi objectivé, au même titre que les autres points de vue, avec toutes ses déterminations et ses limites, se trouve livré à la critique méthodique.

Si queremos salir del problema, nos dice Bourdieu, hemos de cambiar de herramienta de partida, la cual impone un trabajo metódico de construcción del objeto, al final del cual -únicamente-, podremos llegar a una reconstrucción verdaderamente reflexiva del objeto. En otras palabras, la apuesta de Bourdieu pasa por aplazar la intención, como primer paso de la investigación, de establecer una definición de «intelectual» previa para remitirnos a una herramienta conceptual que permite comenzar la investigación: el concepto de campo. Dicha herramienta tiene como objetivo la reconstrucción reflexiva de las definiciones en presencia o, ya en sus propios términos, de los «límites del campo». Esta herramienta no supone la introducción de aleatoriedad ni tampoco la pérdida del referente: es un recurso frente a todos los problemas a los que nos conducen las definiciones de «intelectual» que se instauran al comienzo y que nos llevan a múltiples callejones sin salida.

En todo ello, lo que encontramos es una actitud reflexiva o, incluso si se quiere, «constructivista», pero que introduce un matiz respecto de otras posiciones contemporáneas en el problema de la definición, como por ejemplo, la de Bauman. Si éste último proponía una serie de mecanismos iniciales de ruptura con el problema de la definición basados en una hermenéutica intercultural (en el encuentro con el «otro», que desencadena los procesos de autoobjetivación del «intelectual» y que permite determinar una definición provisional para el trabajo de reconstrucción sociogénica del «intelectual» moderno), la propuesta de Bourdieu pasa más bien por la incorporación de un instrumento de ruptura (un concepto que integra en sí todo un proceso de construcción metódica del objeto) que no solo es aplicado al comienzo de la investigación, sino que sirve de guía a lo largo de todo el proceso de investigación. En definitiva, si cabe de algún modo resumir lo específico de esta propuesta reflexiva de Bourdieu, proponemos como la más adecuada la siguiente fórmula: frente a otras opciones

posibles de aplicación del principio de reflexividad, la propuesta de Bourdieu es la de una «reflexividad con concepto» o la de un «constructivismo con concepto».

Pero no es momento aún de entrar en el significado y los detalles de la propuesta de Bourdieu. Basta, por el momento, con señalar los aspectos más generales de su propuesta en relación al problema de la definición del intelectual. A continuación, repasamos el problema de la definición en el ámbito contemporáneo y contextualizamos la apuesta por el concepto de campo.

1.4 Recapitulación del problema de la definición de intelectual en la sociología contemporánea. Del «principio de reflexividad» a la «reflexividad con concepto» del concepto de campo de Bourdieu

A partir de este recorrido histórico que nos ha conducido por diversos autores que se enmarcan en la sociología de los intelectuales, tanto del periodo de su fundación como del periodo más contemporáneo, podemos concluir que, efectivamente, el problema de la definición del intelectual es un problema de difícil solución y que tal problema constituye un importante obstáculo en el seno de esta disciplina, su verdadero «talón de Aquiles». Como tal, y también por el hecho de que afecta al proceso de construcción del objeto de esta tesis, ha merecido este largo trabajo de reconstrucción que hemos llevado a cabo en este capítulo.

Una de las conclusiones más importantes que podemos extraer de este recorrido (quizás poco señalada en otras consideraciones del problema) es que existe en la literatura contemporánea de la disciplina un giro específico en relación al modo de afrontar dicho problema y que hemos caracterizado como la implantación de lo que hemos llamado un

«principio de reflexividad», que obliga a introducir en el análisis sociológico las condiciones de posibilidad y los efectos de la pregunta «¿qué es un intelectual?».

Esta nueva formulación del viejo problema de la definición del intelectual constituye hoy, quizás, el horizonte indiscutible de los trabajos en el seno de esta disciplina. Así, apostamos por la asunción de este giro reflexivo como un procedimiento necesario: actualmente, el problema de la definición de intelectual no puede ser planteado de otro modo que no incluya la implementación del principio de reflexividad. No aceptar dicho principio es, probablemente, una invitación al escepticismo y a la crítica radical de la posibilidad misma de una «sociología de los intelectuales»⁵⁴.

Sin embargo, que nos adscribamos a dicho principio, lo que permite provisionalmente descartar la vía escéptica, no determina necesariamente, como hemos visto, las formas específicas de su implementación. De hecho, existen diversas formas de asumir dicho principio. Hemos visto las de Bauman y Bourdieu, pero, como hemos señalado, también existen otras, las cuales merecen igualmente ser analizadas específicamente en trabajos posteriores. Entre estas dos opciones que hemos considerado en profundidad, vamos a apostar por la versión de Bourdieu y la del concepto de campo, como una de las posibilidades, a nuestro juicio, más fructíferas.

En efecto el concepto de campo introduce una serie de efectos relevantes en el seno del problema de la definición, los cuales permiten afrontarlo de otra manera. En primer lugar, porque cuestiona la necesidad de establecer de partida una definición de «intelectual» en el

⁵⁴ Por otra parte, la implementación del principio de reflexividad no descarta totalmente el escepticismo. De hecho, el propio giro reflexivo funciona como una navaja de doble filo: a la par que aumenta, al mostrarnos las difíciles condiciones en las que se sitúa la empresa de la sociología de los intelectuales, las razones para abandonar la tarea, este mismo giro abre nuevas oportunidades para afrontar dichas dificultades y permite poner entre paréntesis, de forma provisional, la duda radical.

marco de la investigación sociológica, lo que evita muchos de los problemas que hemos considerado, como los derivados del intento de establecer una definición «esencial» del «intelectual». Por el contrario, el concepto de campo va aparejado a la idea de que el proceso de «definición» no concluye al comienzo de la investigación, sino que es, en gran medida, un trabajo paralelo a la investigación sociológica misma. Por lo demás, esta relativa apertura que supone la incorporación del concepto de campo no significa ni introducir aleatoriedad ni nos conduce a una pérdida del referente («intelectuales»)⁵⁵. Por el contrario, se trata de una herramienta que permite una construcción sistemática del objeto y que contiene tras de sí un importante historial de aplicaciones previas. En definitiva, proponemos el recurso al concepto de campo, como señalamos anteriormente, como medio de introducir una opción, en el problema de la definición del intelectual, por una «reflexividad con concepto».

Ahora bien, esta apuesta introduce nuevas necesidades en nuestro argumento, pues ¿qué es un campo? ¿de qué modo puede utilizarse con provecho en los ámbitos de esta investigación? Esta apuesta genera nuevos problemas que hay que dilucidar. Es necesario en este punto construir pacientemente el concepto de campo, lo que es objeto del siguiente capítulo.

55 Por otra parte, esta relativa «apertura» inicial permite igualmente hacerse cargo de la pluralidad de definiciones del intelectual, evidente según hemos podido aprehender de la mayor parte de la literatura de sociología de los intelectuales, pero que no siempre era posible integrar en el marco de algunas de las propuestas previas.

CAPÍTULO II. EL CONCEPTO DE CAMPO DE PIERRE BOURDIEU Y SU APLICACIÓN EN EL PROBLEMA DE LAS RELACIONES ENTRE "CAMPO INTELECTUAL" Y "CAMPO PERIODÍSTICO"

La justificación anterior de la apuesta por el concepto de campo en relación al problema de la definición de «intelectual» debe ahora conducirnos a un siguiente paso: el de una exposición de mayor profundidad acerca del concepto de campo. En efecto, considerar específicamente las hipótesis que introduce dicho concepto en la investigación resulta un medio indispensable para la apropiación de sus efectos en la construcción de la problemática de esta tesis doctoral.

Así, vamos a centrarnos en este capítulo en el concepto de campo mismo y en su aplicación a la problemática de este trabajo, la de las relaciones entre los «intelectuales» y los «medios de gran difusión». Dos grandes apartados articulan la exposición que sigue: en primer lugar, nos centraremos específicamente en el concepto de campo en cuanto que herramienta epistemológica (una denominación que creemos acorde con algunos de los principios de su uso, como veremos más adelante) y, en segundo lugar, expondremos los efectos que se derivan de su aplicación específica a nuestra problemática, la cual se verá modificada en sus términos mismos.

El concepto de campo es ampliamente conocido y utilizado en las ciencias sociales y puede considerarse casi como parte del «patrimonio común» de estas ciencias. Una prueba de ello es la gran cantidad de bibliografía que existe actualmente acerca de él y que, o bien lo ha utilizado en investigaciones empíricas particulares (una actitud que el propio Bourdieu ha

favorecido y que ha sido la marca propia de los usos del concepto que han promovido sus colaboradores y los investigadores más cercanos a él), o bien lo ha convertido en objeto de reflexión teórica. Se trata, en definitiva, de un concepto no desconocido para un investigador mínimamente inserto en la comunidad sociológica.

Por ello, haremos un uso intensivo, como apoyo para nuestra argumentación, de muchos e importantes trabajos que ya existen sobre el concepto. Por un lado, de presentaciones teóricas del concepto de carácter internacional, como las de Swartz (1997), Champagne y Christin (2004), Jurt (2004b) Bourdieu (2013). También de presentaciones del concepto en lengua hispana: las de Gutiérrez (2002), Martínez (2007) o Baranger (2012) manifiestan la alta calidad de la recepción argentina de la obra de Bourdieu; las de Vázquez García (2002), Moreno Pestaña (2005, 2013), Martín Criado (2008) y Fernández y Puente (2009) muestran que también en nuestro país contamos con un elenco de trabajos de muy alta calidad sobre el concepto. Por otro lado, también nos apoyamos en las múltiples investigaciones que se han ido desarrollando a partir del concepto y que ya constituyen por sí mismas un verdadero ámbito independiente de producción bibliográfica y al que los anglosajones denominan como *field studies*⁵⁶.

Tan amplia es esta literatura como los temas y dimensiones que pertenecen al concepto de campo y a sus aplicaciones. Así, dentro de esa variedad de temas, hemos optado por centrarnos en dos aspectos generales acerca del concepto. El primero de estos temas es una cuestión que ha sido señalada en múltiples ocasiones por varios autores, pero a la que hemos

56 En efecto, se trata de la categoría con la que se conocen, en el mundo anglosajón, las investigaciones que hacen un uso extensivo de la noción de campo (*field*, en inglés). El interés de la categoría consiste en el principio democrático que introduce: añade el reconocimiento al trabajo de muchos investigadores que han hecho sus propias contribuciones al concepto, más allá de la referencia exclusiva al propio Bourdieu.

querido dar una relevancia y coherencia especiales: el «sentido» general que tienen los conceptos en las ciencias sociales para Bourdieu, sentido que comparte plenamente el concepto de campo. El segundo de estos temas que hemos escogido no es otro que el de presentar las propiedades generales de los campos, o lo que es lo mismo, exponer una definición, lo más sistemática posible, de la serie de hipótesis teóricas que introduce el concepto.

Esto en cuanto a la primera parte de este capítulo. En la segunda parte del capítulo, pasaremos de la discusión del concepto en sí mismo a una operación primordial en la investigación: la de establecer las hipótesis que introduce dicho concepto cuando trata específicamente de las relaciones entre «campo intelectual» y «campo periodístico». En efecto, si en la primera parte la discusión se centra en las hipótesis teóricas más generales que introduce dicho concepto, en esta segunda parte, veremos que, aplicado a nuestra problemática, el concepto también introduce otro conjunto de hipótesis que es necesario exponer. Estas hipótesis específicas relacionadas con nuestra problemática se derivan de la consideración de los tres elementos de nuestra problemática ahora articulados a partir del concepto de campo: campo intelectual, campo periodístico y las relaciones entre campos. El resultado no será otro, como decimos, que el de constituir como núcleo de la problemática las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico en la España contemporánea, tal y como nos hemos marcado como objetivo en este marco teórico.

1 El concepto de campo como herramienta epistemológica

1.1 ¿Para qué sirve un concepto en la investigación sociológica? Sobre algunas prescripciones en torno a los conceptos de las ciencias sociales y al concepto de campo en Pierre Bourdieu.

Empezaremos esta exposición del concepto de campo por un aspecto previo al trabajo de definición propiamente dicho, pero fundamental para comprender el concepto y sus usos, tanto en los propios trabajos de Bourdieu, como de cara a las aplicaciones posteriores del mismo que pueden hacerse. Este aspecto no es otra cosa que la serie de prescripciones y postulados que propuso Bourdieu en varios puntos de su obra y que hacen referencia al modo en el que sus conceptos (y no sin cierta intención de generalización al resto de los conceptos que utilizamos en ciencias sociales) deben ser utilizados en la práctica de investigación científica en el ámbito de las ciencias sociales. Estas prescripciones, que tratan -en última instancia- del papel que juegan los conceptos en el marco de este tipo específico de investigación, anteceden al trabajo de definición mismo de los conceptos.

¿Cuál es la utilidad de reparar aquí en todo ello? En primer lugar, afirmamos que tener en cuenta esta serie de postulados es necesario para una interpretación adecuada del concepto, que éste resulta en gran medida inseparable de tales indicaciones. Hacer explícitas estas prescripciones permite descartar algunos malentendidos en relación al concepto y también permite evitar algunos usos del mismo desprovistos de su verdadero potencial heurístico. Errores que no son sino un producto, la mayor parte de las veces, del desconocimiento o la desconsideración de tales prescripciones. Por el contrario, postulamos que éstas

prescripciones son parte fundamental de lo que hace del concepto de campo una herramienta epistemológica de un valor notable para la investigación en general y especialmente para el objeto de investigación de este trabajo.

Sin embargo, la exposición de estas prescripciones es un trabajo que requiere un cierto esfuerzo de construcción, pues Bourdieu no presentó tales postulados de una forma sistemática y ordenada. A menudo los encontramos en textos menos programáticos como en algunas entrevistas o en algunos escritos en los que reflexiona a posteriori acerca de sus trabajos⁵⁷. Además, estos postulados están frecuentemente expresados en un modo «negativo», es decir, como apuestas alternativas a otras formas de concebir los conceptos en ciencias sociales, especialmente las que se inspiran (de forma explícita o implícita) en epistemologías de corte positivista.

En cualquier caso, podemos extraer cuatro características generales que se derivan de estas prescripciones y que constituyen el núcleo del sentido del uso de los conceptos que nos propone Pierre Bourdieu. En primer lugar, una característica general de este sentido: la apuesta por una actitud «instrumentalista» en relación a los conceptos en ciencias sociales. En segundo lugar, la defensa del tipo de conceptos que denomina «abiertos», frente a la tradicional apuesta por la necesidad de establecer definiciones previas y completas de los conceptos que utilizamos. En tercer lugar, una puesta en valor de los conceptos «sistemáticos» frente a los conceptos que se usan de forma aislada y sin referencia alguna a las teorías que los sustentan. Por último, la preferencia por los conceptos de carácter relacional, que son los

57 Es bastante conocido que Bourdieu rechazó la publicación de textos que tuvieran un carácter programático. Un ejemplo de este rechazo es que criticara como puramente escolar (Krais y Bourdieu, 2005:xiii) el proyecto inicial de publicación de un segundo y tercer tomo de *Le métier du sociologue* (libro que fue coescrito con Jean-Claude Passeron y Jean-Claude Chamboredon en 1968, y que poseía tanto una intención pedagógica como una intención programática) cuando se reeditó el texto.

propios de la «ciencia moderna», y que hay que pensar en una lógica distinta a la de los conceptos de corte «substancialista».

En efecto, el primer rasgo es el carácter «instrumentalista» que subyace al sentido del uso de los conceptos que plantea Bourdieu. Para el sociólogo francés, los conceptos son fundamentalmente «instrumentos» cuyo fin es el de producir e introducir efectos en la práctica de la investigación científica en ciencias sociales. Efectos que podemos dividir al menos en dos tipos: por un lado, los que tienen que ver con las capacidades de un concepto para hacer «ver» cosas no vistas o para establecer nuevas direcciones del pensamiento en el marco de un objeto de investigación científica determinado (en cuyo caso, un concepto funciona como un verdadero «programa de investigación sintético», Bourdieu (1987:54)) y, por otro lado, los que tienen que ver con el abanico de problemas que ayudan a resolver los conceptos, los cuales funcionan en ese sentido como «principios para evitar todo un conjunto de errores» (1987:54). De este modo, es a partir de estos dos criterios, los de la dirección y apertura del pensamiento y de la solución de problemas, que se puede constituir un nivel de medida del valor último de los conceptos en la lógica de la investigación en ciencias sociales. O, dicho de manera aún más simplificada, un concepto «vale» más que otro por su capacidad para producir tales efectos⁵⁸.

Esta apuesta de carácter «instrumentalista» supone igualmente una ruptura frente a otras visiones de los conceptos y, en especial, frente a las que otorgan una elevada autonomía al trabajo conceptual en relación a las demás operaciones que conforman la investigación en ciencias sociales. Bourdieu (1987:54) critica esas visiones señalando el peligro mayor al que

⁵⁸ Por otra parte, hay que subrayar la especificidad del «instrumentalismo» de los conceptos que encontramos en Bourdieu: se trata de un «instrumentalismo» en la práctica científica, pues los efectos que sirven como criterios del valor de los conceptos son de corte «científico» y no de otro tipo.

pueden conducir: los conceptos así constituidos se vuelven «vacíos», es decir, sin ningún efecto práctico real en la investigación. Por el contrario, para Bourdieu, los conceptos están concebidos para la aplicación sistemática en la investigación empírica y ésta última debe erigirse, en gran medida, en un horizonte próximo del trabajo conceptual.

Un segundo rasgo relevante del uso de los conceptos según Bourdieu, muy relacionado con ese carácter «instrumentalista» general, es la defensa que hace Bourdieu de lo que denomina conceptos «abiertos». Este aspecto es importante en nuestra exposición, ya que el propio sociólogo francés se refiere de modo explícito al concepto de campo como ejemplo particular de este tipo de conceptos en esa entrevista con Johan Heilbron y Benjo Maso (Bourdieu, 1987:54).

Un hecho que destaca en ese pasaje es que Bourdieu utiliza como autoridad a Ludwig Wittgenstein para justificar el valor de este tipo de conceptos en la marcha de la investigación⁵⁹. Según el sociólogo francés, Wittgenstein mostró la «virtud heurística» de los conceptos abiertos y la pertinencia de evitar el efecto de «cierre» que producen conceptos demasiado bien contruidos (1987:54). Si bien no tenemos más indicaciones que esta escasa alusión, cabe suponer que Bourdieu hace referencia al uso y al papel del concepto de «juego» en la investigación acerca de la naturaleza del «lenguaje» que el filósofo austriaco emprendió en las *Investigaciones Filosóficas*. Mientras que determinar el sentido de la investigación acerca del lenguaje ha sido objeto de controversia entre los numerosos comentaristas de Wittgenstein, lo que aquí interesa destacar es el efecto general que tiene un concepto abierto

59 En ese sentido, resulta sorprendente el que el sociólogo francés no cite a otras fuentes más cercanas a él, como Georges Canguilhem, conocido filósofo asociado a la tradición de la «epistemología histórica francesa» y maestro directo del propio Bourdieu. La teoría del concepto de Canguilhem parece bastante próxima en muchos de sus puntos a la de Bourdieu y todo invita a pensar que éste último se ha inspirado, en gran medida, en los trabajos de su maestro. Para una introducción a la teoría del concepto de Canguilhem, la referencia ineludible en español es Vázquez García (1984) .

en la investigación. Y esto es precisamente lo que Wittgenstein mostró de manera convincente en su investigación acerca de la naturaleza del lenguaje, lo que la diferenciaba de otras aproximaciones al problema (incluida la que él mismo había publicado en el *Tractatus Logico-philosophicus*): que imponer de forma excesivamente apresurada la pregunta por la «esencia» del lenguaje (someterse así al imperativo de establecer previamente los caracteres esenciales y comunes del objeto de estudio) nos lleva en un camino de investigación que ha impedido ver el hecho de que, en realidad, hay muchas cosas distintas a las que llamamos «lenguaje». Aquí, el papel del concepto de «juego» cumple un rol (analógico) fundamental, como ha señalado Kenny (2006:128): «It is the realization of the variety among games which makes the concept of game a particularly useful one for Wittgenstein to express his new insights into the diversity of linguistic usages»⁶⁰.

La cuestión decisiva en todo ello no es tanto el rechazo del papel que pueden jugar (y que juegan) en la práctica científica los conceptos «cerrados», sino la necesidad de ponerse en guardia ante una concepción de la investigación excesivamente rígida que tiende a descartar prácticas científicas que responden a un pensamiento en movimiento, el cual se beneficia del carácter inicialmente inacabado de los conceptos abiertos. Por lo demás, los conceptos abiertos no tienen por qué ser considerados sinónimos de conceptos imprecisos o vagos.

Un tercer rasgo del sentido que Bourdieu otorga al uso de los conceptos es el de la preferencia por los conceptos llamados «sistemáticos». Un pasaje de *Le Métier de sociologue*

60 Por otra parte, las relaciones entre Wittgenstein y Bourdieu han sido objeto de numerosos trabajos. Una buena introducción a este tema es la de Daccache (2007). Textos muy recomendables para ver estas relaciones en profundidad son los de Bouveresse (1995), Shusterman (1995), Taylor (1995) y Ambroise (2004). Por mi parte, fui iniciado en este tema, especialmente en relación al problema de qué significa «seguir una regla» del segundo Wittgenstein y la propuesta que Bourdieu hace en el marco de ese problema, por el profesor Fernando García Selgas. Por lo demás, que para Bourdieu Wittgenstein es un autor de referencia lo muestra el que dedicara a él una de sus últimas publicaciones (Bourdieu, 2002).

(Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1980:53-54), lo que indica que tanto Bourdieu como sus colaboradores la asumieron desde la fase más temprana de sus obras, es paradigmático a este respecto:

À la rigueur analytique et formelle des concepts dits «opérateurs» s'oppose la rigueur synthétique et réelle des concepts que l'on a appelés «systémiques» parce que leur utilisation suppose la référence permanente au système complet de leurs interrelations. Un objet de recherche, si partiel et si parcellaire soit-il, ne peut être défini et construit qu'en fonction d'une problématique théorique permettant de soumettre à une interrogation systématique les aspects de la réalité mis en relation par la question qui leur est posée.

En su defensa de este tipo de conceptos, los autores de *Le Métier* se apoyan en el filósofo de la ciencia de origen alemán Carl G. Hempel. En *Fundamentals of Concept Formation in Empirical Science*, el libro de Hempel que se cita explícitamente en aquel pasaje, el filósofo de la ciencia también defiende el valor, frente a los conceptos «operativos», de los conceptos con «alcance sistemático» y considera inadecuada la idea de que todo concepto científico debe definirse en términos operativos. Idea, que, según el filósofo, nos conduciría -ni más ni menos- a deshacernos de algunos de los constructos teóricos más potentes que poseemos (Hempel, 1952:41). Para Hempel:

Notwithstanding the soundness of the insistence on operation interpretations for scientific terms, it must not be forgotten that good scientific constructs must also possess theoretical, or systematic, import; i.e., they must permit the establishment of explanatory and predictive principles in the form of general laws or theories (Hempel, 1952:45-46).

O lo que es lo mismo, los conceptos en las ciencias empíricas no son valiosos científicamente sino en la medida en que están insertos en sistemas conceptuales y postulados teóricos, los cuales son los que los dotan de «pertinencia teórica y/o sistemática».

Sin embargo, más allá de estas razones compartidas por Hempel y los autores de *Le Métier*, existe aún otra premisa sobre la que éstos últimos argumentan en contra de los conceptos «operacionales». En efecto, la preferencia por los conceptos «sistemáticos» en ese libro tiene que ver también con una especificidad de las ciencias sociales y que constituye uno de los grandes temas de dicho libro: la existencia de una serie de «obstáculos epistemológicos»⁶¹ específicos a los que se enfrentan estas ciencias y por los cuales éstas tienen una relación muy difícil con su objeto. Para los autores de *Le métier*, el principal obstáculo epistemológico que deben enfrentar las ciencias sociales es el de la familiaridad con el universo social (que posee el científico social en cuanto que miembro de dicho universo), la cual es una fuente permanente de falsas concepciones que incorporan, por añadidura, las condiciones mismas que las hacen creíbles (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1980:27 y ss.). En este contexto problemático, los conceptos «operacionales» pueden no ser suficientes para una construcción propiamente sociológica de un problema. Especialmente, si se les emplea de forma aislada, en cuyo caso no pueden resistir sistemáticamente a la lógica sistemática de la ideología (1980:53). Por el contrario, los conceptos sistemáticos son el único dispositivo que ofrece ciertas garantías contra la «sociología espontánea» de legos y

61 La noción de «obstáculo epistemológico» proviene de la obra de Gaston Bachelard, filósofo de las ciencias francés, del que Canguilhem (a su vez, maestro de Bourdieu) fue discípulo. Para una introducción precisa a la noción de «obstáculo epistemológico» no cabe más que recomendar la lectura de *La formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective* de 1934, una obra escrita de forma clara y en la que Bachelard expone los diversos «obstáculos» que se dan en el propio acto de conocer y que suponen el punto de partida de la ciencia en su versión más contemporánea.

científicos sociales. Su carácter sistemático intenta sustituir un conjunto de hipótesis «inconscientes» -por acostumbradas- de esta «sociología espontánea» por una serie de hipótesis teóricas sistemáticamente construidas. De este modo, la preferencia por dichos conceptos también se funda en su capacidad de resistir a las formas de pensamiento ya «instituidas» previamente tanto en la sociedad como en las teorías científicas de la sociología en cuanto que éstas no existen en el vacío, sino que son creadas en el seno de aquella.

Pues bien, si se ha seguido hasta este punto la exposición, tenemos que los conceptos, y así el concepto de campo, no pueden ser otra cosa que abiertos, sistemáticos y concebidos primordialmente como medio para producir efectos científicos. Sin embargo, aún nos queda un último elemento del sentido de los conceptos científicos que propugna Bourdieu, el cual que se ajusta de manera notable al concepto de campo, esto es, el del modo de pensamiento relacional del que participa dicho concepto. Este carácter es uno de los más destacados por el propio Bourdieu, a juzgar por las numerosas ocasiones en las que hizo alusión a la importancia de las relaciones en su pensamiento.

De manera frecuente, Bourdieu atribuye el origen y aplicación de este modo de pensamiento a varios autores anteriores. En esa atribución, destacan dos nombres por encima del resto: el de Cassirer (citado en varios escritos, como por ejemplo 1996b:9) y el de Lévi-Strauss, a quien Bourdieu (1968) le concede haber importado en las ciencias sociales el modo de pensamiento relacional que estaba implicado en la lingüística estructural de Jakobson y otros. Quizás, la doble aportación del propio Bourdieu a esta tradición consiste en haber explicitado su principio y en haber convertido esta postura en un verdadero *leitmotiv* de alcance onto-epistémico en el marco de las ciencias sociales. «Lo real es relacional» vendrá a decir Bourdieu en una clara alusión irónica la conocida fórmula atribuida a Hegel. Lo que se

traduce, para lo que atañe más directamente a nuestras ciencias, en la afirmación de que el «mundo social es relacional». Sin embargo, de estos dos referentes, nos quedaremos con la influencia de Cassirer, pues es la más pertinente para comprender qué significa que un concepto tiene un carácter relacional.

Ernst Cassirer fue un pensador alemán que nació en Breslavia, ciudad que hoy pertenece a Polonia, y que ha sido asociado frecuentemente a la escuela de Marbourg y a la etiqueta de pensador neo-kantiano⁶². El encuentro que tuvo Bourdieu con la obra de este filósofo alemán debió resultar uno de esos encuentros intelectuales «afortunados». Y, probablemente, no solo en el plano teórico. En efecto, el encuentro con la obra de Cassirer pudo suponer para Bourdieu el reencuentro con un tipo de intelectual con el que parece sentirse especialmente identificado:

L'intellectuel total est le produit de l'enseignement à prétention totale qui peut-être la couverture de la médiocrité mais qui, pour les quelques oeuvres qui survivent, est malgré tout quelque chose d'assez exceptionnel, en ce qu'il interdit de se contenter de choses dont les autres systèmes scolaires se contentent et que les autres systèmes scolaires récompensent. Ça ne favorise pas le scholar, le spécialiste, mais ça encourage les polymathes, les Cassirer... Et encore... Le malheur, c'est qu'entre Heidegger et Cassirer, les philosophes français ont massivement choisi Heidegger; la culture encyclopédique, qui aurait dû plaire aux normaliens, faisait peur parce-qu'elle était réellement encyclopédique et rigoureuse. Il était éditeur de Leibniz, de Kant... Il écrivait sur Einstein, sur la mathématique moderne. Il était un spécialiste vrai de beaucoup, beaucoup de choses. Cet idéal-là est appelé par le système français mais très rarement réalisé... (Bourdieu, 2001a:198)

62 Un dato biográfico interesante de este filósofo alemán es que conoció, como Mannheim, un éxito importante en vida. Sin embargo, Cassirer fue rápidamente desplazado del «centro de atención filosófica» del campo filosófico alemán. Las razones de este declive, según señala Skidelsky (2011) no responden tanto a problemas internos de la obra de Cassirer como al ocaso mismo del ideal humanista que Cassirer representaba y que se inspira en la figura paradigmática de Alexander von Humboldt.

Este tipo de intelectual, claramente puesto en valor en este fragmento de entrevista, es la figura del «polímata» o especialista en múltiples áreas del saber, categoría en la que Bourdieu incluye al propio Cassirer⁶³. Se hace razonable pensar a partir de este fragmento que el propio Bourdieu se «identifica» con esta figura y que existe una verdadera «afinidad intelectual» entre ambos pensadores que va más allá de lo teórico.

Que esta sensibilidad se manifiesta igualmente en el plano teórico es algo que se muestra en *Substanzbegriff und Funktionbegriff* (publicada en 1910), la rigurosa obra en la que Bourdieu (quien, por otra parte, la publicó en lengua francesa en el marco de la colección «Le sens commun») abreva para la fundamentación del «pensamiento relacional». En dicho trabajo sistemático, Cassirer pone en relación (mostrando un profundo conocimiento de ambas especialidades) algunos problemas de la lógica de su tiempo con algunos desarrollos propios de las ciencias exactas. El punto de partida de la obra es sorprendente y polémico: si la lógica aristotélica ha sido refutada en gran medida, existen aún algunos aspectos en los que dicha lógica mantiene su vigencia, en especial, en la teoría de la formación de los conceptos, la cual (y este es el punto clave) sigue impregnada de la metafísica del estagirita. Según Cassirer, la noción de «substancia» mantiene, en última instancia, su preeminencia lógica y ontológica (Cassirer, 1953:cap. 1). Por el contrario, el resto de su estudio muestra que el devenir mismo de las ciencias «exactas» (especialmente la física y las matemáticas) no es interpretable a partir de esa teoría de la formación de los conceptos y que es necesario formular una teoría de la formación de los conceptos acorde con los resultados que avanzan las propias ciencias en sus desarrollos.

63 Razones no faltan para ello, pues Cassirer fue un especialista capaz tanto de discutir de física directamente con el mismísimo Einstein, como de producir algunas síntesis de gran envergadura sobre la historia del pensamiento tales que *Individuo y Cosmos en la filosofía del Renacimiento* o *El problema del conocimiento en la filosofía y la ciencia modernas* y que aún hoy figuran en los programas de filosofía de cualquier universidad que se precie.

El punto que interesa recoger de todo ello es que Cassirer muestra de manera convincente que lo que caracteriza a la ciencia moderna es el uso sistemático (en la teoría de la formación de los conceptos y más allá) de un modo de pensamiento que no otorga la preeminencia a la noción de «substancia» y que constituye como objeto las relaciones, las cuales dejan de verse como meros «accidentes». Este modo de pensamiento está implícito tanto en el concepto de campo como en otras elaboraciones de Bourdieu, las cuales han mostrado convincentemente la naturaleza relacional de lo que en el pasado de nuestra disciplina se pensó en términos (utilizados frecuentemente como «substancias») como «sociedad», «clase social» o «individuo».

Terminamos aquí el recorrido por las cuatro características generales que delimitan plenamente el sentido del uso de los conceptos sociológicos (y del concepto de campo) en la obra de Bourdieu. Este trayecto ha intentado mostrar lo que hemos afirmado al comenzar este apartado: que esas características del sentido del uso de los conceptos son una parte fundamental de lo que hace del concepto de campo una verdadera y valiosa herramienta epistemológica para la investigación sociológica y para la investigación que está en marcha aquí en particular. El principio de su valor reside (de ahí el empleo de la idea de «herramienta», de instrumento con el que trabajan los artesanos) en la producción de efectos científicos en el marco de problemas concretos de investigación en los que abundan las dificultades⁶⁴.

64 Por otra parte, aunque se trate de una cuestión terminológica menos relevante, nos ha parecido más adecuada la caracterización de «epistemológica» que la de «metodológica». Pues los efectos del concepto se inscriben no solo en el nivel metodológico (en el sentido de «método» y «metodología» que es convencional en ciencias sociales y que se define como el conjunto de decisiones que llevan a responder a una pregunta de investigación), sino en un nivel más fundamental aún, esto es, el de la construcción misma del objeto, que afecta a la pregunta misma y no solo a las decisiones que conducen a su respuesta.

1.2 ¿Qué es un campo? Sobre las propiedades «generales» de los campos

Tras la consideración de aquellos aspectos «meta-conceptuales» (por así decirlo) que forman parte del uso mismo del concepto, vamos a comenzar con el trabajo de exponer las hipótesis que introduce el concepto de campo. En efecto, más que a una definición tradicional, a lo que apela el concepto de campo es a un ejercicio de reconstrucción lo más sistemático posible de las hipótesis que conlleva. El «dominio» de esas hipótesis es una parte fundamental del uso del concepto.

Ahora bien, es necesario establecer previamente una distinción, en el marco de las hipótesis que introduce el concepto de campo, entre aquellas que se derivan de las «propiedades» que podemos considerar «generales» de un campo y aquellas que se derivan de las «propiedades» que podemos considerar «específicas» por asociadas un campo particular (como el «campo político», «campo científico», «campo artístico», etc.)⁶⁵. En efecto, para Bourdieu, el uso del concepto de campo implica una especie de «dialéctica» entre lo singular y lo general. Así, la aplicación del concepto a casos específicos e históricamente situados produce un doble conocimiento: el conocimiento de las propiedades específicas de los campos que son analizados como caso particular y el conocimiento de las propiedades que, al encontrarse en otros casos ya estudiados, podemos considerar «invariantes». En palabras del propio Bourdieu, extraídas de la síntesis del concepto que expuso en *Les Règles de l'Art*:

65 Aclaremos aquí otro punto fundamental que veremos a lo largo de esta exposición. A saber, el de que las «propiedades» que se asocian a un campo, sean estas generales o específicas, siempre funcionan como «hipótesis» en cada una de las nuevas aplicaciones del concepto. Así, en cada aplicación, las «hipótesis teóricas» se ven enfrentadas a un nuevo «caso particular de lo posible». Por ello, según el punto de vista que se adopte (el de la investigación hecha o el de la investigación por hacer), puede hablarse en un caso de «propiedades» de un campo como en el otro caso de «hipótesis» que introduce el concepto (las cuales forman el «sistema de preguntas generales» metódicamente aplicado al caso particular). Así, nos permitimos una cierta equiparación en el uso de ambos términos en esta exposición.

Capítulo II. El concepto de campo de Pierre Bourdieu y su aplicación en el problema de las relaciones entre "campo intelectual" y "campo periodístico"

Il ne restait plus qu'à mettre en oeuvre le système de questions générales ainsi élaboré pour découvrir, en l'appliquant à des terrains différents, les propriétés spécifiques de chaque champ, et les invariants que révèle la comparaison des différents univers traités comme autant de «cas particuliers du possible». (1998:299)

Así, el uso y la puesta en marcha del concepto de campo implica, en el mismo movimiento, atender tanto a las invariantes como a las singularidades del caso específico estudiado. De hecho, ambas cosas son inseparables, ya que determinar qué sea lo singular o lo general solo es posible en el propio proceso de comparación que se da en el marco de una confrontación con la «base empírica» de contextos relativamente diferentes.

Esa distinción entre las propiedades «generales» y las propiedades «específicas» sirve para comprender mejor cuál es el objetivo concreto de este primer apartado: exponer principalmente las hipótesis teóricas del concepto de campo que se derivan de lo que Bourdieu y sus colaboradores concibieron como «propiedades generales», como «leyes invariantes» de un campo. Las propiedades «específicas» de los campos específicos relacionados con nuestra problemática serán el objeto de los apartados posteriores. Por lo demás, esta exposición tratará de aludir, en la medida de lo posible, tanto a ejemplos prácticos como a comparaciones teóricas para significar aún más tales propiedades «generales».

Con todo, ¿existe un listado finito de elementos que conforman ese conjunto de hipótesis generales del concepto? Bernard Lahire (2005), en un artículo crítico con el concepto de campo, señaló la paradoja de que «resulta cómodo y al mismo tiempo incomodo resumir en pocas palabras las propiedades esenciales del campo» (2005:30): por un lado, resulta cómodo el esfuerzo a causa de los múltiples textos en los que Bourdieu vuelve sobre la cuestión y, por otro, produce cierta incomodidad, pues nos confronta a «las minúsculas y casi imperceptibles

inflexiones que el concepto sufrió en oportunidad de cada utilización particular» (2005:31). La queja de Lahire acierta al señalar la relación compleja que existe entre el concepto y sus aplicaciones particulares y la dificultad que esto añade para la definición, el uso y la apropiación del concepto. Sin embargo, si aceptamos el sentido del uso de los conceptos sociológicos que propone Bourdieu (según el cual, como hemos visto, estas dificultades son inherentes a tales conceptos si quieren ser útiles en la investigación y en la confrontación de nuevos casos empíricos), habrá que arriesgarse a abandonar la comodidad que proporcionan las definiciones basadas en listas de propiedades «cerradas» de una vez por todas. Por lo demás, eso no quiere decir que no podamos encontrar una serie de propiedades/hipótesis bien establecidas en relación al concepto de campo, lo que ocurre es que esa serie está abierta a la modificación que introducen las aplicaciones particulares del concepto. Lo que vamos a hacer a continuación es exponer las propiedades/hipótesis teóricas «generales» del concepto que Bourdieu y sus colaboradores elaboraron. Lo haremos a partir de dos ejes que las resumen, a nuestro juicio, de manera completa. El primero de estos ejes es el de la consideración de las propiedades de los campos en cuanto que «campos de fuerzas». El segundo de estos ejes es el de la autonomía y, así, de todas las propiedades que se derivan del hecho de que los campos son espacios relativamente autónomos.

1.2.1 Campo como «campo de fuerzas»

Nada mejor para comenzar esta exposición que acudir a la definición de partida que el propio Bourdieu ofrece en el diálogo con Wacquant: «en termes analytiques, un champ peut être défini comme un réseau, ou une configuration de relations objectives entre des positions» (1992:72). Para expresar cómo hemos de entender esta «configuración de «relaciones

objetivas», en cuanto que puede ser aprehendida desde una perspectiva sincrónica, Bourdieu -por ej., Bourdieu (1999) recurre en ocasiones a la metáfora, extraída de la física, del «campo o espacio de fuerzas». Vamos a partir de esta metáfora como un medio entre otros posibles de construir una exposición acerca de algunas de las propiedades de los campos en cuanto que «configuraciones de relaciones objetivas».

Sin embargo, se impone una matización previa, pues hay que prevenirse frente a algunos malentendidos posibles derivados del uso de dicha metáfora. La apelación a la Física no es arbitraria, pues la propia denominación campo se corresponde con el concepto homónimo que ha tenido un papel importante en la Física desde comienzos del siglo XX. De hecho, para Fernández y Puente (2009:35), hay una clara vinculación entre el concepto de campo de la física y el de Bourdieu, cuyo punto de enlace probablemente deba rastrearse en el análisis del papel del concepto en el marco de la física que hace Cassirer en el tercer volumen de la *Filosofía de las Formas Simbólicas*. Sin embargo, no se puede concluir por ello que el uso de esta metáfora implique una importación irreflexiva que suponga trasladar *tout court* los esquemas conceptuales de la física al mundo social: en efecto, como recuerdan Champagne y Christin (2004:152-153), esto no significa, por ejemplo, establecer una equivalencia entre los «agentes sociales» de un campo y las «partículas» de un campo físico.⁶⁶

Hecha esta advertencia previa, podemos destacar el primer elemento que implica tal metáfora, esto es, la referencia misma a la idea de «espacio», la cual tiene un significado muy específico en la obra de Bourdieu. Si atendemos a una corta digresión en *Méditations*

⁶⁶ Por lo demás, para tranquilizar a aquellos con disposiciones «antinaturalistas», hay que recordar que, tanto Bourdieu como otros autores cercanos a él, se han mostrado atentos a las inconsistencias derivadas de una importación sin matices de los procedimientos formales en las ciencias sociales. Un ejemplo de estas precauciones ante la aplicación del formalismo en ciencias sociales puede encontrarse en Bourdieu, Chamboredon y Passeron (1980:36 y ss.).

pascaliennes (Bourdieu, 2003a:195-196) la cual está dirigida al concepto de «espacio social» en general, pero que es perfectamente extensible al «espacio» que implica la idea de campo), encontramos los elementos fundamentales de esa concepción particular del espacio. En este fragmento, Bourdieu define el espacio como «exterioridad recíproca de posiciones» y lo hace apoyándose tanto en el filósofo analítico Peter Strawson como en Leibniz y su idea del «orden de coexistencias». Se trata por tanto de una definición del «espacio» opuesta a la de la representación «absolutista» corriente del mismo⁶⁷. Pues bien, el tipo de «espacio» al que apela un campo, cuando se lo define como «espacio de fuerzas», es precisamente ese orden de coexistencia de los agentes e instituciones que se inscriben en él. Tal orden no existe sino a partir de esos mismos agentes e instituciones que lo crean, quienes lo constituyen a partir de sus relaciones recíprocas:

[...] les agents, les écrivains, les philosophes, les entreprises dans un champ économique, etc. créent l'espace dans lequel ils sont insérés et cet espace n'existe que par les agents qui s'y trouvent insérés. Autrement dit, l'espace est le produit de la coexistence en quelque sorte des agents qui s'y trouvent insérés. Les agents déforment [...] l'espace à leur voisinage, ils lui confèrent une certaine structure et c'est dans la relation entre les différents agents qui sont [...] des sources de champ [...] ce qui ne veut pas dire que les agents en soient pas soumis à la contrainte du champ qu'ils font exister par leur existence même. (Bourdieu, 1999:7)

67 En efecto, una manera de articular las diferentes concepciones del «espacio» que se han propuesto en el pensamiento occidental ha sido la de establecer una división entre dos grandes maneras de abordarlo: una aproximación «relacional» o «relativista» del «espacio» y una aproximación «absolutista». Ésta última establece que el «espacio» puede ser considerado en sí mismo como un tipo de «entidad» en la que están depositadas las demás entidades del cosmos. Así, en esta concepción el «espacio» funciona a la manera de un «contenedor», de forma análoga a la que el cajón de mi escritorio contiene algunos de los objetos que utilicé como material para la escritura de esta tesis. Para una introducción a la polémica entre ambas concepciones del espacio cabe recomendar a Dainton (2010).

En el seno de este orden de coexistencias, por lo tanto, los agentes establecen entre ellos relaciones que ellos mismos constituyen. Pero estas relaciones, nos dice Bourdieu, son de un tipo muy particular: se trata de relaciones «objetivas» y de «desigualdad», equiparables, metafóricamente, a las «fuerzas» de los campos físicos. Veamos ambos caracteres.

La cuestión de las «relaciones objetivas» es uno de los postulados fundamentales del concepto de campo. Para comprender mejor este punto, vale la pena hacer una breve genealogía del concepto, pues precisamente el planteamiento del carácter «objetivo» de estas relaciones es uno de los grandes pasos que da Bourdieu en la constitución del concepto de campo⁶⁸. En efecto, en *Les Règles de l'art* (1998:297 y ss.), Bourdieu señala que el concepto de campo vino a forjarse a medio camino entre dos textos, publicados en un intervalo de cinco años: el primero de ellos, de 1966, titulado «Champ intellectuel et projet créateur» y el segundo titulado «Une interprétation de la sociologie religieuse de Max Weber», de 1971. En este fragmento, el propio Bourdieu indica que este segundo texto supuso un hito en la constitución del concepto en relación al uso del mismo que propuso en el de 1966. Y lo es porque supuso una evolución desde una concepción «interaccionista» de las relaciones entre los agentes de un campo cualquiera a la de una concepción que las considera como «objetivas».

Es precisamente la lectura de la sociología de la religión de Weber, la que sirve de pretexto a Bourdieu para esta transformación⁶⁹. Al ver en los textos que Weber dedica a la

68 Para una reconstrucción genealógica del concepto más completa y más atenta al espacio de los posibles intelectual en el que emergió el concepto de campo, véase Vázquez García (2002:120 y ss.).

69 Por otra parte, la raíz weberiana del concepto de campo (señalada también por Baranger, 2012) se puede apreciar con claridad en este texto. Ahí Bourdieu extrae de Weber (de forma paradójica, pues se trata casi de una «consecuencia no intencionada» de la teoría weberiana de la religión explícitamente concebida como una refutación de Marx) una intuición fundamental para superar la dicotomía entre un análisis del discurso religioso que lo concibe como producto de la «inspiración» y un análisis que lo

religión el principio de un análisis de carácter «interaccionista» (aunque el sociólogo francés es consciente de que hay que forzar un poco el texto de Weber para considerarlo bajo el prisma del «symbolic interactionism»), Bourdieu plantea los límites de dicho análisis (lo cual es también una forma de autocrítica de su propio texto de 1966). En primer lugar, las relaciones que se dan entre estos agentes de la acción religiosa (sacerdotes, profetas, magos y laicos) no tienen por qué responder siempre a la lógica estricta de las relaciones efectivas entre agentes en el espacio-tiempo: existen relaciones (que podrían ser sociológicamente pertinentes) de no simultaneidad espacio-temporal, como es el caso de la que existe entre el sacerdote y la profecía de origen que aquel se dedica a sistematizar y que Bourdieu (1971a:4) reprocha a Weber haber olvidado. Otro ejemplo de este tipo de relaciones: todas las formas de concertación, producto de disposiciones socialmente constituidas previamente (*habitus*, en terminología de Bourdieu), entre agentes que no tienen necesariamente contacto directo, como en el ejemplo que destaca Vázquez García (2002:119) del crítico de arte de *Le Figaro* y su preferencia por determinados autores. Por último, especie de forma negativa de concertación a distancia, ¿cómo olvidar la importancia de todas las formas de «evitación» del contacto directo cara a cara basadas en la anticipación de un *habitus* y que funcionan un poco como el «arte de organizar los buenos encuentros» con el que Deleuze interpreta la fórmula spinozista del «vivir de acuerdo con la Razón»? Pero esto no es todo. Un segundo aspecto parece aún más significativo desde el punto de vista de la posibilidad de una ciencia de lo social. La cuestión clave es que las descripciones basadas en tipos ideales que ofrece Weber de las

reduce a sus condiciones económicas y sociales: la importancia del trabajo específicamente religioso que realizan determinados agentes sociales (sacerdotes, profetas, magos, etc.) para responder a las también específicas necesidades (de carácter religioso) de determinados grupos sociales. El concepto de campo no buscará otra cosa que, precisamente, romper con dicha dicotomía al incorporar igualmente el carácter específico e irreductible de las apuestas que se producen en los diferentes espacios sociales de actividad, como se verá en el siguiente apartado.

relaciones entre los agentes de la acción religiosa están relativamente condenadas a producir todo tipo de problemas metodológicos: definiciones tan universales que pierden su poder de discriminación (como la que da Weber del sacerdocio, definido por el ejercicio regular del culto), aglomeración de propiedades asignadas a cada tipo que resultan de difícil definición (y que además obligan a Weber a introducir todo tipo de salvedades: «esta propiedad no se da siempre...», «la realidad es más fluida respecto de este tipo...», «habrá que ver caso por caso...», etc.), etc. Además, este proceder implica que las relaciones sean reconstruidas, cada vez, a partir de cada uno de estos puntos de vista (primero la relación de A y B, luego la de B y C, finalmente la de A y C), lo que, en el peor de los casos, puede introducir nuevos problemas de descripción, por ejemplo, que las relaciones de A y C hacen ver aspectos de A que no surgen en la comparación entre A y B, etc. Esta manera de proceder no puede escapar fácilmente a una mera yuxtaposición de estos «tipos» contruidos de los protagonistas de la acción religiosa. La apuesta de Bourdieu en este sentido pasa por invertir el «orden epistemológico»: construir previamente el espacio de las relaciones de carácter objetivo entre posiciones de los agentes implicados para integrar en esta construcción, posteriormente, las diferentes formas específicas que adquieren tales relaciones (incluyendo las representaciones de los agentes). Así, el postulado de las relaciones objetivas introduce también una apuesta epistemológica que trata de sustituir las dificultades derivadas de la aproximación weberiana basada en tipos ideales y sus relaciones por una descripción sistemática de las relaciones efectivas entre agentes. Desde el punto de vista del conjunto de relaciones así contruidas, las relaciones observables entre diferentes agentes cobran una nueva luz, un nuevo grado de inteligibilidad⁷⁰.

⁷⁰ El análisis en términos de relaciones objetivas constituye a esos caracteres como producto de dichas relaciones y no como propiedades «esenciales» de cada uno de esos tipos o, lo que es lo mismo, las

Pero estas relaciones «objetivas» no se dan entre posiciones «intercambiables», por así decirlo. Por el contrario, las posiciones mantienen determinadas relaciones no aleatoriamente distribuidas. Existe, por tanto, en la coexistencia misma que constituye un campo, una distribución desigual de los agentes en un campo, que los sitúa en «posiciones» diferenciales. El lugar que se ocupa, la posición, y la capacidad de determinar el espacio, «deformarlo» para seguir con la analogía física, dependen del volumen y la composición o tipo(s) de capital con el que cuentan los agentes. Para explicar esto último, Bourdieu recurre a una analogía con un juego de cartas:

C'est, à chaque moment, l'état des rapports de force entre les joueurs qui définit la structure du champ : on peut imaginer que chaque joueur a devant lui des piles de jetons de différentes couleurs, correspondant aux différentes espèces de capital qu'il détient, en sorte que sa force relative dans le jeu, sa position dans l'espace de jeu, et aussi ses stratégies au jeu, ce que l'on appelle en français son «jeu», les coups, plus ou moins risqués, plus ou moins prudents, plus ou moins subversifs ou conservateurs, qu'il entreprend, dépendent à la fois du volume global de ses jetons et de la structure des piles de jetons. (Bourdieu y Wacquant, 1992:74)

Así, los agentes tienen una capacidad variable de producir efectos en un campo. Podemos encontrar toda una gama de situaciones distintas a este respecto, según los campos: desde la relativa impotencia que está a menudo en el principio del «punto de vista de Tersites» (Bourdieu, 1998a:315-318) de algunos dominados en los campos de producción cultural, hasta la capacidad de modificar completamente las reglas del juego (y así el espacio mismo o «ecología» de un campo, por medio de la estrategia de «dejar morir»), que puede, por ejemplo, producir una bajada de precios pactada entre las empresas dominantes de un sector económico cualquiera.

propiedades dependen de la posición, no son intrínsecas.

1.2.2 Campo como «cosmos social»: la idea de autonomía relativa e interés específico

En continuidad con las propiedades de campo en cuanto que «espacio de fuerzas», están igualmente aquellas que provienen del hecho de que estos «espacios de fuerzas» son «relativamente autónomos» respecto de otros espacios sociales. Así, en primer lugar, un campo es un espacio en el que se da una lógica de funcionamiento particular y donde está en juego un interés específico irreductible a otros espacios sociales:

Un champ, s'agirait-il du champ scientifique, se définit entre autres choses en définissant des enjeux et des intérêts spécifiques, qui sont irréductibles aux enjeux et aux intérêts propres à d'autres champs (on ne pourra pas faire courir un philosophe avec des enjeux de géographes). (Bourdieu, 1984b:113-114)

O, dicho a la inversa, allí donde encontramos problemáticas y apuestas específicas y donde encontramos leyes propias de funcionamiento, nos encontramos con un campo. De este modo un campo es reconocible a primera vista por el tipo de apuestas en juego que hay en él y que parecen ser bien distintas a las de otros espacios sociales. Así, por dar algunos ejemplos, encontramos que en el «campo jurídico» se da una disputa específica en relación al manejo de la interpretación correcta de la ley, en el «campo religioso» una disputa por la manipulación de los bienes de salvación, etc.

Esta idea de interés y de lógica específica adquirió una configuración conceptual particular en textos posteriores (como *Les règles de l'art* o *Méditations pascaliennes*) con la introducción del concepto de *nomos*. Esta palabra griega significa, según el *Lidell-Scott*, «costumbre» o «ley» y Bourdieu la emplea en el sentido de «Constitución» y así con el de ley

primordial o de fundamento del funcionamiento específico de cada campo particular. Por ilustrar este punto con algunos ejemplos, tenemos que el *nomos* del «campo económico» se expresa (de manera tautológica, pues al fin y al cabo, no se trata de juicios descriptivos, sino de juicios performativos) como «los negocios son los negocios»; el del «campo científico», como «el conocimiento por el conocimiento»; o el del «campo artístico» como «el arte por el arte»⁷¹. Esto no implica, como una lectura apresurada podría dar a entender, la ausencia de lógicas contrarias en el seno de cada campo particular. Al contrario, lo que encontramos en cada campo es un conflicto entre dos principios: el principio de jerarquización específico del campo (el cual percibe los cuerpos y las cosas a partir de los criterios normativos específicos del campo en cuestión: los valores artísticos en el campo artístico, los valores mercantiles en el campo económico o los valores científicos en el campo científico, por seguir con los ejemplos anteriores) y que tiende a favorecer la autonomía del campo; y, por otro lado, un principio de jerarquización heterónimo que consiste precisamente en la introducción tanto de principios de visión y división (cognitivos y evaluativos) ajenos a dicho campo como de recursos acumulados en otros espacios foráneos. Por lo demás, el grado de oposición entre tales principios no tiene por qué ser del todo explícito. De hecho, una característica muy importante del *Nomos* de todo campo es que, en condiciones normales (es decir, en aquellos momentos en que el juego social se despliega sin rupturas ni contratiempos), aquel funciona

71 Lejos de apelar a una suerte de «trascendental» ahistórico, un *nomos* es siempre producto de una acción «nomotética» situada en un contexto histórico determinado, la cual ha conseguido instituirse como tal, a menudo en oposición a otras «constituciones». Este proceso de carácter histórico lo estudia Bourdieu, para el caso del «campo artístico» en la Francia del XIX, en la primera parte de *Les règles de l'Art*. En esa investigación se asiste a una reconstrucción de las tomas de posición inscritas en las obras de Baudelaire o Flaubert, la cual restituye el valor «constituyente» de las mismas, es decir, su condición no solo de diferencias en un espacio de diferencias (de obras de arte), sino de elementos que instigan la fundación misma del campo (en este caso, un campo opuesto en gran medida a los valores del mundo de los negocios). Por otra parte, aunque esto requeriría un análisis más profundo de la cuestión, es interesante señalar la importancia que esa acción nomotética tiene en la estructura explicativa misma del proceso de constitución del «campo artístico», la cual es considerada al menos tan importante como los factores socioeconómicos coadyuvantes.

como una suerte de «punto ciego». Solamente se hace explícito si la acción social que se da en el marco de un campo entra en «crisis», es decir, si es interrumpida en su normal desarrollo.

Otra cuestión interesante es la de la relación evidente que existe entre la idea de los campos como relativamente autónomos y como espacios de una lógica específica y la problemática de la diferenciación social de las esferas en el seno de la teoría social clásica. En efecto, en las obras de Marx (el análisis del proceso de división social del trabajo como elemento fundamental en el desarrollo de la sociedad capitalista), Weber (especialmente en su sociología de las religiones, donde expone una doctrina en ciernes acerca de las esferas de valor) o Durkheim (la conocida tesis del incremento de la división social del trabajo) encontramos elementos que han caracterizado (desde el punto de vista socio-histórico) la época Moderna como un periodo de relativa autonomización de diferentes espacios sociales.

Más allá de esta constatación, se imponen algunas matizaciones acerca de la manera en que la teoría de los campos participa de este acervo sociológico clásico. La primera de ellas es que para Bourdieu, como está implicado ya en la propia idea de *nomos*, el proceso de diferenciación es del orden del ser y del conocer (y no únicamente del primero):

En se différenciant, le monde social produit la différenciation des modes de connaissance du monde; à chacun des champs correspond un point de vue fondamental sur le monde qui crée son objet propre et qui trouve en lui-même le principe de compréhension et d'explication convenant à cet objet. (2003:142)

La constitución de un campo y la diferenciación que lleva a cabo implica una inscripción en los cuerpos y en las cosas de un punto de vista específico, en parte irreductible a los otros. Así, el proceso de diferenciación de esferas es también un proceso de diferenciación de los

puntos de vista, tan múltiples como campos existan en un momento y espacio dados. Por lo demás, esta diversidad de puntos de vista introduce por defecto dificultades añadidas para la comprensión mutua entre agentes sociales situados en tales campos, especialmente para los más involucrados en ellos.

Mucho más importante es una segunda matización que tiene que ver con la tendencia (señalada por sus detractores desde hace tiempo) de la teoría de la diferenciación social, en cualquiera de sus versiones, a constituir en términos teleológicos el proceso de diferenciación. En una versión clásica -e ingenua-, esto supone plantearlo como un proceso lineal, irreversible y, en última instancia, «natural». Por el contrario, podemos encontrar en algunos escritos de Bourdieu algunas razones para evitar esa «tentación teleologista» en la concepción del proceso de diferenciación de espacios sociales. En primer lugar, la «reversibilidad» del proceso es un hecho que Bourdieu admite de manera implícita. Lo hace cuando propone como necesaria una defensa activa de la autonomía de los «campos de producción cultural» en el «Post-scriptum» de *Les Règles de l'Art*, pues esto presupone la posibilidad de que, sin esa intervención, esa autonomía se reduzca y que se instaure un proceso de «desdiferenciación» en el marco de un campo cualquiera. En segundo lugar, la concepción «lineal» del proceso de diferenciación social (presente en la mayoría de las versiones de la teoría de la diferenciación) está mediada en la teoría de los campos por la idea de lucha y de conflicto, por lo que un campo es también un «campo de luchas». De hecho, la lucha entre actores en un campo cualquiera es el motor de las transformaciones en un campo, lo que excluye por defecto la concepción del proceso como completamente lineal o «natural». Por el contrario, tal y como lo presenta la teoría de los campos, se trata de un proceso plagado de dificultades, saltos y sobresaltos cualitativos que acotan, en gran medida, esa visión.

Esto nos lleva, precisamente, a una cuestión relevante en el marco de la teoría de los campos y que tiene que ver con que la autonomía no se agota como principio metodológico o como hipótesis teórica, sino que es también una cuestión que hay que determinar empíricamente en cada momento, en cada aplicación del concepto. De hecho, la autonomía, como pregunta empírica, se convierte en una cuestión de grados y de especificación para cada caso singular. Así, no todos los campos tienen el mismo grado de autonomía y en ellos se dan siempre diversas relaciones con lo heterónimo (con las «presiones externas», esto es, con normas y recursos efectivos constituidos y re-actualizados en otros espacios sociales ajenos al campo en cuestión) como han mostrado diversas investigaciones en el marco de los *field studies*⁷².

La pregunta que surge inmediatamente es: ¿cómo se determina el grado de autonomía de un campo? A este respecto, podemos encontrar en las investigaciones un variado repertorio de índices que se han ido estableciendo como significativos respecto de la autonomía de un campo. El primer indicador, quizás el más utilizado, hace referencia a un fenómeno físico (de nuevo, analogía con la física que, aunque un tanto imperfecta, sirve para alejarse de las teorías del «reflejo» con las que se pretende romper a través del concepto de campo) y al que Bourdieu denomina *efecto de refracción* o *retraducción* (1998:360-361 y ss.), es decir, la capacidad que tiene un campo para que su lógica específica imponga una «mediación» frente a las «influences ou aux commandes externes et à la transformation, voire la transfiguration, qu'il fait subir aux représentations religieuses ou politiques et aux contraintes des pouvoirs temporels»⁷³.

72 Para ver un ejemplo particular de esto recomendamos el próximo apartado «El Campo periodístico, anatomía de un mundo demasiado importante».

73 Por otra parte, no hay que olvidar que los factores a los que aquí alude Bourdieu (las representaciones

Además, Bourdieu añade algunas indicaciones acerca de la forma en la que esos efectos de «retraducción» se concretan. Por una parte, destacan las sanciones negativas que, en un determinado campo, se ponen en marcha frente a las prácticas que resultan heterónomas desde el punto de vista de su lógica específica (en el caso de los campos de producción cultural, una orden política directa -injerencia del campo político- o una demanda ética o estética ajena). Dos ejemplos: el descrédito o la «exclusión» directa (como la «excomunión» en el campo religioso). Por otra parte, destaca toda una serie de estímulos de resistencia positiva a la influencia de otros poderes, que pueden manifestarse, en los casos más extremos, como una lucha abierta contra toda injerencia. Por lo demás, estos «mecanismos de defensa» de un campo son actualizados por los agentes implicados en él de manera diferencial, pues no todos los agentes de un campo tienen igual tendencia hacia la defensa de la autonomía. Bourdieu condensó este fenómeno en lo que llamó la *ley de Jdanov*, es decir, el hecho de que:

les dominés dans un champ, littéraire, artistique, philosophique, sociologique, etc. ont une propension particulièrement grande à l'hétéronomie, c'est-à-dire à se plier aux demandes de l'église, du parti, de l'État, du roi, alors que les gens les plus consacrés selon les normes spécifiques, les plus reconnus par les pairs, sont ceux qui ont le plus de liberté. C'est une loi tendancielle, ce n'est pas mécanique. Il y a de grands soumis parmi les consacrés, mais la corrélation est très, très forte. (Bourdieu y Dubois, 1998:16)

Otra manera de visualizar esta idea de *refracción* es acudiendo a ejemplos específicos.

De manera significativa, algunos colaboradores de Bourdieu se han propuesto el análisis de

«religiosas» o «políticas» y a los poderes temporales en general) son «externos» en relación a los principios propios de los «campos de producción cultural». Así, en otros campos se dan otros factores que podemos considerar, desde el punto de vista de su propio *nomos*, como «externos» a ellos. Por ejemplo, en el «campo jurídico» se pueden producir «injerencias económicas», mientras que en el «campo religioso» se pueden dar «injerencias políticas». El caso es que determinar qué sean «factores externos» es una cuestión de cada campo y de su estado específico en un momento del tiempo, por lo que el recurso a las consideraciones empíricas se hace inevitable.

casos reveladores por su condición *a priori* de «casos límites». Por ejemplo, el análisis de situaciones históricas en las que la autonomía de un campo se encuentra amenazada por las condiciones más totalitarias. Tal es el caso de la tesis que Gisèle Sapiro (publicada en formato de monografía en 1999) realizó bajo la dirección del propio Pierre Bourdieu sobre el campo literario francés en el periodo en el que las tropas alemanas invadieron Francia en la II G.M. En ese trabajo, la socióloga francesa muestra de forma convincente cómo, a pesar de todos los efectos de debilitación del campo literario (provocados en gran medida por la política propagandística del régimen de Vichy, que tuvo desde un principio como objetivo la captación de las principales instituciones culturales francesas), las tomas de posición política en ese momento (la colaboración o la resistencia frente al invasor) de los agentes del campo literario se articulan en virtud de la propia estructuración interna del campo. Así, los dos grandes polos del campo literario de la época, el polo de gran producción (cuya instancia de consagración por excelencia es *l'Académie Française*) y el polo de reproducción restringida (reunido en torno al *Comité National des écrivains*), se corresponden a grandes rasgos con las tomas de posición colaboracionistas (mayoritarias entre los primeros, quienes también comparten una edad más avanzada) y con las de la resistencia (entre los segundos, de menor edad además)⁷⁴. En definitiva, un ejemplo significativo acerca de los procesos de «refracción» en un campo que muestra, además, la pertinencia de la idea de campo y de la idea de autonomía relativa, al menos para el caso francés y para tal periodo de mitad del siglo XX.

74 Por otra parte, no hay que dejarse llevar por una visión demasiado simplista de esa relación entre posición y toma de posición política. El modelo geométrico que expone el Análisis de Correspondencia Múltiple (ACM), al cual apelan la mayoría de los trabajos (tanto los de Bourdieu como los de sus colaboradores) inspirados en la noción de «campo», se hace cargo de una importante pluralidad de opciones (aunque sea en forma teórica) y de grados.

Otro indicador del grado empírico de autonomía de un campo es el del grado de codificación y de exigencia del «derecho de entrada» que se establece en un campo cualquiera, fenómeno al que Bourdieu va a dedicar una mayor importancia al final de su obra. La relación que establece el sociólogo francés entre derecho de entrada y autonomía podría expresarse con la siguiente fórmula de partida: cuanto más elevado es el derecho de entrada de un campo, mayor tiende a ser su grado de autonomía. Sin embargo, como veremos, las cosas son más complicadas. Para mostrar esta idea con mayor concreción, acudamos a dos casos distintos, y en gran medida opuestos, en relación al derecho de entrada: el «campo de las ciencias sociales» en el siglo XX y el «campo filosófico» francés en el siglo XIX.

Respecto del primer caso, Bourdieu nos habla en uno de sus últimos cursos del *Collège de France*, el cual fue publicado como *Science de la Science et Reflexivité*. Allí, en el marco de una reflexión epistemológica de profundo calado sobre las ciencias sociales (en la cual recoge los resultados de los más de veinticinco años de investigaciones que dedicó a la «sociología de la sociología»⁷⁵), Bourdieu señala que los problemas de la sociología tienen su fundamento en las dificultades para la constitución de un campo con un alto grado de autonomía. Entre estas destacan, precisamente, las difíciles condiciones para establecer un derecho de entrada lo suficientemente elevado como para garantizar dicha autonomía. Este campo «está especialmente expuest[o] a la heteronomía porque la presión exterior es

75 En efecto, desde aquella idea «propedéutica» de *Le métier du sociologue* (1980:95-106) que afirmaba la necesidad de incorporar a la crítica epistemológica una sociología del conocimiento sociológico, Bourdieu desarrolló un verdadero programa de aplicación de las herramientas y los conceptos de la sociología al análisis de la propia práctica sociológica y de sus condiciones sociales de posibilidad. Un trabajo especialmente significativo al respecto es *Homo Academicus* (1984). Por lo demás, un interesante debate sobre la importancia de este punto para Bourdieu puede leerse en Baranger (2012), libro en el que, por otra parte, se puede confrontar el punto de vista opuesto de Jean-Claude Passeron en relación a la necesidad de esa sociología de la sociología.

especialmente fuerte y las condiciones internas de la autonomía son muy difícil de instaurar (sobre todo, en lo que se refiere a imponer un derecho de admisión)» (Bourdieu, 2003b:152).

Por el contrario, Bourdieu (1999:11 y ss.) describe en términos muy diferentes el caso de la filosofía en Francia en el periodo que va desde mediados del siglo XIX y los años cuarenta del siglo XX. Para el sociólogo francés, la filosofía francesa de ese tiempo funcionó en gran medida como un «cuerpo» y no como un campo⁷⁶. Una institución que revela netamente ese carácter es el concurso de la «agrégation»⁷⁷, que era un requisito importante para acceder al estatus de filósofo profesional en dicha época. El objetivo de dicho concurso no es otro que establecer un criterio de selección muy elevado (en el concurso, hay que recordar, no se está seleccionando a los miembros solamente a partir de criterios de competencia en la materia; el proceso de selección va mucho más allá, llega hasta el *habitus* mismo del aspirante -la competencia solo es una parte de éste- y su conformidad con la institución que lo elige), de establecer (en los términos en los que hablamos) un derecho de entrada muy elevado. Este derecho de acceso tan elevado convierte al espacio filosófico en un lugar al que acceden únicamente agentes muy homogéneos en términos sociales, lo que Bourdieu significa con el

76 Un «cuerpo» es definido por Bourdieu (1999:11) como un conjunto de individuos relativamente homogéneos que además está unido a través de vínculos fuertes de solidaridad (sus individuos participan en un fondo común de capital social y simbólico). Esta homogeneidad y solidaridad son caracteres que no están presentes en un campo en cuanto que éste último es un espacio diferenciado en múltiples niveles, desde las diferencias en cuanto a las propiedades de partida de los agentes que participan en él, hasta las diferencias de apuestas y objetivos que hay en juego en el propio campo. Ahora bien, se comprende perfectamente que la línea entre un cuerpo y un campo es muy delgada y que las luchas en el seno de un campo pueden dar como resultado su conversión en un cuerpo (mediante la exclusión de agentes e instituciones con otro punto de vista, origen social, etc.) y viceversa. Un artículo, entre otros, para profundizar en la diferencia entre estos dos conceptos y en las estrategias de investigación diferenciales que implican es Bourdieu (1985).

77 La «agrégation» es un concurso específico del sistema educativo francés que está vigente desde 1825. Actualmente, su objetivo es el de reclutar a enseñantes de secundaria ligados al estado, los cuales tienen un estatus muy particular en términos de recompensas pecunarias y de «prestigio» en relación a los enseñantes de secundaria «normales» (que acceden a través de otro concurso, el CAPES, que da acceso a otro tipo de carreras).

término «cuerpo». Por otra parte, y por acercar geográficamente el caso, cabe preguntarse si esta configuración del espacio filosófico como «cuerpo» podría extenderse también a nuestro país a comienzos del siglo XX, época dorada de la «Escuela de Madrid». La descripción que hace Moreno Pestaña (2011) del círculo de filósofos en torno a la figura de Ortega y Gasset y de los duros procesos de selección que se establecían para entrar en él, parece ser un indicativo de que el concepto de «cuerpo» podría ser pertinente en todo ello.

En definitiva, estamos ya en disposición de vislumbrar la complejidad que impone la hipótesis teórica de la autonomía relativa de los campos. Esta hipótesis no se deja aprehender mediante fórmulas simplificadoras y requiere una constante rectificación entre lo propuesto y lo que ofrece el caso empírico. Apuesta teórica, su valor debe ser puesto a prueba en cada uno de los diferentes casos de aplicación del concepto. Por lo demás, en las siguientes apartados, volveremos sobre esta hipótesis en la medida en que se ajustan a los campos de nuestra problemática.

2 *El campo intelectual, el campo periodístico y las relaciones entre los campos*

Si hasta este momento nos hemos centrado, por un lado, en el sentido del uso del concepto y, por otro lado, en las propiedades «generales» de un campo (a partir de los ejes que hemos propuesto), es necesario que a continuación especifiquemos aún más el valor que tiene dicho concepto como factor de construcción del objeto en la problemática de esta investigación. Así, vamos a exponer el significado de su aplicación en el análisis de las

relaciones entre "intelectuales" y "medios de gran difusión". La conclusión de todo ello será la de una modificación de los términos en los que se expresa dicho problema.

Para cumplir con estos objetivos, hemos de introducir otros aspectos que forman parte de los usos establecidos del concepto y que no han sido considerados hasta ahora en nuestro «marco teórico». En especial, dos grandes cuestiones relacionadas con el concepto de campo deben ser tratadas en este momento: por un lado, la de las propiedades «específicas» de algunos espacios sociales particulares, propiedades que han sido extraídas a partir de diversas aplicaciones del concepto en casos históricamente situados; por el otro lado, la cuestión de las relaciones entre los campos, un problema que tiene también una vertiente empírica.

Así, nos centraremos, en primer lugar, en las propiedades específicas de dos «mundos sociales» que han sido estudiados por Bourdieu y sus colaboradores a través del concepto de campo. Se trata de los dos espacios que acotan nuestra problemática: el campo intelectual y el campo periodístico⁷⁸. De este modo, intentaremos delimitar con claridad las propiedades específicas que cada uno de esos dos espacios particulares (entendidos ya como campos) poseen en virtud de lo que han puesto de manifiesto las diversas aplicaciones del concepto a esos espacios singulares. Por otra parte, esto no implica ignorar las propiedades generales de los campos, sino más bien una voluntad de integrar en el análisis realizado hasta ahora las determinaciones particulares que imponen ambos espacios. Finalmente, vale la pena repetir lo señalado para las propiedades generales del concepto: las propiedades específicas sirven igualmente como hipótesis teóricas o preguntas generales en las siguientes aplicaciones del concepto a cada uno de esos espacios singulares.

⁷⁸ Señalamos aquí que hemos traducido los conceptos «champ intellectuel» y «champ journalistique», ambos empleados por Bourdieu y sus colaboradores, como «campo intelectual» y «campo periodístico».

Después de este primer paso de la exposición, nos centraremos en el problema de las relaciones entre los campos, uno de los temas más discutidos tanto por Bourdieu y sus colaboradores como por los críticos. Se trata de una cuestión importante en la literatura sobre campo ya que, lejos de constituir unidades de análisis autosuficientes, cada campo debe ser puesto en relación con otras partes de un espacio social más amplio⁷⁹. Si esta cuestión tiene implicaciones generales (podríamos hablar así de propiedades «generales» de las relaciones entre campos), por su interés en nuestra problemática, nos centraremos específicamente en las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico, tal y como las ha tratado la literatura sobre campo.

La exposición se estructura como sigue: en primer lugar, retomamos el concepto de campo intelectual y las propiedades específicas que incorpora; en segundo lugar, hacemos lo propio con el campo periodístico; finalmente, abordamos las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico tal y como han sido planteadas por Bourdieu y sus colaboradores.

2.1 El campo intelectual, anatomía de un mundo aparte

Una de las apuestas centrales de este «marco teórico» es, como ya hemos señalado, la de la sustitución de la categoría de «intelectual» (y así la de todos los problemas epistemológicos y metodológicos que se derivan de ella y de los que hemos hablado anteriormente) en el

⁷⁹ En ese sentido resulta muy significativa una recomendación de Bourdieu en *Réponses* (1992:80) . Según el sociólogo francés, es necesario empezar todo análisis empírico de un campo por el análisis de la posición que ocupa dicho campo en relación al «campo del poder», esto es, el lugar que dicho espacio ocupa en el seno del espacio social en general.

proceso de construcción del objeto por el concepto sistemático de campo. Sin embargo, esta sustitución no termina en una simple subsunción de las características propias del «mundo intelectual» en las características generales que introduce el concepto de campo (de las que hemos hablado en el apartado anterior de este capítulo). Por el contrario, debemos hacernos cargo, en el mismo movimiento, de la serie de propiedades específicas que han sido descubiertas en las diversas aplicaciones del concepto que han tenido por objeto tal espacio social. Dicho en otras palabras, a las potencialidades del concepto de campo como herramienta epistemológica para la construcción del objeto hemos de añadir las determinaciones que incorporan las diversas aplicaciones del concepto que han tenido por objeto este espacio social. Así, determinar cuáles sean las apuestas particulares que introduce el concepto de campo intelectual en el movimiento de construcción del objeto constituye el interés principal de la siguiente exposición.

Un primer paso en esta vía es el de localizar el uso de «campo intelectual» en la obra de Bourdieu. La primera referencia se remonta al propio artículo de 1966, *Champ intellectuel et projet créateur* (el publicado en la revista *Les Temps Modernes*, dirigida por Jean-Paul Sartre), en el que Bourdieu introduce el primer uso sistemático del concepto de campo en general. Así, tenemos un hecho que hay que destacar: la primera ocasión en la que Bourdieu utilizó campo lo hizo en relación al campo intelectual, lo que muestra la estrecha relación que existe entre el concepto en general y su aplicación al ámbito específico de la vida intelectual⁸⁰. Después de este primer texto inicial, también encontramos usos del término «campo intelectual» en el título mismo de otros textos como en *Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de*

⁸⁰ Este punto ya fue establecido por Martín Criado (2008). Además, para Martín Criado es fundamentalmente en este tipo de espacios donde el concepto revela su pertinencia.

classe de (1971), en una entrevista publicada en *Choses dites* (1987:167-177) y que lleva por título «Le champ intellectuel : un monde à part» o, ya más tardíamente, en la conferencia ya citada anteriormente y que lleva por título *Le fonctionnement du champ intellectuel* (1999).

Sin embargo, más allá de estas referencias cronológicas basadas en los títulos de algunos escritos, surge un problema interpretativo en lo que se refiere al contenido sustantivo de los textos: en efecto, existe en ellos una relativa variabilidad de los términos con los que Bourdieu aborda las actividades intelectuales y el espacio social en el que éstas tienen lugar. Esto puede producir cierta confusión al lector en su intento por otorgar una unidad y una coherencia a dicha literatura. Dicha variabilidad tiene dos fuentes principales en la obra de Bourdieu: por un lado, el uso de una serie de conceptos próximos al de campo intelectual, como el de «campo de producción cultural»⁸¹ o incluso el de «mercado de bienes simbólicos»⁸²; por otro lado, el uso frecuente en dichos textos de un vocabulario que promueve el uso de términos que parecen señalar actividades más específicas (como los de «campo literario», «campo filosófico», «campo artístico», etc.) que las que señala el concepto de campo intelectual.

La primera de estas dificultades puede ser salvada mediante la apuesta que hacemos por establecer una relativa equivalencia entre esos términos, lo que permite el análisis conjunto de todo estos textos como base interpretativa del concepto de campo intelectual. Sin embargo, la segunda de estas dificultades requiere algunas precisiones, pues ¿cual es exactamente la

81 Por citar algún ejemplo, basta con recordar el artículo de 1983 «The field of cultural production or The Economic World Reversed», el cual dio lugar posteriormente a una compilación publicada en Inglés bajo el título abreviado *The Field of Cultural Production*.

82 Un ejemplo de esta segunda denominación es el título del artículo «Le marché des bien symboliques» de 1971. Por otra parte, esta diversidad de denominaciones se refleja igualmente en la disparidad de términos que han empleado los comentaristas de este aspecto de la obra de Bourdieu. Por ejemplo, Roger Chartier (2003:249) privilegia el término de «champs culturels» [campos culturales] más que el de «campo intelectual».

relación que podemos establecer entre el campo intelectual y los campos literario, filosófico, etc.? ¿Encontramos las mismas propiedades cuando hablamos de aquel que cuando lo hacemos acerca de éstos? Todo hace pensar que dicha relación se articula en virtud de una diferencia en el nivel de generalidad que se presupone: por un lado, un nivel más genérico, como cuando hablamos en términos de «campo intelectual»; y, por otro lado, un nivel más específico que distingue entre determinadas actividades intelectuales concretas, como cuando hablamos de «campo filosófico», « campo literario», etc. La necesidad de apelar a diferentes niveles de generalidad en la definición es producto de un juego de escalas, por así decirlo. Así, se privilegia la definición genérica de «campo intelectual» en las ocasiones en las que lo que está en juego es la comprensión del fenómeno en relación a otros espacio sociales más amplios, como el campo político, el campo económico, etc. De hecho, esto ocurre cuando de lo que se trata es del análisis socio-histórico del proceso de conquista de una relativa autonomía del campo intelectual frente a otros poderes sociales en el espacio europeo, fenómeno del que nos ocuparemos en el próximo apartado. Ahora bien, precisamente este proceso de autonomización contiene en sí una propiedad que fundamenta la necesidad complementaria de una visión menos general de la actividad intelectual: al mismo tiempo que el campo intelectual ha alcanzado una relativa autonomía en relación a otros poderes sociales, éste produce una diferenciación interna entre actividades distintas y que dan lugar así a espacios específicos como el campo literario, campo filosófico, etc.

De este modo, entre la definición genérica y las definiciones específicas se produce una relativa circularidad que permite aprehender lo específico de cada espacio en el seno de la generalidad y viceversa. Una consecuencia de esto es que, como señala Gisèle Sapiro (2009:10-11), es necesario no perder de vista las propiedades del campo intelectual en general

cuando tratamos de campos de producción cultural específicos. Por lo demás, este no supone una total sinonimia entre campo intelectual y los campos «específicos», pues a su vez cada uno de estos tiene propiedades propias en relación a los otros.

De este modo, en lo que se refiere al objetivo de establecer una síntesis lo más precisa posible de las implicaciones de la aproximación en términos de «campo intelectual», partimos tanto de la equivalencia entre los términos empleados por Bourdieu en los diferentes textos como de la complementariedad de las informaciones relativas tanto al campo intelectual en su definición genérica como a los campos particulares del campo intelectual en su definición específica.

2.1.1 *El proceso de autonomización del campo intelectual como condición metodológica previa*

La primera cuestión a la que es necesario atender en relación a las propiedades específicas del campo intelectual es la del problema de la autonomía, aspecto al que se ha dedicado un importante conjunto de estudios en el seno de los *field studies*. La razón no es otra que la hipótesis que está implicada en cualquier uso del concepto de campo: la condición básica para la autonomización metodológica de un campo (en este caso el campo intelectual) es que dicho espacio haya sido objeto de un proceso histórico de constitución de una relativa autonomía. Por eso, determinar y estudiar el proceso histórico de relativa autonomización del campo intelectual frente a los ámbitos de la Religión, la Política y la Economía ha sido uno de los grandes focos de investigación en la literatura sobre el tema⁸³.

83 Por otra parte, cabe afirmar que la de Bourdieu y sus colaboradores no es la única tradición sociológica que ha mostrado interés por dicho problema. Tanto en la literatura sociológica acerca de los intelectuales como en la sociología histórica del mundo intelectual hay una amplia tradición de reflexión sobre este proceso de ampliación de la vida intelectual en el Occidente europeo y sobre el significado que éste

¿Qué implica este proceso de autonomización desde un punto de vista histórico? Dos son las cuestiones previas que hay que señalar. En primer lugar, la de los indicadores de dicho proceso de autonomización, los cuales fueron objeto de algunos trabajos del propio Bourdieu⁸⁴. Gisèle Sapiro (2003:290 y ss.) los resumió certeramente en tres condiciones básicas. La primera de ellas es la constitución de un corpus de productores especializados en las actividades intelectuales, los cuales son tanto productores de obras culturales (creadores, autores) como partidarios de un juicio propiamente intelectual acerca del valor de las obras (pares). Otra de estas condiciones es el surgimiento de un número determinado de instancias de consagración específicas del campo (como, por dar un ejemplo extraído de nuestro contexto nacional, la fundación de la Real Academia Española en 1711). Finalmente, resulta clave la aparición y consolidación de un «mercado cultural» propiamente dicho: un mercado de libros y bienes simbólicos que sustituye las relaciones anteriores (fundamentalmente basadas en el mecenazgo) por las relaciones «impersonales» sancionadas por la oferta y la demanda (Sapiro, 2003:291-292)⁸⁵.

reviste para nosotros hoy. Así, cabe recordar que los propios Gramsci (1978), Mannheim (1956), Znaniecki (1968) o Coser (1968) propusieron diversas interpretaciones acerca de este proceso, algunas de las cuales encuentran ciertas similitudes con las interpretaciones que han producido Bourdieu y sus colaboradores.

84 Además de remitir a *Les Règles de l'Art*, cabe recomendar en ese sentido «Le marché des biens symboliques» (1971), donde el sociólogo francés desarrolló, en un momento temprano de su obra, alguno de estos rasgos del proceso de autonomización del campo intelectual.

85 Por otra parte, la consideración de estos factores no es nueva. La propia Sapiro (2003:290) menciona a Weber, quien ya había señalado el papel del desarrollo de un corpus de especialistas como fenómeno específico en la constitución de una esfera de actividad. Por otra parte, la relevancia otorgada a la aparición de un mercado cultural en la configuración de la vida intelectual moderna fue advertida por otros muchos trabajos anteriores, por ejemplo por el propio Coser en *Men of Ideas*. Si hemos de ver alguna aportación en el modo en que esto ha sido desarrollado por Bourdieu y sus colaboradores, quizás ésta resida en el carácter integrador de su propuesta: tales procesos son articulados en un esquema de inteligibilidad relativamente coherente, pero al mismo tiempo abierto a las configuraciones específicas que pueden darse en diferentes contextos.

Una segunda cuestión importante que se sigue es la de la periodización de dicho proceso y del momento en el que esas tres condiciones se cumplen y garantizan la consecución de un estado de relativa autonomía. ¿Desde cuando puede hablarse de un campo intelectual relativamente autónomo? ¿Es el Renacimiento ese momento? ¿O lo es, por el contrario, la Revolución científica del XVII? Existe efectivamente una cierta variación en cuanto a las fechas en diversos trabajos que han enfrentado esta cuestión y ha habido en este tema algunas discrepancias entre Bourdieu y algunos de sus colaboradores. Por ejemplo, Roger Chartier (2003:254) considera que, aunque para Bourdieu el campo literario ha adquirido un grado definitivo de autonomía en la segunda mitad del XIX, no podemos olvidar que dicho campo tiene su prehistoria en los esfuerzos desplegados por los escritores y los artistas a partir del Renacimiento (quizás antes) para liberarse de las coerciones que les imponían las demandas y censuras de diversos poderes como el temporal o el eclesiástico. Es una cuestión bastante difícil de resolver, aunque quizás el problema sea la propia pregunta, la cual no está bien planteada del todo a causa de una cierta concepción lineal que demanda del proceso tanto la determinación de un origen concreto en algún punto del tiempo (lo que constituye según Chartier, «l'illusion du premier commencement», 2003:254) como un desarrollo relativamente progresivo desde entonces. Por el contrario, sería necesario hacerse cargo de un proceso que no hay que concebir de modo lineal ni tampoco teleológico, pues es totalmente reversible. Se trata en definitiva, de un proceso que no está libre de paradojas y que está afectado de una notable complejidad⁸⁶.

86 Esto puede comprobarse, por ejemplo, en la reconstrucción histórica que hace Karady (2009) del espacio intelectual europeo de las ciencias humanas. En esta reconstrucción se muestran no tanto las continuidades del proceso, sino sus discontinuidades evidentes. Por ejemplo, las que acaecieron en torno al siglo XVI, con la Reforma Protestante y el surgimiento de algunos estados centralizados, y que tuvieron por efecto la fragmentación del espacio intelectual relativamente unitario que constituía la Universidad cristiana del siglo XII.

Sin embargo, sí que contamos con un hecho que difícilmente pueda ser rebatible en relación al proceso histórico de autonomización del campo intelectual. Este hecho es el del carácter de punto de inflexión que supone el siglo XIX en el espacio europeo. En efecto, poco se puede argumentar en contra de que durante el siglo XIX se produce un verdadero salto cualitativo y cuantitativo en la vida intelectual europea, momento en el cual ésta adquiere una configuración que sirve en gran medida de «base» a nuestra concepción contemporánea de las actividades intelectuales. La importancia de este momento y sus caracteres específicos han sido estudiados por diversos investigadores. Destaca entre ellos, el historiador francés Christophe Charle, a quien ya hemos recurrido anteriormente. En su estudio sintético y comparativo del espacio intelectual europeo del XIX, Charle (2000) plantea la tesis de la importancia de este periodo en relación al proceso de autonomización del campo intelectual a nivel europeo:

Ya la primera mitad del siglo XIX conoció un crecimiento de la demanda cultural, unido a un creciente número de autores e instituciones que podían dedicarse a esta tarea. El auge se mantuvo no obstante dentro de unos límites modestos y con oscilaciones. Pues desde 1848 hasta 1860 sufrió una interrupción. Pero, sobre todo, se mantuvo en muchas partes de Europa dentro de un marco que procedía en lo esencial del siglo XVIII. A partir de 1860, no sólo es mucho más claro el nuevo auge, sino que hace saltar las condiciones que anteriormente enmarcaban la vida cultural en la mayor parte de los países, incluso en aquellos que más lejos están aún del modelo occidental. De ese modo se produce una definitiva transformación en las condiciones en las que se ejercen las actividades intelectuales. A partir de entonces ya no hay vuelta atrás, sino que, por el contrario, se aceleran los procesos que se ponen en marcha en esta época. (2000:83)

Vale la pena detenerse en este periodo y la reconstrucción que hace de él el historiador francés (a pesar de que este tipo de trabajos tenga que contar con importantes limitaciones

inherentes a la escasez o a la falta de homogeneidad de las fuentes estadísticas con las que se ha de trabajar), como un momento decisivo en el proceso de autonomización y como trasfondo básico de cualquier aproximación sociológica acerca del campo intelectual en el marco geográfico de la vieja Europa. En efecto, según muestra Charle, a partir de 1860 se producen los cambios sociales, económicos y políticos que acompañan la constitución de un campo intelectual relativamente autónomo en el espacio europeo desde el punto de vista de las tres condiciones anteriormente señaladas. El cambio más importante es, sin duda, el que afecta a la educación en los países europeos en dicho periodo, pues se produce una expansión del sistema educativo que «adquiere un nuevo orden de magnitud» (2000:85). Este cambio tiene una influencia decisiva, ya que el aumento de las vocaciones intelectuales y de los productores, de la demanda de productos intelectuales y del mercado cultural en su globalidad, tienen como condición dicha transformación.

Tal modificación del panorama educativo se manifiesta en una doble expansión continuada en los diversos países europeos (en cada uno con sus ritmos específicos): la de los efectivos de secundaria (se dobla la población estudiante de secundaria entre 1860 y 1910) y los de la educación superior. Los efectos del aumento del alumnado de secundaria son triples (Charle, 2000:84 y ss)⁸⁷: aumenta la demanda potencial del mercado cultural en general (en esos años aumenta paralelamente tanto la producción de libros como crece el número de revistas); aumenta igualmente la demanda de ciertos tipos de producción cultural a medio camino entre la producción popular y la cultura elitista tradicional; y finalmente, del lado de los productores, crecen los aspirantes a desempeñar profesiones intelectuales, como se

⁸⁷ Hay que recordar igualmente, como hace el propio Charle (2000:85), que este es el periodo en el que se asienta, en los países europeos más desarrollados del momento (y que se impondrán como modelo a seguir por el resto en este aspecto), una verdadera política educativa universalista, con la promulgación en Inglaterra en 1870 y en Francia en 1882 de leyes que imponen la enseñanza general obligatoria y la gratuidad parcial o total.

expresa en el crecimiento de las profesiones intelectuales «liberales» (no asociadas a cargo público alguno, como las de periodista, escritor, hombre de letras o publicistas, Charle, 2000:90-92). Por su parte, el crecimiento relativo de los efectivos de la enseñanza superior introduce la especificidad tanto de crear un público (aún escaso, si atendemos al hecho de que, en esos momentos, en ningún país llega al 1% de la población) para productos culturales de la cultura elitista tradicional como el aumento de las profesiones intelectuales (y así de las oportunidades para su ocupación) ligadas al Estado (2000:93 y ss).

¿Hemos de tomar así como dato preestablecido la constitución de un campo intelectual autónomo en el espacio europeo de la segunda mitad del XIX, evidentemente con diferentes grados de autonomía según países y periodos, que continuaría a lo largo del siglo XX? El propio Bourdieu afirmó en varias ocasiones (por ejemplo, en 1998:234 y ss.) que este grado de autonomía alcanzado en el XIX no ha sido aún superado y que la lógica de funcionamiento del campo, la cual es producto de este proceso de conquista de una relativa autonomía, sigue siendo pertinente en los análisis contemporáneos acerca del campo intelectual. Por lo demás, diversos estudios han señalado la vigencia del proceso de autonomización en diversos espacios y momentos posteriores (por ejemplo, para el caso del periodo de Entreguerras desde un punto de vista europeo, se puede consultar Sapiro, 2009:111-146). Sin embargo, vale la pena recordar que esto no cancela el hecho de que la naturaleza específica del concepto de campo implica la necesidad de introducir la pregunta por la autonomía en cada una de sus aplicaciones. De hecho, la propia aplicación del concepto a un caso específico requiere un mínimo de comprobación empírica del proceso de autonomización y el grado de cumplimiento del mismo, único modo de responder de manera certera a la pregunta que hemos planteado. Esto permite comprender el papel que juega esta perspectiva de «larga

duración» y los conocimientos que produce acerca de las configuraciones de los campos intelectuales europeos desde el XIX: se trata fundamentalmente de la constitución de un punto de contraste que sirve como referente en los diferentes casos particulares que hemos de afrontar.

2.1.2 *El campo intelectual o un mundo económico invertido*

La configuración de un espacio relativamente autónomo y el examen de dicho proceso invocan de manera paralela el análisis de las condiciones de funcionamiento específicas que presenta el campo intelectual, las cuales son producto precisamente de esa historia (que es una historia de luchas, como indicamos anteriormente) y de la estructura específica que se manifiesta en ella. En otras palabras, el análisis del proceso de autonomización tiene como objetivo paralelo el del análisis que trata de sacar a la luz las propiedades específicas del campo intelectual y su modo de funcionamiento particular. A este proyecto de determinar las lógicas específicas de funcionamiento del campo intelectual en relación a otros campos, el propio Bourdieu dedicó varios trabajos en los que vamos a abreviar a continuación.

Si fuera necesario sintetizar en una sola propiedad la especificidad del campo intelectual (en los casos en que este disfruta de su condición de relativa autonomía) en relación a otros campos y al espacio social en su conjunto, esta sería sin duda la del tipo particular de economía que se da en estos espacios sociales: los campos de producción cultural son espacios sociales en los que se produce y reproduce (de forma colectiva) una «racionalidad económica» particular que se propone opuesta e irreductible a la del interés económico o monetario⁸⁸.

88 Hay que recordar en este punto que, para Bourdieu, el interés económico no es un trascendental

¿En qué consiste exactamente esta lógica económica distinta a la lógica económica propiamente «económica»? Antes de entrar en la forma en que esta lógica se da en los campos de producción cultural, cabe recordar que dicha concreción específica no es sino un caso particular de un análisis más amplio cuyo objetivo no era otro que el de proporcionar algunos principios generales acerca de una «economía de los bienes simbólicos». En efecto, las propiedades atribuibles a esta lógica particular del intercambio simbólico son extraídas por analogía en la consideración de múltiples ámbitos (en principio, fenoméricamente dispares) como son el mundo de la Kabylia en el que Bourdieu realizó su primer trabajo etnográfico en los años cincuenta, el mundo campesino del Béarn analizado en los textos compilados en *Le bal des celibataires*, la economía doméstica o la relación de intercambio que se produce en el campo religioso entre los clérigos y los laicos (que fue objeto de análisis en el artículo *La sainte famille*, de 1982). La conclusión de este camino de ida y vuelta entre estos diferentes espacios es, para Bourdieu, que pueden establecerse una serie de propiedades generales de los intercambios de carácter simbólico, las cuales se manifiestan en dichos ámbitos dispares⁸⁹.

La primera de esas características propias de una economía semejante y que se aplica igualmente en los campos de producción cultural es la de la censura y negación explícita de lo

antropológico sino producto de un proceso histórico de constitución de un espacio social, el campo económico, en el que la búsqueda del beneficio monetario por sí mismo pudo desligarse de las actividades cotidianas en las que estaba inserta en las sociedades precapitalistas (tal y como había señalado Polanyi, a quien Bourdieu cita en varias ocasiones). Así, según el sociólogo francés la relativa oposición que se da entre la lógica específica del intercambio simbólico y la lógica del interés económico no responde en su totalidad a la forma en la que la representación ordinaria se plantea la contraposición entre el "don" (gratuito) y el "interés material", sino que responde más bien a dos formas de acción que tienen unas condiciones de realización posibles distintas en diferentes espacios sociales. Ambas lógicas están objetivamente socialmente producidas y condicionadas. Finalmente, para profundizar en el proceso de constitución de un «campo económico» y sus condiciones sociales, véase Bourdieu (2000a),

89 Por la manera sintética en la que expresa estos puntos, cabe recomendar la lectura de la conferencia titulada «L'économie des biens symboliques» publicada en *Raisons Pratiques*, en la cual nos apoyamos en este apartado.

económico, del interés como acrecentamiento del beneficio monetario. Dos expresiones de esta censura en el campo artístico sirven como ejemplos, prestados del propio Bourdieu (1994:198 y ss.): la indiferencia o incluso el rechazo de las sanciones del mercado que tiene lugar en ocasiones entre los productores (un best-seller puede ser considerado «sospechoso») o la idea misma del «artista maldito», forma inédita de reconversión del fracaso económico en una forma de éxito (mediante el rechazo de los beneficios económicos, el artista obtiene una forma de éxito de carácter simbólico. Pero sobre todo, esta censura aparece con toda claridad en el «tabú de la explicitación», esto es, en el sistema de «eufemización» de las relaciones de intercambio que tienen lugar en este espacio social, empezando por las palabras con las que se definen a sí mismos sus participantes, quienes evitan la referencia manifiesta al mundo económico. Así, se prefieren términos como el de «creador» (frente al de «productor»), «editor» (y no el de «comerciante» de libros) o el de «director artístico» (preferido al de «mercader» de arte).

Es importante señalar en ese sentido que esta censura pone al sociólogo en una situación difícil a la hora de estudiar estos espacios, pues no es suficiente con un discurso de «desvelamiento» de estos eufemismos, de reducir la lógica simbólica a una lógica económica «en última instancia» que existiría detrás de ella. Por el contrario, el lenguaje posible de descripción sociológica tiene que dar cuenta de esta realidad doble de la obra intelectual: que ésta es al mismo tiempo un bien simbólico y un bien económico, significación y mercancía, poseedora de valor simbólico y valor económico. Olvidar esta lógica propiamente simbólica supone ignorar una parte fundamental de la realidad de estos espacios: el hecho de que una obra intelectual posee un tipo de eficacia que es producto de un trabajo específico de denegación de su valor en los intercambios puramente económicos. Ahora bien, esto no

conlleva necesariamente olvidar las condiciones económicas de esa lógica específica. Por ejemplo, la posibilidad de participar en una revolución simbólica no está igualmente distribuida (Bourdieu, 1998:429 y ss), sino que responde a una serie de condiciones económicas: la complicada apuesta que supone orientarse a una postura intelectual «revolucionaria» (y de la cual, en principio, no se espera sino obtener beneficios de corte simbólico -aunque no se descarten los económicos-), implica, en cualquier caso, un mínimo de distanciamiento frente a las urgencias y necesidades económicas que sirve como abrigo frente a las posibles contingencias inherentes en una apuesta tan insegura.

La cuestión de los beneficios, del tipo de beneficio que está en juego en los campos de producción cultural o, mejor dicho, del tipo de beneficio que se introduce de forma específica en estos universos (pues no se descartan los beneficios materiales potenciales), nos lleva a una segunda característica general de esta lógica específica: lo que se produce y se acumula en estas relaciones de intercambio es un tipo particular de «capital». En efecto, el capital del productor intelectual es un capital simbólico de «reconocimiento» (1994:200). ¿Qué significa «capital simbólico»? Bourdieu da una breve definición general del mismo en el siguiente párrafo (1994:189):

L'alchimie symbolique, telle que je viens de la décrire, produit, au profit de celui qui accomplit les actes d'euphémisation, de transfiguration, de mise en forme, un capital de reconnaissance qui lui permet d'exercer des effets symboliques. C'est ce que j'appelle le capital symbolique, conférant ainsi un sens rigoureux à ce que Max Weber désignait du mot de charisme, concept purement descriptif, qu'il donnait explicitement – au début du chapitre sur la religion de *Wirtschaft und Gesellschaft* – pour un équivalent de ce que l'école durkheimienne appelait le *mana*. Le capital symbolique est une propriété quelconque, force physique, richesse, valeur guerrière, qui, perçue par des agents sociaux dotés des

catégories de perception et d'appréciation permettant de la percevoir, de la connaître et de la reconnaître, devient efficiente symboliquement, telle une véritable *force magique* : une propriété qui, parce qu'elle répond à des «attentes collectives», socialement constituées, à des croyances, exerce une sorte d'action à distance, sans contact physique.

Este tipo de «capital» que está en juego en el campo intelectual tiene un carácter muy específico. Como dice Bourdieu, no parece tan tangible como el económico o la fuerza física y, sin embargo, sus efectos son muy reales. Un aspecto que no puede olvidarse respecto de este tipo de capital de «reconocimiento» es que está fundado en la creencia colectiva, en el acuerdo entre las categorías de percepción y valoración que comparten autor y receptor. Es el campo mismo, a través de las instituciones y los agentes que forman parte de él, el verdadero «depositario» de este tipo de capital.

Por lo demás, en qué medida son capaces los productores de estos campos de imponer este capital específico como «energía social eficaz» depende del grado de autonomía que ha alcanzado, en términos históricos, el campo intelectual frente a otros intereses sociales, como el interés propiamente mercantil o el interés político. En ese sentido, puede hablarse de un «capital simbólico» colectivo de reconocimiento, el que los agentes de un campo han instituido en su trabajo de fabricación de autonomía.

Nada mejor para comprender la especificidad de este campo que compararlo con las propiedades particulares del otro campo de nuestra problemática: el campo periodístico.

2.2 El campo periodístico, anatomía de un mundo social demasiado importante

Autrement dit, pour paraphraser une expression bien connue, nombre d'acteurs sociaux, et notamment ceux qui appartiennent aux diverses fractions de la classe dominante, considèrent que la presse est devenue une chose trop sérieuse pour être laissée aux seuls journalistes. (Champagne, 1995:216)

Si hasta este momento ha quedado claramente establecido el valor que introduce el concepto de campo intelectual, aún persiste en el devenir mismo de nuestra investigación un problema importante, un aspecto al que apenas hemos dedicado atención todavía. En efecto, si hemos tratado de reconstruir los problemas que se derivaban de la asunción de la categoría de los «intelectuales» y de su nueva reformulación a partir del concepto de campo en general y del concepto de campo intelectual en los factores específicos que introduce, nuestro análisis debe considerar a continuación el tercer término que hemos introducido en el mismo punto de partida de nuestra investigación, esto es, el de qué sea ese objeto denominado «medios de comunicación». De hecho, hasta este punto de la elaboración de nuestra problemática, el objeto «medios de comunicación» ha permanecido en una significación primera, que posee una cierta auto-evidencia, la cual apenas hemos comenzado a cuestionar.

Un punto principal de este trabajo de reflexividad sobre los términos de la problemática consiste, precisamente, en el reconocimiento y la asunción del carácter impreciso e indefinido de un concepto como el de «medios de comunicación». En efecto, a pesar de su proliferación abundante en el lenguaje ordinario y en el lenguaje de diversas instancias burocráticas que reproducen el empleo de tal término, pero también (y esto no es baladí) en por el hecho de que existe una disciplina bien asentada en el campo internacional de las ciencias sociales que se

auto-define como «sociología de los medios de comunicación» (lo que contribuye entre los propios sociólogos a dar por sentada la condición de «evidencia» de dicho objeto), es apropiado reafirmar la necesidad de someter también dicho concepto al escrutinio reflexivo que conlleva toda operación de construcción del objeto sociológico.

Las críticas a la asunción irreflexiva de tal «objeto» no son de hecho novedosas, pues han sido una constante destacada en la tradición de estudio que Bourdieu, Passeron y otros colaboradores (aunque no se trata de los únicos autores que han partido de ellas en sus análisis sociológicos) han puesto en marcha en relación a los «medios de comunicación»⁹⁰. En ese sentido, cabe recordar la temprana apelación al escrutinio de los «medios de comunicación» en el artículo que Bourdieu y Passeron (1963) firmaron conjuntamente y que lleva por título «Sociologie des mythologies et mythologies des sociologues». En este texto, ambos sociólogos hacían una crítica no del análisis científico de los «medios de comunicación», sino de la aparente evidencia del concepto «medios de comunicación», la cual justifica una serie de usos que, muy lejos de la actitud de vigilancia analítica que se requiere, conducen a todo de tipo de abusos y aporías⁹¹. Por su parte, Jean-Claude Passeron (2006:113 y ss.), en continuación con esta crítica, pero ahora inserta en su programa de «epistemología descriptiva

90 Cabe desde este momento volver a afirmar, también en lo que se refiere a las investigaciones sobre medios de difusión, la necesidad de no olvidar el importante trabajo en equipo que hay detrás de la empresa sociológica que resumimos con el nombre de Bourdieu. Algunos de estos colaboradores terminaron por separarse de dicha empresa, como es el caso de Passeron (aunque no parece que éste haya cambiado los parámetros básicos de su acercamiento a los «medios» en sus trabajos posteriores), otros han continuado reclamándose de ella. Aunque serán utilizados y citados de manera frecuente en los siguientes capítulos, vale la pena destacar algunos nombres propios dentro de esta tradición, los cuales han realizado verdaderas contribuciones originales a la misma: Rodney Benson (1999, 2004), Patrick Champagne (1990, 1996), Julien Duval (2004), Dominique Marchetti (1999), Erik Neveu (2009) y Louis Pinto (1984a) merecen ser destacados por ello.

91 Este texto y la crítica del uso poco reflexivo del concepto de «medios de comunicación de masas» en ciencias sociales estaban dirigidos contra una serie de autores a los que Bourdieu y Passeron designaban con la categoría irónica de «massmediólogos». Edgar Morin era especialmente objeto de crítica, pero las críticas del texto pueden extenderse perfectamente a otros autores. Según Neveu (2005), estas críticas son especialmente aplicables a los teóricos de la Escuela de Frankfurt.

de las ciencias históricas» y en el problema central de la naturaleza de los conceptos en las ciencias históricas, cita el concepto de «mass-media» como un ejemplo entre otros (por lo demás similar en ese sentido a los de «innovación», «adolescencia», «audio-visual», etc.) de lo que denomina como "vocabulario administrativo" de la sociología y cuyo problema no es el de que sean inservibles para el sociólogo (lo son en cuanto que permiten la «comunicación» en la comunidad sociológica y fuera de ella con otras instancias sociales), sino el de que su poder de organización de lo real siempre es inferior al que le otorgan sus partidarios.

Tampoco resulta útil, en ese sentido, el recurso al adjetivo «de masas» para hacer referencia a los «medios de comunicación». Este era, igualmente, objeto de críticas en el texto de 1963 escrito con Passeron al que ya nos hemos referido. Allí, ambos autores señalaban también el carácter tautológico de los argumentos de los sociólogos de la «cultura de masas», quienes pasan rápidamente de la magnitud del público al que pretenden dirigirse los medios a una substancia («cultura de masas») que hace desaparecer toda otra diferencia social y sociológicamente pertinente (Neveu, 2005:198). Esta voluntad de separarse de las tradiciones que utilizan el adjetivo «masas» se expresa particularmente en la preferencia por el término descriptivo "medios de gran difusión" (frente al de «medios de comunicación de masas») y al que hemos preferido adherirnos allí donde sea necesario su uso, para marcar distancia con los efectos poco controlados que introduce el término «masas».

De este modo, llegamos al núcleo de la justificación de lo que vamos a exponer en este apartado, pues frente a esta situación de imprecisión, lo que planteamos es el recurso al concepto de campo periodístico como medio de introducir ciertos determinantes, ciertas hipótesis y ciertas preguntas que sirven como base para una construcción sociológica

controlada y reflexiva de dicho objeto⁹². Estos determinantes y preguntas específicas serán el objeto de los siguientes apartados⁹³.

Sin embargo, antes de esto cabe plantearse una cuestión terminológica previa y que puede resumirse en la siguiente pregunta: ¿No hay una reducción de la pluralidad implícita en «medios de comunicación» en la apelación al concepto de campo periodístico, que se expresa en singular y que hace referencia únicamente a uno de los medios de difusión que se han considerado, tradicionalmente, como importantes? La primera respuesta a este dilema proviene del hecho de que el uso de «campo periodístico» es en realidad una convención dentro de la propia tradición de investigaciones que lo ha puesto en marcha en sucesivas aplicaciones. De hecho, en el marco de estas investigaciones se utiliza indistintamente, como recuerda Couldry (2004:169), tanto el concepto de «champ journalistique» [campo periodístico] como el de «champ mediatique» [campo mediático], aunque el primero sea el más habitual.

Pero, más allá de esta convención terminológica, este problema nos conduce a un principio más general de la aplicación del concepto. En efecto, el concepto de campo periodístico no determina de antemano los medios de difusión que constituyen el objeto. Aunque en la selección de los temas en los que se ha aplicado el concepto pudiera existir, como señala el propio (Couldry, 2004:169), una cierta tendencia a desconsiderar los llamados

—periodístico», vale la pena recordar el que las propiedades que hemos asociado anteriormente al concepto de «campo» en general son también consideradas en esta especificación del concepto asociada al universo de los medios de gran difusión. Del mismo modo, ocurre en lo que corresponde a las prescripciones previas sobre el uso de los conceptos de ciencias sociales que está implícita en el concepto de «campo».

93 Cabe señalar, desde este momento, el hecho evidente de que la tradición asociada al concepto de «campo periodístico» no es la única alternativa existente en el marco de la sociología de este objeto tan

«nuevos medios de gran difusión»⁹⁴; la propia naturaleza relacional y reflexiva del concepto implica siempre tratar este problema de forma abierta, como un problema de construcción del objeto en cada caso específico, el cual no puede ignorar el estado específico del campo en cada caso considerado⁹⁵.

2.2.1 El campo periodístico o la historia de una autonomía amenazada

La primera propiedad a la que nos enfrentamos en el proceso de articulación del concepto de campo periodístico puede aprehenderse ya en el hecho mismo de que este campo tiene la particularidad de ser uno de los pocos que, en los trabajos de Bourdieu y sus colaboradores, es objeto de una consideración bastante escéptica y pesimista en relación a las posibilidades de su autonomía. En efecto, para Bourdieu (2005:33), el campo periodístico, en comparación, por ejemplo, con el de las ciencias sociales o, a fortiori, con el campo de las matemáticas, es un campo que se caracteriza por un alto grado de heteronomía o, lo que es lo mismo, por un grado bajo de autonomía. Por su parte, Patrick Champagne (1995), ha dado con una expresión que resume bastante bien la particular relación de este espacio social con otros campos y ha hablado así de un campo definido por una «doble dependencia» frente a la

elusivo. Sin embargo, como en parte hemos anticipado anteriormente, aquí tomamos partido por esta tradición como referente básico.

94 El investigador británico señala así que, en general, los estudios en la tradición de Bourdieu han privilegiado los medios de gran difusión que se han considerado, tradicionalmente, como «centrales», tal que la Radio, la Televisión o la Prensa. Tanto Couldry (2004) como Benson y Neveu (2005) destacan la necesidad de abordar desde este marco conceptual la producción y recepción en el contexto de los nuevos medios de comunicación desde una perspectiva poco mistificadora de los mismos.

95 En este sentido, cabe anticipar, por otra parte, la importancia que tendrá el espacio de la prensa en nuestra investigación. Para ver una justificación completa de tal importancia, de las decisiones epistemológicas y metodológicas que hay implicadas en ello, cabe recomendar al lector la lectura del apartado de conclusiones de esta primera parte de la tesis.

Política y la Economía, dependencia dual que condenaría al campo periodístico a un estado de «autonomía imposible» (1995:218).

¿Ha sido esta situación de doble dependencia, desde un punto de vista histórico, una condición permanente del campo periodístico? Aunque como hemos señalado a lo largo de este trabajo la cuestión de la autonomía es también y fundamentalmente una cuestión empírica, en general se ha considerado frecuentemente desde esta literatura que el proceso de autonomización del campo periodístico en su propio devenir histórico ha tenido ciertas particularidades que dan razón en parte de esa situación problemática y por lo que es necesario apelar a los procedimientos de una génesis socio-histórica de dicho campo (Neveu, 2009:9).

Para Bourdieu (1994:4), esa sociogénesis del campo periodístico tiene su punto de partida en el siglo XIX, pues es entonces que, para el sociólogo francés, se constituye el campo periodístico tal y como lo conocemos hoy, al menos en los países más desarrollados. Una periodización que, sin duda, puede resultar polémica habida cuenta de la tendencia en la literatura de historia de los medios de comunicación a remontarse hasta el nacimiento de la imprenta (cuando no antes) o a la aparición de instancias significativas como la *Gazette de Renadout* (publicada en Francia desde 1630) como puntos de inflexión en la historia de la constitución de un campo periodístico. Además, es un hecho importante el que esa atribución de Bourdieu está menos justificada que, por ejemplo, el largo análisis genético del campo literario y artístico francés en el XIX que publicó en el ya citado libro *Les Règles de l'Art*. En cualquier caso, Bourdieu se apoya en varios autores (además de una referencia sin cita bibliográfica expresa a Raymond Williams y a sus trabajos sobre el origen del mercado cultural) de los que cita algunos estudios, como el de Michael Schudson (1978) para el caso

estadounidense y el de Thomas Ferenczi (1993) para el caso francés, los cuales tienen en común el comenzar su análisis genético del campo periodístico de ambos países en el siglo XIX. A juzgar por lo que señalan tales trabajos, cabe reconocer, en cualquier caso, que la atribución del siglo XIX como momento de inflexión no es del todo arbitraria: ésta recoge la importancia del salto cualitativo y cuantitativo que el mercado cultural en general (del que el espacio de la prensa es una parte importante) dio precisamente en ese siglo, como señalamos en el apartado anterior.

En efecto, desde un punto de vista europeo, nuevamente a matizar según los diversos países, se produce un desarrollo notable en este siglo de las publicaciones periódicas en general y de los diarios en particular. El desarrollo de este último tipo de publicación periódica es especialmente significativo del proceso, pues se trata de un tipo de publicación que tiene, frente a otro tipo de publicaciones de temporalidad más espaciada, un elevado costo de producción y de mantenimiento. En general, la extensión de ambos tipos de publicaciones forman parte de la transformación del mercado cultural en Europa y, aún más allá, cabe situarlo en una expansión inédita más global de una verdadera cultura de lo impreso que se da en este siglo (Botrel, 2007). En efecto, a pesar de que no se trata ni mucho menos de un avance «lineal» (pues los conflictos sociales y políticos del siglo en sus múltiples manifestaciones según países y periodos tuvieron en muchas ocasiones como objetivo este tipo de soportes, los cuales fueron objeto de diversas medidas de censura), los indicadores relacionados con el aumento de la oferta, tanto en el número de publicaciones periódicas como en el de las tiradas medias que estas publicaciones podían alcanzar presentan una serie de evoluciones que permiten comprobar el importante crecimiento que ha sufrido el mercado

de la prensa de finales de siglo en relación con la situación que presentaba éste a comienzos de siglo XIX.

Mención específica merece nuestro país, el cual conoció igualmente un relativo incremento de la difusión de la prensa (Botrel, 1993), similar en algunos parámetros a los del resto de países de Europa. En cualquier caso, hay que establecer las medidas de dicho incremento desde una óptica comparativa. Así, el propio Botrel (2007) señala que este crecimiento de la difusión de la prensa debe ser matizado por el hecho de que, en relación a otros países más desarrollados, la extensión de la difusión de la prensa en España resulta menor y que «el concepto de prensa de masas sigue siendo muy teórico hasta muy entrado el siglo XX». De hecho en torno al final de siglo, España «no cuenta con 'un sistema cultural estructurado ni con un sistema informativo integrado' (Gómez Mompert, 1992)». Mientras que en nuestro país «se producían diariamente un millón y medio de ejemplares de periódicos... en Francia un título como *Le Petit Journal* tenía por sí solo una tirada de 800.000».

Sin embargo, este proceso de crecimiento cuantitativo tanto de la oferta (y de la diversificación de la misma) como de la demanda asociada de esos productos culturales que son las publicaciones periódicas, constituye únicamente el trasfondo que da cuenta de las transformaciones más generales del mercado de la prensa y de las condiciones más generales de la práctica periodística. Precisamente, con el objetivo de tener una visión más detallada de estas condiciones de la práctica periodística, uno de los aspectos en los que más se ha centrado la literatura es el de la constitución y organización de un cuerpo de profesionales del periodismo que, en teoría, debería acompañar ese proceso de expansión de los puestos disponibles y de las vocaciones «periodísticas». Prueba de las dificultades del proceso de

autonomización del campo periodístico ha sido precisamente el que, como ha señalado Neveu (2009:18), ese proceso ha sido más bien ambiguo y que, en cualquier caso, no ha producido un nivel de profesionalización acorde con el de otras profesiones y menos aún con los criterios que la sociología funcionalista de las profesiones había establecido para dar cuenta de una «profesión»⁹⁶.

Si este proceso de autonomización del campo deja entrever dos caras diferentes, de crecimiento y al mismo tiempo de dificultades, cabe preguntarse por las causas precisas de esta particularidad. En la tradición de la literatura basada en el concepto de campo periodístico, esto se ha hecho a partir tanto del establecimiento de una serie de hipótesis en relación a las condiciones estructurales de la práctica periodística como en su aplicación a diferentes casos empíricos estudiados. Así, tal y como lo ha expuesto Champagne (1995:217), los periodistas están «structurellement condamnés à produire — de façon variable selon les époques et les supports — sous contraintes politique et/ou économique». Están sometidos a diversos tipos de exigencias políticas y económicas. Exigencias que es útil desde un punto de vista analítico distinguir, pues aunque no estén completamente separadas (como veremos, las coerciones propiamente políticas pueden ejercerse utilizando mecanismos de mercado y

96 Aunque conviene, como hace el propio Neveu (2009), establecer diferencias en lo que se refiere a ese proceso según diversos países (especialmente en la comparación que establece entre el caso Anglo-americano y el caso francés, pues el primer modelo dio lugar, a causa de múltiples factores, a un proceso de profesionalización más acabado y más precoz de la profesión de periodista), en la mayoría de los países ni existen condiciones de acceso formal a la profesión (del modo en que a otras profesiones se les exige un título o diploma para ejercerla) ni se ha legislado en favor de un monopolio del ejercicio de la profesión. Por otra parte, tampoco existe, a menudo, entre los periodistas ni el sentimiento de pertenencia a una comunidad compartida ni una cultura o ética periodística que comparten todos sus agentes por igual. Finalmente, cabe decir, siguiendo al propio Neveu, que el estudio de las particularidades del proceso de profesionalización del oficio de periodista es bastante importante, pues la forma que adquiere tal proceso está en el origen de algunas de las configuraciones particulares que las condiciones de la práctica periodística adquieren en su manifestación específica según los contextos.

viceversa) tienen algunas particularidades propias. Veamos el significado y el sentido de ambos tipos de dependencia y sus efectos específicos en el campo periodístico.

a. La dependencia económica: algunos indicadores de las exigencias económicas en la práctica periodística

La idea de la existencia de una dependencia económica del campo periodístico no es nueva. Ni para los propios periodistas, entre quienes abundan los testimonios que manifiestan una conciencia aguda de las dificultades que, en relación a su profesión, han provocado las demandas económicas ni entre las diferentes aproximaciones que en ciencias sociales han construido esquemas de interpretación de dicho fenómeno.

En este último sentido, hay que recordar que una de las tesis más influyentes en la sociología de los «medios de comunicación», la que fue propuesta por Habermas (1994), ya señalaba el impacto que la creciente comercialización de la «esfera pública» en el XIX había tenido en dicho espacio, a saber, el de una creciente degradación de dicho espacio en cuanto que lugar de deliberación racional, el cual habría sido convertido ahora en un mero espacio de publicidad. Igualmente, en continuidad en parte con los análisis de Habermas y de la Escuela de Frankfurt en general, se han puesto en marcha en el último cuarto del siglo XX un conjunto amplio de investigaciones a las que podemos situar bajo la amplia etiqueta de la "economía política de los medios de comunicación" y a la que debemos actualmente una gran cantidad de análisis empíricos acerca de los medios de gran difusión y su imbricación en la organización económica de la sociedad capitalista⁹⁷. Finalmente, si la propuesta asociada al concepto de campo puede ofrecer alguna novedad respecto de este tema tan analizado en estas

⁹⁷ Vale la pena recordar que más allá de los grandes nombres que se asocian a esta etiqueta, como los de Noam Chomsky o Nicholas Garnham (quienes se reclaman voluntariamente de una perspectiva de «economía política de los medios»), en España contamos igualmente con una serie de trabajos en esta perspectiva de importancia internacional como los de Enrique Bustamante, Ramón Reig o Bernardo Díaz-Nosty.

perspectivas es el hecho de introducir la voluntad de establecer una serie de indicadores (los cuales en definitiva funcionan como hipótesis) que tratan de establecer la medida e intensidad (por tanto, los grados variables) en el que se dan dichas relaciones, proyecto que no puede ser sino el resultado de un trabajo colectivo prolongado.

El punto de partida de la consideración de estos factores no puede ser otro que el hecho de que, exceptuando aquellos modelos en los que el Estado asume la tutela (política, pero también económica, aunque con ya con una lógica específica) de los medios de gran difusión, el modelo mayoritario en Occidente se caracteriza por la introducción de la lógica del mercado y la competencia capitalista en el sector de los medios de gran difusión. Así, el modelo de configuración predominante de las instancias tanto en prensa, televisión como radio es el de la empresa, las cuales están sometidas a la lógica del mercado y a la búsqueda incesante de la rentabilidad económica. Además, se trata de un tipo de empresa con unas características muy concretas, pues a causa de su importante tamaño requieren de una inversión muy notable tanto para su puesta en marcha como para su mantenimiento, lo cual puede implicar el recurso a algunos mecanismos como la solicitud de créditos a las entidades financieras, ampliaciones de capital, etc. En cualquier caso, lo relevante al respecto es que la búsqueda del beneficio económico que introduce la lógica de la competencia en el mercado capitalista impone una serie de exigencias a la práctica periodística, la cual no puede simplemente establecerse al margen de estas exigencias, aunque el grado de sometimiento a las mismas es variable según las propias instancias de difusión y las lógicas y trayectorias generales del campo)⁹⁸.

98 Otra manera de establecer la importancia de la búsqueda de rentabilidad como imperativo en el seno del campo periodístico es la de centrarse no tanto en los casos de éxito, esto es, de las empresas de difusión que siguen existiendo y actuando en el campo, sino en los casos de defunción. Es interesante por

Sin embargo, no es suficiente con aludir en un sentido aproximativo a estas exigencias. Por el contrario, Bourdieu y varios de sus colaboradores y continuadores han desarrollado algunos indicadores en relación a las fuentes de injerencias económicas en el campo periodístico, como también algunas hipótesis acerca de los efectos que producen. De todo lo cual intentaremos exponer algunas líneas generales a continuación.

Así, una primera determinación de la búsqueda de rentabilidad en el seno de las instancias de difusión, y por ello fuente de presiones económicas, no es otra que la que ejerce el propio mercado de «compradores» del producto, esto es de la audiencia o grupo de lectores que tiene el órgano de prensa, radio o televisión. En efecto, en el caso de la prensa, una de las principales fuente de ingresos de las empresas que actúan en el campo son las ventas de la «mercancía» ofrecida, en este caso los propios ejemplares del periódico, las cuales reportan un determinado beneficio monetario a la empresa periodística. De ese modo, la «conquista» del público de lectores o «clientes» de la empresa periodística introduce una primera determinación a las instancias del campo, al suponer una de las vías por las que estas, en diferentes grados, pueden sobrevivir en un mercado de feroz competencia económica. Las empresas periodísticas están más o menos orientadas por la búsqueda de un público y su producto periodístico puede estar más o menos «ajustado» a las demandas (reales o esperadas) existentes. Así, podemos hablar de un *continuum* que va desde las instancias más orientadas

ejemplo recordar en este sentido que nuestro país ha sido un verdadero «cementerio de la prensa» (Bustamante y Zallo, 1988) desde los años ochenta, en el que abundan los casos de empresas quebradas a causa de su baja rentabilidad. Durante ese periodo se produjeron dos casos paradigmáticos que tuvieron una gran resonancia social. El primero fue la desaparición en 1986 de *Liberación*, periódico que tuvo una escasa andadura de seis meses y que se quería como una importación del modelo que había impuesto en el campo periodístico francés el diario homónimo (fundado en 1973) que contaba entre sus fundadores a Jean Paul Sartre. El segundo caso fue el de *El Independiente*, que desapareció en 1991 y que tuvo, según Fernández Fernández (2008), en los factores económicos el principal motivo del fin de lo que se concibió como una «gran aventura periodística» (2008:152). Ambos casos comparten, por tanto, la falta de viabilidad económica como uno de los motivos fundamentales del fin de su andadura.

hacia la satisfacción de las demandas previas existentes hasta las más rupturistas frente a esa demanda preestablecida imponiendo sus propios criterios de definición del producto periodístico; desde las que basan su estrategia en adaptar su producto con vistas a la ampliación del público en la mayor medida de lo posible hasta las que, por el contrario, buscan adaptarse a un público más específico y especializado. Finalmente, se puede plantear la hipótesis de que cuanto mayor sean las necesidades de rentabilidad asociadas a la situación de la instancia de difusión en el mercado, mayor será la importancia que el veredicto del público, medido por el criterio del número de ventas, ejerza sobre la propia instancia, como a posteriori sobre el conjunto del campo periodístico⁹⁹.

El (creciente) papel de la publicidad en los medios de gran difusión ha sido igualmente objeto de análisis en el seno de las investigaciones acerca de las presiones económicas sobre la actividad periodística¹⁰⁰. Todas estas investigaciones han señalado el peso que tiene la publicidad, como medio de supervivencia, en las instancias periodísticas. Una importancia creciente que tiene que ver en gran medida con la propia evolución técnica que ha tenido lugar en el campo periodístico y que ha dado lugar a la fabricación de unos productos cada

99 De interés en relación a esto es el tipo ideal de trayectoria dentro del campo periodístico que plantea Champagne (1995:219-220) y según el cual muchas de las nuevas instancias constituidas como empresas con un fuerte ideario periodístico o de vocación periodística terminan, tras un éxito inicial, por ser profundamente transformadas en sus prácticas por el peso de las presiones económicas. Así, Champagne muestra cómo ese cambio relativamente común entre instancias del campo periodístico es producto, en realidad, de una mayor presión económica: frecuentemente percibido como un desplazamiento «político» (de izquierda a derecha o de «utópicos» a «realistas»), dicho cambio suelen estar asociado a la implantación de nuevas estrategias para la ampliación de los públicos, una de las cuales puede ser la conformación de un discurso mucho menos «marcado» desde el punto de vista político. Para ver un ejemplo de este tipo de cambio, cabe citar el estudio de Louis Pinto (1984) sobre el semanario francés *Le Nouvel Observateur*. En ese estudio, el sociólogo francés muestra los cambios en el nivel discursivo (fundamentalmente, la generación de un discurso de mayor ambigüedad política) que se produjeron en dicha instancia de prensa como consecuencia de una estrategia encaminada a la conquista de nuevos públicos.

100 En nuestro país, aunque existían previamente algunos trabajos (más bien de carácter esporádico), la primera gran síntesis de la cuestión la elaboró Bustamante (1982), un libro ya clásico que señaló la importancia de la «tenaza publicitaria» en el campo periodístico español.

vez más refinados y por lo tanto más costosos. De hecho, la viabilidad económica de gran parte de las instancias que conocemos del campo periodístico sería hoy imposible sin la importancia de los ingresos por publicidad.

Sin embargo, en el seno de ese marco global, las diversas instancias del campo pueden diferenciarse en el grado de importancia que, en sus resultados económicos, tienen los beneficios que dependen de la publicidad (como señaló Bourdieu, 1994:4). Así, las instancias del campo periodístico se distribuyen de manera diferencial en el campo en virtud de su dependencia publicitaria. Los ejemplos que ha propuesto el propio Benson (2005:88 y ss.) respecto del caso francés y estadounidense son elocuentes al respecto. El caso francés propone algunos casos extremos en este sentido (más allá de un espacio intermedio que ocupa, en relación al peso de la publicidad, la mayor parte de las instancias del campo periodístico francés), pues existe una fuerte polaridad dentro del subcampo de la prensa generalista entre instancias muy dependientes de los ingresos publicitarios (como el diario *Le Figaro*, en el cual los ingresos por publicidad han llegado a suponer hasta un 76% del total) e instancias menos dependientes de los mismos (como el diario *Libération* que, en algunos momentos de su trayectoria, ha obtenido únicamente un 30% de sus ingresos de la publicidad). El caso estadounidense, por su parte, no ofrece tales polaridades entre instancias, pues la mayor parte comparte una dependencia similar de la publicidad, la cual, desde el punto de vista del conjunto de las instancias, llega a alcanzar el 80% de los beneficios totales.

En cualquier caso, el peso de la publicidad en los balances de resultados de las instancias del campo no es el único indicador a tener en cuenta para comprender los efectos de la publicidad en la práctica periodística. También es importante el análisis de la posición de cualquier instancia en relación al «mercado de anunciantes» (Bourdieu, 1994:4) y al grado de

concentración de los anunciantes. Bustamante (1982) ha analizado para el caso español el grado de imbricación entre las agencias publicitarias y el grado de concentración de los anunciantes. Por otra parte, adelantando la cuestión de la importancia del Estado en el campo periodístico, hay que recordar el importante papel que ejerce en este sentido la «publicidad institucional» en España.

Finalmente, ¿cuáles son los efectos de este peso creciente de la publicidad en la producción de la información? Es necesario resistirse a la pensar que el grado de dependencia de la publicidad tiene un efecto «mecánico» en la producción de la información. Por el contrario, es necesario el análisis empírico de casos en los que se muestren tales efectos. En un artículo-revisión del estado de la literatura acerca de los efectos de la comercialización en el tratamiento de las noticias políticas en Estados Unidos, Benson (2004:282) concluyó que una hipótesis (*ceteris paribus*) razonablemente comprobada en la literatura es que:

Greater dependence on advertising is likely to contribute to more positive (and less negative) coverage of business, more critical (or sparse) coverage of labor unions, as well as a pro-consumerist depoliticization and ideological narrowing of the news (Bennett, 1983; Curran et al., 1986; Schiller, 1989; Tasini, 1990; Baker, 1994).¹⁰¹

Finalmente, un tercer ámbito de análisis a considerar en la organización económica del campo es la propiedad de las instancias de difusión y, en particular, la necesidad de introducir una atención particular a los indicadores asociados del grado de concentración que puede presentar y de las formas de organización jurídicas que puede adquirir. Del mismo modo que los efectos de la publicidad, la cuestión de la propiedad ha sido objeto de abundante atención

101 Sin embargo, como señala en una nota al pie el propio sociólogo estadounidense, este escaso tratamiento informativo de los sindicatos puede deberse no tanto al efecto de la dependencia publicitaria como a otros factores más generales.

en el seno de la «economía política de la comunicación». En particular, la cuestión de la concentración de la propiedad de los medios de gran difusión y el grado que esta pueda adquirir ha sido una de las cuestiones más debatidas tanto por los periodistas como en instancias administrativas de decisión próximas al campo periodístico o entre los académicos¹⁰².

Si contamos con valiosos estudios acerca del tema, menos claros han quedado los efectos que introduce esta determinación en el campo periodístico. Para Benson (2004:282), una lectura de las investigaciones empíricas sobre este hecho muestra que, con algunas salvedades, la concentración de la propiedad de los medios de gran difusión disminuye la competencia en el campo periodístico, lo que produce una reducción de la pluralidad del debate ideológico. Por su parte, Bourdieu (1994:4) recuerda que la concentración afecta también a las condiciones laborales de los periodistas. La concentración reduce el número de empleadores potenciales y aumenta, así, la inseguridad del empleo. De este modo, tal fenómeno también afecta directamente a la autonomía de los propios periodistas. Por lo demás, la forma de organización de esta propiedad (su concreción jurídica) también tiene efectos en las instancias del campo periodístico. El propio Benson (2004:282) encontró también como un hecho establecido con frecuencia en las investigaciones empíricas el que las empresas periodísticas que salían a bolsa veían incrementadas las presiones por el beneficio y, así, la intensificación de los efectos de la injerencia económica en las prácticas periodísticas.

102 Dentro de la amplia literatura que puede citarse en relación a la concentración de la propiedad de medios de gran difusión en nuestro país, destacan los estudios de Bustamante (1982), Nieto y Mora (1989), Corredoira y Alfonso y Sanchez-Tabernero (1994), Reig (1998) o Serrano (2010).

b. La dependencia política: el debate acerca del papel de la política y el Estado en el campo periodístico

Por su parte, los efectos de las injerencias políticas sobre el campo periodístico han sido igualmente objeto frecuente de consideración en el marco de esta tradición asociada al concepto de campo periodístico. En esto tampoco resulta única esta tradición, pues se trata de un tema muy debatido tanto en otras aproximaciones dentro de las ciencias sociales como entre los propios periodistas, quienes han reflexionado desde hace tiempo acerca del «poder» y del «control político de la información» (Sinova, 1995). De nuevo, el objetivo no es establecer un catálogo predefinido y cerrado de coerciones que sería necesario enumerar previamente, sino el de construir un conjunto de hipótesis que plantean una serie de relaciones entre ambos campos, las cuales están construidas a partir de casos específicos y tienen por objeto básico producir efectos de inteligibilidad en sucesivas aplicaciones a nuevos casos. De hecho, la palabra «política» es aquí empleada en relación a este tipo de presiones en un sentido bastante amplio, lo que da a entender que la cuestión no está cerrada de antemano y que, por el contrario, se trata de una perspectiva que está abierta a descubrir diversas maneras en las que lo político produce efectos en el campo periodístico.

Sin embargo, por su frecuente aparición en el seno de estos trabajos (al fin y al cabo estas relaciones no están sometidas al azar), sí que es posible remitirse a una serie principal de temas en lo que a las injerencias políticas dentro del campo periodístico se refiere. En primer lugar, destacan los efectos que produce el campo político en sentido amplio dentro del campo periodístico. Así, aunque depende de los momentos y contextos sociales generales, la influencia del campo político y sus lógicas propias sobre el campo periodístico ha sido notable en muchos momentos. Sin ir más lejos, la configuración específica del campo

periodístico español tras la caída de la Dictadura franquista y el posterior desarrollo de una prensa en democracia, ha sido caracterizada por (Hallin y Mancini, 2004) como un sistema de fuerte instrumentalización por los partidos políticos. En cualquier caso, no hay que ver este tipo de relaciones en un sentido demasiado abstracto y poco concretizado. Por el contrario, tales relaciones pueden ser determinadas empíricamente mediante diversos indicadores. Por ejemplo, a través de la atención que hay que darle a las relaciones de cercanía (en términos de socialización o de frecuentación) entre periodistas y políticos o la participación en el ámbito de las empresas periodísticas (en su organización misma, en su funcionamiento diario) de agentes del campo político, hecho repetidamente puesto en evidencia por diversas investigaciones empíricas.

Más allá de estos índices generales, atención particular ha merecido la cuestión, en el marco del problema de las injerencias políticas en el campo periodístico, de las relaciones entre el Estado y el campo periodístico¹⁰³. Cuestión que atraviesa tanto los debates académicos como las luchas en el seno mismo de los campos periodístico y político. En general puede hablarse de dos posiciones dentro del debate académico en relación al problema del «Estado» y «los medios». La primera de ellas concibe al Estado como una entidad que debe jugar un papel relevante en la configuración de un campo periodístico autónomo: de este modo, el Estado es un agente importante en la configuración del ideal democrático de los medios de gran difusión como garantes de la expresión del pluralismo ideológico. Esta es la

103 Una matización importante que hemos de realizar previamente es la de que en esta exposición, siguiendo el principio fundamental que Bourdieu estableció en (1992:87), el uso de la palabra «Estado» equivale a un uso puramente «estenográfico», esto es, que lo que designa es, no una entidad particular específica, sino un conjunto plural de instancias que están en lucha permanente entre ellas. La denominación con la que Bourdieu habla del espacio en el que ese conjunto de instancias compete es la de «campo burocrático». Por lo demás, el uso estenográfico tiene el valor de permitir presentar de forma sintética algunas de las hipótesis respecto de las relaciones entre ese espacio y el campo periodístico. A condición, claro está, de no olvidar por ello que las diversas instancias del campo burocrático difieren también en relación a su capacidad de ejercer efectos en el campo periodístico.

postura que manifestó el profesor Enrique Bustamante (1982) en las conclusiones de su ya clásico estudio *Los amos de la información*. Una segunda postura en relación a este problema es diametralmente opuesta y considera con cierta suspicacia el papel que el Estado pueda jugar en relación a los medios de gran difusión. Así, «desde un planteamiento liberal, el socorro del Estado tiene escaso sentido», ya que «el mercado regula la necesidad de medios de la sociedad y sobreviven los más eficaces, los más útiles, los mejores» Sinova (1999:236). Desde esa perspectiva, el Estado aparecería como un factor de «distorsión» en el campo periodístico que impide que la lógica del mercado se imponga como principio regulador del espacio de los medios de gran difusión.

Por su parte, en la literatura asociada al concepto de campo periodístico, el papel del Estado ha sido objeto también de diferentes consideraciones. Sin embargo, en estos trabajos la cuestión del papel del Estado interesa fundamentalmente en relación al problema crucial de la autonomía: ¿es el Estado un factor de autonomía del campo periodístico o, por el contrario, un elemento que produce heteronomía en el campo periodístico? La respuesta es más compleja que las que han ofrecido las posiciones que hemos esbozado anteriormente de forma ideal-típica, pues desde el punto de vista de la autonomía como problema, lo que destaca es la naturaleza esencialmente ambivalente del Estado en relación a los medios de gran difusión.

Una manera de comprender esta ambivalencia respecto del problema de los efectos estatales en la autonomía consiste en acudir a la distinción analítica que ha propuesto Rodney Benson (2005:92 y ss.), quien ha señalado la conveniencia de diferenciar entre dos tipos de efectos que ejerce el Estado en el campo periodístico. Así, este sociólogo estadounidense señala el interés, al menos desde el punto de vista del análisis, de distinguir entre los efectos

«posibilitantes» y los efectos «coercitivos» del Estado en relación con el campo periodístico. Distinción que da ya una primera muestra de esa naturaleza ambigua del papel del Estado en relación a dicho campo.

Entre los efectos coercitivos del Estado, los más fácilmente discernibles son los relacionados con todos los procedimientos de censura política. Los mecanismos legislativos que tienen por objeto regular «la libertad de expresión» y las condiciones legales de producción de la información son algunos de los canales a través de los cuales puede ejercerse este tipo de efectos en los regímenes democráticos. En el caso de nuestro país, no hay que olvidar que se trata de los efectos más difíciles de ignorar ya que, a causa del pasado dictatorial que impuso un férreo control sobre el campo periodístico, los años posteriores a la muerte de Franco en 1975 han tenido como objetivo fundamental el de la organización de un espacio periodístico "sin mordaza" -política- (Barrera, 1995)¹⁰⁴. En ese sentido, la dictadura franquista (de forma distinta si se comparan sus comienzos y el tardofranquismo, momento entre otras cosas de la promulgación en 1966 de la conocida como Ley Fraga, que más allá de sus supuestos efectos de «liberalización» -bastante limitados para la mayoría de los especialistas y los propios agentes del campo periodístico-, da cuenta de algunos cambios tímidos al respecto) ofrece, sin duda, un caso de estudio límite de las condiciones de funcionamiento del campo periodístico en un grado de autonomía mínimo a causa de una total sumisión al poder político¹⁰⁵.

104 La amplísima bibliografía dedicada al problema de la censura política de los medios de gran difusión durante el Franquismo y los comienzos de la democracia da cuenta de la importancia que esta cuestión ha tenido en nuestro país. De entre esa bibliografía, destacamos los siguientes estudios por su carácter sintético y comprensivo los de (Chuliá, 2001), (Gubern, 1981), (Sinova, 2006) y (Terrón Montero, 1981).

105 Resulta particularmente notorio el catálogo de prácticas que durante el periodo dictatorial fueron puestas en marcha con la intención de someter a los medios de gran difusión. Este catálogo puede sin duda enriquecer la teoría de los campos en relación a las formas de sometimiento del campo periodístico al poder político. (Barrera, 1998) ofrece una breve enumeración de varios de estos mecanismos de

Menos evidentes son los efectos coercitivos que se ejercen no sobre la publicación de informaciones, sino sobre las condiciones de acceso a cierta información. En efecto, las instancias gubernamentales pueden ejercer un verdadero «monopolio de la información legítima» (Bourdieu, 1994:4). De ese modo, el Estado o, mejor aún, sus múltiples agencias, pueden ejercer diferentes condicionamientos en virtud de la manipulación que pueden hacer de las fuentes de información «oficial» o del acceso a esta que permiten a los periodistas. Varios ejemplos de esto pueden encontrarse en el clásico estudio que el equipo dirigido por Stuart Hall (Hall et al., 1978) realizó acerca de la construcción de la información en diversos eventos relacionados con la delincuencia en el Reino Unido en los años 70 y que mostró el rol fundamental que cumplen los allí denominados «primary definers» (1978:57 y ss.), esto es, instancias como la policía y otras instituciones sociales y políticas que tienen un poder importante para imponer sus «definiciones de la situación» a los periodistas que retoman tales sucesos. Para Bourdieu (1994:4), lo que en ese monopolio de la información legítima se manifiesta es un poder simbólico excepcional asociado a los grandes mandatarios estatales y cuyos efectos en el campo periodístico se dejan notar en una verdadera capacidad de definir, a través de sus acciones, decisiones e intervención en el campo periodístico (entrevistas, conferencias de prensa, etc.), la agenda del día y la jerarquía de acontecimientos que se imponen a la prensa.

Sin embargo, esta notable lista de efectos «coercitivos» del Estado sobre las condiciones de la práctica periodística no debe hacernos olvidar, si atendemos a la propuesta de Benson

control (los cuales eran, por razones obvias, aplicados con algo menos de rigor a la prensa vinculada a la Iglesia y al Movimiento): censura previa de las publicaciones, imposición de consignas ideológicas mediante inspección, designación gubernamental de los directores de prensa, férreo control de las condiciones de acceso a la profesión periodística (a través del Registro Oficial de Periodistas y de las escuelas oficiales de periodismo), obligatoriedad de las licitaciones de empresas periodísticas, etc.

anteriormente mencionada, que el Estado puede ejercer efectos que podríamos calificar de «posibilitantes»: en algunas situaciones, el Estado puede ser una condición necesaria para la constitución y mantenimiento de los medios de gran difusión en la forma en que estos han adquirido en las sociedades occidentales contemporáneas. Esto es particularmente visible en el caso de las ayudas indirectas que requieren las empresas periodísticas en materia de «infraestructura». Una manera de probar a contrario esta condición «posibilitante» es el hecho de que países como el Reino Unido (caracterizados por un modelo legislativo de no intervención estatal en materia de medios de comunicación) cuenten con políticas de apoyo indirecto a los medios de gran difusión, como la aplicación de una tarifa fiscal o postal ventajosa, tal y como recuerda Sinova (1999:236). Este tipo de ayudas puede tener otros objetivos, como el abaratamiento de los costes del uso de una agencia de noticias.

Sin embargo, en relación a las denominadas ayudas directas del Estado, normalmente en forma de subvenciones, no encontramos el mismo grado de consenso: se trata de una forma particularmente polémica y contestada de acción del Estado en el campo periodístico. Las razones de esta diferencia de opiniones puede ser imputada en realidad a la propia ambigüedad de los efectos de tales ayudas en múltiples niveles: ¿se trata simplemente de una forma de apoyo político o, por el contrario, estas ayudas introducen efectos económicos? ¿Se trata en realidad de medidas «posibilitantes» o medidas que tienden a aumentar la coerción por la vía de una censura implícita ante la «mano que da de comer»? Diferentes casos empíricos proveen de respuestas en ambos sentidos. Además, hay que tener en cuenta que los objetos de estas ayudas son bastante diversos y que, por tanto, puede variar tanto el sentido como el grado de sus efectos: ayudas directas a la explotación, ayudas al capital, cánones impuestos, primas compensatorias al papel prensa, ayudas para reducir costes de distribución,

ayudas a la renovación tecnológica, difusión de la prensa en el extranjero, créditos favorables, contratación de servicios técnicos oficiales, gastos publicitarios desde la administración, etc. Aunque resulta difícil ofrecer datos fiables acerca de este tipo de ayudas (pues una de sus características consiste precisamente en los diversos grados de «transparencia» de las mismas¹⁰⁶), cabe recordar que en nuestro país, según Fundesco (1990:21), se estima que, solamente entre 1980 y 1988, la prensa diaria recibió del Estado en forma de ayudas directas un montante monetario cercano a unos 27.000 millones de pesetas. Esto muestra que las subvenciones a la prensa durante los años 80 en España fueron moneda corriente y, a juzgar por las cantidades de las que hablamos, probablemente necesarias para el mantenimiento de muchas empresas periodísticas.

Este breve repaso a los diferentes tipos de efectos nos lleva a postular como conclusión la necesidad, desde un punto de vista analítico y al menos desde la perspectiva que aquí aplicamos, de tener una visión amplia de los efectos del Estado en relación al campo periodístico, el cual no es reducible a priori a la unilateralidad con la que las perspectivas «intervencionistas» y «liberales» lo conciben, pues ambas, centradas en una única dimensión, ignoran la fundamental ambigüedad del papel del Estado en este ámbito.

Finalmente, resulta fundamental una última advertencia *ex post facto* a esta consideración acerca de la doble dependencia económica y política del campo periodístico. Así y a pesar de la constatación de las numerosas dificultades estructurales (que hemos

106 Así, una de las cuestiones más polémicas en el ámbito de la relación entre las ayudas directas del Estado a los medios de gran difusión en nuestro país, como han planteado (Fernández y Santana, 2000) fueron las constantes luchas que, desde el advenimiento de la democracia, se produjeron con el fin de dar una expresión legal a las ayudas directas que se estaban produciendo de facto y sin regulación desde los primeros gobiernos democráticos. Por otra parte, como muestran las propias autoras, el que terminaran por hacerse públicas con la promulgación de la ley de 1984 no fue suficiente para eliminar todo tipo de arbitrariedades y ocultaciones en lo que a los criterios de concesión se refiere.

intentado señalar apoyándonos en diversos casos empíricos analizados en la literatura), el investigador no abandona la hipótesis de la autonomía para el campo periodístico como principio del análisis en términos de «campo». En efecto, hay que tener cuidado de no dejarse atrapar por lo que Bourdieu denominó en diversas ocasiones la falacia del «corto-circuito» (1998:334-336 y 408), a la que también tienden varias aproximaciones a los «medios de comunicación». En esta falacia se cae cuando se explica lo que ocurre en el campo periodístico únicamente a partir de otros procesos que tienen lugar a su alrededor. Una forma notablemente problemática para la investigación sociológica de esta falacia se produce cuando además esos procesos sociales exteriores se consideran en términos muy amplios, lo que dificulta su consideración empírica. Por el contrario, es necesario afirmar de forma vehemente que, como señaló el propio Bourdieu (2005:33), «to understand what happens in journalism, it is not sufficient to know who finances the publications, who the advertisers are, who pays for advertising, where the subsidies come from, and so on».

2.2.2 Algunas propiedades del campo periodístico

A partir de esa particular configuración específica de la autonomía del campo periodístico, de su manifestación histórica y empírica, es posible determinar la primera propiedad específica de este campo, la cual hace referencia a su estructura misma. En efecto, según plantea Bourdieu (1994:4), el campo periodístico posee una estructura doble homóloga a la de otros campos (como los de producción cultural anteriormente analizados) en la que se distingue un polo "intelectual" (de lo periodístico) y un polo comercial¹⁰⁷. Así, este es también

107 Como regla sintética a aplicar, cabe decir, con la intención simplificadora que ello conlleva, que las propiedades específicas del campo periodístico están en continuidad con las del campo intelectual y las de las economías de los bienes simbólicos en general. Sin embargo, su especificidad (que no cabe infravalorar, como hemos visto anteriormente en el problema de la autonomía) reside en que la relación

un espacio en el que se enfrentan dos lógicas relativamente opuestas, con sus exigencias propias. De un lado, las de las demandas externas (económicas y políticas) que están insertas en toda empresa (en el sentido económico) periodística, como la búsqueda del beneficio monetario (necesario en cuanto que empresa de carácter capitalista), la cual introduce la competencia por el aumento constante de la clientela y de los beneficios correlativos. Por el otro lado, las demandas internas, esto es, las que provienen de las exigencias derivadas de los principios y valores del «oficio», de los valores «periodísticos» y la «ética periodística».

Esta estructura doble está fundada tanto en la estructura del espacio de las fracciones de la «clase dominante» que el propio Bourdieu analizó en *La distinction* (1979)¹⁰⁸ (y que, recordemos, divide a las fracciones que pertenecen a dicho espacio según la composición de su capital, esto es en un continuo de mayor, igual o menor predominancia correlativa de capital cultural o capital económico) como en la posición ambigua que ocupa el propio campo periodístico en el «campo del poder», pues aquel es un campo, según Champagne (1995:216), «à la fois très puissant dans ses effets (ce qui explique que certains puissent parler, un peu naïvement, de la presse comme d'un « quatrième pouvoir »)», pero que a causa de este mismo poder está «fortement dominé ou contrôlé dans son fonctionnement par d'autres champs (économique et politique notamment)»¹⁰⁹.

entre los diferentes poderes existentes en su seno es muy diferente, pues las demandas externas tienen un peso mayor en este campo que en otros.

108 Si bien solamente es posible reconstruir con exactitud el argumento acerca de estos principios de división de la clase dominante a través de una lectura completa de ese libro -complejo-, puede recomendarse como resumen sintético de dicha aproximación el capítulo cinco titulado «Le sens de la distinction» y en el cual se exponen los resultados de la aplicación de dichos principios de organización de la clase dominante tanto en materia de preferencias culturales como respecto de las diferentes visiones del mundo de las distintas fracciones de la clase dominante.

109 Por lo demás, tanto la noción de «campo del poder» como su relación con el espacio periodístico serán objeto de una consideración más detallada en la segunda parte de esta tesis doctoral.

Esta estructura sirve igualmente como principio de distribución de los agentes y de las instancias que forman parte del campo. Así, las diferentes instancias y agentes del campo se caracterizan por ocupar una determinada posición en esta estructura, es decir, por una relación de distancia (mayor o menor, según los agentes e instancias) que tienen respecto de las demandas externas del campo. Sin embargo, como señala Bourdieu (1994:5), esa estructura quiasmática se manifiesta, en el caso del campo periodístico, a través de una especificidad particular que da cuenta de su complejidad. Así, para comprender el efecto de dicha estructura hay que introducir el hecho específico de que esta se manifiesta en múltiples niveles del campo o, para expresarlo en los términos del propio Champagne (1995:223), que esta se manifiesta en una serie de «emboîtements successifs», similares a los de una muñeca rusa. Así pues, la oposición entre lo comercial y lo «intelectual-periodístico» puede encontrarse en varios niveles de este espacio social.

Para comprender ese «encastramiento» en diferentes niveles de una misma estructura, veamos algunos de los ejemplos que ofrece Patrick Champagne (1995:223 y ss.), los cuales están fundamentalmente extraídos del caso francés¹¹⁰. Así, esta estructura quiasmática se manifiesta ya en el nivel de las diferencias que la prensa escrita, la televisión o la radio pueden tener en virtud de la relación con las demandas externas. En efecto, la prensa escrita en general se distingue de la radio y la televisión por el carácter más segmentado de sus públicos tanto desde un punto de vista geográfico (aquí Champagne cita la división existente

110 Es necesario introducir en este punto una matización importante acerca de estos ejemplos. Más allá del poder analógico que introduce siempre el recurso a los ejemplos (sean del caso de estudio que sean) y a las hipótesis que se derivan de ellos (como la que señala Champagne acerca de la de la estructuración del espacio de la prensa a partir de una oposición entre instancias nacionales e instancias de provincias), hay que recordar que siempre es obligado el recurso al análisis empírico de un contexto determinado, pues las oposiciones descubiertas en un estudio de caso concreto pueden no ser adecuadas para otro caso. En ese sentido, hay que ser extremadamente cuidadosos respecto de la importación de ejemplos del caso francés a nuestro caso. En cualquier caso, estas advertencias no comprometen la utilidad de las referencias cruzadas como comienzo para la investigación.

entre los periódicos parisinos y la prensa de provincias en Francia; aspecto que, por otra parte, los especialistas de la historiografía del periodismo español han puesto de relevancia como uno de los factores de estructuración más fundamentales del espacio de la prensa en nuestro país, especialmente desde la Transición¹¹¹) como social (a través de la oposición entre la prensa «política» -en general, considerada más propia de un público cultivado- y la prensa de corte más popular). La televisión y la radio, por su parte, se caracterizan por unos públicos de mayor tamaño y más diversificados desde el punto de vista social y geográfico, y por ello constituyen medios más tendentes a la búsqueda de la «fidelización» y del acrecentamiento del público emisión tras emisión.

Situándonos en otro nivel, en el del marco de la competencia entre las instancias propias de cada uno de esos medios de gran difusión, volvemos a encontrar dicha estructura. Así, dentro del propio mercado televisivo no todas las instancias comparten el mismo grado de ajuste a la demanda, como muestra el ejemplo de la diferencia que existe, en ese aspecto, entre *TF1* (canal privado galo) y *ARTE* (canal público): los criterios de éxito medidos en términos de audiencia tienen mayor peso en el primer caso (rápida cancelación de emisiones sin éxito, búsqueda de ajuste de la producción al «gusto del público», etc.) respecto de la relativa libertad (al menos frente a las demandas para alcanzar el máximo público posible) de gestión de los contenidos de la segunda. Por su parte, en el espacio de la prensa, encontramos una oposición en relación al ajuste a la demanda entre las revistas y magazines volcados al público como *Gala* y los periódicos de tirada nacional. Estos últimos intentan, además de otras prácticas más orientadas a la demanda, introducir prácticas más valoradas en

111 Dos ejemplos de argumentaciones en este sentido pueden leerse en (Bustamante y Zallo, 1988) o en (Arroyo, 2008).

términos periodísticos (como el periodismo de investigación) que rentables económicamente. Finalmente, la misma estructura puede darse entre las secciones o emisiones de una misma instancia de difusión. En este sentido, no todas las secciones de un periódico o las emisiones de televisión tienen la misma relación con las demandas externas. Ejemplo paradigmático de ello, basta con pensar la diferencia que existe en algunas instancias televisivas entre las emisiones en "prime-time" y los programas "nocturnos", en principio, menos orientados por la búsqueda de un público mayoritario.

De igual modo, los periodistas, en cuanto que agentes sociales situados en el campo y capaces de ejercer efectos en él, pueden ocupar diferentes posiciones en esa estructura. Así, los periodistas se distribuyen de manera desigual en relación a las posibilidades que tienen (según diversos factores) de actuar conforme a los valores internos del «oficio». Para entender estos diferentes factores, vale la pena señalar, como primera aproximación a esta cuestión, la regla mnemotécnica sintética que introduce Neveu (2009:39): la posición de un periodista cualquiera situado en el campo periodístico es resultado de una estructura tripartita modular «entreprise-rédaction-rubrique» [instancia-redacción-sección]. Cada uno de los elementos de esta estructura se caracteriza por una posición específica en la distancia respecto a las injerencias externas. Así, un periodista en una instancia X (por ejemplo, prensa generalista «seria»), en una posición X' en el organigrama (por ejemplo, redactor jefe), de una sección específica X'' (por ejemplo, Opinión) tiene una posición específica diferencial frente a un periodista en una instancia Y (por ejemplo, un magazine), en una posición Y' (por ejemplo, redactor), en una sección específica Y'' (por ejemplo, una sección de relatos).

Esta estructura quiasmática, que se reproduce en diversos niveles, es el fundamento mismo de la dualidad que existe en el campo periodístico en cuanto a los principios de

legitimación y las diferentes definiciones de las buenas prácticas periodísticas que se dan él: por un lado, un principio «intelectual» de legitimidad periodística que pone por encima los valores profesionales, los principios del «oficio»; por otro lado, un principio de legitimidad «comercial» que introduce la búsqueda del mayor público posible como referente y que valora todo lo que atraiga al mayor número posible de audiencia. A cada uno de estos dos principios de legitimación le corresponden igualmente diferentes formas de reconocimiento en el campo: si el principio de legitimidad «intelectual» implica sobre todo el reconocimiento de los pares, como garante de las buenas prácticas ajustadas al «oficio»; el principio de legitimidad «comercial» encuentra en la sanción por el número (más o menos lectores, más o menos televidentes, más o menos radioyentes) su principio de «consagración». Cada uno de esos principios de legitimidad se manifiestan igualmente en diversos «roles» del periodista y en una lucha permanente por determinar quién es un «verdadero» periodista y quién no.

2.2.3 *¿Cómo estudiar las relaciones entre el campo periodístico y el campo intelectual? Anotaciones sobre el papel de las relaciones en la teoría general de los campos*

En los apartados anteriores hemos intentado exponer las hipótesis que introduce el recurso a los conceptos de campo periodístico y de campo intelectual. Así, el análisis se ha centrado, por el momento, en las lógicas internas de dichos espacios. De momento, el análisis no ha descrito más que los efectos de las injerencias externas en el marco mismo de las lógicas internas, en la medida en que aquellas introducen efectos en éstas. Efectos que, como hemos visto, son bastante importantes en el caso del campo periodístico. Sin embargo, en esta descripción del funcionamiento del campo periodístico, y del campo intelectual anteriormente

propuesta, no se agota ni la teoría de los campos desarrollada por Bourdieu ni nuestra problemática. Nuestro objetivo no se termina en la delimitación de estos dos espacios sociales a tener en cuenta. Por el contrario, hay que ir más allá y considerar de manera específica, sin olvidar las lógicas de funcionamiento propias, las relaciones que se dan entre ambos espacios.

Por ello, nada mejor que repasar los trabajos de Bourdieu y sus colaboradores en relación a este problema, el de las relaciones entre campos, el cual ha sido objeto de desarrollos al hilo de diferentes investigaciones y reformulaciones. El objetivo de todo ello es el de tratar de elucidar algunos postulados básicos implicados en esos estudios que pueden servir como hipótesis de partida en nuestro trabajo.

Un modo de hacerlo consiste en centrarse en algunas formulaciones genéricas que el propio Bourdieu propuso acerca de la cuestión de las relaciones entre campos. En particular, un momento concreto del diálogo con Wacquant (1992:84 y ss.) resulta notablemente relevante al respecto. En él, Wacquant le preguntó específicamente a Bourdieu por cómo se articulan los campos entre ellos, por sus relaciones. En su respuesta, el sociólogo señaló de forma sintética algunos puntos que merecen ser retomados aquí por su importancia para el problema.

En primer lugar, destaca la prudencia con la que Bourdieu respondió de entrada a la cuestión: la relación entre los campos es un problema muy complejo y no puede darse respuesta fácil al respecto. De hecho, critica Bourdieu, algunos marxistas (en referencia velada a Althusser y sus seguidores) han propuesto soluciones que a su juicio constituyen meras salidas retóricas del problema, como, podemos añadir, la famosa fórmula que acuñó el filósofo marxista francés de una «determinación en última instancia» de la infraestructura sobre la superestructura.

De este modo y frente a este tipo de «leyes» que sitúan lo económico en una situación de preeminencia causal, Bourdieu opone el hecho de que no existe una ley transhistórica de las relaciones de los campos, esto es, que no existe una fórmula universal que determine de antemano las relaciones entre campos. Por el contrario, el grado en que unos campos dependen de otros siempre será variable según el espacio y el tiempo considerados. Esto no implica obviar el hecho de que, en una sociedad de organización capitalista, el campo económico ejerce una serie de efectos muy poderosos sobre el resto. Sin embargo, hay que combatir la perspectiva según la cual esto ha sido así siempre (y lo será por siempre y del mismo modo), pues el campo económico y el interés utilitario a él asociados son, como hemos señalado anteriormente, producto de una génesis histórica.

Así, cabe señalar lo que constituye quizás el aspecto más importante de estas relaciones desde el punto de vista de la teoría de los campos de Bourdieu y sus colaboradores: que éstas deben ser objeto de comprobación empírica, que la cuestión del modo en que se relacionan determinados campos es siempre una pregunta a replantear en cada aplicación del concepto. El final de la intervención de Bourdieu (1992:86) es muy significativo al respecto:

Et la vertu majeure de la notion [de campo], c'est d'obliger à se demander, à propos de chaque champ, quelle est sa limite, comment il s'articule avec d'autres champs, etc. Ce que ne veut pas dire qu'on est dans le vide théorique d'un empirisme positiviste. On dispose d'un système de questions récurrentes, qu'on peut poser à la réalité.

Es esta propiedad implícita de la teoría de los campos, la que nos sirve de apoyo para poner entre paréntesis los resultados que están implicados en *Sur la Télévision*, esto es, para tomar una cierta distancia frente a la hipótesis de una creciente influencia del campo

periodístico en los «campos de producción cultural» que Bourdieu y otros han visto en el caso francés. El objetivo no es otro que el de volver a construir de una manera no "predeterminada" en ese sentido las relaciones entre ambos campos en el caso español. Abrir de nuevo la cuestión a una consideración empírica y al escrutinio de las particularidades del contexto histórico singular que constituye el objeto de esta tesis doctoral. Dejar abierta la posibilidad de que quizás en el caso español haya podido ser de otra manera, tanto en un sentido como en otro, esto es, si siempre el campo periodístico tuvo una impronta definitiva sobre el campo intelectual o si fue al revés. Así, hay que tomar el caso español de finales de los años ochenta como un caso en el que volver a aplicar las hipótesis teóricas que implican los conceptos tal y como los hemos construido, pero convertirlo en un caso sobre el que volver a preguntarse por estas relaciones.

Y creemos hacerlo con fundamento a partir de la necesidad misma que está implícita en el concepto de campo y de la teoría de los campos, de su defensa de la observación como un momento esencial del proceder de la sociología como ciencia.

CONCLUSIÓN DE LA PRIMERA PARTE:

LAS RELACIONES ENTRE CAMPO INTELECTUAL Y CAMPO PERIODÍSTICO A TRAVÉS DEL DIARIO *EL PAÍS* COMO INSTANCIA DE REFERENCIA

En este momento cabe recapitular el proceder argumentativo y los objetivos que hemos perseguido en esta primera parte de la tesis doctoral. En efecto, en las páginas anteriores hemos analizado, en primer lugar, los problemas asociados a la definición de «intelectual» (tal y como estos se han manifestado en los principales autores de la sociología clásica de los intelectuales) y cómo en el discurso contemporáneo de esta disciplina se han producido una serie de cambios para intentar afrontarlos. La conclusión de todo ello no fue otra que la de tomar partido por el concepto de campo de Bourdieu como una de entre otras soluciones posibles que han sido propuestas en la literatura contemporánea de la sociología de los intelectuales. El concepto de campo es, así, nuestro punto de partida para la construcción de la problemática de esta tesis doctoral acerca de las relaciones entre «intelectuales» y «medios de gran difusión» en España en el periodo contemporáneo. En segundo lugar, hemos profundizado en el propio concepto de campo a través de una exposición que ha atendido a las apuestas específicas que introduce tanto desde un punto epistemológico como en relación a las implicaciones más directas que tiene su uso. De forma inmediatamente posterior, hemos continuado este movimiento con una consideración acerca de las las determinaciones específicas que el concepto introduce en sus aplicaciones específicas a los mundos sociales que son objeto de esta tesis doctoral: el campo intelectual y campo periodístico, además de una breve consideración de la cuestión de las relaciones entre esos campos. En otras palabras,

lo que hemos pretendido acometer en estos movimientos ha sido tratar de poner, frente a los problemas asociados al problema de la definición de «intelectual» y a una consideración poco reflexiva de los «medios de comunicación» (los dos ingredientes fundamentales de nuestro objeto), las bases para una sustitución de dichos términos (imprecisos y vagos, dos de las características típicas del vocabulario ordinario de descripción del mundo social) por una conceptualización en términos del concepto de campo y de las hipótesis teóricas que dicho concepto conlleva y que nos lleva a abordar el fenómeno de una manera específica.

Así, si el lector ha seguido la argumentación presentada hasta el momento, debe estar razonablemente convencido del interés y de la conveniencia, desde el punto de vista de la construcción del objeto sociológico, de estudiar no las relaciones entre el grupo "intelectuales" y los "medios de comunicación" (a causa de todos los problemas que todo ello implica), sino de la pertinencia de un análisis de dichas relaciones en términos de relaciones entre diferentes campos, el campo intelectual y el campo periodístico. Así, nos centraremos en las relaciones (en el caso histórico que hemos considerado, por lo que merecedoras de análisis empírico) entre los agentes y las instancias de dichos campos a partir de las hipótesis específicas que hemos introducido en este devenir argumentativo.

Esta sustitución, a pesar de sus ventajas, no supone un «punto de inflexión» definitivo, como tampoco la superación de todas las dificultades a las que se enfrenta esta investigación. Por el contrario, la operación de construcción del objeto no termina en este punto y son todavía muchas las decisiones que hay que tomar en esta empresa.

Una cuestión principal en todo ello es que, como puede extraerse de lo comentado anteriormente, el análisis de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico es

aún un objeto poco definido para una investigación empírica. O, mejor dicho: se trata de un objeto aún demasiado amplio, pues el conjunto de relaciones entre ambos campos incluye una multiplicidad de elementos a tener en cuenta, los cuales podrían ser objeto de una investigación autónoma¹¹². Hacer un inventario completo de estas relaciones entre ambos campos es una tarea que, pronto, se reveló como inabordable en el marco de un trabajo como este.

Un medio de solventar esta dificultad es el de delimitar y seleccionar una parte de este entramado de relaciones que nos permita el análisis (empírico) de las mismas y, a partir del cual, nos sea posible señalar algún tipo de generalización (si fuera el caso) respecto del conjunto del sistema de dichas relaciones. Sin duda alguna, esto introduce mayor probabilidad de equivocarse en la interpretación y de introducir alguna especie de la falacia *pars pro toto* en los resultados de la investigación. Por lo que no cabe sino intensificar la vigilancia respecto de la interpretación de los resultados en cuanto que están contruidos a partir de una parte y no de la totalidad de esas relaciones.

Con todo, hay que aventurarse en el estudio de estas relaciones. La selección de la parte concreta en la que nos centramos responde más bien a una «intuición», basada en múltiples

112 Como ejemplo de ello, basta señalar que, solo en nuestro país, numerosos estudios han puesto en evidencia múltiples fenómenos propios de las relaciones entre el campo intelectual y el campo periodístico. Por citar un trabajo que recoge varios de estos fenómenos, como el de la lógica de retroalimentación que existe en nuestro país entre la ventas de libros y la aparición en prensa (los autores que más venden, según las listas confeccionadas para ello, son los que aparecen en prensa y, en general, existe una correlación entre ambas) o el de las sinergias entre la concentración mediática y la concentración editorial, cabe recordar el de López de Abiada, Neuschäfer y López Bernasocchi (2001) Por otra parte, esta pequeña muestra de fenómenos indica que una comprensión cabal de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico requiere de un análisis paralelo de las lógicas de campos adyacentes como el editorial o el académico, lo que añade aún más dificultad a la tarea. Por lo demás, no abundan los intentos de integrar en una concepción sistemática (sea a partir de una interpretación

lecturas y conversaciones que a un análisis previo de estas relaciones en nuestro país para el periodo considerado. Se trata, en definitiva, de una «apuesta sobre el objeto»¹¹³.

Esta apuesta ha consistido en centrarse en el diario *El País* en cuanto que instancia hipotética de referencia en las relaciones entre el campo periodístico y el campo intelectual en los años ochenta en nuestro país. Son múltiples los análisis que han establecido la importancia de esta instancia en la vida intelectual española desde su creación en 1976¹¹⁴.

Así, lo que se propone en la segunda parte de esta tesis doctoral, es un análisis empírico (fundamentalmente estadístico) de un espacio de este diario en el que el contacto entre ambos campos es especialmente significativo, esto es, del Espacio de la Opinión en este diario. Esto además, en una etapa específica (1986-1988), por significativa, de estas relaciones en el periodo considerado. Esta vía de investigación es solamente un medio posible, entre otros, de descripción empírica de las relaciones en el campo intelectual y el campo periodístico español de la época. Definir los términos de este análisis empírico y su pertinencia de cara a la problemática es el objeto del próximo capítulo.

sociológica o de otro tipo) estos fenómenos propios de las relaciones entre el campo periodístico y el campo intelectual en España.

113 Por lo demás, la «intuición» no debe ser considerada como un elemento a descartar, a priori, de todo proceder científico. Varios filósofos de la ciencia se han mostrado de acuerdo con esta apreciación, entre los que destaca el propio Karl Popper (1963). Sin embargo, por el carácter concreto con el que desarrolla el tema, cabe volver a citar al propio Bourdieu, quien también afronta el problema del papel de la «intuición» en la investigación científica. Un ejemplo muy esclarecedor de su propuesta puede leerse en el primer capítulo de *Homo Academicus*. Allí, Bourdieu (1984a:16 y ss.) señala, en resumen, que la intuición forma parte de toda investigación (y quien piensa lo contrario, probablemente lo haga porque nunca ha hecho una), aunque ésta no supone un punto de inflexión definitivo y debe ser revisada permanentemente en todas las operaciones de investigación.

114 Por no citar más que trabajos que, desde una perspectiva de ciencias sociales, han señalado esta importancia, cabe recordar el de Imbert y Vidal Beneyto (1986) o el de Negró Acedo (2006) Por lo demás, no habría espacio suficiente en esta tesis doctoral para citar todas las declaraciones de protagonistas de la vida intelectual española que han señalado esta importancia del diario *El País* en el plano intelectual en el periodo considerado.

PARTE II -

**EL ESPACIO DE LA OPINIÓN DE *EL PAÍS*
(1986-1988) Y LAS RELACIONES ENTRE
CAMPO INTELECTUAL Y CAMPO
PERIODÍSTICO EN ESPAÑA DESPUÉS DE LA
TRANSICIÓN**

INTRODUCCIÓN DE LA SEGUNDA PARTE

En esta segunda parte de la tesis abordamos el análisis del estudio de caso que hemos presentado brevemente en las conclusiones de la primera parte. En esta introducción nos centraremos en dos aspectos básicos del análisis que sigue a continuación y que sirven, por así decirlo, como «preliminares» del análisis. En particular hemos de centrarnos en dos aspectos de la construcción del objeto que llevamos a cabo aquí: en primer lugar, en el concepto de «espacio de la opinión en *El País*» (al que hemos aludido brevemente anteriormente) y, en segundo lugar, en la estrategia metodológica que hemos puesto en marcha en este estudio de caso y cuyas decisiones están implicadas en la propia construcción del objeto. Ambos aspectos forman dos de los pilares de nuestro trabajo en su vertiente empírica y terminan de dar una concreción a la pregunta general de la investigación. En efecto, de la pregunta por las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico en la España contemporánea, pasamos a la pregunta acerca del funcionamiento de estas relaciones en un espacio concreto, en el seno de una instancia concreta (*El País*), en un periodo determinado (1986-1988), a través de una metodología determinada (cuantitativa, fundamentalmente). Todas estas determinaciones básicas del objeto, son el tema de esta introducción a la segunda parte de la tesis.

En primer lugar, merece consideración el concepto de «espacio» o «espacios de la opinión». No es un concepto nuevo, es un concepto tomado de Jacobs y Townsley (2011), quienes lo han usado para el estudio de caso de los EEUU. ¿Qué hay que entender por esto y por qué hemos preferido utilizar este concepto frente a los más tradicionales de «espacio público» o «esfera pública»? El concepto de espacio de la opinión introduce una serie de determinaciones frente a estos dos últimos que nos han parecido pertinentes para la

construcción de nuestro objeto¹¹⁵. En primer lugar, el concepto de «espacio público» y el de «esfera pública», al menos en la tradición que se deriva de la obra de Habermas (1994), tienen una extensión mayor que el de «espacio de la opinión», el cual está mucho más delimitado. Frente a la concepción «amplia» que suponen aquellos dos conceptos, el que hemos preferido se centra en un espacio mucho más determinado: es el espacio social que, en el seno del campo periodístico y en sus instancias de referencia, se organiza para la exposición de «opinión»¹¹⁶. Por «opinión», en este caso, no hay que entender una entidad que existe previamente y que se expresaría en el seno de estas instancias. Aquí, la palabra expresa, de manera estenográfica, un tipo de juego específico que se da en el campo periodístico, en grado diferencial según épocas o instancias, y que está organizado colectivamente, con sus roles diferenciales, con una serie de condiciones técnicas específicas (como el espacio delimitado para él) y con su objetivo e interés específico: «dar la opinión» o, en un vocabulario más propio de Bourdieu (2005), «decir qué es el mundo social». Por resumir las diferencias entre aquellos conceptos más tradicionalmente empleados y el de espacio de la opinión, podemos decir que si en la «esfera pública» hay «espacio de la opinión», éste último es solo una parte de aquella y que resulta muy conveniente no tomar la parte por el todo. Ahora bien, esto es precisamente lo que interesaba estudiar: cómo funciona esa parte del todo y, sobre todo, cómo

115 Es necesario aclarar que, para Jacobs y Townsley (2011), el concepto introduce otras diferencias respecto de la tradición asociada a los conceptos más utilizados de «esfera pública» o «espacio público». En particular, estos autores destacan, frente a aquellos dos conceptos, el carácter no normativo de la noción de espacio de la opinión. Así, el concepto introduce un tipo de análisis que no tiene por objetivo determinar si lo que ocurre en este espacio se ajusta o no a los principios generales de una deliberación racional. Por el contrario, este análisis de las lógicas de funcionamiento de este espacio no presupone ideal alguno de cómo éste debería funcionar. Aunque esta idea no forma parte del hilo central de la problemática de esta tesis doctoral, en el próximo capítulo abordamos algunas cuestiones relacionadas con el ideal normativo de la deliberación racional y su grado de concreción en el seno del espacio de la opinión en *El País*.

116 Es por esto que la denominación «espacio de la opinión en el campo periodístico» sería más ajustada al uso general que hemos hecho del concepto en este trabajo. Sin embargo, nos hemos tomado la libertad de abreviar tal concepto, por lo que invitamos al lector a tener en cuenta estas precauciones de aquí en adelante.

son las relaciones en las que se co-implican los campos periodístico e intelectual y que tienen lugar en él. Todo ello a partir de la hipótesis de que en este espacio podemos observar algunas relaciones entre campo intelectual y campo periodístico y que su análisis empírico nos permitirá extraer algunas conclusiones en relación a la generalidad de esas relaciones.

Si bien Jacobs y Townsley lo consideran un espacio de «intersección» en el seno de varios espacios sociales (político, periodístico, etc.), aquí vamos a hacer un uso de él más acorde con la teoría de los campos de Bourdieu y sus colaboradores. En particular, para esta «inscripción» del concepto en la teoría de los campos, nos basamos en los trabajos de Champagne (1990), Pinto (1984a, 2002) o Medvetz (2009). Estos trabajos no utilizan directamente el concepto de «espacio de la opinión», pero ofrecen las bases teóricas y metodológicas a partir de las cuales este concepto podría usarse en conjunción con la teoría de los campos. El principal elemento que se deriva de estos trabajos es la necesidad de comprender este espacio de una manera menos «separada». Si el espacio de la opinión puede ser considerado como un «espacio de fronteras fluidas en el que se comunican el campo periodístico, el campo político y el campo político entre otros» (Pinto, 1984a:21 y ss.), conviene no exagerar su «autonomía» y considerar este espacio desde el punto de vista de las lógicas del campo periodístico (entorno inmediato del que no puede desligarse el análisis), de los campos que participan en aquel y de las relaciones entre éstos en el seno del espacio social en general: el análisis de las lógicas particulares del espacio de la opinión no puede abstraerse de todo ese conjunto de relaciones, sus lógicas internas no son separables de las de estos espacios en general. Por lo demás, las implicaciones de esta apuesta serán objeto del próximo capítulo.

Estas dos precisiones aclaran el por qué de la nominación «espacio de la opinión en *El País*», concepto que designa, también de manera estenográfica, el espacio socialmente organizado (algo evidente para nosotros, pero menos subrayado en los análisis de la «esfera pública» o de la «opinión en la prensa») que tiene la acción de «dar la opinión» en esta instancia del campo periodístico español. Organización que se expresa en múltiples aspectos, como en la división de tareas en el seno de la propia empresa (unos periodistas de «Opinión», otros de «Internacional», etc.), en la delimitación del espacio del diario (el dedicado a la sección de Opinión y la opinión en otras partes del diario), en el trabajo específico de mantenimiento de una nómina de colaboradores, etc. Se trata de una acción en la que están implicadas muchas cosas y diversas lógicas de dimensión colectiva, frente a la idea de la «opinión» como algo preexistente y que domina los estudios acerca de ésta en la prensa.

Este espacio tiene en *El País*, en el periodo considerado, un valor muy importante, como trataremos de mostrar en los próximos capítulos y en la conclusión. De ahí, la justificación última de centrarnos en él.

1 La estrategia metodológica: análisis secundario de datos y bases de datos de tribunas y autores de la sección de Opinión de *El País*

"L'instrument mathématique est puissant. Mais n'en obtiendra-t-on pas un meilleur rendement, si l'on détermine d'abord, par d'autres méthodes, les liaisons qu'il importe d'éclairer, l'étendue et les limites du champ à explorer ? Ce serait une illusion, et qui serait grave de conséquences, de croire qu'on découvrirait ces liaisons elles-mêmes, et ce champ, par calcul, en mesurant tout ce

qui se présente, et de toutes les manières, sous tous les rapports. Comme les combinaisons possibles sont en nombre illimité, on ne les épuiserait jamais, et l'on n'arriverait jamais au but." (Halbwachs, 2002:14)

En segundo lugar, es necesario exponer la estrategia metodológica que hemos seguido para el estudio de ese objeto, la cual ha consistido esencialmente en el uso de metodología cuantitativa. Por una parte, hemos utilizado ampliamente el análisis de datos secundarios en torno a fuentes existentes que aportan información acerca de los campos que forman parte de nuestro objeto de estudio (en particular, del campo intelectual español y del campo periodístico español desde el periodo de la Transición). Por otra parte, hemos construido una base de datos de las tribunas publicadas en la sección de Opinión de *El País* y de sus autores entre el año 86 y el año 88. Veamos las principales decisiones implicadas en estos dos procedimientos.

En primer lugar, hemos utilizado una serie de fuentes de carácter secundario que hemos considerado pertinentes en relación a los campos que hemos estudiado. En el caso del campo académico, por ejemplo, hemos recurrido a fuentes de información como el *Anuario de estadística universitaria* 1988 y el de 1992, ambos publicados por el Ministerio de Educación y Ciencia. En el del campo periodístico, hemos utilizado abundantemente los informes *Comunicación Social. Tendencias* editados por Fundesco, en sus versiones de 1990 y 1995 y el *Informe anual de la comunicación* de 1996. Todos ellos dirigidos por el profesor Díaz-Nosty. Por último, hemos igualmente utilizado datos del Instituto Nacional de Estadística acerca de las características básicas de la sociedad española de los años del estudio, en su mayoría derivada de INEbase, accesible en la página web del INE: <http://www.ine.es/>

El uso de este tipo de fuentes requiere un alto grado de reflexividad: en todo momento hay que interrogarse sobre las condiciones de producción, sobre las modalidades de muestreo y sobre la significación de las preguntas a las que responden los datos que albergan este tipo de fuentes (Martin, 2009:14). De hecho, en diversas ocasiones la posibilidad de su uso no fue del todo evidente a causa de las diferencias entre las hipótesis utilizadas en su construcción y las de nuestra investigación.

Pero más allá del recurso a este tipo de fuentes, más comunes en la investigación sociológica, el principal recurso movilizado como parte de la estrategia de investigación ha sido la constitución de una base de datos de tribunas publicadas en la sección de Opinión de *El País* entre el 1 de Enero de 1986 y el 31 de Diciembre de 1988 (N=1819). A partir de esta base de datos, construimos una segunda base de datos (relacionada con aquella mediante la clave correspondiente) de autores de tribunas del mismo periodo (N=452). Estas dos bases de datos han constituido la base empírica fundamental del análisis que hemos llevado a cabo. Veamos los aspectos clave que forman parte del diseño teórico y técnico de las mismas.

Para empezar, cabe señalar que la manera en que hemos construido estas dos bases de datos, en especial la de autores de tribunas, se encuadra en los procedimientos de un método específico al que habitualmente se denomina como «prosopografía» o «biografía colectiva».

El historiador Christophe Charle (2001) define el principio de este método como sigue:

«defining a population on the basis of one or several criteria and designing a relevant biographical questionnaire containing a range of variables or criteria which serve to describe it in terms of social, private, public and or cultural, ideological or political dynamics, depending on the population under scrutiny and the questionnaire that is being used».

Por tanto, dos aspectos de este método destacan desde un punto de vista metodológico y epistemológico. En primer lugar, su objetivo es el de recolectar información biográfica, pero no de un único sujeto en particular, sino de un grupo definido de individuos, en nuestro caso, de los autores de tribunas del periodo considerado. Así, frente a la biografía tradicional este método se significa por su perspectiva «colectiva», de grupo. Su valor reside en el enfoque comparativo que introduce entre individuos, entre subgrupos dentro del grupo y entre el grupo y otros grupos de la población general.

Muy relacionado con el punto anterior es la necesidad de constituir un «cuestionario» que se administra en la lectura de la información biográfica a recoger de este grupo. Lo que significa, en última instancia, que es necesario, para decirlo en el vocabulario epistemológico de Bourdieu, introducir una serie de «criterios» o «propiedades pertinentes» bajo las cuales serán comparados individuos estadísticos. Más allá de las tradicionales variables sociodemográficas como sexo, edad y lugar de nacimiento, hemos utilizado preguntas acerca de los campos sociales y los subcampos intelectuales en los que habían ocupado posiciones los 452 individuos de la muestra¹¹⁷.

En lo que a la población objeto de estudio se refiere, ya hemos indicado algunos criterios. Se trata de un muestro intencional que introduce criterios temporales y criterios derivados de la configuración del propio «objeto», los cuales merecen ser explicitados aquí.

117 Por el hecho de que se trata de un procedimiento difícil de explicar y por su importancia en la interpretación de los resultados que se exponen en esta tesis, enviamos al lector al tercer y al cuarto capítulo en el que se exponen más detalladamente el tipo de preguntas que hemos hecho acerca de estas propiedades pertinentes específicas. En el tercero, se aborda de manera desarrollada la cuestión de cómo imputar a estos agentes posiciones en un campo determinado y cómo esto forma parte de la interpretación sociológica posible de esta información. En el cuarto capítulo, se hace mención igualmente de un procedimiento similar para imputar a los agentes afiliaciones disciplinares.

En relación a los criterios que introduce la organización del «objeto», cabe preguntarse ante todo tanto la cuestión de la organización de la sección de Opinión en *El País* como la de qué es una «tribuna», individuo estadístico del que ha partido nuestra primera base de datos. La cuestión no es sencilla: a pesar de tener una delimitación clara en el periódico (en términos de regularidad en la que aparecen sus páginas y en la regularidad de los signos por los que una porción del periódico es señalada como parte de la sección de «Opinión»), las «tribunas» no componen una población estrictamente homogénea ni definible por una serie de «rasgos objetivos» fácilmente determinables. Prueba de ello es que las reglas y normas de presentación que plantea el propio Libro de Estilo de *El País* son ignoradas muchas veces en el ejemplar del periódico «concreto»; éste se adapta muchas veces a las circunstancias (espacio limitado, tiempos en la edición, etc.). Tampoco se incluyen cosas en la sección de Opinión que sean fácilmente equiparables desde ciertos puntos de vista: por ejemplo, una serie de tribunas publicada por Francisco Umbral como «Los españoles y...», los relatos de autores literarios que se publican en determinados momentos en la sección o una intervención del recién elegido presidente del Gobierno de México. Todo esto no está aquí sino para recordar que la edición del periódico, y de las «tribunas» en él, es una práctica que tiene una serie de condiciones de posibilidad en el seno de la acción periodística y del espacio de relaciones entre agentes del campo periodístico en general (y, probablemente, más allá). Por ello, varias decisiones fueron tomadas para decidir qué era considerado como una tribuna en nuestra base de datos y qué no. Eliminamos, por ejemplo, de nuestro estudio toda la serie de relatos literarios que, en periodo vacacional, poblaban la sección de Opinión (aspecto que apenas afectó al estudio por el peso igualmente importante de la literatura que registramos en este espacio).

Hay que aclarar en este punto que no hemos considerado ni los editoriales de *El País* ni las intervenciones del Ombudman ni las Cartas al director ni las columnas regulares publicadas en «Última página» ni las tribunas libres diseminadas en otras secciones del periódico. Si las cuatro primeras opciones son bastante razonables desde el punto de vista de la problemática, a la última de ellas hay que añadirle algunas razones de corte metodológico: desde un principio se vio que la diversidad y pluralidad de actores que publican en las otras secciones del periódico iba a dificultar la recolección de datos. Esto es otra prueba de que *El País* funcionó en esta época como un verdadero «nuevo espacio público de referencia dominante» (Imbert, Bustamante y Vidal-Beneyto, 1986)¹¹⁸. En cualquier caso, parece que las líneas generales que hemos delineado en este estudio no conducirían a resultados muy diferentes si optáramos por invertir esta decisión. En definitiva, nos hemos circunscrito a las tribunas en la sección de Opinión.

Por último, en relación a la base de autores, no hemos introducido ningún tipo de criterio discriminante posterior como la edad o el sexo: simplemente hemos incorporado a cada uno de los autores que habían escrito alguna de esas 1819 columnas.

En lo que concierne a los criterios temporales, también es necesario exponer algunos de sus principios. Varias razones pueden ser aducidas a este respecto. En primer lugar, la trayectoria social y política del país y, en su seno, del campo periodístico español de la época. Así, Gómez Mompart (1999) ha calificado el periodo que va desde 1982 a 1989 como la fase de estabilización y consolidación inicial de los medios de gran difusión en España (es el momento del surgimiento de los sistemas comunicativos autonómicos, uno de los rasgos

¹¹⁸ Por otra parte, si seguimos lo que Juan Cruz (1996) señala en sus memorias de la vida en *El País*, Vicente Verdú, quien llegó al diario en 1981, fue uno de los máximos artífices de esta extensión generalizada de la opinión a todas las secciones del diario.

fundamentales del campo periodístico español en la democracia, o de la aparición de los grupos multimedia y su poder fáctico). Es la época en el que se establecen las líneas generales del funcionamiento del campo en los años sucesivos (a excepción evidentemente de algunos cambios), frente a la situación más convulsa que atravesó éste durante el periodo de la Transición, de 1975 a 1982.

Desde el punto de vista de la propia posición de *El País* en ese campo, se trata del momento de máxima consolidación de esta empresa periodística. Se trata de los años en los que se consolidó verdaderamente como un "diario de referencia dominante", con un incontestable éxito de ventas. Es el momento en el que el diario funcionó como un verdadero «aglutinante intelectual», por seguir con el vocabulario de Vidal-Beneyto e Imbert.

Otras razones de tipo estratégico pueden ser aducidas. De otros periodos ya contamos con algunos estudios que han aportado algunos datos. Para el periodo del 75 al 82, tenemos las aproximaciones de Negró Acedo (2006) y de Vidal Beneyto (1986). Para el año 2000-2001 tenemos el estudio de Casals (2004). Nuestra selección, por tanto, pretende aportar nuevos datos sobre el periodo específico que hemos estudiado como un primer paso para un estudio comparativo. Aunque, a causa de las dificultades que se derivan de comparar estudios que se han realizado a partir de metodologías y apuestas teóricas un tanto dispares, este tipo de trabajo comparativo esté expuesto a todo tipo de limitaciones y requiera de un esfuerzo específico para volver comparables tales datos.

Por otra parte, hemos decidido ampliar la muestra a tres años, lo que refleja la voluntad de tratar de alcanzar el mayor grado de sistematicidad que un muestreo de tipo intencional pueda tener.

Por todo ello, podemos concluir que esta observación puede considerarse como un primer acercamiento a las relaciones entre campo periodístico e intelectual en la España contemporánea en un periodo casi fundacional de las mismas, que ha de ser puesto en comparación con otros periodos para producir una sociología de más larga escala de estas relaciones en nuestro país.

Estas son las grandes líneas del diseño teórico y técnico de las bases de datos utilizadas. En este punto, para finalizar este apartado, cabe comentar algunas líneas sobre el tipo de análisis estadístico y la interpretación de sus resultados. Respecto de lo primero: hemos utilizado únicamente procedimientos de estadística univariable o bivariante. Respecto de lo segundo, cabe hacer algunas precisiones más detalladas. ¿Cómo leer las regularidades estadísticas que hemos observado en el Espacio de la opinión de *El País* de estos años? Aunque está en manos del lector juzgar las interpretaciones que haremos a continuación, sí que vale la pena señalar aquí un principio general de las interpretaciones de los resultados que hemos realizado: el principio que se refiere a la «teoría de la acción» que subyace a la interpretación posible de estos resultados. Se trata de evitar, en este sentido, los dos errores que Bourdieu (1984:193 y ss.) señaló a propósito de la interpretación de las regularidades estadísticas: el paso alternativo o simultáneo, cuando exponemos constataciones estadísticas, hacia una filosofía de la acción mecanicista o finalista. Esto es, de la doble tentación de ver las regularidades estadísticas tanto como el producto «mecánico» de un «organismo» (en este caso, una entidad social convertida por analogía como tal en la interpretación), que buscaría mediante una serie de procesos automáticos su auto-regulación, como el producto de una acción colectiva consciente de un grupo social que busca de forma conjunta y orquestada una serie de intereses comunes. Por el contrario, señala el propio Bourdieu:

les régularités que l'on peut observer grâce à la statistique, sont le produit agrégé d'actions individuelles orientées par les mêmes contraintes objectives (les nécessités inscrites dans la structure du jeu ou partiellement objectivées dans des règles) ou incorporées (le sens du jeu, lui-même inégalement distribué, parce qu'il y a partout, dans tous les groupes, des degrés d'excellence) (Bourdieu y Lamaison, 2007).

En cualquier caso, esto será objeto específico de tratamiento en el capítulo cuatro de esta tesis doctoral.

CAPÍTULO III.

EL ESPACIO SOCIAL DE LA OPINIÓN DE *EL PAÍS* COMO ESPACIO EN EL CAMPO DEL PODER

1 Introducción: ¿Un espacio social sin condiciones sociales?

Si hemos considerado anteriormente algunos de los parámetros básicos que definen el espacio-objeto en el que vamos a centrar el análisis, sería prematuro considerar dicho movimiento como un punto de inflexión definitivo en el procedimiento general de nuestra tesis. Por el contrario, es necesario incorporar en dicho intento las aportaciones que una consideración de las características que empíricamente hemos observado en dicho espacio introducen en el análisis y a partir de las cuales es posible definir con mayor precisión tal espacio social.

Este nuevo paso no es, por tanto, una digresión injustificada respecto del cuerpo central del trabajo sino que, muy al contrario, resulta determinante en la comprensión de las lógicas internas de dicho espacio y, por extensión, de las lógicas que se establecen en las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico que queremos analizar en él.

Efectivamente, el espacio social de la opinión en *El País*¹¹⁹ debe algunas de sus propiedades más relevantes al hecho de la posición particular que ocupa en el espacio social español en general. O, mejor dicho, a las posiciones sociales que ocupan los agentes que lo frecuentan y que participan en él. Tratar de definir estos elementos en su vertiente empírica

119 Señalamos desde este momento que vamos a utilizar frecuentemente tanto en este capítulo como en el siguiente las siglas ESOEP para referirnos a este espacio. Cuando sea necesario, también utilizaremos las siglas ESO para hacer mención al Espacio Social de la Opinión español en general.

como en las consecuencias que pueden derivarse para nuestra investigación es el objetivo de este capítulo.

Un primer hecho que hemos observado en la muestra estudiada de tribunas de la sección de Opinión en el periódico tiene que ver con la «representatividad social» del mismo, al menos desde el punto de vista de las características sociales de los agentes que participan en él. En efecto, frente a una idea extendida que considera los espacios sociales de la opinión en los medios de gran difusión (sean estos cualquiera de los considerados como «centrales» durante el siglo XX, prensa, televisión o radio) como espacios en los que se produce un despliegue plural de argumentos y razones independiente de las propiedades sociales de sus agentes participantes, o para decirlo en otra terminología, que se trata de un espacio privilegiado de una «deliberación racional» que introduce una forma de «neutralización» de las condiciones sociales de los agentes participantes de esa deliberación, cabe señalar una primera determinación que hemos observado empíricamente en el caso de *El País* entre el 86 y el 88: el ESOEP de ese periodo es un espacio social frecuentado mayoritariamente por

agentes dotados de un alto volumen de capital en alguna de sus formas¹²⁰. Veamos algunos índices que sirven de apoyo a esta afirmación.

En primer lugar, destaca en nuestra muestra de 452 autores de tribunas el hecho de que ninguno de ellos pertenezca a grupos sociales más desfavorecidos o, para seguir con la terminología propuesta, a grupos caracterizados por un volumen menor de capital en todas sus especies. Así, no hemos encontrado, en nuestra base de datos, individuos que pertenezcan a categorías sociales como la de obrero/a o agricultor/a. Tampoco resulta notable el porcentaje de autores de tribunas que han ocupado posiciones de empleados medios: si bien algunos de ellos (un porcentaje no superior al 2%) han tenido empleos medios en su trayectoria, en todos los casos esta posición pasada ha sido completada posteriormente por otra posición con un status social más elevado, la cual parece ser la que sirve de apoyo para acceder a este espacio social. En definitiva, los grupos sociales que se pueden caracterizar a priori por un menor volumen de capital en todas sus formas están subrepresentados en este espacio durante el periodo estudiado.

120 Aquí, acudimos nuevamente a conceptos relacionados con Pierre Bourdieu y sus colaboradores. En particular, asumimos como punto de partida en la interpretación del caso del espacio social español (en la medida en que este aparece a través de las propiedades asociadas a los agentes que hemos estudiado efectivamente en el espacio social de la opinión de *El País* y siempre en virtud de los datos que hemos podido reconstruir) las tres dimensiones que según el sociólogo francés constituyen el espacio social tal y como fue construido en su libro *La Distinction* (1979). Así, una primera dimensión que opone a los agentes en virtud del acceso al conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables los distingue en virtud de lo que Bourdieu denomina «volumen global de capital»; una segunda dimensión lo hace en virtud de la relación existente entre los diferentes tipos de capital a los que se tiene acceso (denominada por Bourdieu «estructura del capital»); finalmente, una tercera dimensión de dicho espacio tiene en cuenta el despliegue en el tiempo de las dimensiones anteriores. Aunque no contamos en nuestra base de datos con los datos que serían necesarios para justificar plenamente esta asunción, múltiples investigaciones en nuestro ámbito (por no citar más que algunos ejemplos: De Miguel, 1998 ; Requena, 2008 y 2011 ; Martínez García, 2013) han señalado la existencia de fenómenos de desigualdad económica y cultural que permiten pensar en la pertinencia de importar el modelo bourdiano del espacio social al caso español. Esto no exime, sin embargo, de un trabajo específico de elaboración conceptual y empírica de esta importación. Al fin y al cabo, si la mayoría de las investigaciones en nuestro ámbito muestran fenómenos similares a los que Bourdieu y sus colaboradores estudiaron en aquel libro, la mayor parte de tales estudios están contruidos a partir de categorías conceptuales muy diferentes, como las de la aproximación que concibe las clases sociales como agregados de ocupaciones en el mercado laboral.

Un segundo índice que podemos considerar como expresión del elevado grado de volumen capital que existe entre los autores de tribunas del ESOEP es el de su edad media. En efecto, la media de edad de los agentes del ESOEP es de 51,24 años con una desviación estándar de 10 años. Si comparamos la media de esta muestra con la edad media de la población española mayor de 18 años a 1 de enero de 1986 (aceptando como criterio para la comparación el hecho observado de que nadie menor de edad accede al ESOEP), 44,78 años según datos del INE, podemos concluir que se trata de agentes caracterizados por una edad media mayor en relación al conjunto de la población española y que hay mayor probabilidad de participar en el ESOEP, durante el periodo que hemos estudiado, cuanto mayor sea la edad. Evidentemente, esta edad media superior relativa no puede considerarse más que un indicador aproximado del volumen de capital. Funciona como tal si aceptamos la doble hipótesis de que el mundo social es «historia acumulada» (Bourdieu, 2000b) y que la «acumulación de capital, ya sea en su forma objetivada o interiorizada, requiere tiempo» (2000:132). De este modo, la edad puede ser indicativo del grado de acumulación de las diferentes formas de especies de poder, aunque no de la misma manera según los grupos sociales de los que se trate y con la salvedad (aspecto que sería necesario incluir en cualquier análisis sociológico que se precie) de los diferentes accidentes de trayectoria y de las transformaciones generacionales¹²¹.

121 No hay que olvidar en ese sentido que el siglo XX español ha sido un siglo de grandes conflictos políticos y sociales y que los grandes acontecimientos como la Guerra Civil o los sendos periodos dictatoriales que han tenido lugar en él marcan profundamente las trayectorias individuales como las de las diferentes cohortes de edad biológicas que se han sucedido en él. Al comenzar nuestra base de datos incluimos la hipótesis de que estos acontecimientos podrían tener algún tipo de influencia en las propiedades sociales de los agentes y en sus respectivas trayectorias. Por ello, intentamos construir algunos indicadores que permitieran un primer acercamiento a esta influencia, por ejemplo, a través de variables como el hecho de haber o no sufrido el exilio tras la Guerra Civil (y qué modalidad de exilio y cuándo). Sin embargo, pronto tuvimos que renunciar a ello a causa de la dificultad de acceder en las fuentes consultadas a dicha información. En efecto, la inexistencia de algo parecido a un «censo» del exilio (aunque existen diversas publicaciones que se centran en diferentes colectivos de exiliados: entre otras, Sánchez Illán, 2011 se centra en los periodistas y Aznar, 2009 en los escritores) y el hecho de que se trata de una información «sensible» en términos sociales y políticos, nos hizo muy difícil hacernos con una serie de datos que fueran suficientes y pertinentes para el análisis. Sin embargo, con más tiempo

La dificultad y la provisionalidad de la significación sociológica que podemos atribuirle a dicha variable es, en un sentido más general, una consecuencia misma de la naturaleza de la edad en cuanto que propiedad social y sociológicamente pertinente. De hecho, ésta tiene un significado complejo a causa de sus relaciones con otras propiedades y su interpretación no puede abstraerse de sus relaciones con esas otras variables. O dicho de otra manera: la edad debe ser construida como propiedad sociológicamente relevante por el investigador en sus diversas relaciones con esas otras propiedades. Es lo que señaló, hace ya bastante tiempo, Maurice Halbwachs (2002:6 y ss.) con su crítica del uso que ya entonces hacían los estadísticos y los demógrafos de los «grupos de edad». Frente a la edad como propiedad biológica (un hecho no directamente pertinente desde el punto de vista sociológico), el sociólogo francés establecía la necesidad de preguntarse por su alcance desde el punto de vista sociológico. Así, frente a las categorías de edad tal y como se expresan en las conocidas «pirámides de edad» estadísticas, cabía preguntarse (construcción propia del punto de vista sociológico) si la pirámide de edad es la misma dentro de un mismo país, en el medio rural y en la ciudad; si lo es en la industria, el comercio, la agricultura y las profesiones liberales; o si también es igual en las clases pudientes y en las clases populares. En relación a la información de las que nos proveerían estas preguntas específicamente sociológicas, concluía Halbwachs: «les pyramides des âges nous donnent une idée aussi schématique et aussi pauvre que les

y más recursos sería perfectamente posible incorporar dicha información al análisis. Por otra parte, aunque no podemos generalizarla a causa de la ausencia de los datos necesarios para ello y por lo que no puede ser planteada aquí más que como hipótesis, tuvimos la impresión de que la condición de expresar el hecho de haber sido o no «exiliado» variaba tanto según los campos de actividad a los que pertenecían los agentes como al tipo de fuentes consultadas (por ejemplo, las fuentes biográficas del tipo de los *Quien es Quién* ignoran en gran medida esa información, mientras que algunas fuentes del campo político, y sobre todo las autobiografías, suelen hacer referencia a tal información cuando el sujeto sí sufrió el exilio).

pyramides d'Égypte des destinées des multitudes humaines qui ont eu la tâche de les construire»¹²².

Otra propiedad social que es importante en el acceso al ESOEP es el género, una propiedad, que como la edad, tiene una relación compleja con otras propiedades sociales (como el volumen de capital), por lo que resulta más compleja su interpretación sociológica. De hecho, se trata de una propiedad determinante, una propiedad social ampliamente reconocida en este espacio a juzgar por el peso estadístico diferencial que tienen en este espacio los hombres y las mujeres (93,1% y 6,9%). Existe una clara sobrerrepresentación de la población masculina en este espacio, hay una probabilidad diferencial de participar en el ESOEP según se sea hombre o mujer. Este espacio está claramente dominado por los hombres¹²³.

122 Más allá de esto, para Halbwachs la edad es un noción de irreductible significado social: los grupos de edad tienen un sentido social para los agentes, el cual se puede ser distinto según los lugares, el género, etc. Un ejemplo de esto es el que el propio sociólogo francés menciona esas páginas y que le fue provisto por un estudiante suyo de origen turco. Éste le señaló a Halbwachs que, en algunas regiones de ese país, los individuos no expresan su edad en términos numéricos, sino que utilizan categorías de edad no cuantificadas y «menos precisas», como «joven», «adulto» o «viejo». Resulta interesante la relación que establece Halbwachs entre ese fenómeno y el hecho histórico de que, entonces, el Registro Civil era de reciente creación en Turquía. Otro ejemplo que apoya esta concepción de la edad como propiedad de inherente significado social puede ser extraído de nuestra propia base de datos, en relación al modo en que la edad se relaciona con el género. Desde el proceso de recolección de los datos, tuvimos la impresión de que las dificultades para obtener la fecha de nacimiento eran notables cuando debíamos acudir a fuentes de información autobiográfica escrita por mujeres. Ya en el proceso de análisis, hemos comprobado la relación estadística entre el sexo y la respuesta a la variable edad: existe una relación entre ambas variables, pues podemos rechazar la hipótesis de independencia entre ambas con una probabilidad de $p < 0,018$ ** (el estadístico utilizado para rechazar la hipótesis de independencia ha sido el test exacto de Fisher a causa de los bajos efectivos -inferiores a un efectivo teórico de 5 casos en una celda- de la modalidad «mujer» de la variable sexo). Además, la relación entre ambas variables se concentra en la celda «mujer – no respuesta edad», única celda de la tabla de contingencia en la que la distancia entre lo observado y lo esperado es significativa, con un residuo tipificado de 2,6, por lo que podemos concluir que hay más mujeres de las que debería haber que no declaran su edad. La conclusión no puede ser otra que la de que efectivamente existe una relación diferencial entre los sexos y el acto de declarar la edad. Lo que podríamos interpretar como un hecho que parece indicar que la edad tiene un significado social diferente para los hombres y mujeres de nuestra población.

123 Cómo interpretar este hecho, sin embargo, no es tan evidente y existe un debate altamente polémico en el seno de las ciencias sociales y en el pensamiento feminista al respecto. No vamos a entrar en ello en profundidad, pero sí que es necesario resaltar dos aspectos básicos. En primer lugar, es necesario tener en cuenta la matización que hizo Nancy Fraser (1990) para no equiparar la no presencia de mujeres en

Todas estas observaciones que nos llevan a considerar al ESOEP como un espacio frecuentado fundamentalmente por las élites no son, sin embargo, una novedad. Por el contrario, otras investigaciones realizadas en diversos países han llegado a conclusiones similares. Tales investigaciones empíricas han demostrado esta determinación social en diferentes espacios sociales de la opinión. Para el caso de los EE.UU, resulta imprescindible la investigación de Jacobs y Townsley (2011). Otras investigaciones han encontrado resultados similares como las de Kowalchuk y McLaughlin (2009) para el caso del espacio de la opinión canadiense. En Francia, tanto la investigación de Pinto (2002) como la de Jeanpierre y Mosbah-Natanson (2009), centrada en el caso particular del periódico francés *Le Monde* han llegado a conclusiones bastante cercanas. En España, aunque Casals (2004) no desarrolla específicamente este punto, puede extraerse la misma conclusión de la lista de profesiones que elaboró para su estudio sobre el espacio de la opinión español entre el año 2000 y 2001.

Sin embargo, queda aún por plantearse la cuestión de cuál sea el significado de esta predominancia de los agentes con alto volumen de capital en dicho espacio. Son múltiples los vectores de interpretación y las consecuencias a extraer de este hecho y solo vamos a ocuparnos de los más pertinentes respecto de nuestra problemática. Una primera conclusión posible, quizás la más próxima, sea la de que, si permanecemos aún fieles al principio de no

este espacio con una falta de interés por el «espacio público en general» y por las otras formas de vivencia de lo público que puedan existir. En cualquier caso, nuestra perspectiva aquí nos lleva a hipotetizar que esta ausencia es producto de un mecanismo social (colectivo y no psicológico o biológico) de producción de esta diferencia también en este espacio, el cual remite directamente a su contexto inmediato: las disposiciones de los periodistas de la sección encargados de la selección de los textos y su espacio de los posibles, es decir, al grado de propiedades poseídas que son valoradas en este espacio (mujeres con las propiedades que juzgan adecuadas los periodistas) o a las propias disposiciones «mundanas» de entre las mujeres (mujeres con las disposiciones adecuadas para encontrar valiosa la participación en el ESOEP -aunque esto reenvía ya a una cadena de causalidad que requeriría un análisis más pormenorizado de la cuestión-). Por lo demás, el proceso particular de selección de los textos y sus condiciones sociales es tratado someramente en el capítulo IV de esta tesis doctoral.

apelar demasiado rápido a razones sociales generales y atendemos al nivel de las relaciones internas al campo periodístico, podemos señalar que esta determinación social puede considerarse como una expresión de la posición de *El País* en el campo periodístico y de las expectativas del mismo en relación a su público, esto es, del público real o imaginario al que pretende dirigirse, en este caso, aparentemente un público «cultivado» y de alto estatus social.

Si nos situamos en nivel de generalización mayor, puede establecerse como conclusión general, que el ESOEP, dadas estas características sociales básicas de los agentes que participan en él, parece ser un espacio que, lejos de la imagen de un «espacio flotante» en el espacio social, está situado muy próximamente a las así llamadas «élites». Conclusión que vuelve a probar lo ya afirmado por Imbert, Bustamante y Vidal-Beneyto (1986) y por Negró Acedo (2006) en relación al periódico desde el periodo de su fundación.

De entre los elementos que se derivan de esta conclusión, pero que no serán objeto de una consideración más profunda aquí, destaca la necesidad de tomar con precauciones, a partir de estas observaciones, la idea de los espacios de la opinión como «incondicionados» socialmente y de la idea de una pluralidad esencial asociada a estos espacios, al menos en la versión que otorga a esta concepción un grado de universalidad amplio. Por el contrario, nuestro caso de estudio apoya una visión menos «idealizada» de los espacios de la opinión en el campo periodístico, como espacios en los que también actúan diversos condicionamientos sociales¹²⁴.

124 Por lo demás, esto no implica, como en ocasiones se ha reprochado, una crítica incondicional de todo dispositivo de participación pública en la democracia, sino que solamente muestra los límites de algunos de los existentes, un inventario que quizás pueda constituir una condición *sine qua non* de la posibilidad de un auténtico «diálogo racional» verdaderamente pluralista.

1.1 De la idea de «élite(s)» al concepto de «campo del poder»

Como vemos, la observación que nos lleva a caracterizar al ESOEP como un espacio frecuentado por agentes con un alto volumen de capital no agota enteramente la interpretación de tal hecho. Más allá de esto, de forma particularmente acuciante, surge el problema mismo del modo en que puede ser aprehendido conceptualmente, aspecto del que se suceden inevitablemente una serie de consecuencias de carácter epistemológico. En concreto, cabe centrarse en este punto en la cuestión de la existencia de diferentes lenguajes que tenemos al alcance para referirnos al mismo hecho. Así, en un primer vocabulario, ampliamente extendido en el sentido común, pero que ya cuenta también con una tradición consolidada en las ciencias sociales y en la ciencia política en particular, podemos hablar del ESOEP como un espacio de «élite», palabra que hemos usado de manera profusa en este trabajo hasta el momento.

Sin embargo, la cuestión es la de si es suficiente con caracterizar este espacio como un espacio de «élite» y si resulta este concepto útil para la comprensión de las lógicas que tienen lugar en dicho espacio. Nuestra apuesta en este trabajo va a consistir en proponer una aproximación que no se detiene únicamente en la atribución a este espacio de un carácter de «élite». En efecto, apostamos por una sustitución del concepto de «élite» (concepto estenográfico útil, pero de menor alcance sociológico, como esperamos demostrar) por otro vocabulario conceptual. Este no es otro que el de la teoría de los campos y, más concretamente en relación a esta cuestión, la noción de «champ du pouvoir» [campo del poder], tal y como ha sido puesta en marcha por Bourdieu y sus colaboradores. En particular, proponemos tal noción como un medio más pertinente, desde el punto de vista sociológico, para la interpretación de las lógicas internas al espacio que estamos analizando (y que tiene, a

su vez, consecuencias tanto en relación a las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico que son objeto de esta tesis como respecto del análisis de las lógicas propias de la «élite española» en general, aunque ésta última sea una cuestión en la que no podemos centrarnos aquí). Las consecuencias de esta decisión conceptual serán el objeto de este apartado y se harán notar de manera sensible en nuestro análisis.

Efectivamente, el concepto de élite tiene un largo recorrido en las ciencias sociales y en la ciencia política en particular. Así, desde los clásicos estudios de «teoría de las élites» de la terna Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Roberto Michels, pasando por los estudios más contemporáneos de Wright Mills (1999), Dahl (1961) o Poulantzas (1971), se han elaborado una gran cantidad de investigaciones, tanto de corte teórica como empírica, sobre de las «élites». Se trata de una literatura difícilmente abarcable y a la que no podemos sino otorgar esta consideración superficial. Basta aquí con señalar que, en el uso académico del término, encontramos una pluralidad de definiciones de la «élite», las cuales son en su mayoría antagónicas.

Para comprender el modo en que el concepto de campo del poder puede desplazar algunas de las limitaciones del concepto de élite (de hecho, no se trata tanto de invalidar la idea de «élite» como de otorgarle su verdadero poder descriptivo, probablemente menor del que le otorgan sus usuarios), vale la pena detenernos en los ingredientes básicos de aquel concepto, el cual surgió, según describe el propio Bourdieu (1998a:353), de una manera «instrumental» en su trabajo¹²⁵. Por tanto, este concepto también participa de la actitud de «rectificación constante» con la que hemos caracterizado los usos del concepto de campo y

125 En particular, el propio Bourdieu señala que lo introdujo para dar cuenta de efectos que podían ser observados en el campo literario en su relación con otras formas de poder en el artículo que publicó en 1971 titulado *Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe*.

que, en un nivel más general, forma parte de la lógica del trabajo de la investigación sociológica, caracterizada por las enmiendas y las notas provisionales, por las hipótesis por verificar y los avances decisivos (Champagne y Christin, 2004:133).

De hecho, no es hasta la propia obra *La Noblesse d'État* (1989) que el concepto adquiere su forma más elaborada. Una elaboración que, Bourdieu así lo señala (p. 373), no deja de tener un carácter provisional a causa de la amplitud de una construcción sociológica que requiere, para su fundamentación última, abarcar una cantidad de datos empíricos (históricos y de diversos contextos) a menudo fuera del alcance de un equipo investigador y sus recursos limitados¹²⁶. En este libro, Bourdieu ofrece algunos elementos (articulados en una verdadera maraña recursiva típicamente bourdiana) que sirven como base para una delimitación del concepto. De éstos, podemos destacar al menos cuatro componentes que enumeramos brevemente a continuación: en primer lugar, que el campo del poder es un «univers complexe de relations objectives d'interdépendance» (1989:373); que estas relaciones de interdependencia se dan (en y por la dominación cruzada) «entre des sous-champs à la fois autonomes et unis para la solidarité organique d'une véritable division du travail de domination» (1989:373); esto implica que es un espacio de juego y de luchas, el cual tiene la característica básica de que atañe a los «agents et des institutions ayant en commun de posséder une quantité de capital spécifique (économique ou culturel, notamment) suffisante pour occuper des positions dominantes au sein de leurs champs respectifs» (1989:375); por último, esta lucha, en su estado «sincrónico» viene definida por la estructura que define «l'état

126 El grado de dificultad de la empresa puede calibrarse aún mejor si tenemos en cuenta que el equipo de investigación de Bourdieu y sus colaboradores contaba en ese momento con una red de recursos importante (al menos, en comparación con otros contextos de producción de la ciencia social) a su disposición. Si, a pesar de estas condiciones relativamente favorables, el sociólogo francés consideraba como provisional el proyecto, podemos imaginarnos el grado de dificultad que tiene la tarea en el seno de un contexto de investigación menos dotado de recursos. Se trata de un ejemplo más de las condiciones materiales de la ciencia social y de sus efectos limitadores en la investigación científica.

du rapport de force entre des formes de pouvoir, ou des espèces de capital différents» (1989:375).

En estos cuatro ingredientes están todas las implicaciones del concepto de cara a nuestro análisis. Por el momento, centrémonos ahora en las dos diferencias mayores respecto al recurso al concepto de «élite» para plantear también a continuación las implicaciones que esto tiene para nuestra investigación.

La primera de las diferencias, la que impone el pensamiento en términos de «relaciones objetivas de interdependencia», introduce una distinción fundamental a juicio del sociólogo francés entre su aproximación y la que considera la cuestión en términos de «élite». En efecto, Bourdieu (1989:373 y ss.) plantea que, independientemente de las diversas definiciones de élite que existen en esa literatura (las cuales varían en gran medida según las tradiciones de la teoría social en las que se inscriben), el fundamento de las dificultades que implica el recurso a dicho concepto tiene que ver con un modo de pensamiento que subyace al debate teórico acerca de la «élite». Efectivamente, volvemos a encontrar en estos debates, en un nivel de esquemas cognitivos más implícitos, un modo de pensamiento que Bourdieu (siguiendo a Cassirer, como vimos en la primera parte de la tesis) denomina «substancialista». Este modo de pensamiento se manifiesta de forma específica en este problema en la tendencia a pensar la entidad «élite(s)» como una «población», la cual estaría sujeta a una definición ostensiva posible y a una demarcación objetiva de sus miembros. Este modo de pensar implica concebir la «élite» como una «categoría social real», existente «ahí fuera» y susceptible de «particiones» internas igual de objetivas.

Por su parte, la alternativa que propone Bourdieu impone construir el objeto de otra manera: hacerlo a partir no de la problemática de la población (que nos conduce al viejo -e

irresoluble- problema de las «fronteras» de este grupo, de quién pertenece a él y quién no, y de cómo elaborar la «lista cerrada» de personas -construida por procedimientos de bola de nieve o, para los investigadores más ingenuos, esperando a ser descubierta en algún lugar «oculto»-) sino de las *relaciones* entre diversos poderes sociales efectivos y entre las posiciones sociales que ocupan determinados agentes sociales en su distribución. El objeto no es otro, por tanto, que las formas específicas de poder (las condiciones de variabilidad de su grado relativo de eficacia, sus relaciones mutuas, etc.) y las posiciones de los individuos que las poseen de manera desigual.

Una segunda implicación de la idea de campo del poder frente a los usos más tradicionales del concepto de élite tiene que ver con un problema teórico muy arraigado en la literatura de la teoría de las élites. Se trata de la dicotomía, planteada como tal por varios de los especialistas de esta área (por ejemplo, Lewandowski, 1974 o Genieys, 2011), entre una concepción «monista» de las élites, esto es, que la concibe como un grupo homogéneo y relativamente integrado que ejerce un monopolio de poder y una concepción «pluralista» de las élites¹²⁷, que niega la existencia de este grupo homogéneo y considera la existencia de diferentes grupos en conflicto entre sí por el poder. La propuesta de Bourdieu conduce a una relativa disolución de esta alternativa, pues el campo del poder, principio de unidad, de «solidaridad orgánica», es al mismo tiempo pluralidad de «campos» y de poderes que en ellos se engendran y se actualizan y que tienen entre sí relaciones de lucha. Así pues, para decirlo con una terminología tradicional, el campo del poder es a la vez unidad y multiplicidad y hay que tener en cuenta ambos aspectos para comprender su funcionamiento variable. Esta

127 Por no citar más que algunos ejemplos, la obra de Wright Mills (1956) puede considerarse un ejemplo paradigmático de la posición monista. Por su parte, Raymond Aron (1965) planteó una defensa, que ha tenido cierta influencia posterior, de la posición pluralista.

propuesta permite, de un lado, comprender la relativa unidad en la que han hecho énfasis las posiciones monistas, pero sin descontar las condiciones sociales para que tal unidad sea posible (al fin y al cabo, el grado de «solidaridad» entre los diferentes campos varía en función de los momentos y las situaciones históricas específicas); por el otro lado, restituye la diversidad, presentada por la visión pluralista, de poderes efectivamente existentes, cuya lucha constituye el principio de la transformación de dicho espacio, de las estrategias de subversión o conservación que los agentes ponen en juego en él.

Así, si en un determinado momento y en un determinado sentido existe una unidad que reflejan de manera casi ostensiva las palabras «élite» o «establishment» y que sirve para trazar una primera distinción (como es el caso del ESOEP, a partir de la observación del alto volumen relativo de capital de sus agentes), esta primera delimitación se revela solamente útil hasta cierto punto, pues termina el análisis en un lugar que impide distinguir aspectos que son también relevantes bajo otros criterios. En especial, los diferentes espacios de especialización que se dan en su seno y que son igualmente espacios de lucha, la cual, a modo de hipótesis, puede considerarse como el principio de los cambios que se dan en un campo del poder específico, en un momento concreto de su trayectoria histórica.

Así, llegamos a la principal conclusión de este apartado y de la asunción del concepto de campo del poder para lo que resta de nuestra investigación. Dicha noción introduce la necesidad de no terminar el análisis en la mera observación del ESOEP como un espacio de «élite», en esta primera determinación social en virtud del volumen de capital que se produce en él, sino de continuar con un análisis acerca de las diferentes formas de poder y de competencia involucradas en dicho espacio y sus lógicas. Así, es necesario ir más allá y observar los diferentes espacios que entran en juego en el ESOEP, las diferentes formas de

poder social que son invertidas en él y la dinámica específica propia de dicho espacio que lleva a realizar una selección específica entre ellos. Para conseguir esto, es necesario modificar algunas de las bases de la observación empírica que hemos realizado en el ESOEP y que constituyen el objeto del siguiente apartado¹²⁸.

2 La variable «campo de posición ocupada» y los principios de su constitución como condición inseparable de su interpretación sociológica

Le raisonnement sociologique est à l'œuvre dès le recueil et la standardisation des données : oublier de s'en servir lors de la constitution de la base empirique condamne à la stérilité les travaux d'analyse qui s'y référeront. (Jean-Claude Passeron, 1996:5)

128 Por otra parte, somos conscientes de que se trata de una apuesta arriesgada para el caso español, a causa de su trayectoria histórica, fundamentalmente por el pasado dictatorial reciente. En efecto, y en esto están de acuerdo tanto monistas como pluralistas (al fin y al cabo, estos últimos señalan la condición de la instauración de una democracia como requisito de base de su propuesta), todo hace pensar que la organización del campo del poder en un régimen dictatorial como el franquista se debió caracterizar por un configuración del campo del poder más cercana a los postulados monistas. Esto es lo que han mostrado precisamente estudios empíricos como el de Baena del Alcázar, Garrido y Pizarro (1984), que señaló la existencia de un elevado grado de integración en la élite española franquista. La conclusión general del estudio era: «la élite española de ese período estaba vertebrada por un subconjunto de personas, de reducidas dimensiones, que ocupaban simultáneamente posiciones políticas, administrativas y económicas, en el que la presencia burocrática era de gran entidad» (p. 75). En cualquier caso, solo mediante el análisis empírico podremos dar una respuesta definitiva acerca de la configuración de este espacio social en el caso español en el periodo posterior a la Transición. Precisamente Baena del Alcázar (1999) ha intentado esto en un estudio de larga duración que va desde la Guerra Civil hasta el año 92 y que se basa en dos conceptos alternativos al de «campo del poder», el de «redes» y el de «conjuntos de poder». Por lo demás, los resultados del aquel primer estudio de Baena, Garrido y Pizarro vienen a confirmar una de las hipótesis que Bourdieu avanzó en una conferencia sobre la pertinencia de su modelo de análisis del espacio social en el caso de la antigua República Democrática Alemana: que en una dictadura, el capital político o burocrático adquieren una importancia mayor como factores de estructuración del espacio social. El profesor Luis Enrique Alonso también avanzó esta hipótesis de la preeminencia del capital político en el caso español en una intervención suya en el seminario sobre Pierre Bourdieu en la facultad de Somosaguas.

Sin embargo, la ruptura con el pensamiento «substancialista» que implica el concepto de «élite» (y con la versión del mismo que se contenta con señalar la relativa unidad del grupo al que se dirige) a través del concepto de campo del poder y de las hipótesis que introduce no tendría apenas valor alguno para la investigación si su enunciación no tuviera otro objetivo que el de permanecer como un principio teórico que sustituye a otro principio teórico. Por el contrario, el valor mismo de esa ruptura en relación a la investigación reside en los efectos que introduce en los procedimientos mismos de la observación y del análisis estadístico, desde la recogida misma de los datos y su estandarización; en definitiva, de los efectos que produce en la constitución de los datos mismos y de cara a la posibilidad de una interpretación sociológicamente pertinente de los fenómenos que aquí pretendemos estudiar.

Así, el devenir argumentativo anterior (con sus rupturas), que se ha centrado fundamentalmente en el nivel teórico, debe ser ahora inscrito en el nivel de los procedimientos de construcción estadística, en el cual encuentra igualmente expresión. Como hemos dicho anteriormente, al menos en la propuesta epistemológica del conocimiento de lo social que hacemos nuestra aquí, en sus diversas formulaciones (Bourdieu, 2001b; Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1980; Passeron, 1995; Passeron, 1996; Passeron, 2006), ambos niveles forman un mismo «espacio de la investigación»¹²⁹.

129 Hablamos aquí en términos de diversas formulaciones porque, más allá de algunas diferencias que se han ido desarrollando con el tiempo entre Bourdieu y Passeron, en este aspecto no hay desavenencia alguna: ambos defienden la imposibilidad radical de establecer un hiato entre el lenguaje conceptual de la sociología y el lenguaje estadístico de las variables, y más en general, entre razonamiento sociológico y razonamiento estadístico, una distinción muy cara a otras tradiciones epistemológicas en el marco de las ciencias sociales. Para una formulación particularmente esclarecedora de este problema, cabe recomendar la lectura del capítulo «Ce qu'un tableau veut dire et ce qu'on en dit» en Passeron (2006). Allí, entre otras cosas, Passeron señala algunas de las razones que están en el origen de la posición que adopta el hiato entre lenguaje sociológico y lenguaje estadístico. Según el sociólogo francés, tras esa división neta lo que en realidad se esconde es un acuerdo implícito (y también cómodo) entre dos «certezas corporativas»: una, la del sociólogo, que se arroga el poder conceptual de definición del mundo y que condena el procedimiento estadístico al mero papel de «ilustrador» (o de «error», cuando este no devuelve la «ejemplificación» esperada) de sus conceptos y teorías; otra, la del estadístico, que (al menos en el caso de los más «sensibles») a otros modos de conocimiento no sujetos plenamente a los

El elemento más relevante de estos procedimientos estadísticos desde el punto de vista de la argumentación de este capítulo y en el que nos vamos a centrar es el de la creación de una variable estadística («campo de posición ocupada», en referencia a los autores de tribunas de nuestra base de datos), la cual juega un papel importante en el análisis estadístico que vamos a exponer en los siguientes apartados. Lo que vamos a hacer a continuación es exponer los principios de constitución de dicha variable, las elecciones que están en su base, así como también las dificultades de las que aquellas son inseparables. Esto no es un paso secundario o superfluo en relación a la interpretación de los datos estadísticos, como hemos sugerido a lo largo de esta tesis. Por el contrario, si cabe volver a insistir en este punto, podemos apelar como justificación de esta misma idea a la formulación de la misma que expuso Jean-Claude Passeron (2006:204) y según la cual es necesario «revenir sur les conditions de production de l'information qu'on utilise pour les incorporer à l'énonciation du sens d'une observation historique, puisque la connaissance de ces conditions est indissociable du sens de l'énonciation sur 'l'objet' qu'elles ont permis de construire». De este modo, lejos de suponer una relativa digresión en el análisis, la exposición de estos principios de construcción es una parte indisoluble de la interpretación de los datos estadísticos que dicha variable incorpora.

Tres aspectos nos parecen los más relevantes respecto de los principios de construcción de esta variable. En primer lugar, consideraremos el recurso al concepto de campo en su constitución, pero especialmente en lo que esto supone frente al uso frecuente del concepto y de la variable correspondiente de «profesión», ampliamente utilizada en otras investigaciones

imperativos de la formalización) considera siempre la interpretación sociológica como una «inflación semántica» de los enunciados expresados en lenguaje estadístico y así carente de una referencia empírica común al de estos últimos. El resultado no es otro que el de que cada uno, sociólogo y estadístico, puede ser «rey en su propia casa», por así decirlo, y ninguno de los dos encuentra razones para una verdadera integración epistemológica entre razonamiento sociológico y razonamiento estadístico, cada uno de los cuales tiene, punto en común de ambas «epistemologías corporativas, un nivel diferente de pertinencia empírica.

similares (por cuanto tenían por objeto el «espacio de la opinión» en algún contexto histórico y social específico) y a las que nos hemos referido anteriormente. En segundo lugar, nos centraremos en exponer la decisión metodológica de utilizar como base no a los individuos, sino de centrarnos en el conjunto de «posiciones sociales» que han ocupado éstos, una decisión que es consecuencia relativamente directa, como pretendemos demostrar, de un análisis en términos de «campo». En otras palabras, expondremos y defenderemos la pertinencia para nuestro objetivo de un «análisis posicional». Finalmente, a partir de estos dos ingredientes, campos y posiciones, trataremos de exponer, aspecto en el que nos extenderemos ampliamente, pues en él se incluyen el grueso de decisiones fundamentales, cómo ha sido el procedimiento de recolección de datos para la variable y su grabación, atendiendo a las elecciones y dificultades encontradas en todo ello.

En efecto, un primer aspecto de la construcción de dicha variable que no puede ignorarse, por muy obvio que en este punto pueda parecer, es el recurso al concepto de campo. Las hipótesis generales y específicas que esto introduce han sido el objeto de la primera parte de esta tesis. Hemos advertido igualmente las que introduce en relación a la problemática específica de la situación social que ocupa el ESOEP y las que tienen relación con el modo diferente de concepción que ese espacio implica (pensamiento relacional y no poblacional y multiplicidad de espacios en la unidad del campo del poder) en el apartado anterior. Sin embargo, no son estos los únicos efectos que produce dicho recurso, sino que, al contrario, el uso de este concepto permite introducir igualmente otras alternativas en relación a otros problemas, lo que da cuenta de su valor como vector de resolución de problemas en la investigación.

Un conjunto de problemas frente a los que el concepto de campo produce efectos específicos proviene del uso del concepto de «profesión», un concepto muy relevante para nuestro problema. Una comparación entre ambos y de las variables correspondientes que permiten construir puede servir como un primer paso valioso del proceso de descripción de los principios de construcción de nuestra variable¹³⁰.

Para comprender las diferentes hipótesis y los diferentes problemas que implica el recurso a ambos conceptos, sería quizás útil partir del siguiente juicio negativo: «un 'campo' no es una 'profesión'». Se trata de un juicio de difícil asimilación, como muestra la corriente confusión entre tales conceptos. Un caso que muestra precisamente esta dificultad recurrente es el de la polémica que ha mantenido Gisèle Sapiro (2007) con Bernard Lahire y Géraldine Bois al respecto del libro de éstos últimos *La condition littéraire. La double vie des écrivains* (2006)¹³¹. En este libro, ambos sociólogos franceses propusieron una crítica del concepto de campo en su aplicación a la vida literaria a partir de una observación que hicieron en el marco de su investigación empírica sobre escritores en la región francesa de Rhône-Alpes: la del

130 Por otra parte, cabe señalar, a pesar de la obiedad, que el concepto de «profesión» es un concepto de una larga tradición en las ciencias sociales, tanto en el plano teórico como en el empírico. Ya Durkheim dedicó a la organización profesional importantes y conocidos pasajes en *De la Division du Travail Social* (1967 [1893]). Para introducirse en la sociología de las profesiones, cabe señalar algunas síntesis útiles como las de Macdonald (1995), Dubar y Tripier (1998) o la producida en nuestro país por Martín-Moreno y De Miguel (1982).

131 La introducción de este debate tiene el sentido de servir como ejemplificación de los puntos principales de la cuestión y no tanto como un ajuste de cuentas entre investigadores. De hecho, aquí solo nos centraremos en las críticas al concepto de «campo» de Lahire y Bois en la medida en que tienen que ver con el concepto de «profesión», sin que ello implique una invalidación total de su trabajo, algo que requeriría la lectura crítica y atenta que merece toda discusión intelectual que se precie y que, en el marco de nuestra problemática, no es posible. Por el contrario, el valor de esta polémica reside en que ejemplifica problemas que nosotros mismos hemos tenido en la propia elaboración de nuestro trabajo y en particular una serie de dificultades para sustituir completamente las ideas preconcebidas asociadas al concepto de «profesión» por el concepto de «campo» y sus hipótesis teóricas. De hecho, por lo menos así nos parece a posteriori, perdimos una gran cantidad de tiempo a causa de esta dificultad. Desde nuestro punto de vista actual la causa de nuestra tardanza en la construcción de esta variable, más que un problema de «registro» de los datos, fue un problema de «teoría», o mejor aún, de la importancia de los esquemas pre-reflexivos que implica el concepto de «profesión» y que analizamos en este punto.

predominio, entre los que ejercen el oficio de escritor, de la necesidad de recurrir a un segundo empleo. De ello se deriva que la mayoría de escritores no viven únicamente de la actividad literaria, una condición que, para los autores, sería «estructural» en el universo literario. Por estas razones, para Lahire y Bois, sería más adecuado utilizar el concepto de «juego» que el de campo para distinguir el ámbito literario de otros espacios de actividad que sí implican, respecto de los agentes que forman parte de ellos, una inmersión temporal completa y una cierta exclusividad «salarial». Esto sería el caso, no de los «escritores», sino de los «obreros», los «médicos», los «abogados», etc.

Por el contrario, para Sapiro (2007:947) el argumento y la crítica de Lahire y Bois suponen confundir el concepto de campo con el de profesión e introducir de forma inconsciente una relación de igualdad entre ambos. Así, Sapiro objeta que un campo no es equivalente a una «actividad remunerada», como está implicado en la definición clásica de profesión¹³² y que, por el contrario, lo que define a un campo es su consideración como espacio relativamente autónomo con un *nomos* específico, con leyes de funcionamiento específicas. Tampoco la pertenencia a un campo es una cuestión que se pueda dirimir en virtud de si se percibe un «salario» o no de alguna instancia del espacio de actividad en cuestión. Pertenecer a un campo no es otra cosa que «ejercer efectos dentro de ese campo» (Bourdieu, 1998:369), una cuestión que no puede ser resuelta a priori, sino que requiere un trabajo empírico de construcción específico y en la que la percepción de un salario no es más

132 Por lo demás, existe una multiplicidad de definiciones de «profesión» en el ámbito de la sociología de las profesiones. Podríamos considerar que la siguiente definición señalada por Eymery (2007) es bastante representativa (especialmente dentro de la sociología de las profesiones de origen anglosajón), por lo que podría considerarse como una referencia útil para la comparación de estos dos conceptos discutidos: «activité de travail rémunérée à temps plein dont l'exercice est réglementé et l'accès réservé para la loi (numerus clausus) à des individus maîtrisant un riche corpus de savoir abstrait acquis, en même temps qu'un ensemble de schèmes éthiques et de valeurs, au cours d'une formation initiale longue de nature académique sanctionnée par un diplôme».

que un «índice» a tener en cuenta entre otros. Por lo tanto, aún aceptando la observación de Lahire y Bois de que es frecuente el fenómeno del «segundo oficio» y que dicha observación pueda generalizarse en el sentido de ser considerada como una condición estructural de la vida del «escritor», no cabe extraer de ello que el mundo literario no pueda ser objeto de un análisis en términos de «campo», pues aquel, incluso caracterizado por esa condición doble de sus actores, se ajusta al principio de definición de «campo» como espacio social regido por sus propias reglas. Esto no implica evidentemente, que todos los campos posean el mismo grado de «codificación», como dice Bourdieu en múltiples pasajes de su obra y como hemos podido comprobar nosotros mismos en nuestra observación del ESOEP.

Esta diferencia someramente apuntada entre «campo» y «profesión» es solo una parte, aunque la más básica, de las diferencias generales que existen entre ambos conceptos. Aquí nos interesa otra de esas diferencias, la cual es muy importante en relación a los efectos que produce en la observación e interpretación de los datos estadísticos. Esta diferencia puede también ejemplificarse a partir del mismo caso que hemos comentado anteriormente, en especial, a partir del punto en el que el concepto de «profesión» puede, en algunos de sus usos, tomar por característica definitoria la de «actividad remunerada que se realiza de forma exclusiva». Aunque no se deduzca necesariamente de ella, esta idea puede conducir, por una suerte de generalización abusiva, a una representación del mundo social como un espacio reducible a una taxonomía de «profesiones» donde a cada individuo, por el carácter fundamentalmente exclusivo de aquellas, le corresponde una única «profesión», un único «compartimento» de esta división omnimoda. Esta tendencia encuentra un grado de cumplimiento notable cuando, como es moneda corriente en los diversos análisis estadísticos que hacen uso del concepto y de la variable «profesión», se la asocia a ciertas reglas no

escritas del trabajo estadístico, como la de la búsqueda (en ocasiones a cualquier precio) de la homogeneidad de las modalidades de una variable o la receta de asignar a cada individuo una única modalidad, en este caso una única «profesión». Por el contrario, el concepto de campo supone una visión «pluralista» del mundo social en la cual los individuos no se ven «constreñidos» a un único campo, sino que pueden ocupar diversas posiciones en diferentes espacios de actividad, los cuales, a su vez, tienen diferentes relaciones entre sí (lo que no quiere decir, por otra parte, que esas diversas posiciones sean, a priori, aleatorias). Los campos, por así decirlo, se «solapan» y no forman una «partición» exacta del espacio social. No se trata aquí de afirmar que el concepto de «profesión» es intrínsecamente no pertinente desde el punto de vista sociológico. Se trata de afirmar que puede, asociado a un principio de eficiencia del razonamiento estadístico, eliminar del análisis información sociológicamente pertinente, como el hecho, al que nos hemos enfrentado en nuestras observaciones, de la multiposicionalidad de los autores de tribunas del ESOEP. En efecto, frente a los usos de la variable de «profesión» que tienden a esa visión taxonómica del mundo social, hemos tenido que admitir (en virtud de las hipótesis que introduce en gran medida el concepto de campo) el hecho de que los individuos, hipotéticamente en grado diferencial en virtud del volumen y composición del capital que poseen, pueden ocupar diversas posiciones en diversos campos (simultáneamente y en términos de trayectoria).

Precisamente, esta diferencia entre ambos conceptos, que implica el reconocimiento de la pluralidad del espacio social y de la capacidad de los individuos a ocupar diferentes espacios de actividad, nos lleva al segundo elemento de los principios de construcción de la variable que hemos considerado aquí, esto es, el recurso a un análisis «posicional» y a la decisión paralela de considerar como unidades estadísticas no los individuos, sino el conjunto de

«posiciones» que estos han ocupado en el espacio social y en los diferentes espacios de actividad existentes en él. Para comprender el significado de esta apuesta, vale la pena que nos centremos en sus orígenes, pues no se trata de una invención propia de nuestro trabajo, aunque (como está implicado en toda investigación sociológica nueva) siempre es necesario introducir diferentes determinaciones respecto de las que guiaron las aplicaciones anteriores (sea para el caso de los conceptos, sea para el caso de las técnicas)¹³³.

En efecto, se trata de una propuesta que no es nueva en el marco de la literatura sobre «campo» y que ya fue puesta en marcha de manera muy temprana por los colaboradores de Bourdieu, algo que puede interpretarse como una prueba de que su adopción viene apoyada, en gran medida, por el propio concepto de campo y sus hipótesis¹³⁴. Un caso muy relevante en este sentido, y del que cabe señalar algunos elementos por su interés para nuestra problemática, es el del trabajo de Luc Boltanski (1973), un estudio empírico acerca de los profesores del Institut d'Études Politiques de Paris (IEP). Se trata de un estudio que propone diversos elementos novedosos en relación a otros estudios similares. Ya desde el comienzo del artículo, Boltanski mostraba los problemas de una operación aparentemente simple como la del trabajo de recolección de datos sobre la población de profesores del IEP. En efecto, ante la información proveniente del anuario que la misma institución publica sobre sus profesores y ante la diversidad de «títulos» que se asignan en él a los diferentes profesores¹³⁵, Boltanski se

133 La adopción de esta apuesta metodológica debe mucho a varias discusiones en el seno del Seminario de Investigación Social sobre Pierre Bourdieu celebrado en el Departamento de Sociología V de la UCM. En particular, en este punto me he beneficiado de una discusión con algunos de sus participantes en relación a la pluralidad del espacio social en la obra de Bourdieu. Agradezco a Miguel Alhambra, Conchi Castrillo, Javier Rujas y, en especial, a Mario Domínguez, sus indicaciones valiosas.

134 Por otra parte, el análisis «posicional» tampoco supone una novedad radical en nuestro país. El propio estudio anteriormente citado del profesor Baena del Alcázar (1999) utiliza una forma específica de este tipo de análisis, aunque ceñido a los ámbitos de la política, la burocracia y la gran empresa.

135 Por ejemplo, el caso que destaca Boltanski (1973:4), de un «inspecteur des finances, professeur à l'Institut d'Etudes Politiques, à l'Ecole des Hautes Etudes Commerciales, occupant un poste élevé dans le secteur semipublic, membre du conseil d'administration de plusieurs banques et d'une société

preguntaba en nombre de qué principio de selección debemos retener un título en detrimento de todos los demás (1973:4). La respuesta del sociólogo francés fue la de tomar una decisión con efectos teóricos y metodológicos para contrarrestar dicho problema, la cual consistió en la disociación de dos elementos: por un lado, los individuos concretos, y por el otro, los «títulos» que se les atribuyen en la fuente de información de la institución. O dicho con otras palabras, en la medida que estos últimos constituyen «les signes ou les emblèmes par lesquels s'exprime publiquement et officiellement l'occupation de positions déterminées dans des champs déterminés» (1973:5), es necesario establecer (desde el punto de vista de la investigación sociológica) una distinción entre los individuos y las «posiciones» que éstos ocupan.

Dos efectos se derivan de esta decisión en el texto de Boltanski. El primero, de corte más epistemológico no es otro que el cambio de «objeto» que supone: esta disociación permite desviar la atención temporalmente de los individuos y comenzar el análisis por las posiciones que éstos ocupan para, a continuación, llevar adelante el estudio en profundidad de esas posiciones por sí mismas como una información sociológicamente relevante (información que era eliminada del análisis sociológico en el procedimiento metodológico contrario anteriormente mencionado). Así, Boltanski plantea la necesidad misma de estudiar las relaciones entre las posiciones ocupadas (las relaciones de jerarquía entre ellas, de relativa independencia, de acumulación, etc.) como condición para, en un último paso, el análisis de las relaciones entre los individuos y sus posiciones (que puede dar lugar a un interesante análisis, tal y como es evocado por el sociólogo francés, acerca de las múltiples formas de relación posible entre el individuo y la posición que ocupa, del manejo de diferentes roles

immobilière ainsi que d'une commission au Plan, ancien membre de plusieurs cabinets ministériels et organismes internationaux, auteur de plusieurs ouvrages d'économie politique et de deux romans».

sociales, etc.). Finalmente, hay que notar en todo ello el carácter sociológicamente construido que Boltanski indica en diversos momentos, pues el análisis posicional es producto de una decisión del investigador que se caracteriza por la intención de situarse en un plano al que solo puede acceder a través del individuo (los datos biográficos a partir de los que los construye están asociados a individuos particulares), pero que va más allá de éste, al menos en un primer gesto crítico, para volver a él como individuo teóricamente construido¹³⁶.

El segundo efecto de la propuesta de Boltanski, inseparable del anterior, se produce en el nivel del procedimiento estadístico mismo, pues la propia estructura de la matriz de datos se ve modificada por ello, la cual ahora tiene a las posiciones y no a los individuos por individuo estadístico. Por otra parte, cabe igualmente destacar la adopción por parte del sociólogo francés de una solución igualmente poco convencional en lo que a la representación gráfica de la nueva información que constituyen las posiciones de los individuos se refiere. Boltanski (1973:8), de manera muy sugerente, adopta un diagrama inspirado en la semiología gráfica (la cual fue muy utilizada por los investigadores del *Centre de Sociologie Européenne* en aquella época) de Jacques Bertin (1967), el cual permite un análisis gráfico de las posiciones y de su distribución por espacios de actividad.

¿Qué hay de todo ello en nuestra investigación? Nos hemos tenido que enfrentar a varios problemas similares a los que se expresan en varias de las preocupaciones que aparecen en el texto de Boltanski. Por ello, ha sido muy útil este breve repaso por sus posicionamientos en la medida en que pueden servir de aclaración y punto de comparación a los que hemos tomado aquí. En el nivel epistemológico, hemos asumido igualmente la apuesta por el análisis

136 Para ver la diferencia entre individuo empírico e individuo epistémico según Bourdieu, el pasaje fundamental es el de las páginas 34 a 52 de *Homo Academicus* (1984). Moreno Pestaña (2013b) ha publicado recientemente un análisis esclarecedor de esta diferencia en algunos de sus puntos fundamentales.

posicional, por la disociación de individuos concretos y posiciones, con el objetivo de recabar información primordialmente sobre éstas como primer paso del análisis. Un efecto central de todo ello en la investigación es que el sociólogo no tiene que desechar, enviando al limbo de la información irrelevante, las múltiples informaciones acerca de las posiciones ocupadas por los individuos objeto de estudio (postura inevitable en la adopción de la decisión metodológica opuesta de asignar una única profesión a cada individuo), sino que debe adoptar la estrategia de recabar información sobre posiciones de manera sistemáticamente inclusiva. Además, esta actitud permitir acceder a un hecho fundamental como es la multiposicionalidad de los agentes del ESOEP y así describir una de las características fundamentales de los agentes que frecuentan dicho espacio¹³⁷.

En el nivel metodológico, esta apuesta tiene igualmente efectos en la matriz de datos, aunque hemos optado por otras opciones distintas a las que fueron planteadas por Boltanski¹³⁸. Un efecto importante de todo ello y que es necesario tener en cuenta en la interpretación de la variable es que, como el análisis se realiza a partir de las posiciones y no de los individuos, la N de la variable final se refiere a las posiciones y no a los individuos. De ahí que la N de posiciones recabadas sea superior a la N de individuos de la muestra (pues, como veremos, los

137 De este modo, los paralelismos entre la investigación de Boltanski y la que hemos realizado nosotros tienen fundamento (además del uso común del concepto de campo) en la similitud de los objetos de investigación, de los obstáculos que introduce en su comprensión, los que provocan, en cierta medida, el recurso a operaciones de investigación similares. Al fin y al cabo, su objeto (la población de profesores del IEP) y el nuestro (el ESOEP) parecen tener ciertas características similares en cuanto que espacios sociales situados en una región próxima al campo del poder. En esta línea, el recurso al análisis posicional se impone también como un medio de acceder a una de las características fundamentales de esa población, por lo que se revela como una herramienta esencial para el análisis sociológicamente informado del campo del poder.

138 Si bien expondremos esto más claramente a continuación, cabe decir ya que hemos optado por otra solución para incorporar las diversas posiciones que ocupan los individuos en la matriz de datos a través de una multiplicación de las columnas y del tratamiento de respuestas múltiples que permite el programa estadístico SPSS; por otra parte, tampoco hemos podido llevar a cabo un análisis de dichas posiciones mediante un diagrama creado para tal objetivo.

individuos de nuestra muestra suelen ocupar más de una posición). En definitiva, la interpretación cambia de referirse a la población de individuos por la de «posiciones».

2.1 El trabajo de recolección de los datos

Llegados a este punto, tenemos dos elementos que deben funcionar como base de la construcción de la variable y del trabajo de recolección de datos: «campos» (y no «profesiones» o lo que esto implica, evitar el pensamiento en términos de una partición exacta del mundo social) y el análisis de «posiciones» (esto es, disociar individuos y posiciones y, sobre todo, no conformarse con asignar una única posición a un individuo, sino recoger información sobre todas las posiciones que puede ocupar un individuo). ¿Cómo hacer desde el punto de vista de las necesidades elementales del proceder estadístico? ¿Cómo dirigir el trabajo de recolección y grabación de los datos informado por esos dos elementos y que nos llevarán hasta la variable «campo de la posición ocupada»? En primer lugar, conviene distinguir, para una mejor exposición, dos fases en el trabajo que hemos hecho: la primera constituye precisamente el proceso inicial de recolección y entrada de datos y la segunda, la propia creación de una variable «secundaria» o «derivada» a partir de la información recogida en la primera fase.

En lo que se refiere a esta primera fase de entrada y grabación de los datos, lo que hemos hecho se puede resumir con la siguiente fórmula: recolectar determinada información de carácter biográfico (en especial las «afiliaciones institucionales» -más sobre esto a continuación-) en determinadas fuentes seleccionadas sobre los agentes del ESOEP de nuestra

muestra que nos permitiera afirmar que dicho agente ha ocupado una «posición» en un «campo» X (siendo posible ocupar posiciones en un campo X, Y, Z, etc.). Esto, expresado en términos tan sencillos, en realidad implica exponer múltiples decisiones en diferentes niveles que son de difícil resumen. Pensamos que la siguiente enumeración expone de manera relativamente fiel las operaciones básicas que hemos realizado¹³⁹.

Así, tenemos cuatro (o cinco, si contamos con que el proceso implica cierta recursividad) elementos que podemos aislar provisionalmente para la descripción del proceso de recolección y grabación de datos. En primer lugar, constituimos como hipótesis la existencia y pertinencia de una serie de campos en los que los individuos de nuestra muestra, según las fuentes biográficas, han ocupado u ocupan posiciones. En segundo lugar, tenemos la creación de una serie de variables que hemos constituido como «indicadores» de la ocupación de una posición en X campo, especialmente (aunque no siempre), la «afiliación institucional» (en la medida en que expresa «oficialmente» la «posición» en un campo) o el «status». En tercer lugar, tenemos las fuentes a partir de las cuales hemos recogido la información acerca de los individuos de la muestra (lo que incluye un proceso de búsqueda, selección y evaluación crítica de las mismas). En cuarto lugar, el paso que lleva a introducir en nuestra matriz de datos la información pertinente derivada de esas fuentes. Por la importancia de este proceso en la constitución de los datos, a continuación vamos a centrarnos en los detalles de cada uno de tales elementos como ingredientes fundamentales del mismo y, por ende, de su interpretación sociológica.

139 Sin embargo, seguramente este proceso estuvo mucho menos claramente delimitado en la práctica y, sobre todo, mucho menos ordenado de lo que esta exposición puede expresar. Al fin y al cabo ésta es el producto final de una larga cadena de correcciones entre nuestras hipótesis de partida y la experiencia aportada por la observación de las fuentes. Su valor descriptivo solo puede ser restituido a condición de no aislar cada uno de estos elementos y de entenderlos en constante interacción unos con otros y cuyo resultado está objetivado en la forma del instrumento de obtención de datos que hemos construido.

2.1.1 *Un conjunto de campos como hipótesis*

En efecto, el primer elemento que hemos destacado del proceso tiene su razón de ser por su valor como recordatorio de que es necesario una nueva especificación de hipótesis en relación al concepto de campo para el desarrollo de la recolección de datos. Podemos tratar de exponer estas nuevas hipótesis de la manera más clara posible en la siguiente formulación esquemática: que el concepto de campo y su uso como atributo de una «posición» se revela pertinente para la descripción de los agentes de la muestra del ESOEP (Hi1), que las «posiciones» que estos agentes ocupan pueden ser asignadas cada una a un campo determinado (Hi2) y que la descripción de estas posiciones a través de los campos a los que pertenecen produce efectos de inteligibilidad sociológica y resulta pertinente de cara a nuestra problemática (Hi3).

Con estas hipótesis empezamos el trabajo de recolección, pero pronto encontramos varios problemas. En particular, nos dimos cuenta de que las afiliaciones institucionales que íbamos observando en las fuentes no podían ser asignadas a alguno de los campos de los que hemos tratado en la primera parte de esta tesis (el campo intelectual y el campo periodístico españoles) y de los cuales hemos propuesto algunos elementos para mostrar su pertinencia histórica para el caso español. En efecto, pronto se nos hizo patente que, como la intuición primera podía vislumbrar, los agentes del ESOEP de nuestra muestra han ocupado posiciones en múltiples espacios de actividad que no se reducen al campo periodístico o al campo intelectual.

El problema que se nos presentaba entonces es el de cómo hacernos cargo de todas esas posiciones en lo que a su atribución a determinados campos se refiere (Hi2) y que no podían

ser distribuidas en los campos de los que hemos hablado hasta el momento. En este punto introducimos una nueva hipótesis que especifica a Hi2. En efecto, para ayudarnos en este trabajo tuvimos que incorporar igualmente la hipótesis (Hi2.1) de que los campos a los que pueden asignadas estas posiciones encontradas en las fuentes biográficas son análogos a los analizados por Bourdieu y sus colaboradores en los contextos históricos específicos que han estudiado (sobre todo el francés), esto es, que todas las posiciones encontradas en las fuentes que consultamos pueden ser atribuidas a uno de estos campos. Así, comenzamos el trabajo de recolección de la información con una lista previa de estos campos en mente y, después de algunas etapas de prueba, comprobamos que era posible asignar cada una de estas posiciones a alguno de esos campos que utilizamos como hipótesis.

Esta decisión, que guía y hace más eficiente el trabajo de recolección, también introduce ciertos ciertos límites en él, los cuales merece la pena comentar en este punto. En efecto, esta importación analógica de campos contiene una tensión inherente respecto del propio concepto y del uso del mismo en las investigaciones que lo han puesto a funcionar de manera más sobresaliente. A diferencia de un concepto como el de «profesión», el cual en muchas ocasiones es empleado de una manera poco reflexiva, el concepto de campo implica un trabajo específico de reconstrucción histórica del espacio de actividad así investigado. Para

hablar con propiedad de «campo» (en este caso, por ejemplo, del campo religioso español), este trabajo genético es indispensable¹⁴⁰.

¿Por qué razón nos hemos visto obligados a tomar tales analogías de manera menos ajustada al uso adecuado del concepto? Como hemos adelantado en parte, la propia naturaleza del objeto es el motivo principal: El ESOEP se nos reveló como un espacio social en el que coexisten múltiples espacios de actividad. Y ese carácter de espacio social que recoge en su seno diversos espacios de actividad contrasta con el objeto al que se dirigen la mayor parte de las investigaciones basadas en el concepto: éstas, de forma coherente con la complejidad de la realidad a la que se enfrentan y de la práctica sociológica informada por dicho concepto, suelen tener por objeto uno o a lo sumo dos de estos espacios de actividad¹⁴¹.

Cabe añadir que el trabajo de reconstitución de campos o de la pertinencia del uso del concepto para diferentes espacios de actividad en el caso español no puede ser sino colectivo, fruto del trabajo de un equipo de investigadores con recursos. En nuestro país, contamos ya con importantes trabajos en esta dirección (y que hemos utilizado ampliamente) como los de

140 La diferencia entre «profesión» y «campo» respecto de esta cuestión es desarrollada por Bourdieu en un seminario recogido en *Réponses* (1992:211 y ss.). Allí Bourdieu plantea precisamente la tendencia a asumir de manera acrítica tanto el concepto de profesión como el de la identidad de las profesiones particulares, las cuales son más bien producto de todo un trabajo de construcción social que suele introducirse de contrabando en los análisis científicos que tratan de ellas. Frente a esta lógica irreflexiva que puede implicar el concepto de profesión, el concepto de campo implica un proceso de construcción del objeto por parte del investigador. Así, los campos, al menos en el uso del concepto que hemos defendido como el más ajustado a los principios de la práctica sociológica que lo inspiran no están «dados de antemano» y menos aún tienen fronteras fijas determinadas a priori (la cuestión de las fronteras, de la delimitación es una de las cuestiones que forman parte del objeto de la investigación). De hecho, el concepto de campo tiene como valor instrumental el tener en cuenta el proceso de constitución histórica de los espacios de actividad a los que atiende, como hemos señalado en la primera parte de esta tesis a partir de los ejemplos mínimos que hemos propuesto acerca del campo intelectual y del campo periodístico.

141 En efecto, un repaso por la literatura sociológica fundada en el concepto de «campo» permite comprobar que la mayoría de las investigaciones que hacen uso de dicho concepto tienen por objeto un espacio de actividad principal, lo que permite un uso intensivo del concepto y de sus virtudes heurísticas. Además, factor fundamental de cualquier investigación sociológica, esta circunscripción epistemológica eleva la ratio resultante entre los recursos materiales disponibles para una investigación y el grado de inteligibilidad sociológica al alcance.

Moreno Pestaña y Vázquez García (2006), Mancha San Esteban (2006), Pecourt (2008), Vázquez García (2009), Martín Criado (2010) Moreno Pestaña (2013) y otros, sobre determinados campos como el filosófico, el religioso, el literario, el periodístico, el académico o el educativo. Sin embargo, existen aún algunos espacios de actividad presentes en nuestro estudio que no han sido estudiados bajo la perspectiva de «campo». Para estos campos, hemos acudido, en la medida en que ha sido posible, a diversas monografías existentes (pero basadas en otras aproximaciones conceptuales) sobre esos espacios de actividad o sobre alguna de sus instancias más visibles. Esto solo puede ser tenido como algo provisional, ya que sería necesario todo un verdadero trabajo de reconstrucción y puesta en forma desde una perspectiva basada en el concepto de campo (o, resultado contrario, de un trabajo que concluya en la no pertinencia de su uso para alguno de esos espacios de actividad particulares).

Tras estas consideraciones, podemos afirmar que el resultado final, en relación a los campos retenidos para la variable, es producto de la combinación de tres factores: la lista previa (pero abierta) de campos estudiados por Bourdieu y sus colaboradores en cuanto que hipótesis de campos existentes y pertinentes, la información que existe en las fuentes biográficas que hemos cotejado (que corrige y adapta dicha lista) y ciertas decisiones derivadas de las necesidades inscritas en la problemática de nuestra investigación (como por ejemplo, la decisión de distinguir entre diferentes espacios dentro del campo intelectual).

Tales campos retenidos fueron finalmente 12. Estos campos permitieron resumir las «posiciones» recogidas de la información biográfica de los 452 autores de tribunas del ESOEP entre 1986 y 1988: «campo económico», «campo político», «campo burocrático», «campo religioso», «campo jurídico», «campo artístico», «campo periodístico», «campo

editorial», «campo literario», «campo académico», «campo sanitario» y «campo educativo»¹⁴².

2.1.2 La afiliación institucional y otras informaciones en las fuentes históricas como indicadores de la posición en un campo

Un segundo grupo de decisiones tuvo que ver con la definición de la información pertinente a recabar para el trabajo de recolección. Teníamos «campos» y buscamos «posiciones». Pero, ¿qué es una posición y qué indicadores podemos utilizar para conocerla?

En la obra de Bourdieu la noción de «posición» es un concepto bastante preciso: hace referencia al lugar que se ocupa (siempre diferencial respecto a otros) en la distribución de poderes en un campo o en el marco de una red de relaciones sociales. Para describir la posición de un agente a en un campo X es necesario conocer las propiedades eficientes en ese campo y determinar una serie de criterios que permiten conocer el grado de posesión de un agente de estas diferentes propiedades. Este tipo de análisis lleva aparejado la creación de una multiplicidad de criterios (por ejemplo, el tipo de trayectoria educativa o el tipo de reconocimiento específico y sus diferentes formas de «medición» como, para el caso del grado de reconocimiento, la aparición en tal fuente o los premios obtenidos) a partir de los

142 A continuación indicamos algunos textos que sirvieron como referencia en la importación analógica de los campos. Para el campo económico: Bourdieu (2000b). Para el campo político: Bourdieu (1979) y Bourdieu (2002). Para el campo burocrático: Bourdieu (1994:esp. cap.4 "Esprits d'État"). Para el campo religioso: Bourdieu y Martin (1982). Para el campo jurídico: Bourdieu (1986). Para el campo artístico: Bourdieu (1998a). Para el campo editorial: Bourdieu (1999). Para el campo literario: Bourdieu (1998a) y Sapiro (1999). Para el campo académico: Bourdieu (1984). Para el campo educativo: Bourdieu y Passeron (1970). Finalmente, recordar que, para el caso del campo periodístico, remitimos al lector a todo lo dicho en la primera parte de esta tesis y que el campo sanitario constituye una apuesta propia de la que damos cuenta en el próximo apartado de este capítulo, al hilo de unas consideraciones sobre su peso estadístico en el ESOEP.

cuales es posible describir una posición (descripción que es inseparable de la de las otras posiciones similares u opuestas) en un campo determinado.

Este tipo de trabajo, con la multiplicidad de criterios que implica era inviable desde el desde el punto de vista de los recursos y de los materiales a nuestro alcance. Por nuestra parte, no hemos retenido sino algunos de los criterios posibles que permiten llegar a construir esas «posiciones». En nuestro caso, «posición» tiene un significado mucho menos extenso y menos desarrollado que en el caso de otras investigaciones realizadas por Bourdieu y sus colaboradores; nuestro uso del concepto está más orientado al trabajo estadístico que hemos podido realizar con los recursos con los que contábamos.

La pregunta era entonces¹⁴³: ¿qué indicadores de una posición en un campo están a nuestro alcance? El esquema básico que hemos empleado es el de utilizar dos tipos de información primaria en relación a las posiciones de los agentes. En primer lugar, hemos recabado todas las afiliaciones institucionales de los autores de tribunas del ESOEP que aparecían en las fuentes biográficas en las que están incluidos. En segundo lugar, como información complementaria hemos recogido el «status» ocupado¹⁴⁴.

Sin embargo, este esquema básico solo fue el punto de partida de la recolección y tuvo que ser corregido en virtud de la configuración de las fuentes utilizadas y, sobre todo, en virtud de los campos a los que esas posiciones estaban asociadas. En efecto, tal y como la teoría de los campos señala, los campos difieren en el grado de «codificación» y «objetivación» públicas que ofrecen de sus jerarquías internas y de sus puestos. Existen

143 Es en estas situaciones en las que conviene no olvidar el *dictum* de Kurt Lewin que Bourdieu (1998:291) hizo suyo: «la investigación es el arte de dar el siguiente paso».

144 Remitimos al lector a los próximos apartados de interpretación de los pesos estadísticos de los diferentes campos en el ESOEP para ver concretamente el tipo de información recogida y el tipo de resultado que esto arroja.

campos, como por ejemplo el burocrático, en los que la jerarquía interna tiene un relativo alto grado de objetivación, normalmente en la forma de disposiciones legales que definen de manera «oficial» los puestos, competencias y funciones (aunque, evidentemente, esto no quiere decir ni que no haya «luchas» alrededor de estos puestos -respecto de las funciones de las funciones de cada uno o del «valor» de cada puesto-, ni que por ello mismo el grado de adecuación a la expresión «objetiva» no varíe entre diferentes instancias de ese campo¹⁴⁵). Esto se comprende aún mejor si oponemos a estos campos otros como el campo literario o el artístico, en los que el grado de «objetivación» de sus puestos es más inseguro y, por lo tanto, mucho más difícil de determinar para un observador externo¹⁴⁶. En definitiva, los campos son diferentes en este sentido y, por ello, se requiere adaptar los criterios de la información pertinente a recolectar.

2.1.3 Las fuentes históricas y la recolección de datos

El tercer elemento que participa del proceso de recolección de los datos para la variable pertinente de este capítulo no es otro que el de las fuentes y documentos a partir de las cuales hemos buscado información biográfica para cada uno de los agentes del ESOEP de nuestra muestra.

145 De hecho, los puestos dan información sobre un estado de luchas del campo, no hay que tomarlos como realidades inmutables y no contestadas: siempre son objeto de constante redefinición y luchas. Para un desarrollo teórico basado en datos empíricos de este punto, cabe recomendar la segunda parte del capítulo 2 de *La Distinction* (1979).

146 Lo contrario también debería ser cierto, esto es, que cuanto más «inmerso» está un agente en el campo literario, más capaz será éste de distinguir las jerarquías internas del campo. También el que los agentes situados en los márgenes del campo están más expuestos a todos los efectos de «allodoxia», es decir, a tomar B por equivalente de A y a confundir y emborronar la jerarquía más específica del campo. Para ver un análisis empírico de este efecto, véase Bourdieu (1984:275 y ss.).

La cuestión de las fuentes es, sin duda alguna, una cuestión «crítica», pero no únicamente en el sentido en el que tradicionalmente la ciencia social de orientación positivista otorga a la «crítica» de los «documentos», en cuyo caso tal trabajo no tiene otra significación que la de «verificación» de la «fiabilidad» del documento. No se trata de negar el interés del trabajo «crítico» así concebido, pues seguramente es un aspecto necesario de la investigación¹⁴⁷. Sin embargo, cabe oponerse a algunas de las tendencias a las que este tipo de trabajo conduce como la de constituirlo en el único principio de demarcación de las fuentes que se consideran relevantes para la investigación sociológica, lo que tiene por resultado el rechazo, por no «fiables», de todo un conjunto de fuentes que podrían servir al análisis sociológico. Por el contrario, frente a esta concepción un tanto limitada de la «crítica del documento», el trabajo sociológico debe, tal y como señala Merllié (1993), «desembocar en una verdadera 'sociología del documento', que restituye a éste un estatuto de hecho social y no sólo de información (transparente o engañosa) sobre hechos sociales»¹⁴⁸. En efecto, los documentos constituidos como fuentes para la investigación tienen un significado social y sociológico e ignorarlo es, en gran medida, no solo perder una información muy valiosa para

147 De hecho, la «crítica» de las fuentes es una herramienta necesaria para todo investigador. Constituye una aportación del análisis científico-social de orientación positivista, aunque en el seno de estas investigaciones no se extraiga de este procedimiento todas sus consecuencias epistemológicas. En efecto, el positivista hace lo que dice que no hace: introduce una distancia frente a lo "dado", no lo acepta de cualquier manera, le impone una serie de criterios mínimos de «verificabilidad». En otras palabras, su «base empírica» está conformada por sus decisiones, la constituye mediante las operaciones que se representa como de «crítica» y «verificación».

148 Más allá de recomendar, por su alto interés, la lectura de este texto en su integridad, cabe destacar el ejemplo en el que se apoya el propio Merllié para dar cuenta de la diferencia entre ambos procedimientos: el de las reflexiones del durkheimiano Marcel Granet en *La civilisation chinoise*, trabajo suyo publicado en 1929 sobre la civilización China. Granet, enfrentado a la difícil tarea de realizar una interpretación histórico-sociológica de esa civilización, planteaba una serie de críticas de los procedimientos de la historiografía «positivista» y de sus insuficiencias cuando se trata de comprender una cultura como la de la China antigua, caracterizada en su legado actual tanto por la escasez de vestigios materiales históricos como por el divorcio (debido al carácter «utópico», recalca Granet, de los textos que han llegado hasta nosotros) entre el contenido de los textos conservados y lo que puede saberse de esta cultura a partir de esos vestigios materiales.

la interpretación sino, también, dejarse atrapar tanto por el objeto mismo como por el trabajo previo de su construcción social. Así, las fuentes deben ser interrogadas como parte inseparable de la interpretación sociológica que de ellas puede hacerse.

Para introducirnos en esta cuestión y dar cuenta de las fuentes que hemos utilizado en el proceso de recolección de datos cabe establecer una distinción general y útil entre las fuentes que hemos consultado: por un lado, las fuentes o documentos que podríamos considerar «autobiográficos», en los que la información que podemos extraer de ellos tiene un carácter de «auto-definición» o de «auto-presentación», puesto que se trata de textos en los que son los propios autores los que ofrecen la información que buscamos; por otro lado, las fuentes que tienen un carácter «institucional», pues han sido producidas por alguna instancia que tenía por objetivo la generación de algún tipo de recuento de información acerca de un grupo de población concreto (aunque en algunos de ellos, la información que contenía podía provenir de los propios autores). La distinción es útil porque es necesario tener en cuenta los límites y posibilidades que cada una de ellas introduce como fuentes para nuestra problemática.

Un ejemplo bastante obvio de ese primer tipo de fuentes son las «memorias» publicadas en forma de libros, las cuales hemos consultado en la medida de lo posible. Menos obvias son otras formas de presentación y narración biográfica que hemos consultado. Por ejemplo, las pequeñas notas biográficas que muchos de los autores de nuestra muestra han publicado en sus respectivas páginas de Internet y que hemos utilizado abundantemente. También hemos considerado como fuentes relevantes los pie de autor que acompañaban, cuando era el caso, a las tribunas libres, las cuales pueden incluirse en este grupo porque suponen una forma de presentación (aunque es cierto que está mediada por los editores de la sección de Opinión y

por lo que, en realidad, habría que considerarla como una fuente híbrida en nuestra clasificación provisional)¹⁴⁹.

¿Cómo utilizamos esta información «subjetiva» para atribuir, por ejemplo, afiliaciones institucionales? Nunca la desechamos, pero siempre tratamos de cotejarla con otras fuentes cuando esto fue posible. Un hecho interesante es que, contrariamente a lo que se podía pensar en un principio, fueron muy raras las veces en las que una atribución de un título o de una posición institucional declarada por un autor fuera «exagerada». Por el contrario, la comparación entre fuentes de carácter autobiográfico y fuentes de carácter institucional no presentó prácticamente nunca contradicciones entre los títulos y las afiliaciones institucionales declaradas por los autores y las que ofrecían otras fuentes de carácter institucional. De hecho, si este tipo de fuentes contiene algún tipo de límite se debe a que casi siempre expresan, por así decirlo, una «media verdad» y que las auto-presentaciones en muchas ocasiones dependen del espacio social en el que se producen, como ya señalaron tanto Boltanski (1973) como Jeanpierre y Mosbah-Natanson (2009) en sus respectivos trabajos sobre el IEP y Le Monde.

Sin embargo, sí que cabe centrarse en dos elementos específicos de estas fuentes y sus efectos en la recolección en la medida en que podrían constituir ciertos límites. De un lado, integrar los pies de autor de las tribunas podía provocar una cierta sobrerrepresentación de determinados campos, pues es habitual en el ESOEP utilizar como información de presentación de los «autores» algunas posiciones más que otras, más legítimas en este espacio. Así, un tipo de pie de autor habitual estaba compuesto por el calificativo «autor/a de libros», incluso en el caso de autores que podían igualmente utilizar, como presentación, otras

149 Invitamos al lector a la lectura del siguiente capítulo para ver algo más acerca del valor de estos «pies de autor» como información sociológicamente pertinente y de su papel en la organización del ESOEP.

posiciones sociales de reconocido prestigio. Sin embargo, pensamos que el posible efecto de sobrerrepresentación derivado de este hecho queda neutralizado, en gran medida, por la consulta de otras fuentes, de las que se extraen las otras posiciones en caso de que existan. Por otra parte, la mayor parte de la información de carácter «subjetivo» acerca de las afiliaciones o posiciones sociales era expresada en un vocabulario más próximo al de la «profesión» y las «clasificaciones profesionales» que al que hemos empleado como hipótesis de trabajo, lo que requirió un trabajo adicional de reformulación.

El otro tipo de fuentes que hemos consultado, el tipo «institucional», fue igualmente utilizado intensivamente. Algunos ejemplos¹⁵⁰ de este tipo de fuentes que hemos consultados tienen el carácter de monografías como el *Diccionario biográfico español* (2012), el *Quién es Quién en España* (en diversas ediciones de diversos años) o el *Atlas político de la Democracia* (1997). Por otra parte, también utilizamos, como un recurso muy útil para la obtención de la información biográfica, las necrológicas publicadas en varios periódicos españoles, especialmente en el propio *El País*, *El Mundo* y *ABC*. También accedimos a diferentes artículos de carácter conmemorativo de diversos autores publicados en otros medios, como algunas revistas científicas.

La búsqueda y selección de este tipo de fuentes tampoco fue fácil, a pesar de lo que aparenta esta breve ejemplificación de las fuentes utilizadas finalmente. De hecho, ¿cómo buscar y seleccionar tales fuentes? En cierta medida, las fuentes, por lo menos las que hemos usado en esta investigación, no están «dadas» de antemano; hay que buscarlas, encontrarlas y extraer de ellas una significación determinada por la problemática (y así, por nuestras

¹⁵⁰ Para ver un listado completo de las fuentes utilizadas para el trabajo de recolección de datos, remitimos al lector al Anexo I de esta tesis doctoral.

intuiciones e hipótesis)¹⁵¹ y todo ello a pesar de que su existencia es producto de todo un trabajo social de elaboración previo (estas fuentes son producidas por determinadas instituciones con determinados fines y a su vez recogidas, seleccionadas y organizadas en los centros de documentación a los que puede acceder el investigador) que juega igualmente un papel notable en la configuración de tal selección¹⁵².

Este tipo de fuentes tiene dos grandes propiedades que hay que tener en cuenta para su uso sociológico, puesto que introduce efectos específicos en el análisis, en la medida en que están construidas según principios particulares de las instituciones que las «fabrican»: en primer lugar, el carácter socialmente determinable de la población que es objeto de este tipo de fuentes y, en segundo lugar, los posibles efectos de «censura» acerca de determinadas informaciones que introducen algunas de las fuentes de este tipo.

En efecto, las necrológicas o los diccionarios biográficos como el *Diccionario biográfico español* se caracterizan por referirse únicamente a las «personalidades sobresalientes» del país en general. En nuestro caso, los problemas derivados de esta representatividad social particular de dichas fuentes no han ejercido efectos importantes, pues hemos observado la relativamente elevada posición de nuestra población de estudio en el espacio social: los autores de tribunas del ESOEP constituyen, en gran medida, una población

151 En este sentido, cabe recordar que la lectura de una fuente como, por ejemplo, el *Quién es Quién en las letras españolas* varía en función de los objetivos e hipótesis implicadas en el acto mismo de leer. Así, alguien podría leer dicha fuente para buscar en ella la dirección de algún escritor importante con el fin de enviarle la nueva novela que acaba de escribir y que quiere enviar a un certamen de «talentos literarios». Es evidente que esta lectura es distinta en sus objetivos de la de alguien que utiliza dicha fuente para extraer «información» que sirva de índice de «ejercer efectos en el campo literario».

152 En nuestro caso, la consulta de la mayor parte de las fuentes, tanto de los diccionarios biográficos como de las necrológicas a los que tuvimos acceso, fue facilitada, principalmente, por la consulta de los fondos de dos instituciones particulares: la Biblioteca Nacional de España y la Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid. Además, Internet se reveló como un medio indispensable para acceder a varias páginas web de organismos internacionales como la del Gobierno de Portugal, el Gobierno de Francia, etc.

de «notables». Así, fueron pocos los autores de nuestra muestra que no aparecieron en alguna de dichas fuentes. En cualquier caso, aunque no pudimos hacer un trabajo muy desarrollado en ese sentido, este hecho recuerda en qué consiste uno de los significados sociales fundamentales de dichas fuentes: aparecer en ellas es ser digno de ser parte de la «memoria» del grupo, al menos desde el punto de vista de la «instancia» que produce la monografía.

En segundo lugar, quizás de forma más importante, los efectos de «censura» que pueden darse en algunas de estas fuentes pueden ser considerables. Por ejemplo, una fuente «literaria» puede estar orientada a dar información sobre aspectos relevantes de la obra de un autor y obviar todo tipo de información económica. El efecto de este tipo de censura, la subrepresentación de algunos campos a la que puede conducir, será visto en la interpretación que exponemos en el siguiente apartado de este capítulo, cuando lo apliquemos a los campos específicos en los que tiene lugar.

2.1.4 La entrada y grabación de los datos y el tratamiento final de la variables

Finalmente, cabe decir unas breves palabras sobre dos aspectos. En primer lugar, la parte más «mecánica» del trabajo: la consulta de las fuentes y la grabación de la información pertinente en la base de datos editada en el software EXCEL para ello. En segundo lugar, el tratamiento mínimo de esta información incorporada en la base de datos para convertirla en una variable utilizable.

El proceso de consulta y grabación es un proceso bastante lento y trabajoso. Su duración fue de ocho meses de trabajo. Las dificultades mayores de este trabajo derivan de su

naturaleza prolongada. En efecto, es difícil escapar, en un trabajo tan prolongado, al influjo de los esquemas prácticos de percepción y evaluación que amenazan en todo momento con introducir principios de clasificación no controlados, incluso contradictorios entre sí. Es por ello que el ejercicio de «reflexividad» y de «vigilancia epistemológica» tiene en este punto una importancia vital. Por lo demás, tampoco hay que concebirlo como un proceso meramente «pasivo»: el esquema final de trabajo es producto de numerosas correcciones que se fueron produciendo a lo largo de este trabajo.

Después de recolectar toda la información en la base de datos, pasamos a la segunda fase de elaboración de la variable «campo de posición ocupada», construida como una «variable derivada» de toda la información recogida anteriormente. En particular, resumimos la información acerca de las posiciones de cada autor en diferentes variables de carácter dicotómico (Sí/No) que refleja la ocupación o no de posición en cada uno de los campos. De este modo, pudimos tratar dichas variables (una por cada campo retenido) a través del procedimiento de Respuesta múltiple de SPSS y realizar el análisis acerca de los campos de las posiciones de los autores a partir del cual hemos constituido la interpretación que sigue.

3 *Los campos de actividad en el ESOEP. De los poderes sociales y su refracción en el espacio periodístico de la opinión*

Todo el argumento que nos ha llevado hasta este punto ha consistido básicamente en un gesto teórico (al que ha acompañado una serie de efectos prácticos en el análisis en la forma de decisiones estadísticas básicas): más allá de la constatación de la determinación por el alto

volumen de capital de los autores de tribunas del ESOEP y de las consecuencias (siempre importantes) de este hecho, hemos apostado por ir más allá e introducir la necesidad de ver diferencias en el seno de dicha población en lo que se refiere a los espacios sociales de actividad de los agentes que participan en él. Y el resultado no es otro que el de introducir en el análisis nuevas consideraciones sobre dicho espacio. Consideraciones igualmente relevantes.

En particular, hemos realizado una doble observación pertinente desde el punto de vista de los espacios de actividad (o campos) que ocupan los autores de tribunas del ESOEP. En primer lugar, recordar el hecho (que ya se nos hizo patente desde el principio del análisis, desde la construcción de la variable «campo de posición ocupada», como vimos anteriormente) de que no hay un único espacio de actividad, sino una pluralidad de espacios de actividad en este espacio. Al mismo tiempo, esta pluralidad se ve condicionada por una desigual distribución de los diferentes espacios de actividad de los que provienen sus agentes, una desigual movilización de las competencias y de las especies de poder que funcionan en dichos espacios de actividad. En efecto, todo parece apuntar que, en este espacio social, se da una representación específica del espacio social español y no únicamente en razón del alto volumen de capital de los autores de tribunas que lo frecuentan, sino que también se da en relación al tipo de espacios de actividad (o campos) que ocupan o han ocupado sus autores.

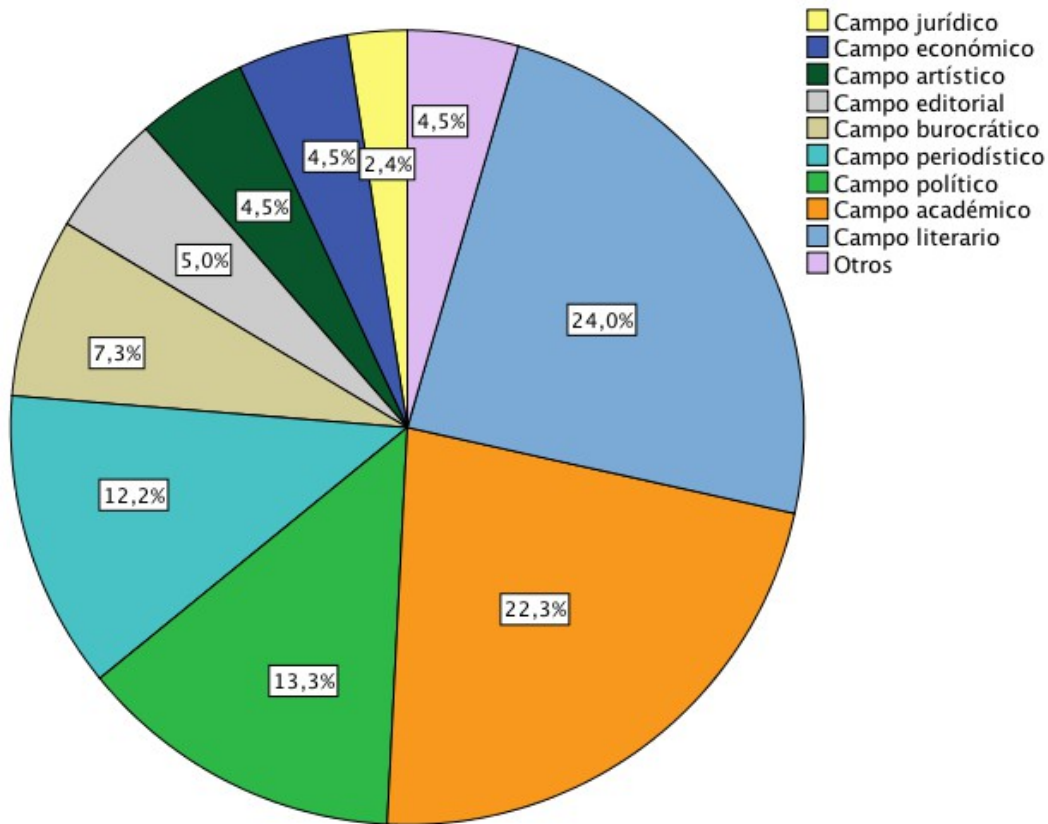
A partir de la distribución de frecuencias de la variable «campo de posición ocupada», representada en la Ilustración 1, podemos comprobar ambos puntos. En ella podemos ver que el número de espacios de actividad presentes en dicho espacio social es de 12, un número que a priori expresaría cierta «pluralidad» de mundos en el ESOEP. Sin embargo, aún más

evidente resulta el desigual peso estadístico de estos campos y, por extensión, de las competencias movilizadas por sus agentes.

En el lado de los que menor peso estadístico tienen en relación al total de posiciones ocupadas por los autores de tribunas del ESOEP ($N = 854$)¹⁵³, hemos agrupado, en la categoría «otros» (4,5%), campos como el religioso (2,2%), el sanitario (1,5%) y el educativo (0,8%). En efecto, son relativamente pocos los autores que, habiendo ocupado posiciones en alguno de estos campos, participan en el ESOEP entre 1986 y 1988. Las posiciones del campo educativo son fundamentalmente de profesor de secundaria y destaca su bajo porcentaje, especialmente en relación al elevado porcentaje de agentes que ocupan o han ocupado posiciones en el campo académico (22,3%). La proporción de estos últimos es alta en relación a la de aquellos, lo que nos lleva a pensar que en el ESOEP se produce (o, incluso, se magnifica) también una valoración diferencial del profesorado de Universidad en relación al de Secundaria (la cual, a priori, existe probablemente también fuera de él, en el espacio social español, en la época considerada).

153 En este punto conviene recordar dos cosas. En primer lugar, que hemos optado por describir las frecuencias de la variable en relación a la población de autores y no a la de tribunas. Puesto que manejamos una base de datos (de tipo relacional, pues ambas están conectadas entre sí) para cada una de estas poblaciones, podíamos tomar cualquiera de las dos decisiones. Por el hecho de que los pesos estadísticos de cada campo no difieren prácticamente en función de si se toma como individuo estadístico a los autores o a las tribunas, hemos optado por la primera opción, aunque siempre hemos cotejado ambas posibilidades por la información diferente que pueden ofrecer en algunos casos. En segundo lugar, hay que recordar que, como señalamos en el apartado anterior, la variable «campo de posición ocupada» es una variable sintética que recoge para cada autor sus diferentes posiciones, por lo que la N en la que se basan estas páginas corresponde a las posiciones ocupadas y no a los autores ($N = 854$ posiciones ocupadas, contra $N = 452$ autores de tribunas).

Ilustración 1: Frecuencias de campos de las posiciones ocupadas por los autores de tribunas del ESOEP (1986-1988)



Por su parte, también se da un número pequeño de posiciones en el campo sanitario, una categoría que nos pareció pertinente tener en cuenta en los primeros pasos de la recolección de datos. En ese momento, nos dio la impresión¹⁵⁴ de que existían numerosas afiliaciones institucionales (como «jefe de cardiología de hospital», «miembro de asociación de psicoanálisis», «director de institución de psiquiatría») y otras informaciones (como «consulta privada de psicoanálisis») que no tenían acomodo en ningún campo de los que constituimos

¹⁵⁴ He aquí una nueva prueba de la utilidad del análisis estadístico y de la necesidad de tomar distancia frente a las primeras impresiones y frente a las expresiones del tipo «como cualquiera que haya frecuentado las páginas de la sección de Opinión de *El País*» o «después de haber leído más de 1.000 tribunas» y, sobre todo, de las conclusiones que se extraen a partir de este tipo de observaciones

como hipótesis anteriormente y que podían considerarse como equivalentes bajo esa categoría específica, creada en gran medida en el propio proceso de recolección¹⁵⁵.

Finalmente, entre estos campos menos representados, también merece comentario el campo religioso. En primer lugar, es necesario no confundir «religión» con «campo religioso» y así no extraer de este resultado generalizaciones como que la religión no tiene ninguna importancia en el ESOEP (aserción que vendría a oponerse a toda una serie de observaciones en relación al papel social de la religión en el periodo del que hablamos). En efecto, no hemos considerado como una posición en el campo religioso todas las expresiones de religiosidad laica, si un autor de tribunas lego es creyente o no. La hipótesis es que la creencia no es determinante en el acceso al ESOEP: se entiende que los legos creyentes participan en virtud de sus otras posiciones (otra cosa es que un capital de relaciones de agentes en el campo religioso pueda ayudar a un lego creyente a acceder a este espacio, pero se trata de un dato que desconocemos). De lo que se trata es de recabar las posiciones más «codificadas» del campo religioso¹⁵⁶. En segundo lugar, a pesar de todo, parece que existe una cierta presencia pública de la «reflexión cristiana» (decimos bien, pues los agentes que han ocupado posiciones en este campo son todos de confesión cristiana). Sin embargo, esta participación parece menos relacionada con la alta jerarquía eclesiástica que con posiciones intermedias y

espontáneas.

155 De hecho, que nosotros sepamos, Bourdieu no utilizó nunca el concepto específico de «campo sanitario». Se trata, por lo tanto, de una apuesta de categorización *ad hoc*, la cual finalmente apenas tuvo incidencia en el recuento estadístico.

156 Por otro lado, sí que hemos incluido como posiciones en el campo religioso algunas afiliaciones institucionales como «miembro de Cristianos por el socialismo» o la pertenencia a algunos sindicatos de orientación cristiana como la USO. También, hemos utilizado algunas calificaciones como «doctor en teología» como expresión de una posición en el campo religioso, especialmente si iban acompañadas por las instituciones en las que fue obtenido este doctorado. Esta última decisión está fundamentada además en los análisis de Vázquez García (2009): hipotizamos que la importancia del campo religioso en el campo filosófico (y en el campo intelectual en general) que allí muestra Vázquez García podía estar también muy presente entre la población del ESOEP.

de «base» en el campo: de los 19 autores que han ocupado posiciones en el campo religioso en nuestra base de datos, sólo 3 (16%) tenían estatus de «obispo», 10 (52%) ocupaban posiciones intermedias (sacerdotes o auxiliares) y 6 (32%) en organizaciones de base¹⁵⁷. Por otro lado, estos agentes del campo religioso que participan en este espacio están definidos por características muy particulares: todo apunta a que se trata de los agentes con disposiciones más intelectuales de entre ellos. Así, todos ellos han publicado al menos un libro de temática religiosa o de ensayismo religioso en el mercado editorial y 8 de ellos (42%) han publicado más de 10 libros de la misma temática.

A continuación se sitúan una serie de campos con una representación mayor que los anteriores, como el jurídico (2,4%) y el económico (4,5%). Se trata de dos campos que probablemente estén subrepresentados en relación a su peso real a causa de las dificultades que, para su caso, presenta la recolección de datos. En el primer caso, porque en las fuentes se producen algunas dificultades en relación a posiciones menos «codificadas». En muchos casos, toda la información que poseíamos era la de la calificación «abogado», la cual no distingue entre «abogado» en cuanto que licenciado en derecho y «abogado» en cuanto que colegiado o en ejercicio. Dada la frecuencia de esta no diferenciación en las fuentes, decidimos optar por un criterio restrictivo y solo admitimos información acerca de posiciones mejor expresadas en las fuentes: «buffet de abogados propio», «juez de instrucción de Audiencia provincial», «magistrado del Tribunal supremo», etc. Por todo ello, es muy probable que muchos individuos que sí ocupan posiciones menos codificadas como los abogados en ejercicio y otras funciones en el campo jurídico no hayan sido categorizados

157 En qué medida se trata de agentes de disposiciones «progresistas» en el seno del campo religioso es algo que no podemos responder con los datos que manejamos. Por lo demás, la relación entre el «progresismo» y el pensamiento cristiano en España durante los años 60 y 70 ha sido estudiada por Juliá (2004).

como tales y esto tenga por consecuencia que valoremos su peso en el ESOEP por debajo de su importancia efectiva.

El caso del campo económico es similar en este sentido. Pero en este caso, podemos estar incluso más seguros de su recuento a la baja a causa de tres factores principales. En primer lugar, por las propias fuentes de información histórica de las que ya hemos hablado. En efecto, la censura de lo «económico» es especialmente destacable en muchas fuentes que hemos consultado (por ejemplo, en fuentes biográficas del campo literario -como la *Enciclopedia de Escritores en Lengua Castellana*- nunca se comenta este tipo de información), siendo quizás una de las pocas excepciones las fuentes similares al *Quién es Quién*, orientadas a las calificaciones «económicas» y «políticas» de su población-objeto, aunque evidentemente no se puede conocer a través de ellas información económica relevante (por ejemplo, no vamos a encontrar allí información sobre la posesión de acciones en determinadas compañías, etc.). Además, hay que añadir que nuestro trabajo adolece de una profundización en este campo: solo al final de la investigación conocimos la existencia de algunos anuarios de instancias económicas relevantes. La consulta sistemática que no hemos podido hacer de ellos permitiría mejorar la información que poseemos en relación a las posiciones en el campo económico en el futuro y así dar a este campo el lugar que probablemente corresponde a su influencia en el ESOEP. En tercer lugar, la subrepresentación de posiciones en el campo económico es igualmente un efecto de la propia estructura del periódico. Las páginas que el periódico dedica a Economía-Trabajo albergan también una serie de tribunas libres en las que participan agentes del mundo empresarial, sindical, etc. Contar sólo con las tribunas de la sección de Opinión (como hemos hecho) es, por lo tanto, una operación que afecta al recuento de los agentes que han ocupado posiciones en el campo

económico. Por lo demás, ¿qué hay que entender por «campo económico» y qué posiciones hemos recabado de él? Lo que hemos recabado son posiciones en determinadas instancias del campo económico. Evidentemente, en las sociedades capitalistas, como el caso de la española de finales de los ochenta, el campo económico tiene un papel determinante en la configuración de la vida social y prácticamente de pocas cosas podrían decirse que son ajenas a la lógica de aquel. Con esta categoría, sin embargo, hemos intentado recabar las posiciones más codificadas que se ocupan específicamente en determinadas instancias que ejercen efectos en el campo económico. Para dar una idea de estas posiciones podemos dividir y presentar algunos datos de cuatro tipos de instancias del campo económico que recabamos acerca de 39 individuos en la recolección de datos: asociaciones empresariales (4 posiciones, 10% del total), empresa (28 posiciones, 72% de total; 17 posiciones con el status de «directivo» y 11 de «propietario») e instancias reguladoras del mercado (7 posiciones, 18% del total).

Un campo de similar peso estadístico en el ESOEP de esos años es el campo artístico (4,5%), el cual está, al menos apriori, menos subrepresentado en relación a su peso efectivo que el económico o el jurídico. Aquí hemos incluido posiciones que venían expresadas por títulos como «despacho propio de arquitectura», «miembro de la Real Academia de Bellas Artes», etc. En el caso de este campo, también hemos aceptado determinada información, en cuanto que hipotética expresión de ejercer efectos en él, como la obtención de diferentes premios y reconocimientos de diferentes instancias de consagración del campo. Así, por ejemplo, la Medalla de Oro de las Bellas Artes, el Premio Nacional de Diseño o el Premio Nacional de Música. Es cierto que existen algunas posiciones intermedias en este campo de difícil categorización según nuestro esquema basado en campos, como por ejemplo la crítica

de cine o música (a menudo posición complementaria de una trayectoria artística paralela o posterior). Finalmente, las hemos incluido en el campo. Pensado en términos de «disciplinas artísticas» (evidentemente cada una de ellas con un desigual grado de legitimidad fuera y dentro del ESOEP), los autores del ESOEP que han ocupado posiciones en este campo son arquitectos, cineastas, pintores, escultores o músicos. Aunque no sea uno de los campos mayoritarios, no hay que tomar a la ligera el valor de lo «artístico» en el ESOEP y en el periódico en general¹⁵⁸.

El campo editorial (5,0%) está muy relacionado con el literario (casi el 40% de las posiciones en el editorial incluyen también posición en el literario y con el académico. Para este campo, solo contamos posiciones derivadas de afiliaciones institucionales declaradas en instancias editoriales. Los estatus que recogimos fueron el de directivo, propietario y asesor editorial.

Un cierto salto cuantitativo se produce entre el peso estadístico del campo editorial y el del campo burocrático (7,3%), el quinto campo más presente en el ESOEP¹⁵⁹. Las afiliaciones institucionales que hemos recogido en las fuentes y que han sido atribuidas a posiciones en el

158 De hecho, desde el punto de vista del periódico en su totalidad, se muestra con claridad la legitimidad periodística de lo «artístico». Como primer indicador de esto, hay que acudir evidentemente al hecho de que el propio periódico contenga múltiples espacios en los que se da cabida a acontecimientos artísticos, como en las rúbricas de Cultura y Espectáculos y en suplementos como el de «Arte». Otra anécdota en este sentido es la participación de Miquel Barceló en el diseño de la portada del suplemento especial conmemorativo del décimo aniversario de *El País*, en 1986, algo señalado orgullosamente en el propio texto del suplemento.

159 Desde otro punto de vista, el campo jurídico y el campo burocrático podrían ser agregados y sumar así un 9,9% del total de posiciones. Sin embargo, no todas las posiciones en el campo jurídico podían ser clasificadas como parte del campo burocrático, por lo que finalmente hemos decidido mantenerlos separados. Esta decisión no deja de tener cierto aire de arbitrariedad, pero es inevitable con los datos que manejamos por el momento: solo mediante un análisis más detallado de las poblaciones de autores que han ocupado posiciones en ambos campos podríamos llegar a una conclusión relativamente fiable acerca del grado de homogeneidad social de ambas poblaciones y de la pertinencia o no de su agregación. En cualquier caso, las grandes líneas de la interpretación que llevamos a cabo aquí no varían sustancialmente en relación a cualquiera de las dos apuestas de categorización.

campo burocrático pueden dividirse en cinco tipos: de ministerios (43% del total de 63 individuos que han sido contabilizados como ocupando posiciones en este campo), del cuerpo diplomático (25%), de la administración local (11%), de organismos internacionales (10%) y de cuerpos militares o policiales (8%). Además, más de la mitad de las posiciones recabadas asociadas a ministerios lo fueron de ministerios propios de lo que Bourdieu (1998b) denomina la «mano izquierda del Estado» (Sanidad, Educación y Cultura).

El campo periodístico incluye un 12,2% de las posiciones de los agentes del ESOEP. Su alta presencia en este espacio es, en parte «evidente», pero en realidad no tanto. A priori se podría pensar que dada la organización del ESOEP (un espacio en el seno de una empresa periodística), nada más evidente que la presencia de agentes que ocupan posiciones en el campo periodístico. Sin embargo, un análisis más detallado de las posiciones permite ver que existen modalidades diferentes de intervención en este espacio que han sido agrupadas bajo un mismo campo. Atendiendo al status más elevado que han alcanzado estos agentes, existen dos tipos de intervención periodística en el ESOEP. En primer lugar, un tipo de intervención protagonizada por altos cargos de la empresa periodística (el 46,8% del total de 94 autores que han ocupado posiciones en instancias de prensa) y, en segundo lugar, otro por periodistas de redacción (el 53,2%). Además, destaca que el 30,8% de los agentes provienen de instancias de prensa extranjeras, lo que nos habla de una voluntad de establecer relaciones

internacionales, también en la forma de colaboraciones en el ESOEP¹⁶⁰. En este espacio, también se moviliza un capital periodístico internacional.

El campo político (13,5%) es el tercer campo en relación al número de posiciones ocupadas por los autores de tribunas del ESOEP. Muestra que el peso del campo es elevado en el ESOEP, aunque no es el más elevado y su porcentaje está en torno a 10 puntos por debajo del académico o el literario¹⁶¹. Puede que esto sea igualmente un efecto de subrepresentación a causa de la naturaleza misma del campo político y los efectos que esto tiene en el conteo de las posiciones que atribuimos a este campo. En efecto, el campo político es el espacio de un grado diferencial de «codificación» de sus puestos. Así, a posiciones más codificadas como la ocupación de puestos en partidos políticos o en instancias de representación como el Parlamento, habría que añadir toda una serie de posiciones menos «públicas» y difíciles de determinar a partir de la información biográfica como la de «asesor» o la propia militancia de base cuando no es mencionada explícitamente. Este tipo de posiciones que desconocemos pueden ser igualmente efectivas en lo que al acceso al ESOEP se refiere. Además de estas dificultades en el recuento de posiciones hay que añadir también las que se derivan de la trayectoria histórica de nuestro país. En efecto, contar las posiciones ocupadas en el campo durante la dictadura franquista tiene sus dificultades: más allá de posiciones censadas como

160 Destaca en este sentido la participación de algunos periodistas de instancias de prensa de otros espacios europeos. Instancias con las que el diario tenía relaciones de intercambio como *Le Nouvel Observateur* (Oliver Todd o Jean Daniel, periodistas de este semanario francés, participan en el ESOEP) o *L'espresso* italiano. Destaca el que las instancias de prensa extranjeras que participan en el ESOEP tienen una clara orientación «intelectual». Por lo demás, este tipo de colaboraciones del periodismo internacional forma parte de la política de relaciones internacionales que el diario pretendió establecer desde su comienzo mismo (Cruz y Sueiro, 2004:67 y ss.) y que ha sido aducido, en muchas ocasiones, como una de sus grandes virtudes.

161 Gran parte de los trabajos que existen sobre el ESOEP utilizan como criterio discriminante fundamental, para la comprensión de sus dinámicas, las tomas de posición política que se dan en él y sus pertenencias ideológicas. La postura tomada aquí difiere ligeramente de esa aproximación general: no es que no haya ideologías o tomas de posición política o que estas no sean muy importantes, pero reivindica que hay que tener en cuenta algunas condiciones sociales de dichas tomas de posición. Por eso, vamos a centrarnos fundamentalmente en esas condiciones sociales.

las relacionadas con las Cortes franquistas, se cuenta con una información muy precaria (por razones evidentes) acerca, por ejemplo, de todo el mundo antifranquista, cuya fuente principal suele ser los testimonios de sus participantes. Además, existe un cierto efecto de censura o auto-censura respecto de las posiciones pasadas, cierta voluntad por olvidar posiciones ocupadas durante el Franquismo que impone igualmente dificultades a este proceso.

Señaladas estas dificultades, cabe preguntarse por la naturaleza del capital político efectivamente movilizado en el ESOEP, a partir de los datos con los que contamos. Su rasgo más destacado es su carácter a dominante «institucional», esto es, del mayor peso estadístico de las posiciones en el seno de las instituciones representativas del Estado en sus diferentes niveles. De los 80 autores de tribunas de nacionalidad española que han ocupado posiciones en el campo político a lo largo de su trayectoria¹⁶², el 65% lo ha hecho en instituciones como Ministerios, Gobierno (local y nacional) o el Parlamento (local y nacional). Sin embargo, los diputados a nivel nacional (31,2%) son el subgrupo más frecuente, por encima (+ de 10% de diferencia) respecto de los otros subgrupos. El resto de autores han ocupado como posición más alta en el campo político la de personal asociado a partidos (sin posición en instancia representativa alguna), un 32,5%, o la de pertenencia a un sindicato o a una asociación (2,5%). Esto último muestra que los sindicatos y los movimientos sociales están menos representados en el ESOEP.

Finalmente encontramos los campos que predominan en el ESOEP, los cuales son dos: el campo académico (22,6%) y el campo literario (24,2%). Estos dos últimos, serán objeto de un análisis más profundo en el próximo capítulo, a causa de su importancia para nuestra problemática. De hecho, siendo ésta la cuestión central de la tesis doctoral, cabe preguntarse:

¹⁶² Es necesario indicar aquí que se ha retenido, para el conteo, la posición más alta ocupada dentro del campo político en la trayectoria de cada agente.

Capítulo III. El espacio social de la opinión de El País como espacio en el campo del poder

¿qué significa el mayor peso de los campos a dominante intelectual y qué lógicas hay implicadas en esta valorización?

CAPÍTULO IV.

UN ESPACIO SOCIAL PARA UNA INTELLIGENTSIA, UNA INTELLIGENTSIA PARA UN ESPACIO SOCIAL

1 *Introducción: un sistema de intercambio y su descripción sociológica*

El punto de partida de una consideración de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico, tal y como se presentan en el ESOEP, no puede ser otro que el del importante peso estadístico que tienen en este espacio los autores que han ocupado posiciones en el campo intelectual (definición genérica) o en sus diversos subcampos (definición específica). Frente a otros espacios sociales y frente a agentes a los que, en virtud de las posiciones que ocupan en ellos, podemos atribuir alguna forma de poder a dominante «temporal» (económico, político, etc.), los agentes que acumulan cierta forma de «poder espiritual» tienen un importante peso en las lógicas del ESOEP. Al menos, es lo que indica el análisis estadístico que hemos delineado en el capítulo anterior, a partir de las tribunas escritas en la sección de Opinión de *El País* entre 1986 y 1988.

Sin embargo, esta constatación, basada en nuestra construcción estadística, no nos exime de tener que afrontar la cuestión principal que se deriva de ella: ¿cómo interpretar la participación y la importancia, a juzgar por su peso estadístico, que tienen los agentes que incorporan alguna forma de poder «espiritual» en el ESOEP? ¿Podemos encontrar algún tipo de explicación que nos provea de un marco de inteligibilidad de estas relaciones que, en apariencia, carecen de carácter sistemático alguno?

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

La apuesta interpretativa que vamos a hacer en este capítulo es la de que esta participación y su importancia pueden ser comprensibles desde una perspectiva sociológica, como efecto de unas relaciones sociales específicas y de una forma particular de organización de dichas relaciones. En concreto, proponemos que la participación e importancia del «capital intelectual» en el ESOEP responden a un sistema (complejo) de intercambio en el que tienen una importancia decisiva una serie de bienes de un tipo particular¹⁶³. De hecho, ese conjunto de relaciones sociales se fundamenta en un tipo específico de lógica que es similar a la de las economías de los mercados simbólicos que describieron Bourdieu y sus colaboradores en varios trabajos¹⁶⁴.

En este sistema de intercambio, lo que está en juego no es únicamente una cuestión puramente monetaria¹⁶⁵. En él encontramos una lógica que no puede ser reducida a la lógica de la «economía económica» (esto es, a una lógica guiada principalmente por la búsqueda del beneficio monetario), sino una lógica económica caracterizada por la circulación de bienes de una naturaleza particular. El siguiente argumento de de Miguel (1982:37), quien ha sido también participante del ESO español durante muchos años, es muy pertinente al respecto:

163 Evidentemente, la lógica del sistema de intercambio y de interdependencias puede ser ampliada a toda participación en el ESOEP, pues no está limitada a la que tiene que ver con el campo intelectual. Sin embargo, en este capítulo vamos a centrarnos específicamente en la parte de esta lógica que depende de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico, relaciones que son, a su vez, transformadas por los efectos derivados del funcionamiento de tal sistema de intercambio.

164 En el segundo capítulo de esta tesis doctoral, a donde remitimos al lector para ver un desarrollo más completo del concepto de «capital simbólico», hemos mencionado algunos de estos trabajos. Por su relación más directa con esta problemática, *Les Règles de l'art* (1998) es un recurso indispensable para el estudio de este tipo de economía en la versión que de la misma se produce en los campos de producción cultural.

165 Esto no quiere decir que no existan posibilidades de beneficios pecunarios a partir de la participación en este sistema de intercambio. En efecto, obtener beneficios monetarios es posible a largo plazo, como lo muestran algunas de las lógicas de retroalimentación entre campo periodístico, editorial y venta de libros en la España contemporánea. Por lo demás, podemos establecer la hipótesis de que, en este sistema de intercambio, la importancia de la búsqueda del beneficio monetario variará también en función de la posición que ocupen en el campo los agentes que participan en él. En cualquier caso, la cuestión es que los beneficios pecunarios no pueden hacernos olvidar ni la existencia ni el alcance de la dimensión simbólica del intercambio que se da en él.

"Díaz-Plaja se queja de que 'el 90% de los colaboradores de periódicos no posea otro contrato que el de un simple pacto verbal', lo que les deja laboralmente indefensos (1969). Ciertamente, pero es bastante lógica esa relación extralaboral y hasta cierto punto extraeconómica. No es una cuestión económica porque los honorarios de los colaboradores casi nunca se revisan según el coste de la vida. No lo es porque, si bien todos los escritores consagrados acuerdan que 'las colaboraciones de los periódicos están mal pagadas', es raro que se retiren de ellas para ceder paso a los noveles. En realidad, las "firmas" pagan una invisible cantidad por figurar en los papeles; compran, por decirlo así, el espacio donde va su artículo, como se compra una plaza de garaje o un nicho en el cementerio. De ahí que se satisfagan con unos honorarios tan bajos. Para seguir siendo "firma" lo importante no es cobrar, sino figurar en los papeles. Entre la "firma" y el periódico se establece una relación simbiótica".

En esta descripción reflexiva se aprecia con claridad la dimensión propiamente simbólica de este intercambio. La importancia del beneficio pecunario es, para muchos de los agentes que participan en él, relativamente menor cuando se trata de participar en estas relaciones sociales, de ahí la queja de muchos agentes implicados de que apenas se «malvive» de lo que reporta la escritura de tribunas, como la de Díaz-Plaja¹⁶⁶. Por el contrario, la apuesta central del juego es «figurar en los papeles», aunque se haya de pagar una «invisible cantidad». Nuestra apuesta interpretativa es que tanto esta «invisible cantidad» que hay que «pagar» como el beneficio de «figurar» son, en realidad, dos aspectos de la misma «moneda», los cuales pueden ser aprehendidos sociológicamente mediante el concepto de «capital

166 Cabe volver a insistir en que esto no supone ignorar las condiciones sociales de una economía tan particular como ésta. Especialmente, en lo que respecta a las posiciones de los agentes en los campos a los que pertenecen y a sus condiciones económicas generales. En este sentido, habría que distinguir aquí diferentes posiciones en el continuo de autores. Por ejemplo, en relación al grado de dependencia de la dimensión económica de este intercambio. Así, habría que distinguir a los autores que obtienen de la participación en este sistema de relaciones sociales (en algunos casos, por medio de la acumulación de toda una serie de posiciones en los espacios intermedios de la difusión cultural y la industria editorial) la fuente de ingresos principal y los que no dependen principalmente de esta fuente. En cualquier caso, el beneficio simbólico es siempre un recurso potencial e importante que está en juego en estas relaciones independientemente del grado de dependencia que se tiene del beneficio económico que se deriva de este sistema de intercambio.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

simbólico». Ambos aspectos son, por lo demás, bien «reales» y producen efectos definidos, aunque no son independientes, pues requieren de su complicidad, de los esquemas de percepción y evaluación que les aplican los agentes involucrados.

La circulación de este tipo de bienes produce, en este sistema de intercambio, un doble efecto, el cual se despliega en dos direcciones opuestas. Por un lado, desde el punto de vista del periódico, éste, además de disfrutar de beneficios prácticos como la incorporación de un plantel de colaboradores que permite afrontar con mayor seguridad las dificultades derivadas del trabajo periodístico, añade la marca de lo «intelectual» a su producto, lo que aumenta su «valor», al menos para aquellos dotados de los esquemas de percepción que permiten reconocer ese tipo de «valor». Por otro lado, en la otra dirección, los agentes del campo intelectual que participan en este intercambio obtienen (de manera diferencial, según la posición que se puede llegar a ocupar en él) un aumento de su visibilidad mediática (de una forma de capital simbólico que solo el acceso a los medios de gran difusión puede proveer). En definitiva, el intercambio simbólico que se da en este espacio social tiene, como efecto doble, la provisión de «valor intelectual» al periódico¹⁶⁷ y la provisión de una serie de beneficios, derivados de la difusión que posibilita el ESOEP, a los agentes del campo intelectual que participan en ese espacio.

Evidentemente, las relaciones que podemos observar en el ESOEP son solamente una parte de un sistema de intercambio más general entre el propio periódico y los agentes del campo intelectual. Este intercambio va más allá de este espacio e incluye otras formas de participación y colaboración como la escritura de artículos para otras secciones, la publicación

¹⁶⁷ Si bien es necesario atender a las lógicas del campo periodístico de la época en su conjunto para comprender el significado de esta apuesta y de lo que representa en relación a la posición de *El País* en

(en la forma de reseñas, por ejemplo) en los suplementos culturales del diario¹⁶⁸, la realización de entrevistas o reportajes periodísticos o incluso, en casos muy destacados, la participación en el consejo editorial del diario¹⁶⁹. De hecho, son varios los autores que acumulan dos o más de esas posiciones: publican reseñas, colaboran en los suplementos culturales, colaboran en la sección de cultura, en la sección de opinión, etc. Además, este tipo de colaboración ampliada no es un fenómeno exclusivo del periodo al que hemos acotado nuestro análisis estadístico, sino que ha sido una constante desde los primeros años de vida de *El País*. Así lo muestra el estudio de Negró Acedo (2006) sobre el tratamiento de la cultura en el diario en los años de la Transición.

Por otra parte, se podría llevar más lejos este análisis y considerar también el papel de las relaciones que abarcan al mundo editorial como un punto más en este sistema de intercambio generalizado de bienes simbólicos: la publicación en editoriales afines, la presentación en común de libros (entre periodistas y autores), los artículos de referencias cruzadas acerca de libros de autores y de periodistas (a veces considerados explícitamente como «reseñas» en los suplementos del diario, a veces no señalados explícitamente como tales, bajo la apariencia de una tribuna libre en otras secciones del periódico), la creación de revistas afines, etc. Estos no son más que algunos ejemplos de toda una serie de intercambios que amplían los vínculos entre los agentes tanto del campo intelectual como del periodístico. Por otra parte, esto nos llevaría también a un análisis de las lógicas de concentración, extendidas al mismo tiempo, en

ese campo.

168 En este sentido, no hay que olvidar que *El País* es un periódico que siempre ha concedido a lo largo de su historia un papel destacado a los suplementos culturales. Ya desde 1977 se comenzó a publicar el suplemento «Arte y Libros» y desde entonces siempre han acompañado al periódico varios suplementos culturales en diversos días de la semana. En 1991, se decidió a volver a unificar todos los suplementos culturales y se creó Babelia.

169 Dos casos conocidos de esto son los del escritor Juan García Hortelano, que al final de su vida participó en el consejo editorial del diario, y el del filósofo Fernando Savater, que formó parte de estas reuniones centrales en el funcionamiento del periódico desde la aparición del diario.

el campo editorial y en el campo periodístico y de las que solamente vemos, en los años de nuestro estudio, los primeros efectos¹⁷⁰.

En cualquier caso, nuestro análisis va a centrarse en algunas de las lógicas que se dan en esa parte del sistema total de relaciones, el ESOEP, como medio de comprender la totalidad, en la medida en que esa generalización sea posible. Y el objetivo principal de este capítulo no es otro que el de desarrollar esta perspectiva que concibe estas relaciones sociales como relaciones basadas en un intercambio fundamentalmente simbólico, las cuales no existen en el «vacío», sino que tienen una serie de condiciones de posibilidad.

Pero antes de comenzar el análisis propiamente dicho, vale la pena centrarse en las tres implicaciones teóricas más relevantes que se derivan de plantear esta cuestión a partir de los conceptos de intercambio y de economía de los bienes simbólicos. En efecto, plantear la cuestión en estos términos tiene consecuencias teóricas importantes.

La primera de estas consecuencias es que, por definición, el análisis se dirige a la dimensión colectiva de las prácticas sociales, perspectiva que hemos tratado de afirmar a lo largo de esta tesis. Sin negar la pertinencia de los elementos biológicos o psicológicos en la explicación, el objeto es el sistema de interdependencias entre agentes que ocupan diversas posiciones en él. A partir de las lógicas de este sistema, en el que participan una multiplicidad

170 En los años 80 nacieron en España los primeros grandes grupos de comunicación y los primeros grandes grupos editoriales. En el caso del campo periodístico, se inició un proceso que se acentuaría en los años 90 y 2000. De hecho, fue en aquellos años cuando surgieron o se desarrollaron grupos de comunicación como Zeta, Anaya, Moll, Correo, Recoletos, etc. La sociedad editora de *El País* (PRISA) adquirió la cadena privada de radio SER en 1985, lo que constituyó un primer paso para su apuntalamiento como un grupo mediático de considerables dimensiones. El proceso de despliegue de la concentración mediática en nuestro país está bien documentado (Pérez Gómez, 2002; Pérez Serrano, 2006; Reig, 2011; Sánchez Tabernero, 1993; Serrano, 2010). El caso del campo editorial español es similar: es en los años 80 cuando se inicia la plétora de fusiones y de compras, apoyada en la entrada de capital extranjero, que dará lugar a una serie de macrosociedades editoriales (López de Abiada, Neuschäfer y López Bernasocchi, 2001:95 y ss.) que dará al traste finalmente con la «editorial del abuelo» (Vila-Sanjuán, 2003). Ambos procesos de concentración, en la edición y en los medios de gran difusión, no están en absoluto desligados y tienen numerosas sinergias entre sí.

de individuos, es que proponemos hacer inteligible las prácticas sociales implicadas en la participación del campo intelectual en el ESOEP. Por el contrario, los elementos biológicos o psicológicos tienen un papel secundario en el análisis. Esto implica una voluntad firme de evitar, por ejemplo, las explicaciones de tipo «carismático», las cuales resuelven el problema de interpretar una acción social apelando a una serie de caracteres de la personalidad de los agentes involucrados¹⁷¹. Además, esta aproximación interesada en la dimensión colectiva implica la necesidad de atender a relaciones que pueden no ser intuitivamente advertidas por el investigador y que, sin embargo, son eficientes en los intercambios particulares. Así, una comprensión verdaderamente sistemática de estas relaciones sociales requiere el análisis de las lógicas de los campos implicados (periodístico e intelectual) y de éstos respecto del campo del poder en su conjunto.

La segunda consecuencia de esta perspectiva tiene que ver con el grado de «consciencia» en el que se desarrollan estas prácticas. Esta perspectiva postula un punto intermedio en lo que a esta cuestión se refiere y descarta las opciones opuestas de concebir la acción de los agentes implicados como totalmente inconsciente o como plenamente consciente. Los resultados de estas relaciones son sólo parcialmente controlados por sus agentes. Esta propuesta puede justificarse también en los resultados de varias investigaciones que han mostrado este carácter semiconsciente de las prácticas de intercambio entre agentes del campo intelectual y agentes del campo periodístico. Por ejemplo, la de Lettieri (2005), una

171 Si la «tentación carismática» tiene una gran fuerza de atracción, ésta adquiere un grado aún mayor de vigencia en este caso, en el que tratamos con una población situada en una posición tan elevada en el espacio social. Basta para convencerse de ello con repasar la literatura existente sobre algunos protagonistas de los campos periodístico, político o intelectual español de los años ochenta: en ésta abundan las descripciones que tienden a estructurarse en la forma de relatos de «héroes» que tratan de «grandes figuras», las cuales son presentadas como las verdaderas causas de los grandes acontecimientos del periodo. Es evidente que este tipo de aproximación tiende a borrar todos los factores sociales implicados en las prácticas sociales en las que participan esos agentes, por lo que consideramos justificado nuestro rechazo a priori de ese tipo de explicación.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

investigación comparativa sobre el espacio de la opinión de seis periódicos, la mitad franceses, la mitad italianos. Allí, la socióloga francesa mostraba, a partir de algunas entrevistas con responsables de las secciones de opinión de esos periódicos, el carácter semi-consciente de los esquemas que están implicados en su percepción de qué es lo que merece ser publicado en los espacios para la opinión y qué no. La conclusión no puede ser otra que la de que nuestro objeto consiste en dinámicas de carácter colectivo en las que el grado de lucidez de sus participantes es variable según los momentos.

Por último, una última cuestión teórica se deriva de nuestra perspectiva. ¿Está este sistema de intercambio caracterizado por la «igualdad» entre sus agentes o, por el contrario, existen una serie de condiciones que introducen mecanismos de desigualdad entre ellos y respecto de los agentes que quedan fuera de él? Esta perspectiva tiene como punto de partida la necesidad de considerar el carácter desigual de las relaciones sociales, los mecanismos por los que se constituyen procesos de distribución no equilibrada de recursos socialmente valorados. Se parte de una concepción agonística de las relaciones sociales. Y los resultados, derivados de esta hipótesis, nos llevan a afirmar, también para estas relaciones sociales de intercambio, tanto la existencia de mecanismos y procesos de desigualdad como de un carácter inherentemente agonístico de las mismas. Como hemos visto en el capítulo anterior en relación al espacio social en general y, como se hará evidente en este capítulo respecto del campo intelectual, nuestro objeto constituye un sistema de intercambio desigual que, en la medida en la que tiene por condición básica una serie de recursos escasos, puede ser considerado un «mercado» en el que tienen lugar relaciones de carácter conflictual.

Considerar de este modo este espacio nos impone matizar la descripción, en términos de una «simbiosis», de la relación entre los colaboradores y el periódico que propone de Miguel

en la cita anterior. También, la que propone el propio Aranguren (1981) cuando define la relación entre los «intelectuales» y *El País* como una «fusión inédita entre poder colectivo y poder intelectual en España». Ambos términos, «simbiosis» y «fusión» (que no implican ni conflicto ni desigualdad), probablemente expresan la visión de estas relaciones desde el punto de vista de dos agentes bien situados en ese intercambio. Sin embargo, en calidad de sociólogos hay que dar cuenta tanto de los puntos de vista de los mejor situados como de los peor situados y de las situaciones de «crítica»: hay que desarrollar una perspectiva que vaya al fundamento de las actitudes, esto es, que sea capaz de integrar ambos puntos de vista. Para dar un contrapeso a esas visiones más optimistas y para hacerse una idea del carácter agonístico que rodea el acceso limitado a este espacio, bastaría con un breve repaso a las múltiples críticas dirigidas al funcionamiento de estas relaciones (y, en particular, al funcionamiento mismo del ESOEP, del diario y, en una época posterior, del grupo PRISA) y a sus efectos en la vida intelectual española.

En este sentido, esta aproximación contrasta también con otras opciones teóricas en el espacio de los posibles sociológico, como la implicada en el concepto de «Art World» del sociólogo estadounidense Howard Becker (2008). Así, nuestra perspectiva, y las observaciones a las que nos conduce, nos llevan a rechazar la idea de concebir este espacio como un «mundo de la opinión», el cual estaría basado en una serie de relaciones sociales sujetas a una descripción desde la idea de «cooperación». De hecho, las relaciones de «cooperación» propiamente dicha pueden ser consideradas solamente como uno de los modos de funcionamiento de las relaciones entre los agentes del ESOEP, pero no es el único. Probablemente, incluso, es menos frecuente. El ESOEP se revela, desde nuestra perspectiva y bajo las regularidades que hemos encontrado, como un espacio en el que prima la desigualdad

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

de acceso y de obtención de sus beneficios, de lo que derivan ciertas relaciones de competencia y conflicto que se desatan en más ocasiones de las que la idea de cooperación permite aprehender. Por lo demás, si la perspectiva en términos de sistema de intercambio desigual se hace cargo de un mayor número de situaciones, tanto las que funcionan próximas a la lógica que describe la idea de «cooperación» como las que no (olvidadas por aquella), ¿por qué preferir una descripción que se hace cargo de menos manifestaciones de un fenómeno que otra?

Finalmente, es necesario hacer algunos matices de carácter metodológico en relación a nuestra propuesta. En efecto, ésta tiene algunos límites desde el punto de vista metodológico. El intento de aprehender el funcionamiento de este sistema de interdependencias, principalmente (aunque no sólo, pues haremos uso de múltiple información cualitativa en la medida de lo posible), mediante la recolección de información biográfica y de su tratamiento estadístico, implica un acercamiento particular al fenómeno. Pretender examinar dicho intercambio por medio del análisis estadístico es, por tanto, hacerlo a través de algunas de las «huellas» más visibles de su funcionamiento, como las tribunas oficialmente publicadas, las cuales, aunque constituyen una de las informaciones más indispensables, solamente permiten el acceso a una parte del conjunto de relaciones sociales implicadas. Esto supone, por ejemplo, no poder contar en el estudio con toda la serie de intercambios de carácter «informal» que funcionan en este mercado específico y que una observación etnográfica permitiría registrar. La razón fundamental de la ausencia de este tipo de observación es evidente: la distancia temporal que nos separa del objeto. Sin embargo, no hay que subestimar las razones que dependen de la naturaleza de estas relaciones. Incluso si nuestro objetivo tuviera una delimitación más contemporánea, no cabe subestimar las dificultades que

introduce la naturaleza misma del juego: gran parte de estas relaciones se desarrollan de manera «privada», sin grandes alardes de publicidad. De hecho, todo apunta a que esto es una condición *sine qua non* del juego mismo, que ha de desarrollarse bajo un cierto grado de opacidad, especialmente en relación a los individuos más alejados a él y que no reúnen las condiciones para acceder a él. Las razones de este funcionamiento no pueden ser aquí más que objeto de especulación, pero una buena hipótesis de partida podría ser la de que, efectivamente, el valor de lo que está en juego en este espacio es lo suficientemente alto como para imponer una cierta lógica opaca a los mecanismos que se despliegan en él.

2 *Las condiciones sociales de la intervención intelectual en el ESOEP*

Hasta aquí, hemos señalado las principales determinaciones de la aproximación propuesta para la comprensión del fenómeno de la participación e importancia del «capital intelectual» en el ESOEP. El siguiente paso es el de entrar de lleno en la cuestión de la naturaleza de dicho sistema de intercambio en la medida en que podemos aprehenderlo a partir de las fuentes que manejamos. Se trata de un sistema que no hemos de concebir como de «libre circulación», sino como una configuración social específica con sus condiciones sociales de funcionamiento. Estas condiciones son, en gran medida, el fundamento de una serie de efectos que se derivan de aquel sistema y que afectan no solo a las relaciones entre el campo periodístico y el campo intelectual, sino al espacio social general en su conjunto, aunque estos últimos efectos no sean el objeto de nuestro análisis.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

Pero antes de entrar en la cuestión de los efectos (más compleja y menos fácilmente accesible), a lo que cabe dirigir el análisis, en primer lugar, es a las condiciones mismas del sistema de intercambio, como vector principal para la comprensión de las lógicas que están en juego en él. Este sistema tiene diversas condiciones de las que trataremos a continuación. Las más evidentes y las más accesibles son las que se derivan de qué es una «tribuna de opinión» en cuanto que producto periodístico por excelencia del ESOEP. Las características de las «tribunas libres» introducen ya una serie de condiciones generales que son también condiciones de la participación en el ESOEP.

¿Qué es, de hecho, una «tribuna libre» o «tribuna de opinión»? La definición estándar de la misma la considera «un espacio que el periódico deja abierto a disposición del público invitado por el medio para la inserción de otras opiniones ajenas al periódico... Generalmente son textos de exposición y de solicitud clara de opinión sobre asuntos actuales de interés general» (Armañanzas y Díaz Noci, 1996). Una prueba de su valor diferencial en relación a otro tipo de piezas periodísticas es que se la considere, en el propio Libro de Estilo del diario, como una pieza ajena, en gran medida, a las normas de estilo impuestas al resto de textos periodísticos que alberga el diario: las tribunas «responden al estilo propio del autor, y no serán retocadas salvo por razones de ajuste o errores flagrantes... El criterio es que en tales originales debe respetarse al máximo la voluntad de su autor» (País, 1990). Si los demás tipos de texto periodístico están sometidos a las reglas (demasiado estrictas, para muchos periodistas) propuestas en el Libro de Estilo, la «tribuna libre» goza de un estatus privilegiado en este sentido, prueba de que tiene un valor diferencial para los propios periodistas de *El País*.

La «tribuna» también posee un formato de presentación diferente a otros tipos de textos propios del diario. Cuatro elementos constituyen su formato de presentación estándar en el periódico durante los años que hemos analizado: un título, el cuerpo de texto (presentado con un cuerpo menor de letra que los otros elementos y en el que se expone esa «opinión sobre asuntos actuales de interés general», a través de una «una construcción discursiva retórica, cuyo principal objetivo es la persuasión», Armañanzas y Díaz Noci, 1996:36)¹⁷², una ilustración relacionada con la publicación y un «pie de autor» (que podemos subdividir a su vez en el nombre del autor, generalmente en la parte superior, y la información relativa de su identidad, no siempre presente y situada al final del texto en una letra de menor tamaño)¹⁷³. En algunos casos, cuando la tribuna forma parte de una «serie» relativamente fija dentro de la propia sección de Opinión, como la de las tribunas publicadas bajo el epígrafe de «Temas de

172 Casi no es necesario señalar que la mayor parte de los análisis de las «tribunas de opinión» y de la «opinión» en general se han centrado en el cuerpo de texto como unidad fundamental de análisis. Así, se han hecho múltiples análisis de contenido del cuerpo de texto de diversos *corpus* de tribunas o, con otra intención distinta, se ha procedido a una enumeración de las propiedades genéricas (y diferenciales frente a otros textos periodísticos) que serían atribuibles a este «género» de texto periodístico (para esto último ver León Gross, 1996 y Casals y Santamaría, 2001) . Menos atención han recibido el título o el pie de autor, los cuales parecen ser considerados en muchos análisis como «auto-evidentes» o no pertinentes a juzgar por la escasa importancia que se les otorga. Por el contrario, el olvido de estos elementos en los análisis resulta sociológicamente cuestionable. Sin olvidar la importante información que proveen los demás elementos, el pie de autor constituye una información privilegiada para la comprensión del funcionamiento del espacio de la opinión. Este olvido y sus consecuencias no es más que otra prueba de la importancia de la construcción del objeto como un procedimiento que tiene importantes consecuencias en la investigación.

173 Precisamente, el pie de autor es una de las información más interesantes de una tribuna. Se trata de una información que, como vimos en el capítulo anterior, utilizamos también para la recolección de datos y la constitución de la variable «campo de posición ocupada». Sin embargo, este no es el único tratamiento posible del pie de autor como información sociológicamente pertinente. En el caso de nuestra observación, el «pie de autor» expresa también información acerca de algunos modos de presentación considerados «legítimos» en este espacio, como en el caso que mencionamos anteriormente del uso de la expresión «autor de libros» para calificar a algunos autores frente a otras de las adscripciones posibles. También aporta información acerca de las diferencias que los periodistas perciben en relación a diferentes autores. Por ejemplo, si el Libro de Estilo (1980:32) insta a que toda tribuna de un autor «ajeno a la redacción» incluya un «pie de autor», «por conocido que éste [el autor] sea», la mayoría de las tribunas de este periodo no ofrecen información relativa sobre la identidad del autor (exceptuando el nombre, obviamente, información que nunca falta en una tribuna). Solo cuando el autor es extranjero o se considera que debe ser «presentado» al público lector se indicaba información acerca de su profesión, colectivo de pertenencia, etc. Se trata, por lo tanto, de información interesante acerca del funcionamiento de este espacio, aunque no hemos podido profundizar en ello.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

nuestro tiempo» o la de las tribunas publicadas como «Lecturas de» (rúbrica con la que el diario introducía textos literarios de varios de sus colaboradores habituales en su sección de Opinión, normalmente durante algún periodo vacacional y tituladas «Lecturas de verano», «Lecturas de Año Nuevo», etc.), se añaden algunas informaciones sobre el contenido de la pieza o sobre su autor que sirven de aclaración al lector de la misma.

Una de las primeras limitaciones que introduce la configuración de las tribunas es la de su reducido espacio. Una tribuna no tiene una extensión ilimitada. Aunque el espacio puede variar según diversas circunstancias (no todas las tribunas tienen el mismo espacio, incluso en un mismo ejemplar varía el tamaño entre las tribunas publicadas dentro de la propia sección de Opinión), el cuerpo de texto de una «tribuna libre» de la sección de Opinión de *El País* tiene una extensión aproximada de 900 a 1200 palabras. En este espacio, sus autores deben desarrollar una argumentación acerca de los temas o bien solicitados desde la redacción, o bien propuestos por el propio autor, lo que impone también algunas coerciones en relación al tipo de argumentación que es posible desarrollar en él. Además, las aportaciones que tienen lugar en ese espacio están normalmente orientadas a diversas cuestiones de la actualidad (en ocasiones, cuestiones muy dispares entre sí: desde la política internacional del gobierno socialista a cuestiones de salud, pasando por la discusión del legado de algún escritor importante del canon literario recientemente fallecido), lo que implica tanto un corto plazo de tiempo para su redacción como una notable trabazón con el acontecimiento. Todo esto añade nuevas determinaciones en relación a los autores potenciales, pues se ha de contar con un mínimo de competencias «intelectuales» que permitan lograr elaborar una exposición bajo esas tres condiciones: en un reducido espacio, en un tiempo determinado (más bien limitado) y, probablemente, sobre temas tan variados como la actualidad requiera.

Por estas razones, todo hace pensar que podemos considerar a la «tribuna libre» como un producto periodístico muy cercano al tipo de bienes culturales que Bourdieu definió como de «ciclo de producción corto», pues el proceso de su producción, el de su recepción y el camino que hay entre ambos, son de una temporalidad relativamente corta (al fin y al cabo, desde el propio periódico se entiende que en el ejemplar siguiente hay que ofrecer novedades y que lo anterior no merece más atención). En un corto plazo de tiempo, el tema de una tribuna puede quedar obsoleto en relación a nuevos sucesos, como su breve paso dejar escasa huella en la memoria de los lectores¹⁷⁴. Pocas tribunas adquieren un grado de «trascendencia» respecto de la caducidad diaria a la que suelen estar condenadas¹⁷⁵.

Finalmente, es necesario recordar que no existe un número ilimitado de tribunas en un ejemplar del diario. Por el contrario, durante el periodo estudiado se publicaron cada día en la sección de Opinión de *El País* unas 2 tribunas de media. En nuestra base de datos recogimos 631 tribunas publicadas en el 86, 531 en el 87 y 631 en el 88, números algo inferiores al total

174 Lo que puede ser un arma de doble filo para los autores de «tribunas». Si el olvido al que tiende la «tribuna», en cuanto producto de corto ciclo de vida, puede procurar cierta libertad a la hora de escribir (al menos, en lo que concierne a las sanciones derivadas de los «errores», pues éstos pueden olvidarse tan rápido como pasa el ciclo de vida de la tribuna), no es menos cierto que, en ocasiones y gracias al archivo de tribunas que realizan algunas instituciones, es posible recuperar el contenido posteriormente y utilizarlo, normalmente como un medio de desprestigio, contra su propio autor.

175 Sin embargo, esto no quiere decir que ese relativo grado de «trascendencia» no exista y que no tenga interés un análisis de los factores que participan de ese fenómeno, como parte de las lógicas de funcionamiento del Espacio de la Opinión. ¿Cuáles son los factores que hacen posible incrementar el grado de «trascendencia» de una «tribuna» respecto de su ciclo de vida de corto plazo -pregunta que fácilmente puede derivar en una poética cínica del artículo de opinión-? Evidentemente, algunas tribunas «trascienden» por factores básicos como el contenido o los medios discursivos empleados en su elaboración, quizás también porque en ambos aspectos se introduce alguna forma que se percibe como «escandalosa». Más allá de estos factores más reconocibles, existen también otros modos por los que una tribuna puede escapar del olvido. Por ejemplo, la práctica, frecuente entre autores de tribunas, de publicar en una monografía las tribunas que han escrito en los periódicos, una forma de otorgarles otro estatuto y ponerlas a circular en un circuito de temporalidad más amplia que la de la propia tribuna periodística (por no citar más que unos ejemplos de esto, relacionados con el ESOEP, véase Verdú, 2003 o Llamazares 2008). Otra forma de «trascendencia» proviene de las «controversias» potenciales que pueden generar algunas tribunas, las cuales provocan una sucesión de respuestas en cadena que se alargan en el tiempo. También ocurre que una tribuna provoca reacciones en la forma de respuestas dirigidas a la sección de cartas al director y éstas, a su vez, sirven de acicate para réplicas del autor comentado.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

real de la sección de Opinión y, por supuesto, inferiores respecto del total de tribunas libres diseminadas a lo largo de todo el periódico y sus suplementos, las cuales no fueron objeto específico de conteo estadístico en este trabajo¹⁷⁶. Lo que nos lleva a concluir que, dentro de la configuración misma del periódico, existe una serie relativamente limitada de tribunas y así de las oportunidades posibles de escribir este tipo de piezas periodísticas en la sección de Opinión. Por lo demás, las tribunas de esta sección se distribuyen normalmente en las 3 páginas de media que ocupa la sección de Opinión, cantidad que varía según los días de publicación y en la que están incluidas otras piezas como el editorial del diario, las cartas al director o la intervención del defensor del lector y que no supone más que un 4 ó 5 % respecto del total de páginas habitual del diario (se trata de cálculos totalmente aproximativos ya que la extensión total del periódico es muy variable según los días de publicación -el dato está calculado a partir de un total medio presupuesto de 60 páginas de extensión de un ejemplar del periódico-). Sin embargo, esta aparente escasa extensión se contrapone a la importancia que se deriva del emplazamiento de esta sección en el orden de secciones del periódico: la sección de Opinión solo está antecedida por la de Internacional, de modo que es la segunda rúbrica del diario que encuentra un lector o lectora que comienza la lectura de un ejemplar en el orden sucesivo de páginas que proponen los creadores del diario.

Hasta aquí hemos comentado lo que podríamos denominar como condiciones básicas y de carácter «técnico», por así decirlo, del ESOEP. Sin embargo, este tipo de condiciones no agotan por entero las limitaciones de este espacio. Esto supondría olvidar el papel que juegan los procesos periodísticos inmediatos que están en la base del funcionamiento del ESOEP. En efecto, es necesario ir más allá de aquellas condiciones generales y añadir a éstas la condición

¹⁷⁶ La razón de esta diferencia y su fundamento están explicados en la introducción de la segunda parte de la tesis, en el apartado sobre la estrategia metodológica.

fundamental de que acceder al espacio disponible para la escritura de «tribunas» no es un acto «libre», pues no toda persona que así lo desee puede optar a alguna de esas escasas oportunidades posibles de publicación. Estas escasas oportunidades son objeto de una discriminación añadida. Esta selección recae, en última instancia, en los propios periodistas de *El País* (y en el caso que nos ocupa, al menos a priori, de los periodistas de la sección de Opinión), quienes deciden lo que merece ser publicado en el espacio disponible para «tribunas» y lo que finalmente aparecerá en las respectivas páginas del periódico en los sucesivos días. Este papel relevante de los periodistas en los procesos de selección ha sido aprehendido, especialmente en la sociología anglosajona de los medios de gran difusión, con el concepto de «gatekeeper»¹⁷⁷, esto es, de los individuos «que actúan en las empresas periodísticas seleccionando las informaciones que llegan a ellas acerca de los acontecimientos ocurridos, al considerarlas como más relevantes o de mayor interés para una determinada audiencia» (Armañanzas, 1993a)¹⁷⁸. En el caso de la sección de Opinión de *El País*, la selección que llevan a cabo los periodistas de los textos que van a publicarse puede ser de dos tipos: o bien solicitan ellos mismos las piezas a determinados autores, o bien escogen de entre las propuestas que se les hacen llegar. Esta información, si una pieza ha sido solicitada o si ha sido escogida específicamente de entre otras, nos es desconocida, aunque sería una

177 Aclaremos que el concepto en su versión habitual va más allá de los procesos de selección referidos al espacio de la opinión, pues normalmente se utiliza para designar a otros procesos de selección implicados en la consideración periodística de diferentes acontecimientos.

178 Cabe añadir a esta definición básica, como hace la propia Armañanzas, que la función de «gatekeeper», a pesar de que el concepto -en sus primeros usos- la reducía a individuos aislados, puede ser ejercida y estudiada en varios niveles: en el del grupo de periodistas de una sección, en el de las instancias particulares del campo periodístico, en el nivel de los medios de gran difusión en su conjunto, etc. En la perspectiva de la teoría de los campos en la que nos basamos en este trabajo, el concepto de «gatekeeper» tiene una función más descriptiva que explicativa, pues esta función debe ser puesta siempre en relación con las lógicas más generales del campo periodístico y nunca ser utilizada como factor individual de explicación. Finalmente, Armañanzas (1993 y 1996) ha estudiado con detalle los procesos de selección que específicamente se dan en las prácticas del «periodismo cultural», un recurso muy valioso para el análisis de los procesos que investigamos aquí.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

información muy valiosa para el análisis de las lógicas de este espacio. Tampoco hemos podido saber con exactitud la relación entre las propuestas que reciben los periodistas para su publicación y las tribunas finalmente publicadas; qué porcentaje de ellas, por ejemplo, es desechado. Ahora bien, si seguimos a Juan Cruz (1996)¹⁷⁹, uno de los participantes de esta operación de selección en cuanto que jefe de Colaboraciones de *El País* desde octubre del 86, lo que sí sabemos es que los textos enviados superan con mucho los publicados y que hay un alto grado de selección entre los textos propuestos y los que finalmente aparecen en el ESOEP¹⁸⁰:

Era muy difícil publicar en El País, porque había sitio muy escaso para las colaboraciones, pero es cierto también que resultaba muy difícil que El País no te publicara si escribías razonablemente bien y, además, tenías algo que decir... Era cierto también el problema de espacio, que hizo que el territorio nacional se llenara de agraviados porque El País no publicaba sus artículos. Un escritor tuvo incluso la iniciativa de agrupar, sin éxito, a los que alguna vez hubieran tenido un incidente con el periódico por este motivo. Pero si cabían todas las ideas, no tenían sitio todos los artículos, y esa es una dificultad imposible de salvar en un diario. (Cruz, 1996:137-138)

Las condiciones generales y las que derivan de estos procesos periodísticos de selección implicados nos dejan una imagen muy específica del ESOEP como un lugar de acceso limitado. Los bienes que ofrece este espacio son escasos y de difícil acceso. El interés

179 Las memorias de Juan Cruz sobre la vida en la redacción de *El País* constituyen una fuente muy útil para la comprensión de las lógicas de funcionamiento de la Sección de Opinión de *El País*. Por ello, recurriremos a ellas en múltiples ocasiones, como medio de conocer algunos aspectos menos objetivados del funcionamiento del ESOEP y menos conocidos del punto de vista de los propios agentes que participan en él.

180 Por otra parte, este alto grado de selección se produce también en lo que se refiere a las Cartas al Director que publica la propia sección de Opinión del periódico. Según Juan Luis Cebrían (citado en Cruz y Suiero, 2004:258), se habían recibido unas 100.000 cartas al director hasta 1980, de las cuales solamente fueron publicadas unas 4.000, esto es un 4% del total, lo que da una idea del grado de interés que existe para publicar en la sección de Opinión de *El País* y del grado de selección al que son sometidas las propuestas de publicación.

permanente en acceder a él y que se muestra en el hecho de que siempre haya más demanda que oferta de acceso, también indica que lo que está en juego es una serie de bienes valorados. Y, probablemente, más valorados en cuanto que la dificultad de su acceso y disfrute es mayor y porque la población «demandante» supera en número a la de la cantidad de los bienes «ofertados». En este sentido, parece que estas condiciones generales de acceso al ESOEP, las cuales lo convierten en un espacio restringido, justifican el recurso a la metáfora del «mercado» como medio de descripción inicial de las lógicas que se dan en este espacio social: lo que hay en juego en él son una serie de bienes escasos que generan una lucha de competencia por ellos y que, dada su rareza, introducen lógicas de creación de «valor».

2.1 El juicio periodístico y sus condiciones

Así, una cuestión fundamental para comprender el funcionamiento del ESOEP y de una parte esencial del modo en el que llega a funcionar como un sistema de intercambio (entre periodistas y colaboradores en general, pero también y más importante para nuestra problemática, entre periodistas e «intelectuales») es la de las lógicas de ese proceso mediante el que se escogen los textos y los autores que finalmente aparecerán en el espacio disponible para tribunas en el periódico. A partir del análisis de las lógicas de este proceso, podemos ampliar nuestro conocimiento del funcionamiento de ese sistema de intercambio que se da entre campo intelectual y ESOEP.

El análisis de este proceso de selección no está libre de obstáculos, pues como hemos señalado, nuestro análisis se basa fundamentalmente (aunque no solo) en las «objetivaciones»

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

accesibles de dicho proceso de selección (las tribunas efectivamente escritas y su conteo estadístico), lo que constituye solamente una parte de la información relevante acerca de los procesos prácticos reales que se dan en esta operación de dimensión «colectiva». Esto supone un riesgo, pero también un paso necesario para la comprensión completa de esas lógicas, el cual deberá ser completado por la información que pueda recabarse en el futuro.

Lo que interesa destacar aquí es que, para comprender dicho proceso, vamos a hacer una apuesta específica en lo que se refiere a su reconstrucción conceptual. Frente a las teorías que conciben este proceso periodístico de selección y sus efectos como producto de un plan consciente y orquestado de antemano, planteamos que ese proceso de selección debe concebirse como una serie de prácticas socialmente situadas. Éstas funcionan a la manera de un continuo de estrategias pautadas por la urgencia de la acción periodística, la cual tiene lugar en un espacio de relaciones de interdependencia. Así, los procesos sociales implicados en este proceso no están controlados íntegramente por ninguno de los agentes que participan en él, aunque evidentemente la capacidad de influir en ellos es desigual. No es resultado de un plan previo, sino producto de múltiples estrategias situadas en las relaciones de interdependencia al interior del campo periodístico como en relación a otros campos y, entre ellos, el campo intelectual.

Sin embargo, esto no significa que el analista deba renunciar a hacer inteligible el proceso. No debemos vernos empujados, por el momento, ni a una exaltación de lo imprevisible ni a concluir que existe una distribución aleatoria de las opciones y de los resultados del proceso. Por el contrario, nuestro análisis muestra la existencia de regularidades en él y en los resultados a los que conduce, sin que obedezcan a un plan consciente. Por el contrario, la causa de las regularidades debe buscarse en el encuentro mismo entre dos series

solo relativamente independientes (y que dependen, a su vez, de lógicas sociales más generales): el espacio de los posibles de la colaboración ilustrada y las condiciones institucionales del juicio periodístico. De un lado, las lógicas propias de los campos intelectuales y las disposiciones de sus agentes y, del otro lado, la organización institucional del trabajo periodístico¹⁸¹ y las disposiciones de los periodistas.

Es por ello que, para comprender los resultados del proceso y para valorar mejor los efectos generales que tiene en la relación entre el ESOEP y el campo intelectual, hemos de centrarnos en ambas series de condiciones¹⁸².

2.1.1 El «conocimiento del medio»: un juicio en el seno de la organización periodística

El juicio periodístico implicado en la selección de los textos que van a ser publicados como tribunas está sometido a una serie de coerciones que tienen como fuente la organización misma del trabajo periodístico, desde la configuración específica de la sección de Opinión y su equipo en el marco de la empresa periodística que es *El País* hasta las lógicas de funcionamiento del propio campo periodístico español de la época. El proceso de selección de los textos de «opinión» tiene, como su marco inmediato de posibilidad, este espacio en el que se da la práctica periodística.

181 En sus múltiples escalas y niveles de referencia: a nivel de las lógicas del campo periodístico del periodo, a nivel del periódico y su posición en el campo periodístico español del momento, a nivel de la posición de los periodistas de Opinión en la jerarquía del diario, etc.

182 Este proceso de selección en el seno del ESOEP, hasta donde podemos saber, no ha sido objeto de un análisis empírico pormenorizado. Exceptuando el trabajo de Casals (2004), que incluye tanto *El País* como otros periódicos españoles y que se sitúa en el año 2000, solo podemos citar como trabajo que ha intentado este objetivo el de Vidal-Beneyto e Imbert (1986), parte de un esfuerzo colectivo para la comprensión del fenómeno que fue *El País* en su propia contemporaneidad. Allí, estos dos autores adelantaron varias características de este proceso a partir de una muestra de artículos de opinión situada en los meses de Septiembre-Octubre de 1980.

Lejos de constituir un trabajo «libre», la producción de la información en una empresa periodística es un trabajo organizado y pautado que no escapa a un mínimo de «racionalización» (Neveu, 2009:44 y ss.). La empresa periodística es objeto de organización tanto de los papeles y roles de quienes forman parte de ella como de todos los elementos del proceso de producción de la información, el cual está subordinado en gran medida a varias rutinas establecidas y a la estandarización del tratamiento de la información, de las fuentes¹⁸³, etc.

La sección de Opinión de *El País*, espacio en el que se dan cita los periodistas encargados del proceso de selección de autores a publicar, no es una excepción a todo esto. Está igualmente sometida a una organización racional del trabajo y de los puestos, los cuales están jerarquizados. Las posiciones más elevadas dentro de la jerarquía de los periodistas de opinión están bien «situadas» en la propia empresa periodística que es *El País*. Así lo muestra el organigrama del diario de esos años, lo que no es sino otra prueba de la importancia que tiene la «opinión» en la jerarquía periodística de la empresa. En la mancheta de Enero del 86, aparecen varios puestos importantes en relación a la organización de la opinión en el diario.

183 Un ejemplo de esto es el papel que cumplen las agencias de información y de noticias. Tales agencias proveen a los periodistas que trabajan para instancias concretas de una serie de medios estandarizados de acceso a la información. En el caso que aquí nos ocupa, en el de las tribunas de Opinión y su selección y tratamiento, estas agencias cumplen igualmente un cierto papel en las lógicas de selección. En los años 80, en España existían ya diversas agencias de información que contaban entre sus servicios con un apartado específico relacionado con los «artículos de opinión». Uno de los ejemplos más sobresalientes de esto es el de la propia Agencia EFE, que en 1983 contaba con dos servicios destinados a ello: el de «Grandes firmas» y el de «Crónicas de fin de siglo». Estos servicios contaban con una nómina de colaboradores que escribían textos que luego eran distribuidos por la propia agencia a diversos periódicos tanto españoles como latinoamericanos. Destaca el que, a juzgar por la antología de treinta «grandes firmas» que publicó la propia agencia (1987) -aunque ello pueda introducir un efecto de sobreselección-, este grupo de autores asociados a la agencia está compuesto mayoritariamente por escritores ampliamente reconocidos como Borges, Cortázar, Sábato, Carpentier, Cela, Fuentes, etc. Por otra parte, desconocemos el dato de si una tribuna de las que hemos utilizado para nuestra base de datos ha sido seleccionada utilizando los servicios de alguna de estas agencias o no, una información que sería muy interesante incluir en el futuro. En este sentido, sería beneficioso estudiar los criterios de selección (bien sean derivados de las propiedades de los autores, bien lo sean por criterios propios de la rutina periodística) que funcionan en el caso de las tribunas escogidas únicamente a partir de los servicios externos al periódico.

El de Vicente Verdú, encargado de «Opinión» en general en el diario. El de Javier Pradera, jefe de la sección de Opinión hasta febrero del 86, quien tras una colaboración desde los comienzos del diario, dimitió por su participación en la elaboración del manifiesto de intelectuales por el Sí a la entrada de España en la OTAN. Por su parte, también Verdú abandonaría aquella posición, en octubre de 1987, para convertirse en redactor Jefe de Cultura. En ese momento desapareció de la versión publicada del organigrama del diario la figura de encargado de la opinión del diario.

Otra posición relacionada con la sección de Opinión y que revela la importancia concedida tanto a la propia sección como a la función que ésta ejerce, en cuanto que espacio de atracción de agentes externos a la propia empresa periodística, es la de «jefe de colaboraciones», papel que era encarnado por un periodista del medio y que tenía por función la gestión de las tribunas y de la sección de cartas al director. En los años en que hemos centrado el análisis estadístico, Lluís Bassets encarnó este puesto hasta octubre de 1986, momento en el que Juan Cruz asumiría dicho rol hasta septiembre de 1988. A partir de entonces, época en la Joaquín Estefanía sustituiría a Cebrián como director del diario, también desapareció el puesto de «jefe de colaboraciones», para no aparecer más que el de «jefe de la sección de opinión», que recayó sobre Ángel Sánchez Hardinguey, quien asumió dicha posición tras el traslado de Juan Cruz a redactor jefe de Cultura.

Las relaciones con la Dirección del diario también parecían fluidas e inmediatas en lo que concierne al proceso de selección de colaboradores para el ESOEP. Así, lo señala Juan Cruz en varios pasajes de sus memorias, en las que señala la intervención del propio Cebrián en diversos problemas con los colaboradores. Este papel de la dirección en el proceso también es afirmado por varios colaboradores, quienes reconocen haber negociado directamente con

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

Cebrián la posibilidad de colaborar con el diario¹⁸⁴. Hay que recordar que, en última instancia, Cebrián tenía un poder importante sobre lo que pudiera ocurrir en la sección de Opinión y en las colaboraciones en el diario en general. Al fin y al cabo, el propio Estatuto de la Redacción aprobado en 1980 en el seno de la empresa, reconoce el derecho de veto del director, último responsable de lo publicado en el diario.

Más difícil de determinar, a partir de la información que manejamos, son las posibles intervenciones que los accionistas del diario hayan tenido en el proceso de selección de los textos. Es evidente que ellos mismos constituyen colaboradores potenciales, pero también pueden jugar un papel en el proceso de selección en la medida en que aportan conocidos y relaciones que puedan servir como colaboradores. Sin embargo, desconocemos su capacidad (diferencial, probablemente) para imponer nombres, información que habrá que añadir en el futuro.

A pesar de todo esto, no hay que minusvalorar, al menos desde el punto de vista de las dinámicas del ESOEP, el papel de los periodistas ni de esta sección ni de las demás secciones «culturales» del diario. En muchos casos, ellos son los auténticos intermediarios entre las lógicas de la empresa periodística y los colaboradores que finalmente acceden al ESOEP. Así, no sólo basta con seleccionar los textos a publicar, bien porque lleguen a la redacción, bien porque se soliciten. Esa selección debe ajustarse igualmente a un principio más general de *El País* como empresa periodística y de la acción que estos periodistas deben llevar a cabo diariamente en ella: mantener y entretener una demanda de autores constante y suficiente para las necesidades de publicación diaria de tribunas. Esto es, a pesar de lo valioso que pueda

184 Otra información que desconocemos y que sería muy interesante para el análisis de este espacio: qué colaboradores contactaban directamente con Cebrián (presumiblemente, los más prestigiosos) y cuáles eran, por el contrario, contactados por los periodistas de la redacción.

resultar el espacio que gestionan, no pueden comportarse de una manera que arruine por completo todo interés por publicar en el diario.

Ese objetivo involucra, en muchas ocasiones, la constitución y el mantenimiento activos de una «agenda» (por emplear el término usado por los periodistas) de colaboradores disponibles en caso necesario. Así, un fin importante de su trabajo consiste en mantener y ampliar un «capital social» (por emplear el término que utilizan Bourdieu y sus colaboradores) de relaciones a mano, de colaboradores potenciales. Algunos periodistas «culturales» llegan a tener un importante «capital de relaciones intelectuales» que puede ser movilizado en caso necesario¹⁸⁵.

Cumplir con el objetivo de mantener una «agenda», sin embargo, no es sencillo, pues implica enfrentar múltiples dificultades. En primer lugar, las que se derivan del desequilibrio entre la escasa oferta disponible de «tribunas» (y de otros bienes de acceso que ofrece la empresa periodística) y la demanda de autores existente: hay poco espacio para publicar y muchos autores que quieren escribir, pero no todos pueden acceder según su voluntad y las «ofensas» derivadas de los rechazos y los retrasos están a la orden del día en el periódico. En segundo lugar, este mantenimiento implica igualmente tener que lidiar con la competencia de otras instancias periodísticas, que también se da en la cuestión de los colaboradores a los que aspira el periódico. El propio Juan Cruz (1996) confiesa cómo Antonio Muñoz Molina fue captado por la competencia, esto es, por el *ABC*, antes de que éste alcanzara cierta notoriedad con *El invierno en Lisboa* (1987) y la sucesiva obtención del premio Nacional de Literatura en

185 En ese sentido, sería muy interesante analizar cómo este capital de relaciones puede ser utilizado en diversos espacios sociales. En primer lugar, frente a la propia empresa periodística, pues en ella puede valorarse como un recurso precioso y ser condición para obtener beneficios dentro de ella, como una mejora de la posición en la empresa, de las condiciones salariales, etc. Por otra parte, ese capital de relaciones podría servir también en el seno del campo editorial o del intelectual, para obtener apoyo en la publicación de un libro, acceder a personas importantes del mundo intelectual, etc.

1988¹⁸⁶. Un ejemplo que muestra que, en materia de colaboraciones, también existe una cierta competencia entre periódicos¹⁸⁷. El lenguaje que usan los propios periodistas para referirse, en ocasiones, a las incorporaciones en materia de colaboración con el término «fichajes», lo que implica una analogía con el vocabulario que expresa la competencia propia del mercado futbolístico, es también una prueba de que los propios periodistas también lo perciben como tal. En cualquier caso, el grado de competencia que manejaba *El País* en esta época en materia de colaboraciones no parecía ser demasiado elevado. Al fin y al cabo, Muñoz Molina volvería al periódico y se convertiría en uno de los colaboradores más destacados del mismo. *El País* ocupaba una posición dominante también en relación a la competencia que pudiera existir entre periódicos en relación al mantenimiento o incorporación de nuevos colaboradores potenciales.

Todo esto no hace más que mostrar que la constitución y gestión de una agenda llevan también aparejados todo un «arte», un verdadero «saber-hacer» necesario para lograr un equilibrio inherentemente inestable entre las colaboraciones y el trabajo periodístico. La gestión de una «agenda» de colaboradores «intelectuales» no es fácil. Tiene sus requisitos. Para empezar, se precisan algunas competencias, en principio desigualmente distribuidas en la población en general y probablemente también entre la población de periodistas en particular. Quizás, las más importantes de esta parte del trabajo de los periodistas «culturales» sean las competencias de tipo «relacional» y las competencias asociadas al conocimiento de las

186 La anécdota es relevante también en relación a las propiedades que posibilitan el acceso al ESOEP.

Según cuenta el propio Cruz, el propio Muñoz Molina había enviado un artículo, antes de alcanzar esta notoriedad literaria, cuya publicación había sido pospuesta.

187 Por lo demás, el fenómeno de la competencia periodística ha sido ampliamente observado en la sociología de los medios de gran difusión. Una obra pionera en este sentido es la de Gans (1979). En la tradición basada en el concepto de campo periodístico también se ha hecho gran hincapié en este fenómeno, propio del funcionamiento de la prensa como un campo. Dos textos ya citados en la primera parte sirven como introducción a esta cuestión: Bourdieu (1994) y Benson y Neveu (2005).

problemáticas del campo intelectual. En el apartado relacional, hay que recordar que los periodistas «culturales» son, en muchos casos, los encargados del trato directo con los colaboradores. Tienen que saber cómo lidiar, en los casos más límite, con muchos de los «escritores» de renombre que colaboran con *El País*¹⁸⁸. Por otro lado, estos periodistas deben tener un mínimo de conocimiento acerca de las problemáticas propias del campo intelectual y de los autores con los que tratan, un medio básico para ser respetados por los escritores mismos y para orientarse en tal situación. Finalmente, desde el punto de vista de un periodista, se trata de una tarea ambivalente y que puede ser una fuente de conflictos internos. El testimonio que da Pedro Sorela, quien ejerció funciones (por un tiempo, antes de comenzar una carrera literaria por cuenta propia después de abandonar el periódico) que incluían el trato con colaboradores de *El País*, es muy elocuente al respecto:

Agarré una alergia casi insuperable a los “actos culturales” y entrevisté a cerca de ciento cincuenta escritores y saqué la conclusión de que los más interesantes eran con frecuencia los que menos se lo creían: Leonardo Sciascia, Susan Sontag, el historiador Georges Duby, el lexicógrafo Rafael Lapesa... gente ya algo de vuelta de la vanidad que atenazaba a casi todos los demás. U Octavio Paz, que pese a estar ya muy enfermo, me deslumbró tanto con su inteligencia que me bajé del taxi que me llevaba de regreso al periódico para no tener que aguantar la radio del taxista. “Y encima me pagan”, pensé agradecido cuando hablé con Leonardo

188 En este sentido, es muy pertinente el pasaje de las memorias de la vida en *El País* de Juan Cruz (1996:98-99) en el que comenta un incidente con Mario Benedetti. El célebre escritor uruguayo reaccionó de forma airada ante el hecho de que un artículo que había enviado para su publicación en el periódico no viera la luz. El propio Juan Cruz explica las razones de que no se publicara (el artículo que envió Benedetti trataba de un autor que no era conocido en el ámbito español) y cómo tuvo que dialogar con Benedetti (a quien el periodista reconoce que no podía darle las verdaderas razones de la omisión de la publicación) para que no cumpliera su amenaza de no volver a escribir en el periódico si no le publicaban el artículo. Es difícil no ver en este incidente algunas acciones que bien podrían considerarse, por recurrir a la terminología de Goffman (2013), como una forma de «calmar al primo», con un perjudicado y con un «apaciguador» o experto en el arte de la consolación, que tiene que tratar de mantener la indignación de aquel dentro de los límites de lo sensato y manejable. Por lo demás, el recurso a Goffman es muy útil a condición, claro está, de que esto no nos lleve a abstraer del análisis los recursos (y su desigual distribución) y las disposiciones que están en juego en esta relación social entre periodistas y colaboradores de *El País*.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

Sciascia tres días seguidos en Sicilia, o en otras memorables ocasiones.¹⁸⁹

Las competencias requeridas para este papel forman parte de una serie de disposiciones específicas de los periodistas que ocupan ese papel de intermediación. Disposiciones que hay que contextualizar en relación a las condiciones sociales de la población de periodistas españoles de la época¹⁹⁰. En efecto, el campo periodístico (como, en general, la sociedad española en su conjunto) sufrió cambios importantes desde el tardofranquismo. Estos cambios se manifiestan no solo en la relación del campo periodístico con el campo político (como el cambio, frecuentemente señalado, que supuso la progresiva neutralización de las políticas explícitas de censura que caracterizaron la relación entre Estado y medios de gran difusión en el periodo dictatorial), sino también en la propia población de periodistas que ocupaban posiciones en el campo entonces. Desde los años 70, la profesión de periodista se ve enfrentada a cambios en su estructura básica. En primer lugar, por la renovación generalizada de su personal, la cual es producto tanto de cambios propiamente generacionales (la sustitución de edad efectiva de los periodistas que ejercieron la mayor parte de su carrera

189 Otro testimonio de esto nos lo vuelve a ofrecer Juan Cruz en *Egos Revueltos* (2010:20): «cuidar de autores se convierte, en algún momento, en un gozo y en una pesadilla a la vez». Es más, el propio Cruz (2010:17) reconoce haber escrito este libro, de una honestidad impecable, como un «manual» en el arte del trato con los escritores y colaboradores: «Muchas veces pensé que sería útil -para mí, para mis colegas, los editores y los periodistas- poner en común algunos sucesos que tienen que ver con los autores, con sus sentimientos, con sus actitudes y con sus egos; todo es ego en la casa de los artistas, y todo contribuye a que su obra avance sobre las muletas de la propia estima. Y entonces pensé en escribir este libro».

190 No es fácil establecer un estudio básico de la morfología de la población de periodistas españoles de los últimos cincuenta años a causa de la disparidad de los datos. Para el periodo de la post-transición, los datos más fiables se refieren a los años noventa (las cifras, por lo tanto, deben ser extrapoladas a nuestro periodo con gran precaución a causa de la movilidad que existe en el sector debido a los cambios coyunturales que sufre el campo periodístico español de la época). Según el informe dirigido por Bernardo Díaz Nosty (1998), en 1997 se estimaba un total de 6.090 empleados en la redacción de los principales diarios españoles. En ese año, *El País* es el periódico con más periodistas de redacción, con un total de 373 periodistas que pertenecen a la redacción y un total de 840 empleados. Para encuadrar mejor este dato, hay que señalar que el *ABC* tenía 350 periodistas, *El Mundo* 263 periodistas, *La Vanguardia* 213 periodistas y que el resto de periódicos no llegan a la segunda centena.

durante la dictadura franquista) como también de las transformaciones propiamente sociales, que hicieron inviable para la «vieja guardia» de periodistas continuar con el oficio¹⁹¹. El principal efecto de todo ello no es otro que el de una población muy joven de periodistas en el seno del campo periodístico desde los años ochenta en adelante. La redacción de *El País* no es una excepción, sino todo lo contrario (Cruz y Sueiro, 2004). También para el caso de la población de periodistas del diario que participaron con alguna tribuna en la sección de Opinión entre 1986 y 1988, cuya media de edad (N=29) es de 45,10 años (y desviación típica de 10,83 años), la cual es inferior a los 52,10 de la población total de autores de tribunas del periodo¹⁹².

Otros factores importantes en relación a la población de periodistas del momento tienen que ver con los modos de acceso a la profesión y la formación. Entonces, ambos eran relativamente homogéneos. En lo que respecta a la formación hay que decir que la generación de periodistas activa en los años 80 desconoce aún la formación universitaria especializada y generalizada que se implantará a finales de los setenta en nuestro país. En lo que respecta a los modos de acceso, la cuestión fundamental es la de que la profesión de periodista no impone unos requisitos de acceso a la profesión en la forma de una titulación requerida (como es el caso de otras profesiones, como la de médico o abogado). La forma de comenzar una carrera periodística es más bien producto de otros factores, como el capital de relaciones personales. Se trata, por tanto, de una población joven que vivía una época caracterizada por

191 Félix Santos (1995), testigo de este cambio, lo expresa en clave de una ruptura vivida como tal por sus protagonistas: «Irrumpió con fuerza una joven generación de profesionales que, muy pronto, coparon posiciones. En este relevo generacional (una especie de ruptura), no sólo desaparecieron periodistas que se habían caracterizado por sus recias posiciones franquistas, también periodistas demócratas, ya mayores, tuvieron dificultades para sobrevivir en la nueva etapa».

192 Esto a pesar de que es probable que los periodistas que participan en la sección de Opinión tengan una edad más elevada en relación a la edad de la plantilla del diario.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

un auge de la *illusio* periodística¹⁹³, en un oficio de relativa apertura de acceso que permitía en un breve periodo de tiempo entrar en ámbitos sociales inaccesibles para otras profesiones (al fin y al cabo, nada más normal para un joven periodista que ir a cubrir una rueda de prensa en la sede de algún ministerio) y que ofrecía ciertas expectativas de ascenso en la jerarquía interna. Todas ellas son condiciones que parecen sugerir que la profesión de periodista era una vía adecuada tanto para tratar de consumir ciertas expectativas de ascenso social como para dar rienda suelta a aquellos con las disposiciones más ambiciosas. Para muchas personas (aunque habría que establecer diferencias según el origen social y el escalafón ocupado en la jerarquía periodística), la mayoría hombres¹⁹⁴, trabajar como periodista, y en un medio de ámbito nacional y con una posición dominante en el campo como *El País*, suponía un cierto ascenso social.

En el seno de esas condiciones generales, los periodistas de la sección de Opinión y de otras secciones «culturales», tienen una serie de características específicas¹⁹⁵.

193 No parece necesario tener que mostrar que la *illusio* periodística (esto es, la «creencia o adhesión práctica al valor del juego», en este caso, en el valor de la acción periodística) tuvo -y sigue teniendo, en parte, en nuestro país- un gran auge durante el tardofranquismo, la transición y en los años que la suceden en nuestro país. Múltiples e inagotables son las manifestaciones de ello: el valor del periodista y su papel en la construcción de la democracia en España y en su funcionamiento ha sido objeto de múltiples estudios (véase, por ejemplo, Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, 2009; Castro, 2010) . Por otra parte, el oficio de periodista no suele dar opción a inversiones débiles o intermitentes, pues como han demostrado Ortega y Humanes (2000) a partir de varios estudios empíricos, el propio oficio de periodista requiere una «entrega a la causa» tanto para vivir como para ascender en él. Finalmente, desde este esquema basado en el concepto de *illusio* y de creencia o adhesión práctica al juego, ¿cómo dar cuenta del cinismo en el periodismo y que, según Juan Cruz (2008), constituye uno de sus grandes males actuales? Para, Neveu (2009:25-26) existen condiciones sociales del cinismo en el periodismo, el cual es producto normalmente de una alta competencia entre periodistas y de unas condiciones laborales muy precarias. De esto se deduce que el cinismo es, en realidad, una forma particular de vivir la *illusio* periodística bajo unas condiciones sociales determinadas.

194 Otro dato más que apoya esto es que no había ninguna mujer en el grupo de 29 periodistas de *El País* que escribieron en la sección de Opinión durante esos años.

195 Entre los periodistas encargados de la sección de Opinión de esos años, aunque se trata de un efectivo muy pequeño para establecer comparaciones significativas, podemos ver también las propiedades mayoritarias de la población general de periodistas. Exceptuando a Javier Pradera, de 52 años, ninguno supera los 45 años en 1986. En orden inverso de edad: Verdú 44 años, Sánchez Hardinguey 41 años, Cruz 38 años y Bassets 36 años. Respecto del sexo, también destaca el carácter exclusivamente

Fundamentalmente porque son los más «intelectuales» de los periodistas: son aquellos que combinan la *illusio* periodística propiamente dicha con la *illusio* «intelectual», dando lugar a una combinación de ambas. Varios indicadores sirven como prueba de esto. El más relevante es el de que la mayoría de ellos publican libros por cuenta propia, una práctica mucho menos habitual entre periodistas de otras secciones. Otro indicador, menos extendido, es el de los premios intelectuales: algunos de estos periodistas han obtenido premios de carácter «intelectual». Finalmente, una trayectoria habitual entre ellos, como la del mencionado Pedro Sorela, es la de comenzar carreras «intelectuales» por cuenta propia, tras abandonar ya la práctica profesional del periodismo. A causa de estas disposiciones, que les llevan a no ser ajenos a las problemáticas y a los intereses intelectuales, probablemente sean los más capaces para establecer relaciones con los colaboradores del periódico¹⁹⁶.

2.2 El espacio de los posibles de la colaboración «ilustrada»

Naturalmente, no hay dos culturas, ni dos mil, ni media docena. Tampoco me refiero a la útil dicotomía que Snow estableció en su famosa conferencia de Rede entre la galaxia de los científicos y el ghetto de los intelectuales de letras, incomunicación gremial que llega en este país a la categoría de sordera histórica: el

masculino.

196 Sin embargo, esta «comunidad» con los valores intelectuales y los intereses de la colaboración «ilustrada» tiene sus límites. El papel de intermediarios que cumplen los periodistas culturales impide, por definición, que la relación con los colaboradores derive en una relación de competencia. Ocupan, en ese sentido, una posición ambigua e inestable: deben ser lo suficientemente «parecidos» y cercanos a sus colaboradores y, al mismo tiempo, lo suficientemente diferentes como para no ser percibidos como competidores potenciales. Una descripción de esta posición intermedia es la que hace Pinto (1984a) a partir de la observación de la relación entre periodistas y colaboradores en el semanario francés *Le Nouvel Observateur*. Finalmente, todo parece indicar, aunque no hemos podido desarrollar los datos necesarios para ello, que el fundamento de esta posición diferencial entre periodistas culturales e «intelectuales» puede estar en relación con las características sociales distintivas de cada una de esas poblaciones.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

Segundo Principio de la Termodinámica no suena a chino, lo toman por una película «S». Ignoro si son sólo dos y si merecen el nombre de culturas, pero noto nada más aterrizar en Madrid, con el estómago destrozado por la asesina naranjada que ofrecen los de Iberia para que no los olvides, que escinden el mundo entre lo mundano y lo académico, lo populista y lo elitista, lo periodístico y lo universitario. (Juan Cueto, «Las dos inculturas»)

En este punto es necesario, para comprender en su totalidad en el proceso de selección, ir más allá de sus condiciones periodísticas, de las condiciones que impone la organización del «medio». Del otro lado de la cadena, por así decirlo, se encuentran los propios colaboradores. Lo que vamos a intentar en este apartado es ver las lógicas de selección y de participación en este espacio desde el punto de vista de los autores que finalmente han accedido a él. En concreto, vamos a intentar ver algunos factores que atañen a los autores que acceden al ESOEP y que ocupan posiciones en los campos intelectuales. En primer lugar, intentaremos mostrar algunas de las propiedades eficientes que poseen estos autores, como sus posibles formas de combinación y re-actualización, las cuales convierten a estos autores en «seleccionables». Estas propiedades son siempre percibidas como tales por los periodistas que participan en el proceso de selección, sea en el caso de las colaboraciones puntuales, sea en el caso de las relaciones más estrechas y a largo plazo con ciertos colaboradores. En segundo lugar, pero de forma paralela a lo anterior, intentaremos indagar en las bases sociales de estas propiedades, lo que implica considerar la organización de los espacios sociales en las que se conforman y reactualizan tales propiedades o competencias intelectuales, como en la posición que éstas tienen en el espacio social en general. Por último, aunque no podemos centrarnos todo lo que sería necesario en ello, este mismo intento implica también una consideración de las disposiciones de los colaboradores, en especial en relación a su inclinación a participar en

los medios de gran difusión y a entablar relaciones con los periodistas. Por lo demás, como señala Bourdieu (1984:281), estas disposiciones socialmente constituidas, y por ello variables según las trayectorias sociales y las posiciones ocupadas en el campo de producción, pueden tener expresiones diferentes según lo que, en un momento determinado, pueda constituir la definición dominante de los puestos intelectuales.

La posibilidad de extraer, a partir de un análisis estadístico, estos elementos no es sencilla, pues tales elementos no funcionan de manera independiente de las otras propiedades generales anteriormente mencionadas y que hemos considerado como efectivas en el ESOEP: el alto volumen de capital en todas sus especies, la mayor edad o el predominio de los hombres. De hecho, estas propiedades generales vuelven a tener efectos al interior mismo del ESOEP.

Para ver estos efectos al interior del ESOEP podemos hacer el siguiente análisis. En primer lugar, a partir de la hipótesis (Hi1) de que la frecuencia de apariciones está relacionada con el «valor» que tiene un autor (y sus propiedades sociales) en el seno del proceso de selección en el ESOEP¹⁹⁷, podemos introducir una primera diferenciación entre autores de tribunas del ESOEP que distingue tres grupos de autores. El primero de estos grupos está constituido por los autores que han escrito únicamente 1 tribuna, 234 autores, el 51,8 % del total de autores. Dada esta frecuencia de aparición en el ESOEP, a estos autores podemos calificarlos como «ocasionales». El segundo de estos grupos consta de los autores que han escrito entre 2 y 9 tribunas, un total de 167 autores, el 36,9 % del conjunto de autores. A estos autores podemos calificarlos como de «frecuencia media». Finalmente, un tercer grupo de

197 Y así, se entiende que una mayor frecuencia de apariciones es un indicador del alto «valor» atribuido y percibido (por los propios periodistas y en relación a la posición del periódico) del autor seleccionado y de alguna de las competencias o propiedades que encarna.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

autores de «frecuencia alta» ha escrito más de diez tribunas durante este periodo en la sección de Opinión de *El País*, los cuales ascienden a 51 autores, el 11,3 % del total¹⁹⁸.

En esta división encontramos igualmente diferencias en lo que respecta a las propiedades sociales más generales como la edad o el sexo. El sentido de esas diferencias expresa nuevamente las oposiciones sociales principales que determinan el ESOEP desde un punto de vista global como espacio en el campo del poder. Así, en el interior mismo del ESOEP, a modo de diferencia entre los autores más frecuentes y los menos frecuentes, se vuelven a encontrar las oposiciones que articulan su posición en el espacio social: aumenta tanto el porcentaje de hombres como la media de edad cuanto mayor es la frecuencia de aparición. Estas oposiciones se encuentran, por lo tanto, al interior mismo de este espacio social, en una forma que recuerda a la metáfora ampliamente utilizada de las matrioskas en la literatura basada en la teoría de los campos.

Sin embargo, más allá de estas precauciones iniciales que delimitan nuestro análisis, podemos estar razonablemente seguros de la importancia en las lógicas de la colaboración «ilustrada» de dos especies de poder o competencia intelectual diferentes, a juzgar por el peso estadístico de los agentes que ocupan posiciones relacionadas con esos tipos de poder o competencia intelectual. Esta importancia parece relativamente independiente de las propiedades sociales generales que funcionan en el ESOEP, pues su peso no difiere según la

198 Una segunda hipótesis está también implicada en esta división ternaria: que hay diferencias en relación a la frecuencia de publicaciones y al tipo de intervención que producen. Esto es algo que ha sido comprobado en otras investigaciones sobre el ESO como la de Casals (2004). Por ejemplo, en relación al tipo de intervención «ocasional», la cual parece ser una constante en el ESOE en su conjunto y de sus lógicas de funcionamiento, derivadas a su vez de las lógicas del campo periodístico en general. El estudio de esta autora (2004:42) muestra que, para el periodo 2000-2001, el porcentaje de autores de tribunas ocasionales en el ESO español (el estudio se basa en los diarios editados en España que superan los 100.000 ejemplares diarios) es de 60,15%, unos ocho puntos superior al porcentaje derivado de nuestra observación. Por lo demás, no hay que confundir el peso estadístico en relación a la población de autores con la de tribunas, pues en relación a ésta última el peso estadístico de los ocasionales es bastante bajo, como veremos más adelante.

frecuencia de publicación (en todas las modalidades de intervención -ocasional, frecuencia media y frecuencia alta- existen agentes de los dos campos). Se trata de propiedades que tienen también un efecto y que contribuyen a pensar que la intervención intelectual en el ESOEP tampoco es independiente de las formas en las que se organiza socialmente la actividad intelectual.

Estas dos especies de poder o competencia intelectual movilizadas mayoritariamente en el ESOEP son el capital literario y el capital académico. Esto es, las formas de definición de lo intelectual que se valoran en el ESOEP pueden ser resumidas o bien en un tipo de competencia que, en términos generales, podemos definir como «literaria», o bien en un tipo de competencia que, aunque cuenta con diversas subespecies como veremos, tiene la característica común de estar sustentada en la institución universitaria.

Se trata de dos tipos de poder similares en algunos aspectos, pero también poderes intelectuales distintos entre sí. Si bien tienen en común su oposición relativa a otras formas de poder que podemos denominar «temporal», se trata de poderes que tienen poca relación entre ellos y que tienen bases sociales distintas: las trayectorias sociales de sus agentes son disímiles, su grado de legitimidad social son diferenciales, las instituciones que los producen y reproducen tienen rasgos diferentes y el grado de definición y codificación de sus puestos son dispares. A continuación, veremos algunas de las características de la intervención de estos poderes en el ESOEP.

2.2.1 La definición dominante del intelectual público: la palabra del «escritor» en el ESOEP y sus bases sociales

La prueba más clara, por delante incluso de la del propio peso estadístico de sus agentes en el ESOEP, de la «legitimidad» periodística de la «definición literaria» del «intelectual público» es la evidencia inmediata con la que se impone: apenas se cuestiona su existencia, ésta se da por hecho. Para nosotros que Umbral, Vázquez Montalbán y otros escriban en el ESOEP para abordar los asuntos comunes es un hecho que va de suyo y que no merece gran comentario. A lo sumo, encontramos algunas luchas en el seno del campo periodístico (y entre los comentaristas de ciencias de la comunicación que tratan de delimitar la definición legítima de la actividad periodística) acerca de ella: este campo es el seno de una lucha entre definiciones del periodismo que enfrenta una definición del oficio de periodista de los «hechos» y de la «objetividad» a otra definición de un periodismo de «interpretación», que termina por convertirse en un periodismo «literario». Así, podemos encontrar una controversia permanente entre agentes que querrían ver desaparecer toda "interpretación" en un periodismo de "hechos" y periodistas de "opinión" que consideran menos valioso el oficio de relatar (o «repetir», según se mire) de manera objetiva los acontecimientos¹⁹⁹. Esta lucha se expresa

199 Una presentación particularmente clara de esta oposición puede leerse en Cruz Seoane (2003). Imbert y Vidal Beneyto (2008) concuerdan precisamente en cómo esta oposición se daba en *El País*, en cómo la «literaturización» del periódico «iba contra los principios y la práctica del decir periodístico donde hay que contar las cosas directamente, sin perderse en florituras retóricas». Por otra parte, nos encontramos esta oposición en el propio proceso de recolección de datos para construir nuestra base de datos de tribunas. En las fuentes pudimos comprobar cómo se enfrentan dos principios de definición del oficio del periodista que tienen también dos grados de codificación distintos y que tienen relaciones conflictivas en lo que a sus vías de legitimación se refiere. Por lo demás, a juzgar por su recurrencia, parece ser una controversia permanente, con sus diferentes momentos, en la historia del periodismo. Por ejemplo, la constitución de movimientos y categorías como la de *new journalism* en los años 60 en EEUU (cuya diferencia tiene un sentido muy particular en ese campo periodístico dominado por una concepción del periodismo basada en la idea de «objetividad»; véase Schudson, 1978), la cual es asimismo objeto de disputa entre los agentes del campo. Por lo demás, Chillón Asensio (1999:351 y ss.) ha defendido pertinazmente la necesidad de distinguir el *new journalism* estadounidense del fenómeno de las relaciones estrechas entre literatura y periodismo que se ha dado en nuestro país.

igualmente en los premios y reconocimientos que se distribuyen en relación a estos dos principios efectivos en el campo periodístico español, probablemente desde el Franquismo.

A pesar de ello, los contendientes de la disputa apenas cuestionan la evidencia de esta definición y la aceptan de hecho. Considerada como algo que va de suyo, no se plantea el carácter histórico y singular de esta importancia de la competencia literaria en el ESOEP. Es solamente recurriendo a una perspectiva comparativa, de ciencias históricas, que podemos volver problemática esta ecuación que establece la relación necesaria entre «literatura» y «periodismo» en España²⁰⁰. Así, es necesario comparar el caso español con otros, como el caso alemán, donde esta relación entre la literatura y el periodismo no es tan estrecha, como ha señalado entre otros Neuschäfer (2001). Alemania representa un modelo en el que el escritor no tiene tal legitimidad social en general como tampoco en los medios de gran difusión²⁰¹. Tampoco tiene una gran presencia pública el «escritor» en el Espacio de la opinión estadounidense, según la investigación de Jacobs y Townsley (2011). En el seno de dos periódicos como el *The New York Times* y *USA Today*, los escritores son la sexta categoría en peso estadístico. Por lo demás, cabe plantearse, como hipótesis para una investigación futura, en qué medida esta relación «necesaria» entre periodismo y literatura puede estar incluso cambiando en nuestro país, a juzgar por los cambios en el ESOE actuales.

La alta valoración periodística de lo literario se muestra también en otros signos en el seno de la instancia periodística que es *El País*. A la alta frecuencia de «pies de autor» como

200 Un trabajo verdaderamente riguroso requeriría un análisis genético de esta relación y de las bases sociales que la fundamentan, cosa que cae fuera de este trabajo.

201 Sobre la legitimidad social de la literatura en Alemania, cabe citar el trabajo comparativo de Fritz Ringer (1992), quién muestra, a partir de un riguroso estudio de los sistemas educativos de ambos países, las diferencias que esta legitimidad social tiene en Alemania y Francia. Esta hipótesis también fue utilizada por Bourdieu (1998:330-331), por Pinto (1984:26) y por Jeanpierre y Mosbah-Natanson (2009).

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

el de «escritor» (incluso en aquellos casos en los que el así presentado tenía otras afiliaciones institucionales que podrían utilizarse igualmente, lo que muestra la legitimidad del «escritor» en este espacio), cabe añadir que, entre otros hechos significativos, las escasas portadas de *El País* que tuvieron durante esos años como tema principal cuestiones de «cultura» estaban dedicadas a la muerte de algún escritor consagrado, como el caso de Jorge Luis Borges.

Indagar sobre las razones de la importancia de la participación del capital literario y de su relación necesaria con el periodismo, debe partir de un análisis de las bases sociales de aquel tipo de poder y competencia en la España de la época. En efecto, el campo literario es un espacio social con características muy definidas frente a otros espacios sociales en general y también frente a otros tipos de poder intelectual en particular, como el académico. Se trata de un tipo de capital intelectual relativamente diferencial respecto del capital académico, según múltiples indicadores que podemos extraer de los agentes de nuestra muestra. En primer lugar, en virtud del escaso número de posiciones «cruzadas» entre ambos campos. Frente al 64,8% del total de 207 autores del campo literario que han ocupado posiciones de carácter regular (en puestos más «fijos», como el de redactor) en el campo periodístico, sólo un 19,7% ha ocupado posiciones en el campo académico. En segundo lugar, algunas propiedades sociales generales, como el género, introducen diferencias entre la población de autores de ambos campos: el peso de las mujeres que han ocupado posiciones en el campo literario (8,2% del total de 207 autores) es el doble que el de las mujeres que han ocupado (4,1% del total de 193 autores del campo académico), aunque a causa de los bajos efectivos estos resultados son provisionales.

Pero más allá de estos indicadores aproximados, la cuestión fundamental para comprender esa relación tan estrecha entre campo literario y campo periodístico es la del tipo

de organización social a la que está sometido el «trabajo literario». En efecto, el campo literario es el lugar de una escasa codificación de sus puestos (Bourdieu, 1998). Sus jerarquías y el grado de seguridad que se ofrece a sus ocupantes está muy poco definido, en especial, si se compara con el campo académico. El campo literario español es un espacio social en el que sus agentes se ven obligados, en grados desiguales según su origen social, a tener que ganarse la vida mediante otros trabajos: a menudo la carrera literaria requiere de ocupar diversos puestos en otras actividades. De hecho, los escritores pueden ser diferenciados en virtud del tipo de «inversión literaria» (Charle, 1981) que realizan en sus trayectorias intelectuales.

Esto se puede ver en nuestra muestra en relación al grupo de agentes a los que hemos adscrito una posición en el campo literario. De hecho, podemos hablar en el seno de esta población de cuatro grandes tipos de vivencia del trabajo literario. En primer lugar, destaca un tipo de inversión literaria cuya característica fundamental es la de que el trabajo literario se compagina, pues la literatura no supone en estos casos la principal fuente de ingresos, con posiciones en campos a dominante «temporal»²⁰². Y, en el seno de esta doble articulación, habría que hacer algunas diferencias. En primer lugar, destaca que 29 de agentes del campo literario (N=207) han ocupado posiciones en la política institucional de manera permanente. En segundo lugar, 23 lo han hecho en el campo burocrático. Menos frecuente es el caso de ocupar posiciones al mismo tiempo en otros campos «temporales», como el campo económico (11 agentes que han ocupado posiciones en el campo literario también han ocupado posiciones en instancias significativas del campo económico) o en el campo jurídico (5 agentes). ¿Se trata, en todos estos casos, de un tipo de escritura con una cierta intención

202 Por el hecho de que, según de los datos que manejamos, no es posible saber con certeza información relevante en este aspecto, como la fuente de ingresos de los autores que hemos estudiado, el siguiente análisis solo puede ser considerado como aproximativo. Sin embargo, el análisis posicional permite una primera aproximación que nos permite algunas conclusiones significativas al respecto.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

«diletante»? Lo que está claro es que, en general, se trata de un tipo particular de inversión literaria. Hay que recordar que, en esta forma de vivir lo literario y si seguimos a Charle (1981), la escritura no supone un elevado riesgo para sus practicantes, los cuales, en definitiva, anteponen las demandas sociales al ejercicio de la escritura. Más que una apuesta social arriesgada, este tipo de vivencia de la práctica social de la escritura trata de guardar ciertos compromisos sociales, lo que permite vivir más cómodamente, por ejemplo, con la percepción de un sueldo más estable.

En cualquier caso, existen casos particulares dentro de ese esquema general. Por ejemplo, el caso de las posiciones que, en el seno del campo burocrático, atañen a cargos diplomáticos. La trayectoria que aúna las actividades de «embajador» y «escritor» es común en este subgrupo, incluye a 9 de los 23 autores que han ocupado posiciones en el campo burocrático. En este grupo hay autores muy consagrados en el ámbito literario como Juan Carlos Onetti u Octavio Paz. Precisamente, en el caso particular de los escritores hispanoamericanos esta trayectoria no tiene nada de especial y permite aunar perfectamente la inversión literaria con estas posiciones diplomáticas. También existen casos particulares difícilmente aprehensibles desde el análisis posicional. Por ejemplo, el famoso caso de García Hortelano y su decisión de no abandonar su posición de funcionario en la administración a pesar de tener ya recursos suficientes para vivir de la literatura o sus espacios adyacentes.

Finalmente, este tipo de inversión también puede interpretarse como un intento de incorporar, en el espacio social de actividad principal, los beneficios simbólicos de la escritura. Por ejemplo, es el caso de los «políticos intelectuales», quienes añaden el «prestigio» de la escritura a su imagen política.

Un segundo tipo de inversión literaria que podemos definir a partir de nuestros datos es la de la trayectoria literaria ligada a posiciones más estables en el campo académico o en el campo educativo. De lo primero ya hemos hablado, un 19,7% de autores han ocupados posiciones en los campos literario y académico. Si el número es relativamente inferior a otras multiposiciones (como la que tiene que ver con el campo periodístico), se trata de un fenómeno que existe. ¿Hemos de interpretarlo como un tipo de carrera literaria secundaria o, como se podría decir a partir del discurso polemista de los agentes del campo, como un tipo de carrera de «escritor fracasado»? Es cierto que en este grupo no se encuentran escritores muy consagrados, aunque sí hay escritores reconocidos. La mayoría de ellos combinan ambas posiciones desde afiliaciones disciplinares próximas a la literatura, como la filología. Cabe destacar también un tipo de trayectoria común (y que no hemos contabilizado como posición en el campo académico) entre los agentes de este campo: la de haber ocupado posiciones como «visiting scholar». En efecto, muchos autores han ocupado posiciones temporales en la academia como un medio de ganarse la vida durante un tiempo, quizás un curso o dos y, normalmente, en alguna universidad estadounidense. Finalmente, destacan las 4 posiciones simultáneas en el campo educativo (profesores de secundaria). 4 de 7 posiciones totales de 452 autores de la muestra, lo que puede indicar que estos autores participan en este espacio, más que por su condición de profesores de secundaria, por su actividad literaria.

En un nivel menor de «codificación» y, por tanto, de estabilidad encontramos el tipo de inversión literaria más común en la base de datos: las posiciones en campos próximos al literario como el periodístico, el artístico o el de la edición. En este grupo se da, probablemente, un tipo de inversión más «arriesgada» y más próxima a la «vida para la literatura». Todo parece indicar que los agentes que ocupan esta clase de multiposiciones

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

apuestan por una trayectoria literaria «pura», pero que necesitan incorporar alguna fuente de beneficios, la cual se encuentra en espacios próximos. Aunque este esquema, evidentemente, tiene sus excepciones, como los casos de los «periodistas-escritores» que, como Vázquez Montalbán o Llamazares, defienden su doble apuesta periodística-literaria como una postura legítima dentro del campo literario. También, están en este grupo los agentes que añaden a su carrera literaria posiciones prestigiosas dentro del campo, como la de «asesor literario» de alguna editorial.

Finalmente un grupo de escritores (16) participa de un tipo de posición «pura» en el campo, pues no conocemos de ellos, al menos con los datos que manejamos, alguna posición en otro campo que no sea el literario. Entre ellos, escritores muy consagrados a nivel internacional. Sin embargo, nuestros datos actuales no nos permite tener muchas certezas acerca de ellos. ¿Viven realmente de la escritura? ¿Qué tipo de escritura les permite hacerlo? ¿No se trata de una mera falta de datos que no nos ha permitido localizar sus otras posiciones?

2.2.2 La «Ciudad universitaria» y su movilización pública

«Es, pues, cuestión de vida o muerte para Europa rectificar tan ridícula situación. Para ello tiene la *Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad*, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio -cultural, profesional o científico. De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto *ad usum delphinis*, sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un 'poder espiritual' superior frente a la Prensa representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez». (Ortega y Gasset, 2007:142)

Casi tan importante como el peso del capital literario es el del capital académico, esto es, de los agentes que han ocupado posiciones en el campo académico y que han intervenido en el ESOEP (el 22,3% del total de posiciones, como vimos en el capítulo anterior). Además, no se trata de una importancia derivada de la coyuntura del periodo que estamos estudiando. Esto lo podemos comprobar gracias al trabajo de Casals (2004). En la muestra que la profesora Casals recogió de 2.538 articulistas y columnistas, el grupo más numeroso era el de Profesores de Universidad, el 18,2% del total de individuos. Este peso estadístico (el más importante en el caso de ese estudio) muestra que el capital académico funciona también como una propiedad valorada en el ESO en España en el periodo 2000-2001. Por lo que, aunque se trata únicamente de dos observaciones, una del periodo 1986-1988 y otra de esos dos años de comienzo del siglo XXI, todo hace pensar que, en general, la posesión de capital académico es una carta de presentación inmejorable para acceder al Espacio de la opinión en nuestro país en el periodo democrático.

¿Es esta alta valoración de lo académico una singularidad española? Otras observaciones para otros contextos específicos parecen indicar que no es el caso. Investigaciones como las de Lettieri (2005), Kowalchuk y McLaughlin (2009) y Jacobs y Townsley (2011) han señalado la importancia y -en la mayoría de los casos- predominio, de la intervención académica en los espacios de la opinión que tienen por objeto tales investigaciones: el francés, el italiano, el estadounidense o el canadiense. Así, todo parece indicar también, desde una perspectiva comparativa entre países, que la relación entre la Academia y ESO es una relación habitual y que se valora la palabra sustentada por la jerarquía universitaria y por su legitimidad en los espacios de la opinión del campo periodístico de diferentes países. Es por

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

ello que resulta interesante un análisis de la intervención académica en estos espacios, la cual resulta particularmente significativa desde un punto de vista de conjunto.

La palabra académica movilizada en el ESOEP tiene, desde un punto de vista global, una serie de rasgos sociales particulares. En concreto, tres aspectos destacan de su incorporación. En primer lugar, destaca el peso relevante de lo que podríamos definir como una circulación internacional del capital académico en este espacio. En efecto, hasta el 32,1% de las posiciones académicas están radicadas en instancias académicas extranjeras. Esto habla, principalmente, de dos cosas: en primer lugar, de una cierta «repatriación» de saberes que provienen de agentes que han sufrido alguna forma de exilio académico (el 19,4% de las 62 posiciones en instancias extranjeras son de autores nacidos en España); en segundo lugar, y quizás de manera más determinante, de una apertura internacional del ESOEP en relación a las posiciones académicas. En este sentido, cabría concluir que el ESOEP juega un cierto papel en la internacionalización de la vida intelectual y cultural española, un espacio para la presentación de saberes académicos que provienen del extranjero.

Tabla 1: Institución Universitaria de pertenencia

	Frecuencia	Porcentaje
Univs. de Barcelona	24	12,4
UAM-UNED	25	13,0
UCM	43	22,3
Otra Univ. España	33	17,1
Extranjera	62	32,1
Instancia parauniversitaria	6	3,1
Total	193	100,0

Ya en lo que se refiere al capital académico radicado en España, destaca el que las instituciones universitarias más representadas en este espacio sean las más «centrales», como la UCM, de donde procede el 22,3% de las 193 posiciones atribuidas al campo académico. Le

sigue en porcentaje la agregación «Otras universidades españolas», con un 17,1% del total (agregación justificada por la razón de que ninguna de estas universidades por separado tiene un peso estadístico suficiente como para tenerla en cuenta). En cuarto lugar, está la agregación de dos universidades madrileñas que comparten también su origen relativamente reciente, lo que se puede interpretar doblemente como parte de la importancia de las universidades capitalinas en este espacio, pero también como el indicio de una cierta apertura del ESOEP a un tipo de instancias académicas singulares en relación a las universidades más establecidas. Por último, las universidades de Barcelona (12,4%) y un tipo de institución específica, las «parauniversitarias» (3,1%), esto es, instituciones a las que podríamos denominar como «think tanks» para utilizar un vocabulario más actual. Destaca precisamente este escaso peso en este periodo. Una hipótesis interesante de investigación para el futuro sería la de la comparación de esa escasa importancia con la que hoy pueda tener en el ESOEP y las transformaciones del campo académico de las que ese cambio podría ser una expresión.

Otro rasgo general de la movilización del capital académico en este espacio tiene que ver con el status académico. En particular, dominan (57,4% del total de 188 autores con posiciones académicas²⁰³) los agentes que ocupan posiciones de Catedrático o de poder universitario (como rectores, decanos, etc). Las otras posiciones de la jerarquía académica están menos representadas en este espacio, aunque existen y tienen su papel en todo ello. Si tomamos el peso de las instancias centrales (particularmente el de la UCM) y el del estatus académico elevado, hay que concluir que en el ESOEP no solo se moviliza un alto grado de capital académico, sino que éste consiste en un tipo de capital académico al que podría definirse como «establecido».

203 Esta variable tiene 5 casos perdidos.

Tabla 2: Status académico

	Frecuencia	Porcentaje
Catedrático-Cargos Universitarios	108	57,4
Profesor Titular o equivalente	53	28,2
Asociado-Ayudante	21	11,2
Otros	6	3,2
Total	188	100,0

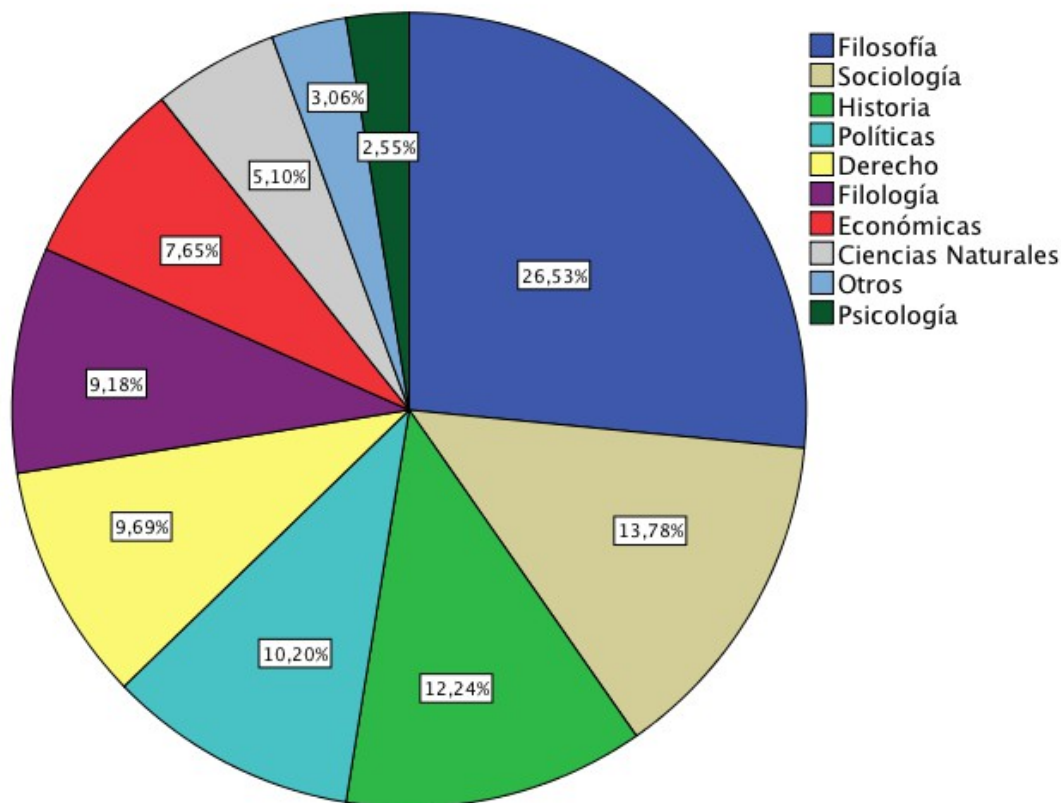
a. Las disciplinas universitarias y su legitimidad periodística

Sin embargo, cabe establecer algunas diferencias al interior de este tipo de capital intelectual, pues existen variaciones relevantes en su seno en virtud de las diferentes competencias intelectuales que aquel engloba. En efecto, dentro de la propia «ciudad universitaria», cada disciplina académica es valorada de manera diferencial, a juzgar por su peso estadístico, en el seno de este espacio. Existen, por volver a utilizar el vocabulario conceptual que hemos preferido aquí, diferencias en lo que a la «legitimidad periodística» de estas disciplinas se refiere. Estas diferencias pueden observarse en el siguiente gráfico²⁰⁴:

204 Cabe señalar aquí que el procedimiento utilizado para la obtención de información acerca de las afiliaciones disciplinares es similar al que hemos utilizado, en el capítulo anterior, para recabar los campos de las posiciones. Hemos permitido la caracterización múltiple de un autor en relación a su afiliación disciplinar. Así, los autores pueden ser categorizados en varias disciplinas si así lo reclaman en su presentación o si así aparece en alguna de las fuentes utilizadas. Por todo ello, nuevamente las N difieren. La N de afiliaciones disciplinares (N = 196) es superior a la que le correspondería al subgrupo de autores con posiciones académicas a los que pudimos asignar alguna afiliación disciplinar (N=181). Por lo demás, esto último indica (N=181 frente a N=193) que hay 12 autores a los que no pudimos atribuir afiliación disciplinar alguna por diversas razones.



Ilustración 2: Frecuencias según la afiliación disciplinar de los autores de tribunas del ESOEP 1986-1988



Es evidente que, en este espacio social, la disciplina académica más legítima es la filosofía, con el 26,5% de las afiliaciones disciplinares imputables a la población de académicos. Su peso es casi el doble de la disciplina que le sigue, la sociología (13,8%).

Una forma que permite resumir estos resultados relativos a la frecuencia de distribución de las disciplinas es la de agruparlas por «facultades», las cuales, al menos como hipótesis, incluyen disciplinas que no solo estarían unidas por su cercanía en términos propiamente científicos, sino que también tienen una trayectoria histórica común y una cierta homogeneidad social. Así, podemos establecer una división de cuatro «facultades» que tendría por mayoritarias, en términos estadísticos, a la Facultad de Letras (46,6%, incluye: filosofía, historia y filología) y a la Facultad de Ciencias Sociales (39,4%, incluye: sociología, ciencias

políticas, ciencias económicas y psicología). Y también podríamos hablar de la Facultad de Derecho (8,6%)²⁰⁵ y de la Facultad de Ciencias Naturales y exactas (5,4%, incluye matemáticas, física, biología y química), dos facultades menos representadas que aquellas.

¿Cuál es el motivo de estas diferencias de legitimidad disciplinar? Aunque carecemos de los datos necesarios para dar una respuesta más detallada a este respecto, cabe descartar algunas hipótesis. En principio estas diferencias no responden a la distribución morfológica de las disciplinas en el campo académico español de la época. Precisamente, según el *Anuario de estadística universitaria 1988* (1989), el profesorado más numeroso es el de ciencias naturales (6.046 profesores en 1985, sin contar con el profesorado de escuelas técnicas). De las facultades que hemos distinguido, la siguiente sería la de Letras (5.098 profesores ese mismo año) y a continuación la de ciencias sociales (3.232 profesores) y la de Derecho (2.695 profesores). El «orden disciplinar periodístico», por lo tanto, no se corresponde con el de la morfología disciplinar universitaria.

El dominio de la Facultad de Letras en este espacio en esos años de finales de los ochenta parece responder a diversos factores. En primer lugar, los derivados del funcionamiento del campo periodístico y del ESOEP: las competencias a dominante literaria son las más valoradas en este espacio, el tipo de «capital cultural» al que Juan Cruz designa en una cita anterior como el «escribir bien», que permite el acceso a este espacio y que se presupone más acorde con el tipo de entrenamiento y disposiciones que fomentan las «humanidades» en general. La hipótesis más razonable por tanto es la de que este predominio

205 La decisión de considerar aparte al Derecho proviene de la lectura que hace Bourdieu en *Homo Academicus* (1984) del conflicto de las facultades que expuso Kant, lectura que muestra la especificidad social de esta facultad. Todo apunta, también en nuestra muestra, a la existencia de una especificidad social de los agentes de esta facultad en relación a otras facultades. En cualquier caso, conviene no minimizar el peso de las ciencias jurídicas como disciplina en el espacio disciplinar del ESOEP, pues se trata de la quinta disciplina con mayor peso estadístico de la muestra.

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

es una combinación de factores derivados de diversas lógicas: las propias del campo político de la época (la recién estrenada democracia y el optimismo derivado), del campo periodístico de la época, de la legitimidad social de las disciplinas, de las formas de organización social de tales disciplinas y, finalmente, de la desigual distribución de la disposición «mundana» o «periodística» de los agentes²⁰⁶.

b. La Facultad de Letras y su dominio

Dentro del dominio que ejerce la Facultad de Letras, la disciplina al interior de esta facultad con mayor legitimidad periodística es la Filosofía. Una cuestión que surge de todo ello es la de si se trata de una singularidad del caso español. De Miguel (1982:62-63) se queja precisamente de este dominio, que según él «hace del articulista un género tan oscuro como pasado de moda», y al que considera como «un fenómeno desconocido en otros países donde los filósofos tienen poco que decir en los periódicos». Es necesario matizar esta afirmación. Por ejemplo, en su estudio sobre *Le Monde* entre 1995 y 2002, Jeanpierre y Mosbah-Natanson (2009) encontraron que la filosofía está tan presente en el espacio de la opinión de ese periódico como la historia y otras disciplinas de ciencias sociales²⁰⁷. Por su parte, Jacobs y Townsley (2011), aunque utilizan la categoría agregada «Humanities» (y en general una codificación difícilmente comprensible desde nuestros esquemas de percepción, pues incluye categorías como la de «disciplinas profesionales» -derecho, ingeniería, arquitectura y profesionales de la salud-) que hace difícilmente comparable los resultados con los nuestros,

206 Así, la escasa representación de la ciencia en este espacio puede ser producto de todos esos factores.

Puede ser razonable pensar que, por ejemplo, las facultades de ciencias no sean ambientes óptimos para el cultivo de disposiciones mundanas o no tan mundanas respecto a las que sí se fomentan en el caso de otras disciplinas.

207 Otros estudios han mostrado, igualmente, la presencia de la filosofía en otros productos periodísticos del espacio francés (véase Pinto, 2002), lo que hace pensar que la intervención filosófica en prensa tiene un importante papel también en Francia.

observaron que en dos diarios, *The New York Times* y en *USA Today* (en la muestra obtenida para 1992-993 y 2000-2001), las Humanidades representan la tercera facultad en peso estadístico por detrás de la ciencias sociales y las «disciplinas profesionales» así agregadas²⁰⁸. Finalmente, todo parece indicar que, si alguna diferencia existe en relación a esta cuestión, es la de que en ninguno de esos espacios la filosofía tiene un peso estadístico tan preponderante. El caso del ESOEP, desde la Transición hasta al menos, 1988, último año de nuestra observación, está caracterizado por este dominio notable de la intervención pública de la filosofía.

La interpretación del significado de la intervención filosófica en el ESOEP puede ser comprendida con más detalle gracias a los estudios de Vázquez García (2009), Marqués Perales (2011) y Moreno Pestaña (2013). Varios elementos de esos trabajos nos ayudan a ello. En particular, que, en el seno de la «transición filosófica» que describió Vázquez (2009) y que comprende la pérdida definitiva de poder de la «red oficial» de la filosofía universitaria dominante durante el Franquismo, *El País* jugó un papel en la Transición como instancia de apoyo en esa renovación filosófica (Marqués, 2011). Nuestra observación en estos años inmediatamente posteriores a la Transición nos lleva a concluir lo mismo: el ESOEP está igualmente dominado por los filósofos que pertenecen a esta «red alternativa», organizada en torno a la figura de uno de sus representantes más importantes: José Luis López Aranguren²⁰⁹. El filósofo «público» de *El País* es un filósofo ajeno a esa red «oficial» (exceptuando el caso de Manuel Garrido, filósofo vinculado a esta red oficial, pero desde una posición heterodoxa y poseedor de vínculos con *El País*), lo que es probable que haya contribuido a la «bancarrota

208 Se muestra aquí la limitación de esta comparación: si esos datos pudieran ser desagregados, podría suceder que la filosofía como disciplina podría tener un peso más importante del que podemos ver aquí.

209 Por otra parte, es en estos años, durante la segunda mitad de los ochenta, que esta red conquistará también la primacía institucional (Vázquez, 2009:157).

simbólica» de la filosofía oficial previa, al menos en lo que se refiere a la imagen «pública» de la filosofía española de la época.

Más allá de este papel jugado por *El País* en esa renovación filosófica, también podemos extraer de estos estudios algunos elementos para comprender un elemento muy relevante de esta participación pública de la filosofía: la constitución de una verdadera «disposición periodística» en la filosofía de la época. Moreno Pestaña (2013) ha hecho una reconstrucción del origen de esta disposición como un resultado de la incorporación del modelo que supuso en este sentido Ortega y Gasset, un modelo de filósofo caracterizado, entre otras cosas, por una «preferencia por el ensayo y el periodismo» (Vázquez, 2009:159)²¹⁰. El modelo que supuso Ortega está muy presente entre estos filósofos y su orientación hacia la participación en el ESOEP, como se ha señalado abundantemente tanto por sus propios protagonistas (así Aranguren adscribió el éxito de *El País* a la herencia, recuperada a beneficio de inventario, orteguiana o el propio Cebrián afirmó su vinculación con el modelo periodístico que había supuesto *El Sol*) como por diversos estudios sobre *El País*.

En cualquier caso, para ver diferencias en el seno de ese esquema general y a partir de la división entre «red oficial» y red «alternativa», hemos procedido a categorizar a cada uno de los filósofos españoles que escribieron en el ESOEP en estos años (N=38 por N=56 de filósofos de la muestra, cifra que incluye a los extranjeros) según la pertenencia a una de esas redes y, en el caso de la segunda, a uno de los dos nódulos que la componen: el nódulo de

210 Cabe señalar que ni Moreno ni Vázquez reducen la herencia orteguiana a esta disposición. En sus análisis se muestra que la importancia de Ortega se deja entrever en muchos otros aspectos en el campo filosófico español y que ha sido asumida de diferentes formas. También resulta interesante para comprender esta masiva presencia de la filosofía en el ESOEP lo que dice Vázquez (2009:159) de Aranguren (y que podríamos extender a algunos de sus discípulos): la existencia de un cierto *modus operandi* de pensador profético, con base eclesial, el cual es parte de la fórmula que permite la

Aranguren (con sus tres polos) y el nódulo de Sacristán²¹¹. Tal y como puede leerse en la Tabla 3, el nódulo de Aranguren (que incluye las categorías Alternativa-religioso, Alternativa-científico y Alternativa-artístico) es el dominante con un 52,6% del total. Sin embargo, más interesante resulta el predominio de uno de los polos de su nódulo (en especial por su contraste con el polo «científico»), el polo «artístico», autores que constituyen el 28,9% de los filósofos españoles del ESOEP. Más allá de la bien documentada relación de Savater, parte de esta red, con *El País*, hay toda una constelación de filósofos que frecuentan estas páginas, convertidas así también en un medio de «ajuste de cuentas» filosófico con otras maneras de entender el oficio de filósofo. Así, todo apunta a que dentro de la filosofía «pública» del ESOEP, a su vez se valora más un tipo de filosofía de orientación literaria, con unas bases sociales y disposiciones específicas en relación a los otros polos de la «red filosófica alternativa»²¹². Una pregunta interesante de investigación para el futuro es si continúa esta tendencia durante los años 90 y 2000 en el ESOEP.

Tabla 3: Frecuencias según pertenencia a red filosófica

	Frecuencia	Porcentaje
Oficial-Garrido	1	2,6
Alternativa-religioso	7	18,4
Alternativa-científico	2	5,3
Alternativa-artístico	11	28,9
Alternativa-Sacristán	5	13,2
Redes extranjeras	1	2,6
Otras redes-desconocido	11	28,9
Total	38	100,0

comprensión de estas disposiciones tan orientadas a la escritura pública.

211 ¿Qué es una red de filósofos? Los polos se diferencian (2009:160) en virtud del tipo de capital cultural que predomina en cada uno de ellos (religioso, científico o artístico).

212 El análisis de estas bases sociales, de las disposiciones y del tipo de filósofo que ha sido realizado por Vázquez García tanto en el libro anteriormente citado (2009:263 y ss.) como en una reciente publicación (2014).

Otras disciplinas también contribuyen al peso de la Facultad de Letras. Una de ellas es la Historia (incluida en esta facultad a causa de su condición histórica en nuestro país de disciplina ligada a las facultades de letras), que constituye el 12,2% de las afiliaciones disciplinares recabadas. Un aspecto destacado de la movilización del saber histórico en el ESOEP es su fuerte componente internacional: la historia es la disciplina que más alto capital internacional incorpora, pues casi la mitad de los agentes con esta afiliación disciplinar no son españoles. ¿Cuál es la causa de todo ello? Desde un punto de vista más pragmático, podemos definir el ESOEP como un lugar muy importante de reunión del «hispanismo» extranjero. En efecto, una gran cantidad de especialistas en la historia de España y de procedencia extranjera escriben en este espacio, desde Raymond Carr hasta Gabriel Jackson (quien ha publicado hasta 24 tribunas en estos tres años) o Herbert Southworth. La otra disciplina es la Filología (9,2%), cuyo peso viene explicado en parte por la orientación literaria de este espacio en general y por las posiciones comunes entre campo literario y esta disciplina académica en particular.

c. La Facultad de Ciencias Sociales

La otra facultad relevante en este espacio es la que incluiría a las disciplinas de la Sociología (13,8%), la Ciencia Política (10,2%), la Economía (7,7%) y la Psicología (2,6%). También pueden añadirse a esta facultad las disciplinas que hemos agrupado en la categoría «Otros» (3,1%), las cuales consisten básicamente en afiliaciones disciplinarias en Antropología y Ciencias de la Comunicación²¹³. La Facultad de Ciencias Sociales propone un

213 Un dato curioso al respecto es que todas las afiliaciones disciplinarias de esta categoría están radicadas en universidades de Barcelona, lo que puede ser un índice de una implantación relativamente temprana de la especialización en ciencias sociales en estas universidades.

resultado bastante elevado para lo que cabría esperar, al menos desde el punto de vista de su grado de implantación en el espacio universitario de la época. De hecho, su peso estadístico en el ESOEP está caracterizado por una notable sobrerrepresentación, especialmente en relación a la Sociología y la Ciencia Política. Estas dos disciplinas juntas suman el 1,2% del total de 27.224 profesores de facultades y colegios universitarios que había contratados en 1985, según el Anuario de Universidades 1988 del MEC. En el ESOEP, suman el 24% de las 196 afiliaciones disciplinares recogidas para los miembros del campo académico.

¿Cómo interpretar este hecho, esta elevada legitimidad periodística de estas disciplinas en relación a su escaso asentamiento institucional universitario? Múltiples factores pueden estar en todo ello. En primer lugar, puede tratarse de una cuestión del tipo de asiento institucional de estas ciencias, menos arraigadas todavía en la Universidad tradicional. En este sentido, cabe recordar que parte del desarrollo de las ciencias sociales durante el Franquismo tuvo que ver con instituciones no directamente universitarias como el Instituto de Estudios Políticos. Además, muchos de los promotores de las ciencias sociales en nuestro país ocuparon posiciones dobles, como Tierno Galván o Francisco Ayala. En casos similares de doble o múltiple posición, sin embargo, no deja de sorprender la auto-presentación como «sociólogo» o «politólogo». A pesar de tener otras vinculaciones disciplinares más «arraigadas» y, por lo tanto a priori más legítimas, se avanza en ocasiones una categorización en alguna de estas disciplinas. Este hecho merecería, sin duda, más atención para ser investigado más adelante: ¿se utiliza «sociólogo» o «politólogo» de una manera más libre y menos determinada por la posición universitaria entre los agentes de nuestra base de datos? ¿se trata así de dos disciplinas que en nuestro país y en ese periodo se caracterizan por un «derecho de entrada», para decirlo con los términos de Bourdieu que comentamos en la

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

primera parte de la tesis doctoral, poco elevado? Se trata de preguntas que, con los datos que manejamos actualmente, no podemos responder.

Un segundo factor en este fenómeno puede ser, igualmente, el grado de mundanización que podría ser constitutivo del *habitus* del científico social español de la época. A la tentación de orientación hacia los problemas sociales que está inevitablemente inscrita en el campo de las ciencias sociales (Bourdieu, 2001b), habría que añadir, probablemente, todo lo dicho en relación a la filosofía «pública» de la configuración de un modelo de pensador orientado hacia la prensa. Al fin y al cabo, la mayoría de los maestros de las ciencias sociales españolas de la segunda mitad del siglo XX tenían vinculaciones muy estrechas con las redes filosóficas y de ciencias jurídicas del momento (Vázquez García, 2009:227 y ss.). Finalmente, cabría preguntarse si en esta dirección también ejerce notables efectos la ley que Bourdieu enunció respecto del caso francés analizado en *Homo Academicus*: que en estas disciplinas resulta particularmente efectivo un tipo de capital de notoriedad intelectual que tiene como uno de sus principales espacios de actualización los medios de gran difusión.

Visto desde la perspectiva actual, en la que se ha dicho que los únicos que hablan en el espacio público son los economistas, parece escaso el peso de los economistas (7,7%). Sin embargo, en esto precisamente consistiría un análisis futuro de interés: ¿en qué grado ha cambiado en el ESOEP -y en el espacio de la opinión español en general- el peso de esta disciplina?

2.3 Elementos de conclusión: un sistema desigual y sus efectos

Una conclusión muy importante que se deriva de estos resultados del proceso periodístico de acceso al ESOEP es que el acceso a dicho espacio está desigualmente ofertado. Se trata de un espacio en el que se produce una cierta concentración: existe una tendencia a la repetición de nombres incluso en el seno de las ya de por sí escasas opciones que permiten las condiciones técnicas de la tribuna. Veamos algunos datos que confirman esta tendencia.

Los autores «ocasionales», esto es, los que han escrito una sola tribuna, el 51,8% del total de autores de tribunas de nuestra base de datos, han escrito 234 tribunas de las 1819 tribunas que hemos recogido, es decir, que han escrito el 12,9% de las tribunas. En el ESOEP, el grupo de 167 ha escrito 657 tribunas, 36,1% del total de tribunas. Finalmente, el tercer grupo del ESOEP: solo 51 autores publican 927 tribunas, el 51% de las tribunas publicadas.

Podemos expresar esta condición con tres vocabularios conceptuales distintos. El primero de ellos proviene de Randall Collins (2009) y su concepto de «espacio de la atención». Con él podríamos decir que el «espacio de atención» de la opinión en el ESOEP (y presumiblemente en el ESO español del momento) es bien reducido. Otra manera de decirlo consiste en acudir a la vieja idea de Merton (1968) del «Mathew Effect» (como han hecho también Jeanpierre y Mosbah, 2009). En el ESOEP se produce también ese efecto según el que «a quien más tiene, más se le dará» y así los autores se diferencian entre sí casi de forma logarítmica en lo que a visibilidad otorgada en este espacio se refiere. El Efecto Mateo del ESOEP es particularmente significativo respecto de los «intelectuales» que participan en él. Por último, esta desigual posibilidad acceder a los medios, ha sido conceptualizada por

Capítulo IV. Un espacio social para una intelligentsia, una intelligentsia para un espacio social

algunos colaboradores de Bourdieu como una forma específica de «capital»: el concepto de «capital mediático»²¹⁴ como capacidad variable de acceso a los medios y del que no podemos tener sino un indicador aproximado: la frecuencia de apariciones en los medios (Pinto, 2002). Así, cabría concluir que los autores de tribunas del ESOEP tienen diferentes volúmenes de capital mediático o, lo que es lo mismo, una desigualdad capacidad de participar en los medios de gran difusión. En definitiva, el ESOEP es un espacio desigual, no funciona como una democracia del honor ni tampoco funciona como una democracia del «uso público de la razón», por emplear el término derivado de Kant y que ha servido como ideal regulativo en la teoría política contemporánea de los espacios de opinión públicos.

214 A nuestro conocimiento Bourdieu no utilizó directamente el concepto de «capital mediático», aunque sí el de «visibilidad periodística» (Bourdieu, 1984a). Es un concepto cuyo primer uso puede ser atribuido a Champagne (1990:242-243). Marchetti (1997:26) lo va a emplear y definir de una manera más sistemática. Por nuestra parte, pensamos que una definición igualmente precisa de este fenómeno sería la de considerarlo como un tipo de «capital simbólico» que es reconocido y valorado en los medios de gran difusión.

CONCLUSIONES GENERALES

«Boletín oficial del gobierno socialista» o «adulid de la libertad de expresión en la España democrática»; «esperanza de democratización de la cultura en nuestro país» o «la cultura puesta al servicio del negocio»; «intelectual colectivo» o «parodia de intelectual colectivo». Esta es sólo una muestra de algunas de las calificaciones que el diario *El País* ha merecido de parte de algunos de sus detractores y sus defensores más ingeniosos, tal disparidad y severidad de juicios no hace sino mostrar dos cosas. Por un lado, que el fenómeno *El País* ha sido, desde su nacimiento, un importante objeto de luchas en el campo periodístico, en el campo político y en el campo intelectual español, campos en los que además tal empresa periodística ha jugado un papel decisivo en la historia reciente de España. Por otro lado, muestra que cualquier intento de acercamiento sociológico a este fenómeno está condicionado por esa verdad que supone el conflicto permanente de juicios y atribuciones de valor simbólico de una instancia tan significativa. De hecho, cualquier propuesta de comprensión sociológica de este fenómeno se arriesga a caer en alguna forma de «objetivación parcial e interesada», de convertirse en una apuesta más dentro del permanente conflicto de juicios y acusaciones mutuas que son condición *sine qua non* de la vida social y del juego cultural (Bourdieu, 1979). Y, aunque en todas esas calificaciones pueda encontrarse algún grado de verdad acerca de este fenómeno de la España contemporánea que ha sido *El País*, una verdadera aproximación sociológica a dicho fenómeno tiene que ir más allá e intentar evitar limitarse a las alternativas que forman parte de las luchas de los agentes implicados en ellas.

En nuestro país, contamos con notables aportaciones, desde la perspectiva de las ciencias sociales, a la comprensión del fenómeno que fue *El País*. Entre esas contribuciones destaca el

excelente trabajo coordinado por José Vidal Beneyto y Gérard Imbert (1986), fruto de una investigación colectiva y que contó con la participación de, entre otros, Jesús Ibáñez o Enrique Bustamante. En este trabajo, que tiene el mérito de delinear el fenómeno en su propia contemporaneidad, se planteaba el proceso mediante el cual *El País* se convirtió no en un diario más en el seno del campo periodístico español, sino en un diario de referencia dominante, en una referencia «ineludible, obligatoria, para cualquier acercamiento político, cultural, al análisis de la realidad española del post-franquismo» (1986:25). Desde una apuesta vanguardista, esta investigación se propuso estudiar las condiciones mediante las cuales el diario pudo instituirse como un «dispositivo de producción de realidad». Con este objetivo en mente, el equipo de investigadores puso en marcha una perspectiva plural que introducía diferentes temáticas y metodologías que van desde la perspectiva de la economía política de la información hasta una perspectiva socio-semiótica a partir de la cual se demostraron toda una serie de operaciones por las que el periódico mismo constituía un nivel de enunciación autorreferencial.

Esta tesis doctoral se apoya en una forma complementaria de abordar el fenómeno que fue *El País* dentro del marco de una perspectiva igualmente sociológica: el marco teórico principal se deriva de la teoría de los campos que Pierre Bourdieu y de sus colaboradores y seguidores (Champagne, 1995; Champagne, 2000; Duval, 2004; Kuhn y Neveu, 2002; Marchetti, 2002; Pinto, 1984), es una aproximación basada en los conceptos de campo, habitus y capital que encuentra puntos de diálogo con la perspectiva plural del equipo coordinado por Vidal-Beneyto e Imbert. En la teoría de los campos de Bourdieu y en los trabajos que se han desarrollado a partir de ella, se cuenta ya con una serie de investigaciones cuyo objeto de estudio han sido diversas empresas periodísticas de diferentes espacios

nacionales e internacionales y que han producido interesantes conclusiones. En particular, destacan dos grandes líneas que se han revelado como pertinentes y son muy útiles para la aproximación sociológica de una empresa periodística como *El País*: en primer lugar, la apuesta, en sintonía con la aproximación del equipo de Vidal Beneyto, por una comprensión multidimensional de las instancias periodísticas; en segundo lugar, la atención a los procesos sociales específicos que se dan a partir de las prácticas sociales (y no por encima de ellas) junto con su lógica particular.

Siguiendo la primera línea mencionada, los trabajos de Pinto (1984a) sobre *Le Nouvel Observateur* o Champagne (2000) sobre *Le Monde* han mostrado la utilidad de un análisis de estas empresas periodísticas que no se reduce a señalar una única dimensión de su éxito, por ejemplo, la económica. Por el contrario, muestran la importancia del grado de integración y articulación de diferentes formas de poder social que se encuentran en la base del funcionamiento y del éxito de tales empresas periodísticas. Parece una ley establecida en la aplicación de la teoría de los campos al caso del campo periodístico, el que las instancias periodísticas dominantes se caractericen, en comparación con las menos establecidas, por la acumulación de diferentes especies de capital efectivas tanto en el nivel del campo periodístico como en el espacio social general. Así por ejemplo, lo señalan también Benson y Neveu (2005:4) acerca del caso de los diarios *The New York Times* y *The Wall Street Journal*, empresas periodísticas que acumularon, al mismo tiempo, un importante capital económico y un capital periodístico en la forma de excelencia profesional -el primer capital derivado en gran parte del segundo-. El punto clave en la comprensión del éxito de tales empresas periodísticas reside en la integración de esos poderes, incluso si algunos de ellos tienen mayor peso en su fórmula de éxito que otros –como se deriva en gran medida de nuestra discusión

del carácter poco autónomo de las empresas periodísticas que hemos articulado en la primera parte de la tesis-.

Siguiendo la segunda línea mencionada, las investigaciones que ponen atención a los procesos sociales, invitan a no pensar en el proceso de acumulación que está en la base de la constitución del éxito de las empresas periodísticas dominantes como un proceso «mecánico» ni tampoco como un producto plenamente «consciente» y orquestado de antemano. Por el contrario, invitan a pensarlo como el producto de acciones situadas en el seno de relaciones de interdependencia y que, como tal, debe ser explicado a partir de éstas relaciones y no por otros factores. Esto tiene varias consecuencias. Una de ellas, consiste en el recordatorio previo sobre la necesidad de descartar las aproximaciones que no se ajusten al principio de la explicación sociológica. Especialmente, las propuestas que, continuando con el legado del positivismo historiográfico, se construyen como una «historia de los grandes hombres» y que se han aplicado anteriormente al campo periodístico en nuestro país. Ejemplo de ello son las múltiples biografías (apologéticas o denigrantes, según las tendencias de los autores) de algunos de los participantes en el proceso, como Polanco, Cebrián, etc.; biografías que, en su mayoría, no tienen más intención que la de imputar a alguno de estos actores el «verdadero» fundamento del éxito del periódico.

Otra consecuencia y la más importante, es que una investigación que sigue la segunda línea mencionada, que pone atención a los procesos sociales, debe de enfocar el análisis hacia las prácticas de los agentes sociales implicados. Es decir, no es posible ignorar las prácticas cotidianas de interacción, organización, reunión y gestión de las relaciones sociales que permiten ese proceso de acumulación de múltiples especies de poder social efectivas en una empresa periodística como lo fue *El País*. De hecho, desde esta perspectiva sociológica,

cobran una relevancia decisiva los procesos y organización cotidianos de intercambio, los cuales tienen como sede el propio diario.

Uno de los rasgos que surgen a partir del estudio de las prácticas cotidianas en el periódico es su dimensión conflictiva: los intercambios entre los agentes que se dan cita en el periódico están atravesados por múltiples conflictos potenciales. La causa principal de tales conflictos son las oposiciones de los diferentes valores en juego (ética periodística, búsqueda del beneficio empresarial, etc.) que se encuentran en un mismo espacio. Una posible oposición se puede dar entre periodistas, accionistas y la dirección del periódico, como en el ejemplo paradigmático de las negociaciones para desarrollar el Estatuto de la Redacción (véase por ejemplo, Cruz y Sueiro, 2004). Otro ejemplo son los conflictos, que se estudian en el presente trabajo de investigación, aquellos que se dan entre los agentes del campo intelectual y los periodistas. Debido a la existencia de tales conflictos, es que cobra importancia el cómo se gestionan y se vinculan con los objetivos específicos de la empresa periodística.

Ahora bien, el objetivo principal de esta tesis no es un análisis de *El País* como empresa periodística sino un análisis de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico dentro de *El País* como un estudio de caso de las relaciones entre ambos campos en la España contemporánea. De cualquier forma, se comprende que estos objetivos no pueden ser desligados entre sí y de hecho, algunos de los resultados de esta tesis doctoral confirman esa visión sociológica del *El País* como una instancia periodística en la que jugó un papel fundamental la reunión de diversos poderes sociales así como la asertiva gestión de los conflictos entre ellos.

El tercer capítulo del presente trabajo de investigación se centra particularmente en el espacio de la opinión de *El País*. Aquí, a partir de un análisis de las propiedades sociales

básicas de los agentes que participan en este espacio, hemos observado una doble condición sociológicamente pertinente de sus agentes: se trata de individuos dotados de un alto volumen de capital y al mismo tiempo provienen de una pluralidad de espacios sociales que tienen asignado desigual grado de legitimidad y eficacia social. Como hemos visto, los agentes que participan en dicho espacio de Opinión no provienen de grupos sociales menos favorecidos, tienen una media de edad elevada en relación a la población española de la época y hay un porcentaje bajo de participación de mujeres, lo que nos lleva a concluir que es un espacio claramente situado en la proximidad del «campo del poder».

Sin embargo, es importante comprender la unidad y multiplicidad del campo de poder. Es por ello que no hay que olvidar que los agentes que participan provienen de diferentes mundos sociales. A partir de la pluralidad de espacios sociales que posibilita el concepto de campo, hemos observado hasta qué punto se movilizan competencias tan diversas en este espacio, encontrando hasta doce campos en los que situar las posiciones de dichos agentes. El peso estadístico para cada campo es diferente.

Todo esto lleva a pensar que el espacio social de la opinión en *El País* funciona, precisamente, como uno de los espacios privilegiados del periódico en el que se da lugar esa reunión e intercambio entre diferentes agentes y diferentes mundos sociales con sus formas de poder correspondientes. La lógica de funcionamiento de este intercambio es comprensible a partir de sus mecanismos más básicos. En la sección de Opinión, los colaboradores, que provienen de diferentes espacios de actividad, estampan su firma en las tribunas libres y con ello se produce una acción pragmática. Si la «firma» de las tribunas libres no tiene un importante valor semántico, su verdadero sentido puede estar en su dimensión pragmática, en el tipo de transacción simbólica que efectúa y por la que el periódico añade a su producto el

valor simbólico asociado a sus colaboradores y a los poderes sociales efectivos que ellos encarnan (Lettieri, 2005). La hipótesis interpretativa que nos plantea esta pluralidad de factores es que su sentido puede ser descrito como un proceso de acumulación de diferentes formas de poder social que van acompañadas por una acumulación de poder «simbólico». Así, la cuestión es si deberíamos interpretar, precisamente, el papel de esa intervención plural de espacios de actividad como parte de un mecanismo social de intercambio que tiene, como uno de sus efectos, la constitución de un verdadero patrimonio simbólico del periódico y de un verdadero «poder simbólico» asociado al diario. Este proceso se podría describir apelando a la analogía con la que Bourdieu describió una propiedad importante del Estado: las lógicas de funcionamiento de este periódico lo constituyen como un auténtico banco de capital simbólico.

En este sentido, nuestra tesis aporta algunos elementos del mensaje de *El País* menos estudiados en otras investigaciones más orientadas hacia el análisis de contenido o del discurso. Más que en lo que se dice (de lo que ya tenemos buenos y variados trabajos), los resultados que aquí hemos podido mostrar se centran en las formas que generan las condiciones para la creencia en el discurso publicado en el espacio de la opinión que son las condiciones sociales que permiten el éxito del acto performativo de «decir qué es el mundo social» (Bourdieu, 2005) que efectúan los agentes que participan en ese espacio. Es una vía que busca contribuir a una pragmática sociológica del discurso de *El País*, aunque aún hace falta examinar las condiciones sociales de recepción de este discurso (su grado diferencial de aceptación en los diferentes grupos sociales y las instituciones sociales que hacen posible las categorías de percepción adecuadas para apreciarlo).

Otra de las razones del éxito del periódico es la inclusión del capital «intelectual», su movilización específica en el seno del periódico, además de las formas de poder ya mencionadas. El funcionamiento del espacio de la Opinión en *El País* en los años de nuestro estudio confirma el importante papel de los agentes del campo intelectual y de los agentes que, ocupando otros espacios sociales, bien pueden ser caracterizados por su orientación y cercanía a los valores «intelectuales». La incorporación de agentes del campo intelectual fue una apuesta del periódico desde sus primeros tiempos. No en vano, tal y como avanzaban ya los carteles que anunciaban su salida a las calles en 1976, nació con la pretensión de ser un diario «para ponerse a pensar». El diario siempre ha sido caracterizado por incluir en sus páginas temas y formas «intelectuales».

Hablar de las relaciones entre los «intelectuales» y *El País* es, para nosotros, el medio principal para afrontar la cuestión central del trabajo, nuestro objetivo principal: el estudio de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico en la España contemporánea, a través de esta instancia periodística tan significativa. Lo más importante de nuestro trabajo es el análisis de los procesos sociales que están implicados en esa incorporación a la empresa periodística del «poder intelectual». Es decir, el objetivo central de la tesis doctoral es un análisis de las condiciones sociales de dicha intervención en el seno de *El País* en un periodo de inicio de las grandes líneas generales que esas condiciones van a tener en la España Contemporánea. Todo ello planteado como un estudio de caso para la comprensión de esas condiciones en un nivel más general a lo largo del periodo democrático.

En el capítulo IV de esta tesis doctoral hemos desarrollado la investigación sobre estas relaciones para el caso de *El País* y de su espacio de la opinión. Una dirección que hemos adoptado en el análisis de estas relaciones ha sido entender que éstas no se desarrollan ni de

manera azarosa ni son enteramente producto de la voluntad de los agentes implicados, sino que tienen una serie de condiciones de posibilidad que hemos examinado. Además de descartar el azar y el voluntarismo, nuestra aproximación nos ha llevado a constituir las relaciones sociales homólogas a cualquier otro intercambio social. En efecto, estas relaciones sociales están basadas en una lógica de reciprocidad muy similar a la de cualquier encuentro social. La diferencia reside en las exigencias y determinaciones que introducen los juegos en los que participan tales agentes, esto es, las coerciones de la acción periodística y las coerciones y lógicas propias de funcionamiento del campo intelectual y en todo lo que esto implica para sus relaciones mutuas.

Una de las conclusiones de la investigación es que tales relaciones pueden ser consideradas como parte de un sistema de intercambio de bienes de una naturaleza particular, bienes simbólicos asociados a cuestiones de prestigio. Esta naturaleza se muestra principalmente en la distancia relativa que se introduce en este intercambio en relación a las lógicas de la «economía económica», las cuales están fundamentalmente orientadas por la búsqueda del beneficio pecunario: en ese sistema de intercambio, las consideraciones pecunarias, aunque de manera desigual según la posición que ocupan los agentes en el campo intelectual, están en un segundo plano. Otra cuestión relevante del funcionamiento de este sistema es que el valor simbólico que se genera y circula en este proceso tiene una doble dirección: por un lado, hacia el periódico que, como señalamos anteriormente, se dota de un valor añadido como producto «intelectual»; por otro lado, los agentes del campo intelectual que participan en este espacio entran en un circuito ampliado de consagración que reporta toda una serie de beneficios. Esto último nos conduce a una de las propiedades generales de

este sistema de intercambio: su carácter desigual, fuente de toda una serie de problemas que se dan en el seno de tales relaciones.

Pero nuestra investigación no ha consistido en una mera indicación de este proceso. Por el contrario, hemos desarrollado un análisis de las condiciones sociales que intervienen en él, al menos en el modo en que se despliegan en el espacio social de la opinión de *El País*. Este sistema de intercambio puede ser estudiado en las estrategias de los agentes implicados, las cuales se desarrollan en el seno de ciertas condiciones. Tales condiciones pueden ser a su vez conceptualizadas a partir del esquema de la acción que las reproducen: por un lado, las que dependen del espacio inmediato en que el juicio periodístico tiene lugar y, por otro lado, las que derivan de las formas y posibilidades de la colaboración «ilustrada».

A menudo ignorados en las «reflexiones» acerca de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico, hay que recordar que periodistas y formas de organización de la acción periodísticas tienen un papel relevante en el funcionamiento de aquellas relaciones. La acción periodística y la parte de esta que implica la incorporación de agentes del campo intelectual en su seno tienen lugar en un espacio «racionalizado» y jerarquizado que impone ciertas condiciones a la colaboración. Toda una serie de aspectos como las rutinas del tratamiento de la información o la división del trabajo periodístico, pero también toda una serie de condicionantes que impone el propio producto periodístico del espacio de la opinión (la escasez de tribunas, su caducidad, sus coerciones estilísticas, etc.) están en la base del proceso general de intercambio entre estos dos campos. Tan importantes como estos elementos, son los propios periodistas, los cuales no juegan ningún papel pasivo, a pesar de que no se suele contar con ellos en las descripciones habituales de tales relaciones. Su rol en esta serie de intercambios específicos no es menor: contactan con los potenciales

colaboradores, participan en actividades conjuntas, gozan de varias prerrogativas por este papel, además de toda una serie de actividades cotidianas implicadas en estos procesos. Deben poseer igualmente un verdadero saber-hacer relacional: las relaciones con los miembros del campo intelectual no se despliegan sin dificultades y es necesario poder actuar adecuadamente en esos casos para mantener una «agenda» de colaboradores disponible.



Del otro lado de la cadena de acción, por así decirlo, encontramos a los colaboradores «ilustrados» que participan de manera activa en el espacio social de la opinión en *El País*. Tampoco podemos recurrir al azar para hablar de su intervención en el proceso. Su participación está mediada tanto por las lógicas del campo intelectual español en general como por las disposiciones específicas que ponen en acción. La colaboración ilustrada depende, en primer lugar y de manera determinante, de la posesión de alguna de las dos especies de capital intelectual más valoradas en el espacio social de la opinión de *El País*: el capital literario y el capital académico, cada una de las cuales introduce sus propias determinaciones en el tipo de intervención intelectual. La competencia literaria, dominante en este espacio, forma parte de nuestras categorías de percepción más básicas de la figura del «intelectual público» en España y tiene una trayectoria histórica de relaciones en el campo periodístico español muy amplia. Un poco menos presente, pero de igual importancia, es el papel del capital académico en el espacio social de la opinión en *El País*. La Universidad es una institución que garantiza la legitimidad en el acceso a este espacio en el periodo contemporáneo y no solo en nuestra observación. Existen, por lo demás, variaciones respecto de las disciplinas que tiene más legitimidad en este proceso: la filosofía, es la disciplina claramente dominante en ese sentido. En todo ello, tienen un papel relevante también las

condiciones de formación y re-actualización de una disposición mundana en la filosofía española y el campo de las ciencias humanas y sociales en general.

La principal conclusión de esta investigación es reivindicar esta perspectiva en términos de un sistema de intercambio de bienes simbólicos para la descripción de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico. Tal perspectiva nos provee de una explicación de estas relaciones que nos parece más satisfactoria que las presentadas habitualmente, pues permite hacerse cargo de la multiplicidad de manifestaciones que las caracterizan, algo que no es fácil de hacer a partir de otras perspectivas. Esta propuesta permite dar cuenta del potencial conflictivo de estas relaciones y, al mismo tiempo, del carácter relativamente necesario de éstas. La conclusión final es que el fundamento de la ambigüedad a la que están sometidas las relaciones entre agentes del campo intelectual y del campo periodístico reside, precisamente, en las necesidades inscritas en el sistema de intercambio y sus propiedades generales.

Por último, no cabe olvidar que hablar de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico en España y de sus fundamentos sociales durante el tiempo de estudio de la presente investigación, es también parte de una interrogación más amplia sobre las condiciones y determinaciones sociales del funcionamiento del campo intelectual español en el periodo posterior a la Transición. En este sentido, la tesis pretende igualmente aportar algunos elementos, a los ya señalados por otros trabajos realizados en nuestro país, para la puesta en marcha de una aproximación de ciencia social reflexiva próxima al proyecto que señaló el propio Bourdieu (2001b). Según tal proyecto, la posibilidad de una ciencia social pasa por el análisis de sus propias condiciones de posibilidad y por someter al sujeto de la objetivación a las herramientas del análisis.

Desde esta perspectiva se comprenden los grandes objetivos de esta tesis y su justificación última. Esta tesis no ha pretendido llevar a cabo un estudio de las opciones existentes en relación al problema de las relaciones entre campo intelectual y campo periodístico o de cómo deberían ser esas relaciones. También ha intentado evitar convertirse, finalmente, en una defensa de alguna de las posiciones que toman los agentes participantes en lo que refiere a tales relaciones. Lo que sí ha pretendido esta tesis es un análisis de las condiciones sociales en las que tales relaciones se dan en el caso histórico específico que hemos delimitado y con ello se ha propuesto continuar, precisamente, con la línea trazada por Bourdieu en varios de sus trabajos y su apuesta por la necesidad de desplegar nuestras herramientas reflexivas. Necesidad que responde, en última instancia, a un proyecto colectivo cuyo fin último es el de «vivir un poco mejor» (Bourdieu, 2006:153).



BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, A. D. (1988). *The system of professions: an essay on the division of expert labor*. Chicago: University of Chicago Press.
- Abellan, J. L. (1979). *El Año Cultural Español 1979*. Madrid: Castalia.
- Abellán, J. L. (2000). *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Abril, G. (1992). La voluntad de pensar de los naufragos. notas desde La Balsa de la Medusa. En Alvarez de Morales A. y García, C. (Ed.), *La Botica de los clérigos. Académicos y periodistas* (pp. 11-14). Madrid: Editorial Complutense.
- Abril, G. (2003). *Cortar y pegar. La fragmentación visual en los orígenes del texto informativo*. Madrid: Cátedra.
- Abril, G. (2013). *Cultura visual, de la semiótica a la política*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Acín Fanlo, R. (1996). *En cuarentena: mercado y literatura*. Zaragoza: Mira Editorial.
- Alfárez, A. (1987). *Cuarto poder en España: la prensa desde la Ley Fraga 1966*. Esplugues de Llobregat: Plaza y Janés.
- Almarcha Barbado, M. A. (1982). *Autoridad y privilegio en la universidad española: estudio sociológico del profesorado universitario*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Alonso Benito, L. E. (2004). Pierre Bourdieu, el lenguaje y la comunicación: del análisis de los mercados lingüísticos a la denuncia de la degradación mediática. En Moreno Pestaña, J. L., Alonso Benito, L. E. y Martín Criado, E. (Ed.), *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo* (pp. 215-254). Madrid: Fundamentos.
- Alonso Benito, L. E. (2003). La sociología del consumo y los estilos de vida de Bourdieu. En Noya, J. (Ed.), *Cultura, desigualdad y reflexividad: la sociología de Pierre Bourdieu* (pp. 143-174). Madrid: Los libros de la catarata.
- Alonso Zaldívar, C., Castells, M. y Serra i Serra, N. (1992). *España, fin de siglo*. Madrid: Alianza.
- Alvarez-Uría, F. y Varela, J. (2000). *La galaxia sociológica: colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España*. Madrid: Endymion.
- Ambroise, B. (2004). Wittgenstein et Bourdieu : contributions à une critique de la vision scholastique. *Europe, Vol. 906*, 258-271.
- Ariño Villarroya, A. (2010). *Prácticas culturales en España: desde los años sesenta hasta la actualidad*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Armañanzas, E. (1993b). *El color del dinero: el boom de las subastas de arte, acontecimiento cultural en prensa*. Bilbao: Sala de Exposiciones Rekalde.
- Armañanzas, E. (1993a). La acción de los gatekeepers ante los referentes culturales. *Comunicación y Sociedad, Vol. VI, N° 1 y 2*, 87-96.

- Armañanzas, E. y Díaz Noci, J. (1996). *Periodismo y argumentación: géneros de opinión*. Bilbao: Servicio Editorial, Universidad del País Vasco.
- Aron, R. (1965). Catégories dirigeantes ou classe dirigeante?. *Revue française de science politique, Vol. 15*, N° 1, 7-27.
- Arroyo, M. (2008). La prensa española en la democracia (1982-2006): transformación, concentración y regionalización. *Sala de Prensa, Vol. 4*, N° 103. Recuperado de: <http://www.saladeprensa.org/art731.htm>.
- Aznar Soler, M. (2006). *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- Bachelard, G. (1970). *La formation de l'esprit scientifique*. Paris: Vrin.
- Baena del Alcázar, M. (1999). *Élites y conjuntos de poder en España (1939-1992): un estudio cuantitativo sobre parlamento, gobierno y administración y gran empresa*. Madrid: Tecnos.
- Baena del Alcázar, M., Garrido, L. y Pizarro, N. (1984). La elite española y la presencia en ella de los burócratas. *Estudios*, N° 200, 73-131.
- Baranger, D. (2012). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. (1ª ed. electrónica), Posadas.
- Barrera, C. (1998). Los medios de comunicación. En Paredes Alonso, F. J. (Ed.), *Historia contemporánea de España* (pp. 1050-1080). Barcelona: Ariel.
- Barrera, C. (1995). *Sin mordaza: veinte años de prensa en democracia*. Madrid: Temas de hoy.
- Barrera, Carlos (ed.) (1999). *Del gacetero al profesional del periodismo: evolución histórica de los actores humanos del "cuarto poder"*. Madrid: Fragua.
- Bauman, Z. (1987). *Legislators and interpreters: on modernity, post-modernity, and intellectuals*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1994). *Reflexive modernization: politics, tradition and aesthetics in the modern social order*. Cambridge: Polity Press.
- Becker, H. S. (2008). *Los mundos del arte: sociología del trabajo artístico*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Benda, J. (1927). *La trahison des clercs*. Paris: Grasset.
- Benson, R. (2005). Mapping field variation: Journalism in France and the United States. En Benson, R. y Neveu, E. (Ed.), *Bourdieu and the journalistic field* (pp. 85-112). Cambridge, UK: Polity Press.
- Benson, R. (2004). Bringing the sociology of media back in. *Political Communication, Vol. 21*, N° 3, 275-292.
- Benson, R. y Neveu, E. Benson, Rodney and Neveu, Erik (ed.) (2005). *Bourdieu and the journalistic field*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Bering, D. (2010). *Die Epoche der Intellektuellen 1898-2001: Geburt, Begriff, Grabmal*. Berlin: Berlin University Press.

-
- Bertin, J. (1967). *Sémiologie graphique : les diagrammes, les réseaux, les cartes*. Paris: Mouton.
- Boltanski, L. (1973). L'espace positionnel. Multiplicité des positions institutionnelles et habitus de classe. *Revue française de sociologie*, Vol. XIV, N° 1, 3-26.
- Botrel, J.-F. (1993). *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Botrel, J.-F. (2007). La construcción de una nueva cultura del libro y del impreso en el siglo XIX.. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc571s8>.
- Bourdieu, J. (2013). Théorie du champ. *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 200.
- Bourdieu, P. (2005). The political field, the social science field and the journalistic field. En Benson, R. y Neveu, E. (Ed.), *Bourdieu and the Journalistic field* (pp. 29-47). Cambridge, UK: Polity Press.
- Bourdieu, P. (2002). Wittgenstein, le sociologisme et la science sociale. En Laugier, S., Rosat, J.-J. y Bouveresse, J. (Ed.), *Wittgenstein, dernières pensées : actes du colloque organisé au Collège de France du 14 au 16 mai 2001* (pp. 344-353). Marseille: Agone.
- Bourdieu, P. (1966). Champ intellectuel et projet créateur. *Les Temps modernes*, Vol. 246, 865-906.
- Bourdieu, P. (1968). Structuralism and theory of sociological knowledge. *Social Research*, Vol. 35, N° 4, 681-706.
- Bourdieu, P. (1971b). Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe. *Scolies*, Vol. 1, 7-26.
- Bourdieu, P. (1971c). Le marché des biens symboliques. *L'année sociologique*, Vol. XXII, 49-126.
- Bourdieu, P. (1971a). Une interpretation de la sociologie religieuse de Max Weber. *Archives européennes de sociologie*, Vol. XII, N° 1, 3-21.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinction : critique sociale du jugement*. Paris: Éditions de minuit.
- Bourdieu, P. (1980). *Le sens pratique*. Paris: Éditions de Minuit.
- Bourdieu, P. (1983). The field of cultural production, or: The economic world reversed. *Poetics*, Vol. 12, N° 4-5, 311-356.
- Bourdieu, P. (1984a). *Homo academicus*. Paris: Éditions de Minuit.
- Bourdieu, P. (1984b). *Questions de sociologie*. Paris: Éditions de Minuit.
- Bourdieu, P. (1985). Effet de champ et effet de corps. *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 59, N° 1, 73.
- Bourdieu, P. (1986). La force du droit. *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 64, N° 1, 3-19.
- Bourdieu, P. (1987). *Choses Dites*. Paris: Éditions de Minuit.

- Bourdieu, P. (1989). *La noblesse d'État : grandes écoles et esprit de corps*. Paris: Les Editions de minuit.
- Bourdieu, P. (1993). *The field of cultural production: essays on art and literature*. Columbia University Press.
- Bourdieu, P. (1994b). L'emprise du journalisme. *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 101-102, 3-9.
- Bourdieu, P. (1994a). *Raisons pratiques : sur la théorie de l'action*. Paris: Seuil.
- Bourdieu, P. (1996a). Physical space, social space and habitus. *Rapport Institutt for sosiologi og samfunnsgeografi, Universitetet i Oslo, Noruega*, N° 10, 7-22.
- Bourdieu, P. (1996b). *Sur la télévision : suivi de l'emprise du journalisme*. Paris: Liber.
- Bourdieu, P. (1998b). *Contre-feux I. Propos pour servir à la résistance contre l'invasion néo-libérale*. Paris: Liber-Raisons d'agir.
- Bourdieu, P. (1998a). *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. Paris: Ed. du Seuil.
- Bourdieu, P. (1999). Le fonctionnement du champ intellectuel. *Regards sociologiques*, N° 17/18, 5-27.
- Bourdieu, P. (1999). Une révolution conservatrice dans l'édition. *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 126, N° 1, 3-28.
- Bourdieu, P. (2000a). *Les structures sociales de l'économie*. Paris: Seuil.
- Bourdieu, P. (2000b). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2001a). Entretien avec Franz Schultheis sur Sartre. *L'Année sartrienne. Bulletin du Groupe d'études sartriennes*, Vol. 15, 194-207.
- Bourdieu, P. (2001b). *Science de la science et réflexivité*. Paris: Raisons d'agir éditions.
- Bourdieu, P. (2002). *Le bal des célibataires : crise de la société paysanne en Béarn*. Paris: Seuil.
- Bourdieu, P. (2002). *Propos sur le champ politique*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
- Bourdieu, P. (2003b). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2003a). *Méditations pascaliennes*. Paris: Seuil.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.-C. y Passeron, J.-C. (1980). *Le métier de sociologue : Préalables épistémologiques*. La Haye: Mouton.
- Bourdieu, P. y Dubois, J. (1998). Entretien: Champs littéraire et rapports de domination. *Textyles*, Vol. 15. Recuperado de: <https://textyles.revues.org/1067>.
- Bourdieu, P. y Krais, B. (2005). «... je suis un peu comme un vieux medecin qui connait toutes les maladies de Fentendement sociologique.». L'entretien avec Pierre Bourdieu. En Bourdieu, P., Passeron, J.-C. y Chamboredon, J.-C. (Ed.), *Le métier de sociologue : préalables épistémologiques* (pp. v-xix). La Haye: Mouton de Gruyter.

-
- Bourdieu, P. y Lamaison, P. (2007). Nouvelles de... De la Règle aux stratégies : entretien avec Pierre Bourdieu. *Terrain*, N° 4. Recuperado de: <http://terrain.revues.org/2875>.
- Bourdieu, P. y Martin, M. D. S. (1982). La sainte famille. *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 44, N° 1, 2-53.
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1970). *La reproduction : éléments pour une théorie du système d'enseignement*. Paris: Éditions de Minuit.
- Bourdieu, P. y Passeron, J.-C. (1963). Sociologues des mythologies et mythes de sociologues. *Les Temps Modernes*, N° 211, 998-1021.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1992). *Réponses : pour une anthropologie réflexive*. Paris: Seuil.
- Bouveresse, J. (1995). Règles, dispositions et habitus. *Critique*, N° 579-580, 573-594.
- Braudel, F. (1991). *Escritos sobre Historia*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Bravo, P. (2006). *Columnismo y sociedad: los españoles según Umbral*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Brym, R. (2001). Intellectuals. En Smelser, N. J. y Baltes, P. B. (Ed.), *International Encyclopedia of the social and behavioral sciences* (pp. 7631-7635). Amsterdam: Elsevier.
- Burawoy, M. (2005). For public sociology. *American Sociological Review*, Vol. 70, 4-28.
- Bustamante, E. (1982). *Los amos de la información en España*. Madrid: Akal.
- Bustamante, E. y Zallo, R. (1988). *Las industrias culturales en España*. Torrejón de Ardoz: Akal.
- Buxton, D. (2009). *Vulgarisateurs, essayistes, animateurs : interventions et engagements médiatiques en France depuis les années 1980*. Paris: Harmattan.
- Buxton, D. y James, F. (2005). *Les intellectuels de médias en France : actes de la Journée d'étude CRIS de l'Université Paris 10-Nanterre*. Paris: Harmattan.
- Buzzi, A. (1969). *La teoría política de Antonio Gramsci*. Barcelona: Fontanella.
- Cabrera Montoya, B. (1985). *Intelectuales y trabajadores intelectuales: notas para una sociología de la educación*. Tesis doctoral, Universidad de La Laguna, Islas Canarias.
- del Campo Urbano, S. (2001). *Historia de la sociología española* (1ª ed ed.). Barcelona: Ariel.
- Cartault, A. (1914). *L'intellectuel : Etude psychologique et morale*. Paris: Félix Alcan.
- Casado, E. (2001). La dominación masculina. *Revista de libros*, N° 50. Recuperado de: <http://www.revistadelibros.com/articulos/la-dominacion-masculina-pierre-bourdieu>.
- Casals, M. J. (2004). La opinión en la prensa: retrato de España en el primer año del siglo XXI. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, N° 10, 9-66.
- Casals, M. J. y Santamaría, L. (2000). *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión*. Madrid: Editorial Fragua.

- Cassirer, E. (1951). *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*. Buenos Aires: Emecé.
- Cassirer, E. (1953). *Substance and function and Einstein's theory of relativity*. New York: Dover Publications.
- Cassirer, E. (1976). *Filosofía de las formas simbólicas. Fenomenología del reconocimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, E. (1986). *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas. I- El renacer del problema del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castro Torres, C. (2010). *La prensa en la transición española: 1966- 1978*. Madrid: Alianza.
- Cebrián, J. L. (1981). *La España que bosteza: apuntes para una historia crítica de la transición*. Madrid: Taurus.
- Champagne, P. (1990). *Faire l'opinion : le nouveau jeu politique*. Paris: Éditions de Minuit.
- Champagne, P. (1995). La double dépendence. Quelques remarques sur les rapports entre les champs politique, économique et journalistique. *Hermès*, N° 17/18, 215-229.
- Champagne, P. (2000). Le médiateur entre deux Monde : transformation du champ médiatique et gestion du capital journalistique. *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 131-32, 8-29.
- Champagne, P. y Christin, O. (2004). *Mouvements d'une pensée : Pierre Bourdieu*. Paris: Bordas.
- Charle, C. (2001). Intellectuals: History of the concept. En Smelser, N. J. y Baltes, P. (Ed.), *International Encyclopedia of the social and behavioral sciences*. : Elsevier.
- Charle, C. (1981). Situation du champ littéraire. *Littérature*, N° 44, 8-20.
- Charle, C. (1990). *Naissance des "intellectuels" : 1880 - 1900*. Paris: Éditions de Minuit.
- Charle, C. (2000). *Los intelectuales en el siglo XIX: precursores del pensamiento moderno*. Madrid: Siglo XXI.
- Chartier, R. (2003). Le monde économique à l'envers. En Encrevé, P. y Lagrave, R.-M. (Ed.), *Travailler avec Bourdieu* (pp. 249-256). Paris: Flammarion.
- Chillón Asensio, L. A. (1999). *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Chuliá, E. (2001). *El poder y la palabra: prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Collins, R. (2009). *The sociology of philosophies: A global theory of intellectual change*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Conte, R. (1998). *El pasado imperfecto*. Madrid: Espasa.
- Corredoira y Alfonso, L. y Sanchez-Tabernero, A. (1994). *Transparencia y control de los medios informativos: informe sobre la situación española y perspectiva europea*. Madrid: Fundación de la Comunicación Social.

-
- Coser, L. A. (1968). *Hombres de ideas: el punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Couldry, N. (2004). Media meta-capital: extending the range of Bourdieu's field theory. En Swartz, D. y Zolberg, V. (Ed.), *After Bourdieu. influence, critique, elaboration* (pp. 165-192). Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Cruz Ruiz, J. (2010). *Egos revueltos: una memoria personal de la vida literaria*. Barcelona: Tusquets editores.
- Cruz Seoane, M. (2003). El periodismo como tema literario y género novelesco. En Montesa Peydró, S. (Ed.), *Literatura y periodismo: la prensa como espacio creativo* (pp. 9-32). Málaga: Asociación para el estudio, difusión e investigación de la lengua y literatura españolas.
- Cruz, J. (1996). *Una memoria de "El País": 20 años de vida en una redacción*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Cruz, J. (2008). «Escribir es una forma de respirar». Entrevista con Ana Solanes. *Cuadernos hispanoamericanos*, N° 699, 121-133.
- Cruz, M. y Sueiro, S. (2004). *Una historia de El País y del Grupo Prisa*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Daccache, M. (2007). Bourdieu et Wittgenstein. En Cazier, J.-P. (Ed.), *Abécédaire Pierre Bourdieu* (pp. 209-212). Mons: Sils-Maria.
- Dahl, R. (1961). *Who governs*. New Haven: Yale University Press.
- Dainton, B. (2010). *Time and space*. Durham: Acumen Publishing Limited.
- Debray, R. (1979). *Le pouvoir intellectuel en France*. Paris: Ramsay.
- Debray, R. (2000). *IF, suite et fin*. Paris: Gallimard.
- Deleuze, G. (2007). *Dos regímenes de locos: textos y entrevistas (1975-1995)*. Valencia: Pre-Textos.
- Díaz Barrado, M. (2006). *La España democrática: 1975-2000. Cultura y vida cotidiana*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Díaz Nosty, B. (1998). *Informe anual de la comunicación, 1997-1998: estado y tendencias de los medios en España*. Madrid: Ediciones Zeta.
- Díaz Nosty, B. (2005). *El déficit mediático : donde España no converge con Europa*. Barcelona: Bosch.
- Díaz Nosty, B., Lallana García, F., Álvarez, J. T. y Martín Bernal, O. (1988). *La nueva identidad de la prensa: transformación tecnológica y futuro*. Madrid: Fundesco.
- Díaz, E. (2003). *Un itinerario intelectual, de filosofía jurídica y política*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Díaz-Salazar, R. (1991). *El proyecto de Gramsci*. Barcelona: Anthropos.
- Domínguez Sánchez-Pinilla, M. (1996). *Estado, bienestar e ideología: un análisis de las teorías sociales del bienestar*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

- Domínguez Sánchez-Pinilla, M. (2008). Trabajo material e inmaterial. *Youkali, revista crítica de las artes y el pensamiento*, Nº 5, 5-24.
- Dosse, F. (2006). *La Marcha de las ideas*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Dubar, C. y Tripier, P. (1998). *Sociologie des professions*. Paris: Armand Colin.
- Durkheim, É. (1898). L'individualisme et les intellectuels. *Revue bleue*. Recuperado de: <http://classiques.uqac.ca/>.
- Durkheim, É. (1978). *De la division du travail social*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Duval, J. (2004). *Critique de la raison journalistique : les transformations de la presse économique en France*. Paris: Seuil.
- Equipo Reseña (1989). *Doce años de cultura española: (1976-1987)*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Escolar Sobrino, H. (1999). *Gente del libro: autores, editores y bibliotecarios 1939-1999*. Madrid: Gredos.
- Espantaleón Peralta, A. (2002). *"El País" y la transición política*. Granada: Universidad de Granada.
- Eyal, G. y Buchholz, L. (2010). From the Sociology of Intellectuals to the Sociology of Interventions. *Annual Review Of Sociology*, Vol. 36, 117-137.
- Eymeri, J.-M. (2007). Professions. En Digol, C. L. (Ed.), *Dictionnaire de sociologie. Encyclopedia Universalis*. (pp. 607-612). Paris: Albin Michel.
- Ezcurra, J. Á. (1999). *El mensaje cultural de "Triunfo"*. Segorbe: Fundación Max Aub.
- Faber, R. y Puschner, U. (2013). *Intellektuelle und Antiintellektuelle im 20. Jahrhundert*. Frankfurt am Main: Peter Lang Ed.
- Ferenczi, T. (1993). *L'invention du journalisme en France : naissance de la presse moderne à la fin du XIXe siècle*. Paris: Plon.
- Fernández Fernández, M. (2008). La desaparición de El Independiente: tramas, competencia y fracaso empresarial. *Historia y Comunicación Social*, Vol. 13, 139-154.
- Fernández, I. y Santana, F. (2000). *Estado y medios de comunicación en la España democrática*. Madrid: Alianza Editorial.
- Fernández, J. M. y Puente, A. (2009). La noción de campo en Kurt Lewin y Pierre Bourdieu: un análisis comparativo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Vol. 127, 33-53.
- Fleck, C. (2009). *Intellectuals and their publics: Perspectives from the social sciences*. Farnham England: Ashgate.
- Fortes, J. A. (2010). *Intelectuales de consumo: literatura y cultura de estado en España (1982-2009)*. Córdoba: Almuzara.
- Fox, E. I. (1988). *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*. Madrid: Espasa Calpe.

Fraser, N. (1990), Rethinking the public sphere: A contribution to the critique of actually existing democracy, *Social text*, 56-80.

Fuentes, J. F. y Fernández Sebastián, J. (1998). *Historia del periodismo español: prensa, política y opinión pública*. Madrid: Síntesis.

Fundesco (1990). *Comunicación social. Tendencias: los medios ante el mercado único europeo*. Madrid: Fundesco.

Fusi, J. P. (1999). *Un siglo de España: la cultura*. Madrid: Marcial Pons.

Gallino, L., Pizzorno, A., Bobbio, N., Gramsci, A., Debray, R., Aricó, J. y Flambaun, I. (1977). *Gramsci y las ciencias sociales*. Mexico: Ediciones Pasado y Presente.

Gans, H. J. (1979). *Deciding what's news: A study of CBS evening news, NBC nightly news, Newsweek, and Time*. New York: Pantheon Books.

García Selgas, F. (2003). Pierre Bourdieu y la teoría social contemporánea. En Noya, J. (Ed.), *Cultura, desigualdad y reflexividad: la sociología de Pierre Bourdieu* (pp. 65-84). Madrid: Los Libros de la Catarata.

García-Alonso Montoya, P. (2002). *El mundo del siglo XXI (1989-1994): Unidad Editorial, S.A., lanzamiento y desarrollo de una empresa informativa*. Tesis doctoral, Universidad Complutense De Madrid, Madrid.

García-Viñó, M. (2006). *El País: la cultura como negocio*. Tafalla Nafarroa: Txalaparta.

Genieys, W. (2011). *Sociologie politique des élites*. Paris: Armand Colin.

Gies, D. (1999). *The Cambridge companion to modern Spanish culture*. New York: Cambridge University Press.

Giner, S. y Fernández, L. M. (1990). *Sociología En España*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Goffman, E. (2013). De cómo calmar al primo. Algunos aspectos de la adaptación al fracaso. *Sociología Histórica*, Nº 2, 415-438.

Gómez Arboleya, E. (1958). *Sociología En España*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

González Rodríguez, J. J. y Requena, M. (2005). *Tres décadas de cambio social en España*. Madrid: Alianza Editorial.

González, E. (2013). *Memorias líquidas*. Sevilla: Jot Down Books.

Gracia García, J. y Ródenas, D. (2009). *Más es más: sociedad y cultura en la España democrática, 1986-2008*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

Gracia, J. (2011). *El intelectual melancólico: un panfleto*. Barcelona: Anagrama.

Gracia, J. y Rico, F. (2000). *Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona: Crítica.

Gracia, J. y Ródenas, D. (2009). *El ensayo español: siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Gramsci, A. (1974). *Antología*. Madrid: Siglo XXI.

Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones Era.

- Gubern, R. (1981). *La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el Franquismo (1936-1975)*. Barcelona: Península.
- Guereña, J.-L., Berrio, J. R. y Ferrer, A. T. (1994). *Historia de la educación en la España contemporánea: diez años de investigación*. Ministerio de Educación.
- Gunther, R. (1992). *Política y cultura en España*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Gutiérrez, A. B. (2002). La lógica del juego. La noción de campo en la perspectiva de Pierre Bourdieu. *Trayectorias: Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, Vol. 10, 9-19.
- Gutiérrez Palacios, Javier (ed.) (2009). *De Azorin a Umbral: un siglo de periodismo literario español*. La Coruña: Editorial Netbiblo.
- Habermas, J. (1994). *Historia y crítica de la opinión pública*. México: Gustavo Gili.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. y Roberts, B. (1978). *Policing the crisis: Mugging, the state, and law and order*. London: Macmillan.
- Hallin, D. C. y Mancini, P. (2004). *Comparing media systems: Three models of media and politics*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Heeren, J. (1971). Karl Mannheim and the Intellectual Elite. *The British Journal of Sociology*, Vol. 22, Nº 1, 1-15.
- Hempel, C. G. (1952). Fundamentals of concept formation in empirical science. *International Encyclopedia of Unified Science*, Vol. II, Nº 7, 1-93.
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. (2006). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill/Interamericana.
- Ibáñez, J. (2000). Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural. En Ibáñez, J., Alvira, F. y García Ferrando, M. (Ed.), *El análisis de la realidad social: métodos y técnicas de investigación* (pp. 57-98). Madrid: Alianza.
- Imbert, G. (1987). *Metodos de analisis de la Prensa: encuentros sobre metodologia del analisis de la Prensa (en torno a el Pais)*. Madrid: Casa de Velazquez.
- Imbert, G. (1988). *Le discours du journal. À propos de El País*. Paris: Centre National de la Recherche.
- Imbert, G. y Vidal Beneyto, J. (1986). *El País o la referencia dominante*. Barcelona: Mitre.
- Imbert, G. y Vidal Beneyto, J. (2008). Entrevista con José Vidal Beneyto. La resistencia crítica. *Telos. Cuadernos de comunicación e innovación*, Nº 76. Recuperado de: <http://telos.fundaciontelefonica.com/telos/articuloentrevista.asp?idarticulo=1&rev=76.htm>.
- Jacobs, R. y Townsley, E. (2011). *The space of opinion: Media intellectuals and the public sphere*. New York: Oxford University Press.
- Jacoby, R. (1987). *The last intellectuals: American culture in the age of academe*. New York: Basic Books.
- Jeanpierre, L. y Mosbah-Natanson, S. (2009). French sociologists and the public space of the press: Thoughts based on a case study (le Monde, 1995–2002). En Fleck, C., Hess, A. y

Lyon, E. S. (Ed.), *Intellectuals and their publics. Perspectives from the social sciences* (pp. 173-192). Farnham: Ashgate.

Juliá, S. (1998). La aparición de "los intelectuales" en España. *Claves de razón práctica*, N° 86, 2-10.

Juliá, S. (2003). *La España del siglo XX*. Madrid: Marcial Pons Historia.

Juliá, S. (2004). *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus.

Juliá, S. (2010). *Hoy no es ayer: ensayos sobre la España del siglo XX*. Barcelona: RBA.

Juliá, S. (2014). *Nosotros, los abajo firmantes: una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Jurt, J. (2004a). *Intellektuelle - Elite - Führungskräfte und Bildungswesen in Frankreich und Deutschland*. Freiburg: Frankreich-Zentrum.

Jurt, J. (2004b). *L'apport de la théorie du champ aux études littéraires*. Paris: Fayard.

Karady, V. (2009). L'émergence d'un espace européen des connaissances sur l'homme en société : cadres institutionnels. En Sapiro, G. (Ed.), *L'espace intellectuel en Europe : de la formation des états-nations à la mondialisation, XIXe-XXIe siècle* (pp. 43-67). Paris: La Découverte.

Kenny, A. (2006). *Wittgenstein*. UK: Wiley-Blackwell.

Kowalchuk, L. y McLaughlin, N. (2009). Mapping the social space of opinion: Public sociology and the op-ed in Canada. *Canadian Journal of Sociology/Cahiers canadiens de sociologie*, Vol. 34, N° 3, 697-728.

Kuhn, R. y Neveu, É. (2002). *Political journalism: New challenges, new practices*. Routledge.

Kurzman, C. y Owens, L. (2002). The sociology of intellectuals. *Annual Review of Sociology*, Vol. 28, 63-90.

Lahire, B. (2005). Campo, fuera de campo, contracampo. En Lahire, B. (Ed.), *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu: deudas y críticas*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.

Lahire, B. y Bois, G. (2006). *La condition littéraire : la double vie des écrivains*. Paris: La Découverte.

Lain Entralgo, P. (1968). *El problema de la Universidad reflexiones de urgencia*. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo.

Lamo De Espinosa, E. (1996). La sociedad de los intelectuales. En de Espinosa, E. L. (Ed.), *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*. Oviedo: Ediciones Nobel.

Lamo de Espinosa, E. (1993). The Spanish University in Transition. En Gellert, C. (Ed.), *Higher Education in Europe* (pp. 84-98). London: J. Kingsley Pub..

Lamo de Espinosa, E. (1990). *La sociedad reflexiva: sujeto y objeto del conocimiento sociológico*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Le Goff, J. (1957). *Les intellectuels au moyen âge*. Paris: Seuil.

Leclerc, G. (2003). *Sociologie des intellectuels*. Paris: Presses universitaires de France.

- Lemieux (2000). *Mauvaise presse*. Paris: Métailié.
- Lenquette, A. (1999). *Nouveaux discours narratifs dans l'Espagne postfranquiste : 1975-1995*. Paris: Harmattan.
- León Gross, T. (1996). *El artículo de opinión: introducción a la historia y la teoría del articulismo español*. Barcelona: Ariel.
- León Gross, T. (1999). *El periodismo de opinión y los valores democráticos*. Universidad de Huelva.
- León Gross, T. (2005). *El periodismo débil*. Córdoba: Almuzara.
- Lepenies, W. (1988). *Between literature and science: The rise of sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia: ensayo, ciencia y política en la década del 80*. Rosario Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Lettieri, C. (2005). Le reinvestissement des positions académiques dans le débat public : les signatures des tribunes dans la presse quotidienne en France et en Italie. *Droit et société*, N° 60, 373-390.
- Lévi-Strauss, C. (1964). *Mythologiques 1: Le cru et le cuit*. Paris: Plon.
- Lewandowski, O. (1974). Différenciation et mécanismes d'intégration de la classe dirigeante : L'image sociale de l'élite d'après le Who's Who en France. *Revue française de sociologie*, Vol. XV, 43-73.
- Liddell, H. G. y Scott, R. (1987). *A Greek-English lexicon*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- Linton, R. (1936). *The study of man: An introduction*. New York: Appleton-Century.
- Lipset, S. M. (1960). *Political man: The social bases of politics*. Garden City, NY: Doubleday.
- Llamazares, J. (2008). *Entre perro y lobo*. Madrid: Alfaguara.
- Lledó, E. (1984). La "misión de la Universidad" de Ortega, entre las reformas alemanas y nuestra universidad. *Sistema: Revista de ciencias sociales*, N° 59, 3-20.
- López Aranguren, J. L. (1981). El País como empresa e "intelectual colectivo". *El País*. Recuperado de: http://elpais.com/diario/1981/06/07/opinion/360712807_850215.html.
- López Aranguren, J. L. (1991). Pensar en España: los intelectuales y el poder. *La Balsa de la Medusa*, N° 19-20, 7.
- López Aranguren, J. L. (1993). El futuro del intelectual. *Ciencia Política*, N° 32, 170-172.
- López de Abiada, J. (1996). *Exito de ventas y calidad literaria: incursiones en las teorías y prácticas del best-seller*. Madrid: Editorial Verbum.
- López de Abiada, J. M., Neuschäfer, H.-J. y López Bernasocchi, A. (2001). *Entre el ocio y el negocio: industria editorial y literatura en la España de los 90*. Madrid: Verbum.
- López Hidalgo, A. (1996). *Las columnas del periódico*. Madrid: Libertarias-Prodhufo.

-
- López Hidalgo, A. (2005). *El periodista en su soledad: de cómo la precariedad en el trabajo condiciona la ética y la independencia del profesional, y otras respuestas sin pregunta*. Sevilla: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- López Pan, F. (1995). *70 columnistas de la prensa española*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- López Pan, F. (1996). *La columna periodística: teoría y práctica. El caso de Hilo directo*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- López Pintor, R. (1982). *La opinión pública española del franquismo a la democracia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Lozano, J. y Ramos, R. (1998). El intelectual y la pantalla. *Revista de libros*, Nº 16. Recuperado de: <http://www.revistadelibros.com/articulos/el-intelectual-y-la-pantalla>.
- Liotard, J.-F. (1984). *Tombeau de l'intellectuel et autres papiers*. Paris: Éditions Galilée.
- Macciocchi, M.-A. (1976). *Gramsci y la revolución de Occidente*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Macdonald, K. M. (1995). *The Sociology of the professions*. London: Sage.
- Mainer, J. C. y Juliá, S. (2000). *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986: la cultura de la transición*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mainer, J.-C. (2005). *Tramas, libros, nombres: para entender la literatura española, 1944-2000*. Barcelona: Anagrama.
- Mancha San Esteban, L. (2006). *Generación Kronen: una aproximación antropológica al mundo literario en España*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones.
- Mancha San Esteban, L. (2009). La construcción social del escritor. *Youkali*, Vol. 7, 59-78.
- Mannheim, K. (1987). *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mannheim, K. (2003). *Essays on the sociology of culture*. New York: Routledge; Taylor and Francis Group.
- Marchetti, D. (1997). *Contribution a une sociologie des transformations du champ journalistique dans les années 80 et 90*. Tesis doctoral, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.
- Marchetti, D. (2002). Les sous-champs specialises du journalisme. *Réseaux*, Vol. III, Nº 1, 23-55.
- Marías, J. (2008). *Una vida presente: memorias*. Madrid: Páginas de espuma.
- Marqués Perales, I. (2008). *Génesis de la teoría social de Pierre Bourdieu*. Madrid: Centro de Invesigaciones Sociológicas.
- Marqués Perales, I. (2011). La revancha de los orteguianos. Prensa y filosofía en la España de la Transición. *Daimon*, Nº 53, 67-84.

- Marsal, J. F. (1975). *La sombra del poder: intelectuales y política en España, Argentina y México*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- Martín Criado, E. (2008). El concepto de campo como herramienta metodológica. *Revista Española de Investigaciones Sociales*, N° 123, 11-33.
- Martín Criado, E. (2010). *La escuela sin funciones: crítica de la sociología de la educación crítica*. Barcelona: Edicions Bellaterra 2000.
- Martín Moreno, J. y de Miguel, A. (1982). *Sociología de las profesiones en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Martínez Albertos, J. (2007). *Curso general de redacción periodística: lenguaje, estilos y géneros periodísticos en prensa, radio, televisión y cine*. Madrid: Thomson-Paraninfo.
- Martínez Albertos, J. (1997). *El ocaso del periodismo*. Barcelona: CIMS.
- Martínez García, J. S. (2013). *Estructura social y desigualdad en España*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Martínez Soler, J. (1998). *Jaque a Polanco: la guerra digital, un enfrentamiento en las trincheras de la política, el dinero y la prensa*. Madrid: Temas de Hoy.
- Martínez, A. T. (2007). *Pierre Bourdieu: razones y lecciones de una práctica sociológica: del estructuralismo genético a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Marx, K. y Engels, F. (1970). *La ideología alemana: Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes...* Barcelona: Grijalbo.
- Mattelart, A. (1986). *Penser les médias*. Paris: La Découverte.
- Matzat, W. (2007). *Espacios y discursos en la novela española: del realismo a la actualidad*. Madrid: Iberoamericana.
- Mayhew, J. (2009). *The twilight of the avant-garde: Spanish poetry 1980-2000*. Liverpool: Liverpool University Press.
- Medvetz, T. (2009). Les think tanks aux États-Unis. *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 176-177, N° 1, 82-93.
- Merllié, D. (1993). La construcción estadística. En Champagne, P., Lenoir, R., Merllié, D. y Pinto, L. (Ed.), *Iniciación a la práctica sociológica* (pp. 103-163). México: Siglo XXI editores.
- Mermall, T. (1978). *La retórica del humanismo: la cultura española después de Ortega*. Madrid: Taurus.
- Merton, R. K. (1957). The Role-Set: Problems in sociological theory. *The British Journal of Sociology*, Vol. 8, N° 2, 106-120.
- Merton, R. K. (1968). The Matthew effect in science. *Science*, Vol. 159, N° 3810, 56-63.
- Merton, R. K. (1992). *Teoría y estructuras sociales*. México: FCE.
- Merton Robert, K. (1941). The social role of the man of knowledge by Florian Znaniecki. *American Sociological Review*, Vol. 6, N° 1, 111-115.

-
- de Miguel, A. (1978). *El poder y la palabra: sociología de los intelectuales americanos*. Madrid: Tecnos.
- de Miguel, A. (1980). *Los intelectuales bonitos*. Barcelona: Planeta.
- de Miguel, J. (1998). *Estructura y cambio social en España*. Madrid: Alianza Editorial.
- Miguel, P. (2004). *Articulismo español contemporáneo: una antología*. Madrid: Marenostrom.
- Molina, C. A. (1990). *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*. Madrid: Ediciones Endymión.
- Moliner, C. y Ysàs, P. (2006). *La Transición treinta años después*. Barcelona: Península.
- Moncada, A. (1991). *El nuevo poder informativo en España: multimedia, multinacionales y multinegocios*. Libertarias/Prodhufi.
- Monleón, J. (1995). *Del franquismo a la posmodernidad: cultura española 1975-1990*. Torrejón de Ardoz: Akal.
- Montesa Peydró, S. (2003). *Literatura y periodismo: la prensa como espacio creativo*. Málaga: Asociación para el estudio, difusión e investigación de la lengua y literatura españolas.
- Morán, G. (1998). *El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Morán, G. (2014). *El cura y los mandarines. Historia no oficial del bosque de los letrados. Cultura y política en España, 1962-1996*. Madrid: Akal.
- Moreno Pestaña, J. L. (2005). La sociología de la filosofía de Pierre Bourdieu y del Centre de Sociologie Européenne. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Vol. 112, 13-42.
- Moreno Pestaña, J. L. (2013a). *La norma de la filosofía: la configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Moreno Pestaña, J. L. (2013b). Pierre Bourdieu y el análisis de los campos intelectuales. , Vol. 46, Nº 0, 149-165.
- Moreno Pestaña, J. L. (2011, Febrero). *¿Que es una escuela intelectual? A Propósito de José Gaos y las "Confesiones profesionales"*. Intervención oral en las Jornadas de Filosofía "José Gaos: la actualidad de un filósofo". UNED.
- Moreno Pestaña, J. L. y Vázquez García, F. (2006). *Pierre Bourdieu y la filosofía*. Mataró: Ediciones de Intervención Cultural.
- Morodo, R. (2001). *Atando cabos: memorias de un conspirador moderado*. Madrid: Taurus.
- Muchnik, M. (1999). *Lo peor no son los autores*. Madrid: del Taller de M. Muchnik.
- Muñoz Molina, A. (1987). *El invierno en Lisboa*. Barcelona: Seix Barral.
- Muñoz Soro, J. (2006). *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976): una historia cultural del segundo franquismo*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia.

- Nahirny, V. C. (1983). *The Russian intelligentsia: From torment to silence*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Navajas, G. (1996). *Más allá de la posmodernidad: estética de la nueva novela y cine españoles*. Barcelona: EUB.
- Negró Acedo, L. (2006). *El diario El País y la cultura de las élites durante la transición*. Tres Cantos: Foca.
- Neuschäfer, H.-J. (2001). Diferencias. Consideraciones sobre el mercado literario en Alemania y en España. En López de Abiada, J. M., Neuschäfer, H.-J. y López Bernasocchi, A. (Ed.), *Entre el ocio y el negocio: industria editorial y literatura en la España de los 90*. Madrid: Verbum.
- Neveu, E. (2005). Bourdieu, the Frankfurt School, and Cultural Studies: On some misunderstandings. En Benson, R. y Neveu, E. (Ed.), *Bourdieu and the Journalistic Field* (pp. 195-213). Cambridge, UK: Polity Press.
- Neveu, E. (2009). *Sociologie du journalisme*. Paris: Ed. La Découverte.
- Nieto, A. y Mora, J. M. (1989). *Concentración informativa en España: prensa diaria*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.
- Nogué, A. y Barrera, C. (2006). *La Vanguardia: del franquismo a la democracia*. Madrid: Fragua.
- Nora, P. (2000). Adieu aux intellectuels?. *Le Débat*, Vol. 3, N° 110, 288.
- Olmos, V. (2002). *Historia del ABC*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Oltra, B. (1976). *Pensar en Madrid: análisis sociológico de los intelectuales políticos en la España franquista*. Barcelona: Editorial Euros.
- Oltra, B. (1978). *Una sociología de los intelectuales*. Barcelona: Vicens-Vives.
- Ortega y Gasset, J. (2004). *Obras completas (10 Tomos)*. Madrid: Taurus; Fundación José Ortega y Gasset.
- Ortega y Gasset, J. (2007). *Misión de la universidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ortega, F. y Humanes, M. L. (2000). *Algo más que periodistas: sociología de una profesión*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Ory, P. y Sirinelli, J. F. (2007). *Los intelectuales en Francia: del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Ozouf, M. (1997). Le concept d'opinion publique au XVIIIe siècle. *Sociologie de la communication*, Vol. 1, N° 1, 349-365.
- de Pablo, V. (1999). La concentración editorial. Panorama del siglo XXI. *Delibros*, Vol. 2, 42.
- Pablos Coello, J. (2001). *El periodismo herido. Estudios que delatan divorcio entre prensa y sociedad: El País, como referente*. Madrid: Foca Ediciones y Distribuciones Generales.
- País, E. (1980). *Libro de estilo*. Madrid: El País.
- País, E. (1990). *Libro de estilo*. Madrid: El País.

-
- País, E. (1996). *Libro de estilo*. Madrid: El País.
- Palacio, M. (2001). *Historia de la television en España*. Gedisa Editorial.
- Parsons, T. (1969). 'The Intellectual': A social role category. En Rieff, P. (Ed.), *On Intellectuals: Theoretical studies, case studies* (pp. 3-26). Garden City, NY: Anchor/Doubleday.
- Passeron, J.-C. (1995). L'espace mental de l'enquête (I). La transformation de l'information sur le monde dans les sciences sociales. *Enquête*, N° 1, 13-42.
- Passeron, J.-C. (1996). L'espace mental de l'enquête (II). L'interprétation et les chemins de la preuve. *Enquête*, N° 3, 89-126.
- Passeron, J.-C. (2006). *Le raisonnement sociologique : un espace non popperien de l'argumentation*. Paris: Albin Michel.
- Paugam, S. Paugam, Serge (ed.) (2010). *L'enquête sociologique*. Paris: PUF.
- Pecourt, J. (2008). *Los intelectuales y la transición política: un estudio del campo de las revistas políticas en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pellistrand, B. (2008). *L'histoire culturelle en France et en Espagne*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Pérez Díaz, V. (2001). *Educación superior y futuro de España*. Madrid: Fundación Santillana.
- Pérez Gómez, A. (2002). *El control de las concentraciones de medios de comunicación: derecho español y comparado*. Madrid: Dykinson.
- Pérez Serrano, M. J. (2006). *La concentración de medios en España: análisis de casos relevantes en radio, prensa y televisión*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Pérez Yruela, M. (2007). *La Sociología En España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Perlado, J. (2007). *El artículo literario y periodístico: paisajes y personajes*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- Picó, J. y Pecourt, J. (2008). El estudio de los intelectuales: una reflexión. *Revista españolas de investigaciones sociológicas*, N° 123, 35-58.
- Pinto, L. (1984). *L'intelligence en action : le Nouvel observateur*. Paris: A.-M. Métailié.
- Pinto, L. (1984). La vocation de l'universel. *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 55, N° 1, 23-32.
- Pinto, L. (2002). L'espace public comme construction journalistique. Les auteurs de « tribunes » dans la presse écrite. *Agone*, Vol. 26 et 27, 151-182.
- Popper, K. (1963). *Conjectures and refutations*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Poulantzas, N. (1971). *Pouvoir politique et classes sociales*. Paris: F. Maspero.
- Preston, P. y Lannon, F. (1990). *Elites and power in twentieth-century Spain: essays in honour of Sir Raymond Carr*. UK: Clarendon Press.

- de Puelles Benítez, M. (2005). *Política y educación en la España contemporánea*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- de la Quintana, A. y Oliva, C. (2012). Subvenciones a la prensa en España: sinergias políticas y empresariales en Andalucía, Cataluña, Galicia y El País Vasco. *Miguel Hernández Communication Journal*, Nº 3, 101-120.
- Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, R. (2009). *Prensa y democracia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Racine, N. y Trebitsch, M. (2004). *Intellectuelles : du genre en histoire des intellectuels*. Bruxelles: Éditions Complexe.
- Ramos Torre, Ramón and García Selgas, Fernando J. (ed.) (1999). *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Rebollo Sánchez, F. (2000). *Literatura y periodismo hoy*. Madrid: Fragua.
- Reig, R. (1998). *Medios de comunicación y poder en España: prensa, radio, televisión y mundo editorial*. Barcelona: Paidós.
- Reig, R. (2011). *Los dueños del periodismo: claves de la estructura mediática mundial en España*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Requena, M., Radl, J. y Salazar, L. (2011). Estratificación y clases sociales. En Encuentro, F. (Ed.), *Informe España 2011* (pp. 301-366). Madrid: Fundación Encuentro.
- Reyes, R. y Ibáñez, J. (1992). *Sociología*. Madrid: Editorial Complutense.
- Rico, F., Sanz Villanueva, S. y Barrero Pérez, O. (1999). *Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona: Crítica.
- Ringer, F. (1992). *Fields of knowledge: French academic culture in comparative perspective, 1890-1920*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Ringer, F. K. (1995). *El ocaso de los mandarines alemanes: catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- Ródenas de Moya, D. (2003). *La crítica literaria en la prensa*. Madrid: Mare Nostrum Comunicación.
- Rodríguez Pastoriza, F. (2006). *Periodismo cultural*. Madrid: Síntesis Editorial.
- Rodríguez Rodríguez, J. M. y Angulo Egea, M. (2010). *Periodismo literario: naturaleza, antecedentes, paradigmas y perspectivas*. Madrid: Fragua.
- Rubio Aróstegui, J. (2003). *La política cultural del Estado en los gobiernos socialistas: 1982-1996*. Gijón: Ediciones Trea.
- Saavedra Fernández-Combarro, R. (2010). *Los valores literarios de la columna periodística española (1975-2007)*. Oviedo: Ediciones de la Universidad de Oviedo.
- Sádaba, I. (2007). *Sociología de la propiedad intelectual en la era global*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Sadri, A. (1994). *Max Weber's sociology of intellectuals*. New York: Oxford University Press.

-
- Salaün, Serge and Serrano, Carlos (ed.) (1991). *1900 En España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Sánchez Illán, J. C. (2011). *Diccionario biográfico del exilio español de 1939: los periodistas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez Tabernero, A. (1993). *Concentración de la comunicación en Europa: empresa comercial e interés público*. Barcelona: Centre Investigació de la Comunicació.
- Santos, F. (1995). *Periodistas*. Madrid: Temas de hoy.
- Sapiro, G. (2003). Autonomie esthétique, autonomie littéraire. En Encrevé, P. y Lagrave, R.-M. (Ed.), *Travailler avec Bourdieu* (pp. 289-296). Paris: Flammarion.
- Sapiro, G. (1999). *La guerre des écrivains: 1940-1953*. Paris: Fayard.
- Sapiro, G. (2006). Les professions intellectuelles entre l'État, l'entrepreneuriat et l'industrie. *Le Mouvement Social*, N° 1, 3-18.
- Sapiro, G. (2007). Bernard Lahire La condition littéraire. La double vie des écrivains. *Annales. Histoire, sciences sociales*, Vol. 62e année, N° 4, 921-997.
- Sapiro, G. (2009). *L'espace intellectuel en Europe : de la formation des états-nations à la mondialisation, XIXe-XXIe siècle*. Paris: La Découverte.
- Sartre, J.-P. (1972). *Plaidoyer pour les intellectuels*. Paris: Gallimard.
- Savater, F. (2003). *Mira por dónde: autobiografía razonada*. Madrid: Taurus.
- Schiffirin, A. (2000). *La edición sin editores: las grandes corporaciones y la cultura*. México: Era.
- Schlesinger, P. (1987). *Los intelectuales en la sociedad de la información*. Barcelona: Anthropos.
- Schudson, M. (1978). *Discovering the news: A social history of American newspapers*. New York: Basic Books.
- Serrano, P. (2010). *Traficantes de información: la historia oculta de los grupos de comunicación españoles*. Tres Cantos Madrid: Foca.
- Shils, E. (1958). *The intellectuals and the powers: some perspectives for comparative analysis*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- Shusterman, R. (1995). Bourdieu et la philosophie anglo-américaine. *Critique*, N° 579-580, 595-609.
- Simon, R. (1991). *Gramsci's political thought: An introduction*. Londres: Lawrence and Wishart.
- Simonds, A. P. (1978). *Karl Mannheim's sociology of knowledge*. Oxford, UK: Clarendon Press.
- Sinova, J. (1999). Las ayudas del Estado a la prensa. En Sinova, J. y Núñez-Ladéveze, L. (Ed.), *Política y Medios de Comunicación* (pp. 235-253). Madrid: Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES).
- Sinova, J. (1995). *El poder y la prensa: el control político de la información en la España felipista*. Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias.

- Sinova, J. (2006). *La censura de prensa durante el franquismo*. Barcelona: DeBolsillo.
- Sinova, J. y Tusell, J. (1992). *La década socialista: el ocaso de Felipe González*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Skidelsky, E. (2011). *Ernst Cassirer: The last philosopher of culture*. Princeton: Princeton University Press.
- Smith, P. (2003). *Contemporary spanish culture: TV, fashion, art, and film*. Massachussets: Polity Press.
- Sobejano, G. (2003). *Novela española contemporánea 1940-1995*. Madrid: Mare Nostrum.
- Speller, J. (2011). *Bourdieu and Literature*. Open Book Publishers.
- Spires, R. (1996). *Post-totalitarian Spanish fiction*. Columbia: University of Missouri Press.
- Storm, E. (2001). *La perspectiva del progreso: pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Subirats, E. (2002). *Intransiciones: crítica de la cultura española*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Swartz, D. (1997). *Culture and power: The sociology of Pierre Bourdieu*. Chicago: University of Chicago Press.
- Taylor, C. (1995). Suivre une règle. *Critique*, N° 579-580, 554-572.
- Terrón Montero, J. (1981). *La prensa en España durante el régimen de Franco: un intento de análisis político*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Thomas, W. I. y Znaniecki, F. (1984). *The polish peasant in Europe and America*. Urbana: University of Illinois.
- Thompson, J. B. (2000). *Political scandal: power and visability in the media age*. UK: Polity.
- Tortosa, V. Tortosa, Virgilio (ed.) (2009). *Mercado y consumo de ideas: de industria a negocio cultural*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Tropieello, A. (2010). *Las armas y las letras: literatura y Guerra Civil*. Barcelona: Destino.
- Tura, J. S. (1999). *Una Historia Optimista: Memorias*. Madrid: Aguilar.
- Umbra, F. (1995). *Diccionario de Literatura. España 1941-1995: de la posguerra a la posmodernidad*. Barcelona: Planeta.
- Uriarte, E. (1996). Los intelectuales y los medios de comunicación de masas. *Zer: Revista de estudios de comunicación*, Vol. 1, N° 1, 155-169.
- Valero García, J. A. (2001). *Los sociólogos y la producción de la verdad sociológica: la historia de una ciencia en España. Entre el paraíso perdido y la tierra prometida*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Vargas Llosa, M. (2012). *La civilización del espectáculo*. México D.F.: Alfaguara.

-
- Vargas-Machuca, R. (1982). *El poder moral de la razón: la filosofía de Gramsci*. Madrid: Tecnos.
- Vázquez García, F. (1984). *La teoría de la historia de las ciencias de Georges Canguilhem*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Vázquez García, F. (2002). *Pierre Bourdieu: la sociología como crítica de la razón*. Barcelona: Montesinos.
- Vázquez García, F. (2006). El problema de la reflexividad en Pierre Bourdieu: de la epistemología a la ética. *Opinión Jurídica*, Vol. 5, Nº 10, 87-104.
- Vázquez García, F. (2009). *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid: Abada Editores.
- Vázquez Montalbán, M. (1985). *Crónica sentimental de la transición*. Barcelona: Planeta.
- Vázquez Montalbán, M. (1996). *El premio*. Barcelona: Planeta.
- Vázquez Montalbán, M. (1997). *El escriba sentado*. Barcelona: Crítica.
- Verdú, V. (2003). *Últimas páginas*. Murcia: Fundación Mastia.
- Vidal Beneyto, J. (1986). La opinión en el periódico. Nota sobre los colaboradores de Opinión. En Imbert, G. y Beneyto, J. V. (Ed.), *El País o la referencia dominante* (pp. 147-153). Barcelona: Mitre.
- Vilar, S. (1986). *La década sorprendente 1976-1986*. Barcelona: Planeta.
- Vilar, S. (1987). *La universidad: entre el fraude y la irracionalidad*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Vilarós, T. M. (1998). *El mono del desencanto: una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*. Madrid: Siglo XXI.
- Vila-Sanjuán, S. (2003). *Pasando página: autores y editores en la España democrática*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Wacquant, L. (2004). Following Pierre Bourdieu into the field. *Ethnography*, Vol. 5, Nº 4, 387-414.
- Weber, M. (1964). *Economía y sociedad*. Madrid: Fondo De Cultura Económica.
- Winock, M. (1997). *Le siècle des intellectuels*. Paris: Editions du Seuil.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Mexico: Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Autónoma de México.
- Wittgenstein, L. (1995). *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid: Alianza.
- Wright Mills, C. (1999). *The power elite*. New York: Oxford University Press.
- Ysàs, P. (2004). *Disidencia y subversión: la lucha del franquismo por su supervivencia, 1960-1975*. Barcelona: Crítica.
- Zallo, R. (1992). *El mercado de la cultura: estructura económica y política de la comunicación*. San Sebastian: Tercera prensa.

Zaret, D. (1988). Legislators and Interpreters: On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals. *Contemporary Sociology*, Vol. 17, N° 6, 754-755.

Zeitlin, I. M. (1973). *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.

Znaniecki, F. (1968). *The Social role of the man of knowledge*. New York: Evanston, Harper and Row.

ANEXO I: FUENTES SECUNDARIAS UTILIZADAS

Asociación Colegial de Escritores de España (2004), *Diccionario De Escritores: quien es quien hoy en las letras españolas*, Asociación Colegial de Escritores de España, Madrid.

Asociación de Editores de Diarios Españoles (2002), *Libro blanco de la prensa diaria: estudios sobre los medios de prensa escrita desde las ópticas empresariales, tecnológicas, legales, éticas y de contenidos*, AEDE, Madrid.

Asociación de la Prensa de Madrid (2004), *Informe anual de la profesión periodística*, Asociación de la Prensa de Madrid, Madrid.

Centro de las Letras Españolas (1988), *Diccionario de autores: quién es quién en las letras españolas*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid.

Círculo de Amigos de la Historia, C. (1970), *Diccionario Biográfico Español Contemporáneo*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid.

Consejo de Universidades (1990), *Guía de departamentos universitarios*, Consejo de Universidades Secretaría General, Madrid.

Consejo de Universidades (1988), *Estadística universitaria: período 1981 -1985*, Consejo de Universidades, Madrid.

Díaz, D. G. (1980). *Hombres y documentos de la filosofía española*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Díaz Nosty, B. (2001), *Informe anual de la comunicación, 2000-2001 : estado y tendencias de los medios en España*, Ediciones Zeta, Madrid.

Fundesco (1994), *Comunicación social 1995-tendencias: poder, democracia y medios de comunicación*, Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones (Fundesco), Madrid.

Heras, R. (1997). *Enciclopedia política y atlas electoral de la democracia española*. Madrid: Temas de Hoy.

Lopez de Zuazo Algar, A. (1988), *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*, Fundación Universidad-Empresa, Madrid.

Menéndez, G. M. A., y Fontes, I. (2002). *Quién es quién: sus señorías los diputados. Atlas de la democracia parlamentaria española*. Madrid: Foca.

Navarro, D. R., y Monteys, M. (2000). *Enciclopedia de escritores en lengua castellana*. Barcelona: Planeta.

Quien es quien en España 1996. (1996). Madrid: Campillo.

Real Academia de la Historia (2009). *Diccionario biográfico español*. Madrid: Real Academia de la Historia.

RESUMEN DE LA TESIS

Al menos desde el modelo fundador que constituyó la intervención de Émile Zola durante el Affaire Dreyfus, las relaciones entre los intelectuales y los medios de gran difusión han sido objeto de múltiples disputas y de acalorados debates. El tema general de esta tesis doctoral lo constituyen, precisamente, estas relaciones. Sin embargo, el objetivo específico de esta investigación no es acercarse a ellas de un modo genérico, sino a través de un estudio de caso que nos hemos propuesto. A partir de una aproximación de carácter inseparablemente histórico y sociológico, derivada en gran medida de los trabajos que en nuestro país han constituido un corpus de sociología de los intelectuales de orientación empírica, hemos propuesto un estudio de estas relaciones para el caso de España en los años que siguen inmediatamente a la Transición, como medio de aprehender algunas de las líneas generales que describen estas relaciones durante el periodo contemporáneo.

En particular, hemos centrado el análisis de este periodo en una de las instancias más significativas en el seno de estas relaciones: el diario El País. Tal empresa periodística acaparó una gran parte de las relaciones entre intelectuales y medios de gran difusión en los años 80, años en los que se convirtió en un diario de «referencia dominante» en el espacio periodístico español en general, como también en relación a la vida intelectual del momento.

Para aprehender el funcionamiento de tales relaciones dentro de la instancia periodística que es El País, hemos optado por una apuesta teórica y una estrategia metodológica específicas. En el plano teórico, nos hemos basado fundamentalmente en el concepto de «campo» de Pierre Bourdieu y en los conceptos derivados de «campo intelectual» y «campo periodístico». Esta tesis se fundamenta, por lo tanto, en la «teoría de los campos» que han

desarrollado tanto Bourdieu como sus colaboradores. En el plano metodológico, hemos puesto en marcha una estrategia metodológica de carácter fundamentalmente cuantitativo. En primer lugar, hemos utilizado una serie de fuentes secundarias de datos, las cuales tienen por objeto algunos de los espacios sociales involucrados en este estudio, como el campo periodístico o el campo académico. En segundo lugar, aspecto central de la metodología, hemos llevado adelante una «prosopografía» o «biografía colectiva» de los autores de tribunas libres de la sección de Opinión entre los años 1986 y 1988. Finalmente, hemos utilizado algunas fuentes de carácter cualitativo, principalmente biografías y memorias de algunos de los protagonistas de nuestro estudio.

La principal conclusión de nuestro análisis nos llevará a entender tales relaciones entre agentes del campo intelectual y agentes del campo periodístico no como relaciones sujetas al azar, sino como relaciones que pueden hacerse inteligibles como relaciones de interdependencia mutua. En particular, las relaciones entre ambos campos, tal y como se nos aparecen en El País en esos años, parecen constituirse como un sistema de intercambio de bienes de una naturaleza particular que tiene una doble dirección: la de una aportación de valor «intelectual» al diario y la de la obtención de toda una serie de beneficios derivados de la visibilidad mediática a los intelectuales que participan en él.

ABSTRACT DE LA TESIS

At least since the founding model of the intervention of Emile Zola in the Dreyfus Affaire, the relationships between the intellectuals and mass media have been object of multiple disputes and heated debates. The main theme of this doctoral dissertation are, precisely, those relationships. However, the specific objective of the present investigation is not a general approach but a study of a specific case. It is an approximation where it becomes impossible to separate History and Sociology, an approximation derived mainly from the analysis which have been done in our country, which have constituted a corpus to study the sociology of intellectuals with an empirical orientation. We propose an analysis of the relationships between intellectuals and mass media in Spain during the immediate years after the transition, as ways to grasp some of the aspects which describe the same relationships in the contemporary period.

Particularly, the analysis has been concentrated in one of the most significant instances in the core of the relationship during the chosen period: the journal El País. That journalistic company, took up a great number of these relationships between intellectuals and mass media during the eighties. Those were the years when the newspaper became a “dominant reference” inside the journalistic sphere in Spain as well as in relation with the intellectual life of the moment.

In order to understand how those relationships work inside the journalistic instance, a specific theory and methodology have been chosen. The theory is based, fundamentally, in the concept of “field” from Pierre Bourdieu and the derivate concepts of “Intellectual Field” and “Journalistic Field”. This dissertation is therefore based in “Field Theory” developed by

Pierre Bourdieu and his collaborators. For the methodology, it has been established a methodological strategy which is fundamentally quantitative. Firstly, a series of secondary sources of data have been used, sources about some of the social fields involved in the present dissertation, such as journalistic field and academic field. Secondly, the central aspect of the methodological strategy has been to create a “collective biography” which can describe the authors of the op-ed between 1986 and 1988. Finally, some qualitative sources have been used, mainly biographies and memoirs from some of the protagonists of the study.

The main conclusion of the present analysis will lead towards an understanding of the relationships between the agents in the Intellectual Field and those inside the Journalistic Field; not as relationships subject to chance but as relationships which can become intelligible as relationships of mutual interdependency. Particularly, the relationships between both fields, just as they appear inside El País during those years, seem to constitute a system of interchange of a particular nature with a double direction. It is a contribution of “intellectual” value to the newspaper and it is also the gaining of a series of benefits for the participating intellectuals, provided by the visibility of the media.